

OMAR ROBERT HAMILTON  
**La ciudad siempre gana**

TRADUCCIÓN DE CE SANTIAGO

narrativasextopiso



**La ciudad siempre gana**

# **La ciudad siempre gana**

OMAR ROBERT HAMILTON

TRADUCCIÓN CE SANTIAGO



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original  
*The City Always Wins*

Copyright © Omar Robert Hamilton, 2017

Traducción  
© Ce Santiago

Imagen de portada  
Nefertiti in a gas mask  
© El Zeft



Primera edición: 2018

Copyright © Editorial Sexto Piso, S. A. de C. V., 2017  
París 35-A  
Colonia del Carmen, Coyoacán  
04100, Ciudad de México, México

Sexto Piso España, S. L.  
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España

[www.sexto piso.com](http://www.sexto piso.com)

Diseño  
Estudio Joaquín Gallego

Conversión a libro electrónico  
Newcomlab S.L.L.

ISBN: 97-884-17517-0-38

## Índice

PORTADA

PRIMERA PARTE.. MAÑANA

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

SEGUNDA PARTE. HOY

TERCERA PARTE. AYER

RECONOCIMIENTOS

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

Para Alaa

Éste habría sido mejor libro  
de haber podido hablar contigo

PRIMERA PARTE.  
MAÑANA

Jamás subestiméis la sabiduría de lo naíf...  
#Jan25 larga vida a la revolución.

@Alaa

8:17 p. m. - 28 de enero de 2011

9 DE OCTUBRE DE 2011

Hace una hora que dejó de contar los muertos. Estos pasillos están tan atestados de cuerpos y de rabia y de aflicción que algo, seguramente, va a explotar. Por todas partes los llantos de una nueva pérdida, una pregunta a gritos, un rostro en pánico, unos sollozos al teléfono. «Están muertos, están muertos, están todos muertos». La morgue del hospital está llena. No fue construida para esto. En la enfermería hay doce personas encerradas con ella. Once están muertas. Puede oír a los padres a través de la gruesa puerta de metal. «¡Debemos enterrarlos ya! ¡Esta noche!». Once dentro, al menos cuatro aún en camino, diez en otra sala, quién sabe cuántos más aún por llegar, cuántos que todavía huyen del Ejército. «El forense está de camino. Sólo otra hora más. Esperen por favor». Once aquí y una mujer sentada en el suelo, agarrando contra su pecho los dedos flácidos de un hombre; lágrimas le recorren la cara. Él tiene los ojos cerrados – su marido, su hermano, su amado– y la ropa desgarrada y ensangrentada por el metal dentado de las orugas de los tanques. El rostro bordado de Jesús le cubre el pecho. Once aquí dentro, en este cuarto que se caldea por momentos, ¿y cuántos más por llegar? ¿Cuánto más va a durar la matanza? ¿Cuánto más seguiremos encerrados en este cuarto cuyo aire es más denso que cualquier aire jamás respirado, cada átomo del cual es muerte? Bloques de hielo que se derriten entre los cuerpos de los caídos, vapores que susurran desde la carne de los acallados. Ella respira hondo. Este cuarto. Este cuarto minúsculo donde cada bocanada inhala muerte. Te llevaremos más allá. Te llevaremos en nosotros. Respira. *Nafas*. Respira. *Nafs*.<sup>\*</sup> Estas moléculas de olor que se elevan desde vuestros cuerpos, vuestra ofrenda final al mundo superior. Yo os respiraré. Yo os llevaré en mí.

–Debemos enterrarlos ya. –Una voz de hombre. Mariam puede oír retazos de la discusión a gritos que se cuelan por la puerta–. La justicia es para la otra vida. Deja la justicia al Señor. Debemos enterrarlos ya.

Respira. Huele el fruto, el sudor, el polvo de tus hermanos, dulce como la sangre, cargado de la putrefacción venidera. Pronto saldrá el sol. Respira. Ahora estamos juntos. Se lo haremos pagar.

–Pero –una voz más joven, cortés, frustrada– si no tenemos las autopsias ni las pruebas, el Ejército lo negará todo. –Mariam reconoce la voz de Alaa, la primera persona que vio en el hospital, los rizos de su pelo enmarcándole el rostro tal como había visto por televisión–. Necesitamos las autopsias para que se haga justicia.

Respira. Sé fuerte. Se hará justicia. Sé fuerte, sé fuerte por esta mujer cuyo nombre aún desconoces, por sus lágrimas, por su amado. Pregúntale su nombre, si necesita algo. Necesita que su marido despierte. Déjala en paz. Hielo. Necesitamos más hielo. Quién sabe durante cuánto tiempo tendremos que impedir que entierren los cuerpos. Respira. Respira este aire sofocante que se ovilla en tus pulmones, que se instala en sus cavidades, que los recubre para siempre con esta noche. Estos cuerpos se convertirán en lo que la mente no pueda olvidar.

–¿Con qué derecho pronuncias tú la palabra *justicia*? ¿Qué justicia? ¿Qué justicia? No podrá haber justicia alguna, no me hables de justicia, no me insultes con esa palabra. Mi hijo está muerto. ¿Mi hijo está muerto ahí dentro y nosotros hablando de justicia? ¿Qué justicia le queda al pobre? ¿Al débil? ¿A los coptos? No *podrá haber* justicia alguna. ¿Qué justicia? ¿Cuándo se

hará justicia? El sacerdote dice que debemos enterrarlos ahora, ahora y antes de que amanezca. Olvídate de la justicia. Olvídate de las autopsias. Debemos enterrar a nuestros hijos.

–Por favor. Calmémonos. –Otra voz, de mujer, baja, con gran autoridad–. Señor, mi hermano está ahí dentro al lado de su hijo. Éstos son amigos suyos. Los dos confiaron en ellos. Juntos hicieron la revolución. Deberíamos escucharlos.

–Ahora vemos lo que nos trae vuestra revolución.

Hubo una marcha hacia Maspero. Hacia el edificio de la radiotelevisión estatal. El ejército abrió fuego. Sin dudar. Aplastaron a la gente bajo los tanques. ¿Cuántos muertos hay en las habitaciones de todo este hospital? ¿Cuánto tardarán en venir a por nosotros? Fuera en la puerta una multitud aguarda con nerviosismo. ¿Vendrá el Ejército a apoderarse de los cuerpos llenos de acero militar y a deshacerse de las pruebas? Mariam huyó de las balas y se escondió en un edificio y cargó con el cuerpo sanguinolento de un muchacho hasta la parte trasera de un coche y le taponó la herida con su blusa y le dijo que todo saldría bien y lo trajo aquí, al Hospital Copto, y luego un médico se lo llevó dejándola aturdida en el pasillo fluorescente.

–Mariam –dijo una voz. Una médica. Una amiga de su madre–. ¿Te encuentras bien? ¿Sí? Ven conmigo. La morgue está llena. Estamos usando un pabellón. Necesito a alguien allí. Para evitar que la gente entre. ¿Puedo pedirte que lo hagas tú?

Se detuvieron frente a la enfermería. Pasada esa puerta no habría marcha atrás. Ni manera de borrar lo que vería. Giró el pomo.

La mujer con la mano de su amado contra el pecho no se ha movido. Mariam se saca el teléfono del bolsillo. Sin batería. ¿Dónde está Khalil? Lo abandonó. Cargaron juntos con el joven herido, lo pusieron en el coche. Vete, dijo Khalil. No queda sitio. Te encontraré más tarde. Ella se giró y lo vio regresar al hospital de campaña, marrón su camiseta blanca por la sangre casi seca. ¿Dónde está ahora? ¿Está por ahí fuera, entre los familiares de los muertos? Ve a buscar un cargador, un poco de agua. Ve a por agua para esta mujer. Pregúntale si necesita algo. No, nadie puede darle lo que necesita.

Fuera, de nuevo la voz baja de mujer, su autoridad cargada de pertenencia y de pérdida y de paciencia, está poco a poco convenciendo a las familias. *Sí. Sí. Debemos luchar. Se hará justicia.* De aflicción en aflicción las voces se aúnan hasta formar un escudo de propósitos compartidos. No habrá ningún entierro precipitado ni de cuerpos ni de verdades. Habrá autopsias. Habrá pruebas. Habrá justicia.

Mariam sale al pasillo. Hay más calma ahora en el mundo. Está saliendo el sol. Busca a Alaa, pero no lo ve. En el suelo hay filas de gente sentada contra ambas paredes, a la espera, inmóviles, del forense o de un ataque o de lo que sea que venga a continuación. Camina por el centro del pasillo, en busca de agua. El aire está más enrarecido, nota que se roza contra sus mejillas, que sus pulmones se lanzan a por él con codicia, pero ella procura que sus respiraciones sean superficiales. Por respeto.

En el patio del hospital una joven con capucha negra está sentada encima de una bolsa de plástico abierta llena de botellas de agua.

–¿Puedo coger una? –pregunta Mariam.

–Sí, por supuesto –dice ella, tendiéndole una.

Mariam se sienta en un muro bajo y polvoriento. Hay una mujer mayor envuelta en negro sentada en silencio.

–Sois buenos chicos –dice casi sin hablar, casi para sí misma–. Mi hijo..., igual conocéis a mi hijo. Se llama Ayman. Es...

Mariam aguarda, no dice nada.

Está dentro. Lo sabe. Ayman está dentro, bajo el hielo. Han venido a por nosotros una y otra vez. Una vez al mes, todos los meses con porras y máscaras y pistolas y botas y balas, una y otra vez, y otra vez más, ¿y para qué? Mariam se acerca a la mujer, le pone con delicadeza la mano en el hombro mientras nuevas lágrimas asoman.

–Mi hijo..., él... dice que en Tahrir volvió a la vida.

18 DE OCTUBRE DE 2011

Subir en ascensor hasta la oficina es un viaje emocionante: el titubeante ascenso hasta el décimo piso es un reiterado acto de fe en un poder superior. Pero merece la pena el riesgo por la clásica amplitud de suelos de tarima y techos altos y la luz del final de la tarde que entra a raudales por el balcón que da a los edificios más bajos del centro y al Nilo y allá, en mitad del paisaje, a las siempre humeantes ruinas de la sede del Partido Nacional Democrático de Mubarak, al sol que se pone a la perfección por detrás del calcinado esqueleto de hormigón. A Khalil le encanta ese edificio, le encanta que se alce ahí cada día como un testimonio de todo lo posible y todo lo transitorio para las decenas de miles de personas que a diario pasan en coche frente a él. Un símbolo de nuestra victoria recubierto de cenizas, nuestro antimonumento al futuro. Una gigante valla publicitaria permanece en pie en mitad de las ruinas calcinadas. Indemne de las llamas, su absurdo eslogan electoralista se hace carne: POR EL FUTURO DE VUESTROS HIJOS. Menuda poesía nos ofrece la ciudad. Todo lo que rodea este balcón le canta a voces la historia de El Cairo. El en su día moderno internacionalismo del Hilton Nilo, su amplia y hospitalaria fachada que domina los jardines cercados y sus misteriosas excavaciones; la musculosa terracota del Museo Egipcio que todavía aguanta firme pese a los años de horror que contiene, de la tenebrosa corrupción y el pillaje desvergonzado a las tundas y las palizas que repartía el ejército de ocupación. Y luego hacia el este y al oleaje de edificios tierra adentro, a sus balcones modernistas y sus tejados planos que empujan hacia el coro de la plaza Talaat Harb y, su favorito, el inmenso tejado en pronunciada mansarda, la dramática gradiente de sus tejas grises más apropiada para las lluvias de Colonia que para el calor de El Cairo, pero hermosa en esta ciudad de infinitas mezcolanzas e inacabable metáfora. El Cairo es *jazz*: todo influencias contrapuntísticas que se atropellan buscando captar la atención, en ocasiones brillantes solos que persisten muy por encima del ritmo continuo de la calle. Olvídate de Nueva York, toda la historia del mundo puede verse desde aquí, su flujo nos rebasa *aquí*, en el curso del Nilo desde su génesis en el norte hasta que se abre a las aguas de los imperios y a todas las brutalidades y las maravillas que éstos traen, emergiendo revuelto y disorde y desafiante como algo nuevo e indefinible e incontrolable. Estas calles trazadas para imitar el orden y la proporción y la gestión marcial de la ciudad moderna hoy moldeadas por los infatigables ritmos de los comerciantes y de los buhoneros y de las bocinas de los coches y de los butaneros, todos ahí fuera en posesión de su ciudad, mezclando los pasados con sus presentes, dando a luz un nuevo ahora de sur y norte, joven y viejo, campo y ciudad todo combinándose y surgiendo estridente e impetuoso y con una belleza incomprensible. Sí, El Cairo es *jazz*. Pero no un *jazz* de sala de espera, no ese mercantilizado *jazz* de vestíbulo que funciona como blanqueador de la historia, sino el del ardor de Nueva Orleans y el nervio de Chicago: ese *jazz* que es belleza en la destrucción del pasado, el *jazz* de un futuro incierto, el *jazz* que promete libertad frente a los viejos malos tiempos.

Sí, piensa Khalil, servirá. Todo el trabajo que han estado haciendo en los cafés y en sus casas y en el apartamento de Rosa puede ahora unificarse aquí. Caos: la revista, la *website*, el *podcast*..., éste será su nuevo hogar. Se gira y entra desde el balcón y ve a Rania levantando a puntapiés trocitos de la tarima astillada, su pequeña complexión vestida de negro, su corte de pelo a la moda rapado por las sienes, el tatuaje de una araña que le ilumina el hombro izquierdo.

–¿Qué hacemos aquí? –está diciendo Rania, su voz siempre por encima de todas las demás–. ¡Las telarañas son más viejas que el edificio! El suelo está hecho pedazos. ¿Has estado en la cocina? Parece la escena de un crimen.

–Venga, Rania –dice Khalil–. Tiene techos altos, el ascensor funciona y el conserje es tan viejo que le trae todo sin cuidado. Es perfecto.

–¿Has visto el baño? –dice ella–. Parece embrujado. Estoy muy a favor del chic industrial o lo que sea, pero este sitio se nos va a derrumbar encima. No tenemos tiempo para esto. No sé rehabilitar *apartamentos*. Apenas sé utilizar el hervidor. Lo enciendo y hay veces que se queda ahí plantado mirándome. Estamos en mitad de una guerra mediática. Tenemos que seguir trabajando.

–Pero mira qué balcón –replica Khalil–. Si lo adecentamos tendremos al mundo entero dándose cita aquí.

–Tú no quieres el mundo entero.

–Queremos una buena parte.

–Pues mejor que te prepares para enfrentarte a las ratas porque ése es *su* balcón. ¿Sabes lo que pasa cuando arrinconas a una rata? ¿Alguna vez has arrinconado a una rata?

Hafez observa el intercambio en silencio, reclinado contra el quicio del balcón, asimilando las vistas. Como siempre, lleva ropa elegante, el pelo al cero, gafas a la última de montura gruesa, un libro a presión en el bolsillo exterior de una americana ligera: Heródoto, Joyce, Gramsci, poca cosa. Dos años de doctorado en Filosofía en Londres; es obvio que se está fabricando a sí mismo según el modelo Edward Said de académico sofisticado.

–¿Nos vamos a terminar esta discusión al Greek Club? Dan una fiesta esta noche y necesito entrar en calor.

–Estupendo –dice Rania–. Pero antes dime cómo crees que vamos a pagar por un espacio así de grande.

–Podemos hacer *crowdfunding* –dice Khalil–. Y también alquilar habitaciones, una cafetería. Rosa hizo las cuentas.

Rosa está sosteniendo la linterna de su teléfono por debajo del fregadero, el haz de luz brilla intacto a través de un gran agujero en la cerámica.

–Se ve que alguien ha estado eliminando pruebas aquí dentro.

–Genial –dice Rania–. Muy tranquilizador.

–No te preocupes –dice Rosa–. Ahí fuera hay dinero a mansalva. Lo resolveremos sobre la marcha.

–Y si no salen las cuentas –dice Khalil–, conseguiremos ayuda monetaria de los suecos o lo que sea.

–¿¡Pero no dijimos que nada de financiarnos!?! –se eleva la voz de Rania, llenando la enorme habitación–. ¡Dios mío, no te puedo quitar el ojo de encima un solo segundo! ¡Ayuda monetaria de los suecos, dice! ¡De los suecos! ¡Primero nos haces coger un apartamento que no nos podemos permitir y que está gobernado por un ejército de ratas y al que le falta la fontanería! Luego, en cuanto hayamos firmado el contrato y nos salgan las facturas hasta por el ojete, vendrás directo a nosotros con el embajador Bjorn o el agregado cultural Helmut y un par de formularios de solicitud. ¿Sabes lo que pasa cuando empiezas a hablar de financiación?

–Relájate, era broma.

–Y bien... –dice Hafez–. ¿Al Greek Club?

–Tengo que trabajar –dice Khalil.

–En qué.

–Maspero.

–Mierda. ¿No puedes acabarlo mañana?

–Tendría que haberlo acabado hace días.

–¿Quieres salir de El Cairo conmigo mañana?

–¿Adónde?

–Un viaje que tengo. El Ejército está cediendo reclutas para trabajar en la granja de un empresario. Intentaré ir a sacar algunas fotos. Reclutas, tío. Eso es puñetero esclavismo.

–Claro. Si termino de editar.

–Hazlo por la mañana. Esta noche nos vamos de fiesta, te curras una bonita y creativa resaca y a mediodía te recojo. Fácil.

–Está bien, Hafez.

–Está bien el qué. Me estás haciendo sentir mal.

Rania se vuelve para evaluar otra vez la habitación, abre el oxidado panel del cuadro eléctrico y dos arañitas salen correteando.

–Vale, aquí tenéis. No hay más preguntas, señoría.

El universo entero puede pender de una mirada, de un cigarrillo, de un chiste.

Oyó primero la voz de ella.

–No nos iremos a ninguna parte –gritó.

–Ya ha dicho lo que quería. –La voz del agente sonaba fuerte, firme–. Ha dicho lo que quería, así que ya basta. Ahora, por favor... –dijo, e hizo un gesto hacia las calles que conducían de vuelta al centro. Llevaba gafas de sol, por supuesto, pese a ser noche cerrada. Un comando de quince soldados con pasamontañas formaba un semicírculo detrás de él. Pero Mariam no tenía miedo.

–¡No nos iremos a ninguna parte hasta que se cumplan las exigencias de la revolución!

La mandíbula del agente se contrajo ante aquella insubordinación.

–¿Qué hará que os volváis a casa? –dijo con frialdad, la mirada fija en Mariam.

Ella mantuvo el tipo.

–El arresto de Ahmed Shafiq\* y de todos sus ministros. No sería un mal comienzo.

Uno de los soldados flexionó los hombros, hizo crujir el colosal cuello. El primero en correr es siempre otro. Si una manada de búfalos permanece unida, la manada es impenetrable. Pero los lobos rondan las lindes. El chasquido de las pistolas *taser* restalló en el aire. La multitud se escindió. Los lobos dieron caza.

Las largas farolas amarillas sacudiéndose en la desbandada hacia la calle abierta, los gritos de la multitud dispersándose, los hombres con armas y porras: todo aquello no era nada al lado de la mano de ella subiendo y bajando continuamente en forma de puño a su lado, y lo único que él puede ver es la decisión por venir.

Futuros enteros nacen con el contacto de una mano. Mundos enteros que podrían haber existido se destruyen.

Y ahora ella está aquí, viviendo con él, en la cama con él, leyendo las noticias en el teléfono.

–¿Quieres desayunar? –dice él.

–Claro.

–¿Quieres que te enseñe a freír un huevo?

–Hoy no –dice ella.

–Todo el mundo tiene que aprender a cocinar algo, ¿no?

–Sé cocinar. –Suelta el teléfono.

–¿Qué sabes cocinar?

–Tostadas.

–Unas tostadas no es cocinar.

–Se calientan.

–Con calentar algo no basta.

–El calor las altera. Así que se cocinan. Y por cierto, sé freír un huevo.

–Una noche de éstas haremos pasta.

–Odio la pasta.

–¿Odias la pasta?

–No hay forma de saber si se la estás comprando a las fábricas del Ejército.

Su teléfono vibra y ella vuelve a cogerlo:

RANIA: Seis huelgas activas ahora mismo. Tendríamos que preparar enseguida una edición especial sobre las huelgas.

–Dice Rania que hagamos una entrega sobre las huelgas.

–Pensaba que teníamos que salir de El Cairo. Hacer la pieza sobre la Liberación de Suez.

–Ya lo sé. Pero eso podríamos hacerlo en cualquier otro momento. Las huelgas son ahora.

–Claro. Voy a por el desayuno. –Se levanta, se pone los pantalones.

Mientras baja en el ascensor, vuelve a pensar en aquel momento, en su mano, en los dos corriendo, en cómo se ocultaron en el portal oscuro de un edificio pandeado por el peso del follaje. Khalil hizo al viejo conserje un gesto con la cabeza. Ella no le soltó la mano mientras ascendían por la espiral de sombras de la escalera, un único haz de luz amarilla se colaba por las ventanas polvorientas.

Él se detuvo, se volvió hacia ella.

–Te llamas Mariam, ¿verdad?

Ella retiró la mano al instante.

–¿Cómo lo sabes?

–Estaba acampado cerca de ti en la plaza –dijo él–. Era sólo... Debo habérselo oído decir a alguien.

Se sentaron en el balcón, observando a los soldados que regresaban con paso tranquilo de su persecución hacia Tahrir.

–Capullos –dijo Mariam, y lanzó su cigarrillo por el borde del balcón.

Luego se giró hacia él.

–¿Y a qué te dedicas?

–Trabajaba de guía... –dijo él.

–¿Y luego?

–Luego vino la revolución.

–Cierto.

–Ahora voy a montar una emisora de radio.

–¿En serio? –dijo ella, con interés–. ¿Y cómo monta uno una emisora?

Se pusieron a hablar y ya no pararon. Cuando todos los soldados se hubieron ido, ella dijo que tenía que encontrar a su amiga, pero se detuvo en la puerta.

–Y bien –dijo ella–, ¿cómo es que nunca coincidimos en Tahrir?

–Porque mis amigos son unos inútiles.

–Podrías haber saludado.

–¿Respondes con amabilidad a los hombres que te tiran los tejos durante las protestas políticas? –dijo él, sonriendo, y ella se echó a reír.

27 DE OCTUBRE DE 2011

Una isla de blanco flota iluminada en una valla publicitaria a lo lejos y con algo de esfuerzo consigue distinguir las palabras: DEBEMOS EDUCAR A NUESTROS HIJOS PARA QUE SEAN COMO LOS JÓVENES EGIPCIOS. BARAK OBAMA. Nota una ligera ráfaga de orgullo; se la traga. Una reacción involuntaria. Que te jodan, Obama. Y que te jodan más todavía, Mobinil.\* Vuelve a entrar. Tiene llamadas que hacer. Le faltan horas. Listas. Sus bolsillos siempre esconden listas en trozos de papel, tiene manchas de tinta en los vaqueros de miles de bolis baratos. Le faltan horas. Si se permite pensar en ello demasiado, en la eternidad de trabajo que se agolpa frente a ella, en la infinita ciudad de abrasiones y cicatrices y de necesidades que jamás serán saciadas, en todo por lo que se ha de luchar y en todo lo que se ha de ganar, si permite que los pensamientos tomen el control, enseguida la sangre se le sube al cerebro. Tendría que haber sido médica, nadie pone en duda la valía de una médica, ¿cómo es posible que sus padres fuesen ambos médicos y la hija no? Por un momento su cerebro anegado de sangre se aturde y ella se sujeta a la barandilla y baja la vista desde el horizonte hasta el suelo donde ve una fila de hormigas que se aventura por entre los azulejos polvorientos, la labor de toda una vida dispuesta frente a ellas en el transporte de una hoja; centenares de solícitos trabajadores que se afanan en repetir hasta el final, sin cuestionarse a sí mismos, trabajando únicamente por el bien común. Una vida entera de listas y de *websites* y de noches sin dormir no hará nunca el bien que hace una médica en un solo día. ¿Qué podría haber hecho si no? ¿Dejar a su madre para irse a estudiar a Minya? ¿Dejar la clínica? ¿O ir a mendigarle a su padre y verle la feliz cara de alivio mientras le compraba una plaza en una universidad privada? No había otra manera. Es una organizadora, un motor. Deshazlo todo y empieza de nuevo. El momento es ahora. Tienes suerte. Naciste para esto. Nota los papeles en el bolsillo, saca una fortaleza entusiasta de las listas, de las huelgas activas, de las llamadas por hacer, de las protestas por venir, de los eventos que promover, de los grandes proyectos y de los pensamientos pasajeros, de las personas por recordar y de los libros por leer y de las habilidades por aprender y de las ideas para iniciativas. Levanta otra vez la vista hacia a la ciudad. No estás sola. Tahrir está en todas partes, los lazos están forjados, las lecciones aprendidas, es un imparable aluvión de posibilidades.

Su teléfono vibra...

Brillante nueva entrega a cargo de @CaosCairo. De escucha obligada para esta semana.

Las pruebas recopiladas por @CaosCairo sobre la matanza de Maspero deberían usarse en el Tribunal de Justicia Internacional.

Ya que tiene el teléfono en la mano abre Twitter sin pensar...

Hoy a las 11 a. m. Primera reunión para discutir los planes para establecer un servicio público de radiodifusión.

La policía ha torturado a Essam Atta hasta matarlo y...

Clic. El teléfono se bloquea. Una reacción refleja. No está preparada para la noticia de un nuevo mártir. Necesita prepararse.

La *website* y el *podcast* ya rodando, una publicación mensual en preparación. Cada semana Mariam se encarga de la producción del programa, Rania de las entrevistas, Khalil de la grabación y del montaje y Rosa de escribir las transiciones y de soltar su conmovedora introducción tipo *Señorita Love Daddy*:\* «Hola, mis queridísimos liberados de las calles de nuestra revolución, hoy os traemos noticias del frente, melodías del subsuelo y todo lo que necesitáis saber sobre el pulso político para sobrellevar vuestra semana». El especial sobre Maspero ha tenido setenta mil descargas (lo han emitido en casi todos los canales de televisión independientes de Egipto), el análisis de las balas del Ejército lo ha recogido una docena de periódicos extranjeros, cada día un millar de nuevos seguidores acude en manada a la cuenta de Caos en Twitter.

¿Pero y si la gente no vuelve a tomar las calles? Han pasado ya nueve meses desde que forzaron la salida de Mubarak y el Ejército asumió el poder, pero las sentadas y las pequeñas batallas del verano han dejado a todo el mundo exhausto. Hay rabia, de eso no cabe duda. Aunque si Maspero no es la chispa, ¿entonces qué? ¿A cuántos tienen que matar? ¿Cuándo regresarán a las calles las inconquistables multitudes?

No. La revolución es imparable. Caos traerá noticias y tácticas y triunfos desde Bahréin, Libia, Yemen, Siria, Palestina. Empiezan con los países de la Primavera Árabe, después se abren a todo el mundo árabe, y después: ¿quién sabe? Son incapaces de seguirnos el ritmo, un ejército de Samsungs, cuentas de Twitter, HTC's, correos electrónicos, eventos de Facebook, grupos privados, iPhones, llamadas telefónicas, mensajes de texto, todos adecuándose a los movimientos del otro un millón de veces por segundo. Un ejército de movilidad infinita..., imposible de desbaratar. Lo único que saben hacer es tirar del cable, cortar el servicio. Y el mundo entero vio lo que pasó cuando lo intentaron. No les quedan movimientos. Tenemos una irreversible ventaja táctica. El divide y vencerás ya no sirve porque ya no se nos puede dividir. ¿Cómo van a controlarnos si, al fin, todos podemos vernos los unos a los otros, hablarnos los unos a los otros, planificar juntos? Primero en árabe y luego en inglés con el resto del mundo. El imperio siembra las semillas de su propia derrota.

Tiraron del cable y nos enfrentamos a ellos, redujimos sus comisarías a cenizas, los expulsamos de nuestras ciudades. Déjalos que vuelvan. Ahora son ellos quienes nos temen a nosotros.

16 DE NOVIEMBRE DE 2011

–Miren esto –dice Khalil, volviéndose hacia el equipo de documentación francés–. Me encanta este barrio. El Estado les da una mierda y miren. Las calles están limpias, las paredes bien pintadas, plantas por todas partes, todo el mundo está a salvo.

Las calzadas son tan largas, tan rectas, tan estrechas que no se ve dónde acaban. Montañas de ladrillo rojo se ciernen sobre la calle en sombra más abajo, con apenas el ancho justo para que quepa un coche. Un motocarro pasa tranquilamente junto a ellos. Los ojos de Khalil se cruzan con los de un viejo sentado fuera de su tienda que indica dos sillas vacías en señal de bienvenida; Khalil se lleva la mano al pecho en agradecimiento y sigue adelante.

El Cairo: la ciudad futura, la nueva metrópolis de plantas que caen en cascada desde los tejados con paneles solares y de filas de árboles en las avenidas y de fachadas encaladas y cuidadosas restauraciones e innovaciones integradas, todo cantando al unísono en un coro de lo nuevo y lo viejo. Las iniciativas civiles pronto hallarán fácil hospedaje en los premios de arquitectura abandonados del centro de la ciudad, el transporte público inundará el río, de los espacios sombreados bajo los puentes y de los pasos elevados florecerá una tierra común conectada mediante tranvías con escuelas dignas y hospitales limpios y librerías eclécticas y parques públicos en los que la música bullirá al anochecer. La revolución ha empezado y el pueblo, a diario, suplanta al régimen con su energía y sus iniciativas en esta supercolonia de cemento que durante décadas de Estado fallido ha conservado su unidad gracias a una suprainteligencia colectiva que ha evitado su derrumbe. Algo aquí, en la combinación de El Cairo entre permanencia y piedad y proximidad, une a la gente. Esto supone un valor para la sociedad, piensa él, esta vecindad a escala masiva.

–A mí no me parece que estas calles estén tan limpias –masculla el director del equipo, llevándose las gafas de sol hasta el pelo canoso y echando a su alrededor una mirada suspicaz.

Khalil le da la espalda. No es más que un trabajo, dice para sí. Eres el guía. No hace falta que te hagas amigo de esta gente. Cada día llegan nuevos reporteros, productores de cine, artistas. Ahora mismo no hay mejor manera de hacer dinero fácil que con este trabajo. Dos trabajos al mes cubren la mitad del alquiler de la oficina de Caos. Mantiene el paso por delante de ellos.

Cuando la pintada se hace más tupida sabe que están cerca.

LA REVOLUCIÓN CONTINÚA

ABAJO EL RÉGIMEN MILITAR

EL MÁRTIR BASSEM GOUDA, HÉROE DE MAADI

Suben por la estrecha escalera interior. Puede oír el murmullo de una televisión que proviene del piso de arriba. Sube los escalones hasta la casa del mártir en silencio, con respeto. La televisión se hace más audible:

En efecto, Alaa no cejará en su resolución. Se niega absolutamente a responder a ninguna pregunta delante de un juez militar...

Al llegar arriba, encuentra la puerta abierta; un único par de zapatos descansa fuera. Khalil se quita los suyos y hace señas al equipo para que haga lo mismo. Llama a la puerta, pero no hay respuesta. Las luces no están encendidas pero la televisión sí.

Es un civil y por tanto ha de ser juzgado como un civil.

Miles de civiles egipcios han sido ya juzgados en tribunales militares... y su arresto ha llamado la atención sobre ese hecho.

A través del estrecho pasillo mira al interior de la primera habitación. Abu Bassem está sentado frente al televisor, un teléfono en la mano y dos más en la mesilla que tiene delante.

–¿Abu Bassem? –dice Khalil. No sabe cuál es su verdadero nombre, se lo conoce simplemente como Abu Bassem, el padre de Bassem.\*

–Ah, sí. –Abu Bassem les indica que entren–. Pasad. Un momento. Pasad. Estoy escribiendo un *tweet* para que la gente vea este programa.

Abu Bassem tiene la atención dividida entre el teléfono y la televisión, así que todos toman asiento en el reducido cuarto y ven el programa en silencio. Es flaco pero firme, lleva toda su aflicción sobre los hombros.

Por encima de Abu Bassem, en el centro del pequeño cuarto, cuelga un póster de vinilo. BASSEM GOUDA: MÁRTIR DE LA REVOLUCIÓN. Los ojos del joven mártir miran directamente a cámara, el santo patrón de su propio hogar.

Alaa sabe que el mundo entero está pendiente y que su país le apoya y que en este mismo momento le está dando fuerzas.

Poco después el director se pone a hacer ruiditos de disgusto y a consultar su reloj. Pero Abu Bassem tiene la atención puesta en el televisor. El país entero está hablado de Alaa, de su oposición al Ejército, de su encarcelamiento, de la cuenta atrás para que nazca su primer hijo. Abu Bassem no pronuncia palabra hasta que la entrevista con Manal, su esposa, concluye.

–Les pido disculpas. ¿Un poco de té? ¿Una Pepsi?

–Gracias, estamos bien –dice Khalil–. Como le conté por teléfono, estos señores son de la televisión francesa. Quieren que les hable de su hijo. Y, si no hay inconveniente, me gustaría también grabarle para una emisión en Internet.

–Por supuesto. –Abu Bassem se sienta con gracilidad en la silla que hay debajo del póster de su hijo.

El cámara se coloca detrás de ellos.

–Y bien..., ¿por dónde empezamos?

–Queremos, obviamente, que nos hable sólo de su hijo –anuncia el director, en inglés, a la habitación en general.

–Creemos que es importante –dice Khalil, colocando su cuerpo entre Abu Bassem y el director– que nos hable primero de su hijo, de su vida.

–Mi hijo fue un gran chico. Un gran chico. Siempre una gran ayuda. Siempre me ayudaba. Siempre sonreía. Hacía lo que le pidiéramos, fuera lo que fuese. Estaba impaciente por ser adulto.

Por alguna razón la dignidad de Abu Bassem resulta insoportable. Ni llora ni maldice ni jura

venganza. Pero no está derrotado. Khalil se siente en cierto modo un animal en comparación con el viejo, con su sosiego; siente que ha de enfurecerse por él, que es él quien ha de ponerse a llorar, a tartamudear.

–Mi hijo quería ser músico. Con el ordenador. Él y sus amigos compusieron varias canciones.

–¿Qué es lo que dice? –le susurra al oído el director.

–Está hablando de su hijo –le contesta Khalil.

–Dile que necesitamos que nos hable de su asesinato.

–Relájese –dice Khalil, pero Abu Bassem ha dejado de hablar–. Disculpe, señor. Prosiga, por favor.

–Mi hijo salió a enfrentarse a Mubarak por los derechos de todos nosotros. Salió incluso el día veinticinco, no sólo el veintiocho como el resto de los Hermanos Musulmanes. No quería que sus hijos se criaran con las escasas oportunidades que tuvo él.

Khalil alza la vista hacia el póster de Bassem, hacia esos ojos fijos en la lejanía del mundo. Se pregunta si lo vio. El veintiocho de enero. El día que derrotamos a la policía. El puente Qasr al-Nil. Quizá estuvieron el uno junto al otro entre la multitud. Había un chico. La primera vida que Khalil vio esfumarse aquel día. Unos centímetros a la izquierda, una racha de viento, una mirada al reloj..., las incognoscibles diferencias entre la vida y la muerte.

–¿Qué es lo que dice? –susurra el director.

–Se lo contaré más tarde –dice Khalil–. Ha dicho usted que Bassem no pertenecía a los Hermanos Musulmanes. ¿Tampoco sus amigos?

–No, tampoco sus amigos. Pero tanto yo como su tío sí.

–Ya veo.

–Yo tenía la esperanza de que cuando fuese algo más mayor se uniría. Para estas elecciones quizá. Pero él iba por libre. ¿Habéis oído su música? Yo no la entendía pero sus amigos... Tal vez podríamos bajar al *ciber*.

–¿Quiere bajar al *cibercafé* de su hijo? –pregunta Khalil al director.

–No. Tenemos que darnos prisa.

Khalil se siente repentina, ardientemente extraño con aquel equipo a su espalda, un operador turístico que va tras las miserias ajenas, un Virgilio de pacotilla que guía a extranjeros por el laberinto de martirio de la ciudad.

–Disculpe, señor –le dice en árabe a Abu Bassem–. Han tenido un día muy largo. Pero a mí me gustaría acompañarle.

–¿Qué le has dicho? –dice el director, ahora con agresividad. Khalil siente que la sangre le sube por la nuca.

–He dicho que me gustaría ir al *ciber*.

–Y yo que no tenemos tiempo.

–No, *vosotros* no tenéis tiempo.

–Total, el seguro no nos va a cubrir que estemos aquí a estas horas.

–¿Aquí?

–Sí, en un barrio como éste.

–Entonces deberíais marcharos –dice Khalil.

Da la espalda al director y vuelve con Abu Bassem. Entiende suficiente francés como para captar algunos insultos antes del chasquido de la cámara al ser retirada del trípode.

–Le pido disculpas por ellos –dice Khalil–. Han recibido una llamada. Una noticia que tienen que cubrir con urgencia. ¿Nos vamos?

Abu Bassem se pone en pie para estrecharles la mano y mostrarles la salida mientras salen bramando por la puerta. Khalil siente que su corazón se calma, que poco a poco vuelve a sentirse limpio. Se acabaron los trabajos de guía. Por primera vez en cien años, no tenemos necesidad de vender nuestras historias a Francia o a Inglaterra o a Estados Unidos. Lo ganaremos o lo perderemos todo aquí.

–¿Pero no tienes prisa? –dice Abu Bassem.

–Si usted no la tiene, yo tampoco.

Abu Bassem se coge del brazo de Khalil y, despacio, salen del apartamento, bajan las escaleras y recorren los largos pasillos de la memoria.

–Discutimos la mañana del 28. Yo atravesaba algunas dificultades. Pero en ningún momento se mostró grosero o irrespetuoso. Sabía tratar con las personas. Se le daba bien la gente. Le di una bofetada. Dije algo cruel. El día que murió. Pienso en ello todos los días. Lo único que queremos es que sea reconocido como mártir. Se hará justicia cuando a esta calle le pongan su nombre.

#### ABU BASSEM

Se abrocha el abrigo hasta la barbilla. Se anuda una bufanda alrededor del cuello y abre en silencio la puerta y desciende lentamente por los escalones de hormigón y pasa la pintada que acentúa su mundo con un orgullo apenado. Camina por las calles estrechas, permanece cerca de los laterales para evitar los charcos del invierno que se pudrirán en los cráteres del centro hasta que el sol vuelva a salir, haciendo la misma ruta que ahora hace cada día. Sabe, sabe, sabe que tendría que hacerlo menos. Que necesita recuperar su vida. Que necesita amar y proteger a los que todavía conserva. Pero aún no. Pronto, pero aún no. Haremos que pongan tu nombre a esta calle. Gira a la izquierda. La bombilla desnuda cuelga encima del portal. Entra y se sienta en la tercera mesa, la más apartada, la más privada. Asiente hacia el chico sentado delante de un viejo portátil resquebrajado, que inclina respetuosamente la cabeza. Pone la mano sobre el ratón y comienza a ejecutar los movimientos aprendidos. Hace doble clic en el círculo naranja y azul, mueve el cursor hasta el espacio en blanco de arriba, hace otra vez clic y escribe: **بوينت وي**. Dos palabras que aprendió meses atrás y cuyo significado nunca cuestionó. Cuando la pantalla cambie, pinchar en la primera de las grandes palabras en inglés: YouTube. Luego saca de su cartera el papel doblado y teclea uno a uno los caracteres ingleses: *kiko mahragan*. Y entonces Bassem aparece, el rostro arrugado en expresión seria, la gorra ligeramente ladeada, apuntando a la cámara con la mano derecha, sujetando un micrófono con la izquierda; el muchacho, el músico, su hijo. La imagen no se mueve, ni se moverá, yace frente a él y desde detrás llega la música, la voz de Bassem manipulada por una máquina más allá de lo reconocible, pero ahí está, y los mismos sentimientos acuden de nuevo en tropel mientras el pecho se le agrieta por el dolor y el orgullo y la rabia.

En el vídeo el muchacho no se mueve. Su sangre se ha vuelto negra en el pavimento. Nadie sabe qué hacer. Nadie sabía su nombre.

Khalil pulsa el botón de pausa, reteniendo el momento, la intimidad de su estudio de sonido con su rollo de espuma acústica barata que cuelga del techo, el amplio escritorio de madera con dos micros, por encima el póster de Mariam de VISITA PALESTINA. Coge aire antes de colocarse los auriculares en las orejas. El director ante su orquesta. En un instante se pondrá a repasar uno por uno los archivos de sonido; examinándolos en busca de partes destacadas y capturándolas con cortes imprecisos, a lo bruto, para incluirlas luego dentro de sus cinco categorías: *esenciales, secundarios, ambiente, secciones, efectos*. Cinco colores para cinco pilares con los que construir la arquitectura auditiva de la semana. Cinco colores con los que hacer ver al oyente el dolor de Abu Bassem, sumarlo a su vigilia. Pulsa *play* una vez más en el vídeo. Ahora sí sabe su nombre. Sabe que su nombre es Bassem.

Nota en su brazo el peso de la mano del viejo y en su corazón una vieja canción se remueve:

Llevo en  
la tormenta  
tanto tieem...po

El reproductor en el rincón de linóleo. Los discos desde hace mucho tiempo vetados. El viejo sentado a solas en su laberinto. Una bala silenciosa, un cráneo partido, una llamada desde la morgue.

El padre de Khalil se fue a estudiar a Estados Unidos y nunca regresó. Se suponía que iba a ser violinista, que sus padres lo habían enviado a la escuela Juilliard para que se concentrara en su carrera, para que escapara de la impredecibilidad consustancial a la vida en Nablus. Arraigó la vida. Se erigieron certidumbres. Nidal se convirtió en Ned.

Nunca hablaban de ello. Palestina. El Hogar. Nunca hablaban en serio de nada. Sólo de música. De música y de las reflexiones que ésta compartía. Para Nidal la música explicaba más de lo que las palabras jamás podrían explicar.

Khalil ve el *ciber*, la solitaria luz en un callejón oscuro, siente las pisadas cuidadosas de Abu Bassem, siente su brazo y se pregunta si puede, sólo por un instante, suplir a su hijo. Bassem vela por todos nosotros. El mártir es un testigo que habla de la injusticia que ve. Se planta ante la violencia y cae ante ella. Rachel Corrie\* ante su minotauro.

—Y ahora la gente nos pregunta por qué seguimos con las protestas. Gente que está feliz y que tiene para comer y que se casa y que actúa como si no hubiese personas muriendo por ellos ni personas ahí fuera protestando y siendo golpeadas también por ellos. Le digo una cosa a esa gente: no nos preguntéis *por qué*. Mi hijo murió por ellos y ahora yo moriré por ellos y todos los que están en Tahrir morirán por ellos..., así que no digáis que es momento de calmarse, no digáis que no deberíamos protestar, no nos digáis que nos quedemos en casa, no nos preguntéis *por qué*. ¿Por quiénes estamos muriendo? ¿Por nosotros mismos? Aquí estábamos, vivos y felices y demás. Estamos muriendo para detener las matanzas y la corrupción. Estamos muriendo por

respeto. Estamos muriendo por pan, libertad y justicia social. Y estamos muriendo por vosotros. Así que no nos preguntéis por qué. Por favor. Podéis quedaros en casa. Mañana os harán a vosotros lo que nos han hecho a nosotros. Y peor. Porque sobra la gente que se lo permite. Quedaos en casa, comed, relajaos, disfrutad de una vida agradable, y ya veremos qué os sucede mañana.

El mártir muere por su testimonio y tú, Abu Bassem, eres el *sahid* de tu hijo el *saheed*,\* eres el testigo del mártir, el que no será acallado, el que ve y dice la verdad.

Un sencillo órgano de iglesia que aglutina unas cuantas notas ordinarias para llamar la atención de la gente. Y entonces la voz se eleva...

Llevo en  
la tormenta  
tanto tieem...po

Khalil oye la música en su cabeza, vuelve a reproducir el día que intentó preguntar a su padre. Palestina. ¿Cómo es? Era una pregunta sencilla, aunque ambos sabían cuál era la verdadera: ¿Por qué no es nuestro hogar? Y la respuesta, la mirada, la profunda calada al cigarrillo, la pausa. Su padre se levantó de su butaca, se abrochó su raído chaleco, se lo alisó y fue hasta el reproductor de discos. No hay una respuesta única, dijo. Khalil pudo ver la carátula del disco, una fotografía en blanco y negro: el Reverendo Franklin. Lo escucharon en silencio, la voz del Reverendo elevándose hasta unirse al coro y sosteniendo aquella nota grave de prolongada pena antes de desplomarse en lamentaciones al Señor. La voz, pesada como una montaña, llenó la habitación con la pérdida de generaciones.

Llevo en  
la tormenta  
tanto tieem...po Los dedos de Khalil se ciernen sobre el teclado, a la espera de su música. Verá otra vez el vídeo. Una racha de viento, un giro de cabeza, sangre negra en el asfalto, el frío de la morgue. Hoy soy brutalista y construiré en bloques lógicos e incuestionables: noticias, entrevista, música, final. Hoy soy modernista y haré tajos entre los segmentos para revelar verdades ocultas mediante combinaciones catalíticas. Hoy soy gótico y el espectáculo de la música se alzaré por encima de la lógica de la entrevista y del empirismo de las noticias. Hoy hallaré vuestra música.

Llevo en  
la tormenta  
tanto tieem... po  
niños

El vacío fluorescente de la habitación de un hijo muerto.

Su padre, la nevada soledad y la celda silenciosa. Ausencia, una fluorescencia vacía.

Llevo en  
la tormenta  
tanto tieem... po

Oo... o... o... oh

Señor, concédeme algo de tiempo  
para rezar

17 DE NOVIEMBRE DE 2011

–Tienes que ayudar. Mariam, tienes que hacerlo. Estaba pintando las paredes en casa de Umm Ayman\* y se lo llevaron y no sabemos adónde y su teléfono está apagado tienes que ayudar se lo llevaron anoche y ni siquiera nos habíamos dado cuenta hasta esta mañana y no sabemos dónde está tienes que ayudar, Mariam, no sé qué hacer.

–Está bien, Tante, coge aire –dice Mariam–. Todo saldrá bien. Tú cuéntame todo lo que sepas y nosotros le encontraremos. ¿Dónde lo arrestaron exactamente?

En menos de una hora Mariam está subiendo con resolución los escalones de la comisaría de Qasr al-Nil; Rania y Malik, un abogado, la siguen de cerca. No baja el ritmo cuando en el recibidor se aproxima a un joven agente sentado a un escritorio lleno de astillas.

–Tienen a alguien detenido ilegalmente.

–¿Cómo? ¿Tú quién eres?

–Este hombre de aquí es abogado de la Iniciativa Egipcia por los Derechos Individuales. – Hace un gesto hacia Malik, pero no da su nombre–. Buscamos a un joven llamado Abdulrahman Ahmed. Fue arrestado anoche ilegalmente por repintar la casa de otra persona.

–¿Repintar?

–Sí, por repintar. Sabemos que lo tienen aquí y exigimos que sea puesto inmediatamente en libertad.

–¿Exigís?

–Sí, exigimos. En diez minutos se informará a los medios de que se está reteniendo de manera ilegal a un joven estudiante que estaba ayudando amablemente a la madre de un mártir a repintar su casa. En una hora una multitud de cinco mil personas se echará a la calle. Si mañana por la mañana no ha sido liberado, cinco familiares de los mártires darán una rueda de prensa...

–Vale, vale. Espera.

El agente está perplejo. Se levanta y se adentra en el oscuro pasillo que tiene detrás.

Mariam piensa en la casa de Umm Ayman, en las paredes ahora iluminadas con la cara de su hijo, con su nombre. Mariam se sienta todas las semanas con los familiares de los mártires en el apartamento de Umm Ayman, se toma un té con ellos, discuten los planes y los sueños que tienen para el recuerdo de sus hijos caídos. Se han formado nuevas redes de confianza y de consuelo y de revolución. Las declaraciones de los familiares de los mártires conllevan una carga política mayor que ninguna otra.

–Por favor. –El joven agente ha regresado–. Por favor, siéntense.

Malik camina de un lado a otro delante de ellas, Rania escribe *tweets* y correos electrónicos y los guarda en borradores, a la espera de la señal para publicarlos, Mariam telefona a Abu Bassem y le pide que prepare a las familias para hacer una comparecencia por la mañana. Las celdas están en el subsuelo, bajo sus pies. Está a la escucha de sonidos, de vibraciones, de comunicaciones encubiertas. Pero los muros son gruesos. Noventa y nueve comisarías reducidas a cenizas pero Qasr alNil aún se resiste.

Su teléfono vibra...

UMM AYMAN: Por favor, mantenme al corriente de las noticias sobre Abdu. ¿Convocamos ya la

## rueda de prensa?

Umm Ayman se ha fortalecido mucho. Mi hijo, dice, mi hijo murió por esta revolución y ahora yo daré por ella hasta mi última gota de sangre.

–¿Convocamos la rueda de prensa?

–Dales una hora –dice Rania.

–Vale. Bueno, ahora habla por teléfono en voz alta como si tuvieses a Yosri Fouda\* al otro lado.

Rania pone el teléfono en silencio y se une a Malik en su deambular.

–¿Yosri? –aúlla a cada paso–. Yosri, ¿me oyes? Sí, seguimos en comisaría. Lo tienen retenido. No, no sé si lo han torturado. ¿Que hay gente preguntando? Pues diles que no lo sabemos. Sí, en la comisaría de Qasr al-Nil. Repintando, eso es.

Mariam tiene que salir fuera para evitar reírse. Enciende un cigarrillo y a la primera calada recuerda nuevamente cómo su antigua vida ha sido del todo arramblada. Amigos del colegio, antiguos compañeros, sueños de juventud, exnovios..., todo ha dejado de existir.

–Sí, de acuerdo, Yosri, ¿se lo dirás a todo el mundo, entonces? Sí. Genial. Vale, en un rato te veo.

No pasa mucho hasta que en la penumbra del pasillo una puerta se abre de golpe y un muchacho aparece, sonriendo como si acabara de marcar un gol.

## UMM AYMAN

Piensa, cada mañana, en el modo en que él solía preparar el queso para el desayuno. En Ayman, su hijo, su Ayman, y en su momento de orgullo al presentárselo cada día a la familia. En la suave blancura que sacaba a cucharadas del paquete y untaba en espiral en un cuenco poco profundo, las hierbas (normalmente *zaatar*, a veces menta), una casi extravagante gota de aceite de oliva después y el aire de callada satisfacción que con disimulo le trepaba por la comisura de los labios mientras guardaba rápidamente el bote. Su contribución. Lo que cada mañana podía darnos. Ella lo imita, las hierbas, la espiral, y lo pone ante lo que le queda de familia. Reunida, ahora, todas las mañana, en el luto y la ausencia. Está agradecida. Estará atenta. Y cuando el desayuno acaba siempre sobra un poco. Se asegura de ello. Lo pone en la nevera. No piensa los motivos. Es donde ha de estar. Heba, su hija menor, siempre pendiente, lo primero que hace cada mañana es sacarlo y fregarlo antes de que se despierte su madre. Y el día vuelve a empezar. Las reliquias de los muertos. Las vestiduras de los santos. Las directrices de las estrellas. ¿Te oyen? ¿Me oyes? Una y otra vez y por siempre. Los ritmos y los rituales que nos mantienen con vida, que nos mantienen fuertes en nuestra fe y en nuestro quehacer a través de esta crueldad. Ella sabe que es un sinsentido. Que es, incluso, ridículo pensarlo, pero es incapaz de apartar ese pensamiento. Que tenía hambre. ¿Por qué no comimos juntos? ¿Tan absortos estábamos con las noticias? Su hijo murió con hambre. Salió como un hombre a defender a su pueblo y a su iglesia y a su familia y se marchó, se marchó con hambre. No te preocupes. Puede oír claramente su voz. Comeré, te lo prometo. No te preocupes, mamá. Mi niño. Mi niño querido. ¿Habrías sido capaz de correr con mayor rapidez aquellos centímetros? ¿De aguantar más tiempo aquel segundo? ¿De respirar incluso una bocanada más?

19 DE NOVIEMBRE DE 2011 6:09 P. M.

Mariam abre su mochila y se mueve con rapidez por su apartamento: cargador, agua, dos paquetes de cigarrillos, dos mecheros, una libreta, espray antiséptico, bolígrafo, analgésicos, cepillo de dientes, ropa interior, calcetines, camiseta, carné de identidad. Dinero, teléfono y llaves, en los bolsillos.

Saca el teléfono y escribe un *tweet*:

Todos: Id a Tahrir ya. Decídselo a todos. La policía ha atacado la protesta por «los heridos de la revolución». Cantidad de gente en la calle.

–¿Lista? –pregunta Khalil.

–Sí –contesta ella–. Vamos.

En cuatro segundos es capaz de cubrirse la cara con la *kufiyya*, atársela a la nuca, de convertirse en un chico. Lo ensaya una vez, frente al espejo del dormitorio. Él le mira las manos, tan diestras con el nudo.

La atrae hacia sí y ambos se detienen un momento antes de adentrarse en aquello. Está volviendo a ocurrir por fin. Las calles están llenas. Ella lo besa, se arrima a él; desde la calle se eleva el clamor de los disturbios.

–No hagas ninguna estupidez –dice ella–. Ni ninguna heroicidad.

–No es por mí por quien estoy preocupado.

Se aprieta contra él un último instante y él recuerda su primera noche juntos y el eco de las balas al rebotar en el aire y la sangre acelerada mientras atraía con sus manos el cuerpo de ella hacia el suyo... pero el portón está abierto, es hora de irse.

No hay coches en la calle. Los elegantes bulevares del centro están casi desiertos. La poca gente que hay corre hacia Tahrir. Un furgón policial arde en la plaza. Khalil y Mariam se apresuran por entre la multitud, hacia la reverberación de las escopetas por toda la calle Mohamed Mahmoud. De un lado a otro de la plaza resuenan las mismas palabras, una y otra vez:

¡Abajo, abajo el régimen militar!

Mariam no puede sino sonreír.

¡Abajo, abajo el régimen militar!

Está volviendo a ocurrir por fin.

Neumáticos incendiados iluminan la larga y estrecha penumbra de la calle Mohamed Mahmoud. Siluetas se escurren por entre las llamas. La policía forma una oscura hilera de hombres más adelante. Al frente, los reclutas. Detrás de ellos aguardan los siniestros agentes, con sus furgones y sus escopetas preparados. Y detrás de todos ellos se encuentra el Ministerio del Interior, que aún resiste pese a todos los que en enero dieron sus vidas intentando tomarlo. Motos ambulancia retiran a los heridos de la primera línea a toda velocidad. Ella aprieta la mano de Khalil y desaparece. Él saca su teléfono y lo activa para que grabe por los micrófonos instalados

en los auriculares. Se hace a un lado durante un momento, observando el contorno y el ritmo de la batalla.

Un centenar de personas conforma en todo momento la primera línea, tropas informales de arrojadores de piedras y de mierda verbal que lanzan a los polis cualquier cosa que encuentran. Tras ellos una sección media se despliega calle abajo, el apoyo inmediato; gente que se toma un descanso de las pedradas o que acucia el coraje para esos pocos pasos finales hasta la línea de fuego; gente que se apiña para ver mejor, los incendiarios y los que recogen y lanzan los botes de gas lacrimógeno de vuelta al lugar del que proceden. Detrás de ellos, donde la calle Mohamed Mahmoud desemboca en Tahrir, están los espectadores, los de los cánticos, los de los tambores, los médicos, los que proveen de piedras y los vendedores ambulantes.

Un pedrusco se estrella contra un árbol por encima de Khalil y le golpea en la cabeza, otro le raspa el hombro y otro rebota en el asfalto hasta darle en la espinilla, y coge uno y se lo lanza de nuevo a la policía. No puede ver dónde aterriza. Se pone la capucha y se interna en la multitud, en un anonimato unitario, y con cada piedra que lanza hacia tierra de nadie siente una potencia que crece conforme más y más cuerpos se agolpan hacia el frente. Cada disparo retumba como un oleaje que se propaga por la multitud, cada persona que cae es trasladada rápidamente ante los médicos, cada piedra en el aire es un sino invisible, un fatalismo estimulante.

Suena una sirena y un pánico de luz azul refulge en la oscuridad. Suena una escopeta. Cargan dos carros blindados, rociando casquillos, y un bote de gas lacrimógeno aterriza a sus pies y el veneno enseguida le hace efecto con calambres en el estómago y le achicharra los ojos y en la estampida corre de vuelta a Tahrir, aguantando la respiración hasta que se retuerce, con arcadas secas, a la espera de que el estómago se le distienda. A través de la mucosa salada que le anega los ojos ve a un chico con una capucha, nota que le frota la espalda, y hasta que no recupera el aliento no ve que se trata de Mariam.

–¿Te encuentras bien? –dice ella.

–Estoy bien.

Se quita la mochila y saca de dentro media cebolla, se la sostiene debajo de la nariz.

–¿Esto funciona? –pregunta él.

–Prueba.

Él inhala.

–¿No es un viejo truco palestino? –pregunta ella.

–¿Lo es?

Detrás de ella en la multitud varias personas se están salpicando Pepsi en los ojos, desesperados por mitigar el ardor.

–Antes hacía lo de la Pepsi –dice Khalil–. Esto es mejor.

Un tipo con una enorme caja de cartón sobre la cabeza agita el brazo por entre la multitud.

–¡Máscaras antigás! ¡Diez libras! ¡Hazte con tu máscara antigás!

–¿Estás bien? –dice ella.

–Sí.

–Tengo que encontrar a mi madre –dice Mariam, luego le aprieta la mano y desaparece.

Khalil enciende un cigarrillo. El gas se ha disipado y la multitud vuelve a fluir por Mohamed Mahmoud a por el siguiente asalto. Se le hincha el pecho con el orgullo del guerrero.

¡Abajo, abajo el régimen militar!

Una mujer sostiene en alto una botella de Pepsi en busca de pacientes. Khalil se saca el teléfono del bolsillo, comprueba la grabación.

–Bonita vista, ¿verdad? –La voz le llega desde detrás. Se gira y ve a Hafez. Incluso en mitad de un disturbio Hafez va bien vestido, una americana informal aunque decente por encima de una rugosa camisa negra. Está de pie con una vieja cámara Hasselblad colgada de un hombro y una digital estándar al cuello.

–No está mal.

–Al Ejército no le ha llevado más que nueve meses.

Las llamas de un furgón policial surcan a lengüetadas el aire.

–¿Llevas mucho aquí? –pregunta Hafez.

–Un par de horas.

Hafez está observando el palpitante vaivén de la multitud, estudiando sus movimientos, alerta, siempre, a la imagen.

Ocho personas cargan con el cuerpo de un hombre. «El hospital de campaña», gritan. «¿Dónde está el hospital de campaña?», y dos chicos echan a correr con ellos.

–¿Viste cómo empezó? –pregunta Khalil.

–Oí que llegaron y que la pasma se puso a repartir palos en el campamento de protesta por los heridos de la revolución.

–Es un movimiento estúpido.

–O una provocación.

Siempre que mira a Hafez se acuerda del 28 de enero. Unidos por el azar e inseparables desde entonces. El día de los días. El día que ganamos. El día que la policía huyó. El crisol en el que se catalizaron nuevos lazos, una química nueva. Khalil lo visualiza inmóvil, siempre, un instante congelado al sol: el cielo de un azul brillante, el resplandeciente metal que cae directo hacia ellos como un animal mecánico, la multitud escindiéndose y corriendo y tapándose los ojos mientras viene a por ellos, hasta que Hafez emerge de aquel mar de vacilación y lo atrapa con el pie, aquel siseante bote de gas lacrimógeno que vertía su malicia al mundo y que después está de nuevo por los aires y la multitud vuelve a rodearlo y a rugir desafiante mientras el resto del veneno deja un rastro en su descenso hacia su tumba en el Nilo, y ahí está Hafez con un orgullo salvaje en la mirada y un verdugón rojo de piel chamuscada por toda la mano y la multitud que se abalanza de regreso al puente.

–¡Queman! –dijo con sorpresa, riendo casi, sacudiendo al viento la mano chamuscada. Ni siquiera sabíamos que quemaban. 28 de enero. Apenas un puñado de chavales en las calles.

Un hombre se aparta de la multitud. Lleva en la mano tres botes de gas lacrimógeno.

–¡Haga una foto a esto! –le grita a Hafez–. ¡Haga una foto a esto, señor! Pone FABRICADO EN EE.UU., ¿verdad? ¡No ha cambiado nada! ¡Haga una foto a esto! ¡Que se joda Tantawi\* y que se joda el Ejército!

Hafez saca una foto, da las gracias y el hombre sigue su camino.

Una médica con bata blanca avanza con cautela por entre la multitud, lleva una máscara antigás negra que se ha levantado hasta la frente. Hay un viejo sentado en el suelo con la cabeza entre las manos.

–Señor, ¿se encuentra bien? –le pregunta. Él asiente y se apoya en ella, que lo ayuda a ponerse en pie y a recobrar el equilibrio y ambos regresan a la batalla.

–Puto Tantawi –dice Hafez, sacudiendo la cabeza–. ¿Qué se creen que están haciendo?

–No saben lo que están haciendo.

–¿Que no? ¿Vienen sin querer a que los saquen en directo por la tele apaleando a un puñado de inválidos?

–Ésos eran polis.

–¿Y crees que los polis hacen algo sin el visto bueno de los de arriba? –dice Hafez.

–La policía y el Ejército no tienen por qué ser amigos.

–Ahora mismo son amigos –dice Hafez.

–Los humillamos –dice Khalil–. Igual quieren vengarse y Tantawi no es capaz de controlarlos.

–Hay elecciones dentro de cinco días –dice Hafez. El furgón policial arde frente a ellos. Tres cámaras de informativos graban las hambrientas llamas–. Esto no es casual. Lo han dejado aquí para que lo incendiemos.

–Pero el Ejército *quiere* elecciones –dice Khalil–. No quiere esto.

–Tampoco los Hermanos –dice Hafez–. Por eso no están aquí.

Los ecos de un rugido triunfal retumban desde la primera línea. Cientos de personas llegan en oleadas a la calle y Khalil las sigue, ansioso por regresar a la lucha, por llegar a casa y oír las nuevas grabaciones, por quitarse la ropa gaseada y meterse, vivo, en la cama con Mariam, por subir a Facebook el nuevo *podcast* y ver el pico de descargas, por las historias que contarán en los años venideros.

19 DE NOVIEMBRE DE 2011 8:47 P. M.

–¿Qué necesitas? –pregunta Mariam al deslizarse por debajo del cordón que separa el hospital de campaña de la calle. Ha localizado a su madre desde lejos, su pelo gris recogido en un moño tirante, la linterna frontal, los movimientos rápidos.

–Betadine, algodón, gasas –dice su madre sin levantar la vista de las perdigonadas en la espalda de su paciente.

Mariam sabe cómo moverse por entre los suministros y enseguida coloca cuidadosamente cada artículo cerca de su madre.

–¿Pongo las vendas? –dice Mariam.

–Sí.

Juntas trabajan con rapidez. A Mariam le encanta ver trabajar a su madre. De joven Mariam tuvo una visión de sí misma como médica en una sala de urgencias, rápida y clara en sus indicaciones, serena bajo presión, compasiva con sus pacientes, un ejemplo para sus colegas e inmaculada en su uniforme quirúrgico.

–¿Estás bien? –le pregunta su madre.

–Perfectamente.

–¿Y Khalil?

–Estamos todos bien.

–Estupendo... Te pondrás bien, hijo –le dice Nadia al muchacho, que aprieta los dientes al contacto del metal candente contra su cuerpo–. No tienes nada serio, gracias a Dios. Te limpiaremos y quedarás perfecto.

–Gracias –murmura el chico sin separar los dientes.

El teléfono de Mariam vibra:

Tengo los suministros, ¿dónde quedamos?

Diez minutos más tarde se reúne con el viejo amigo de sus padres junto al edificio de la bolsa. Él sonrío al verla, abre el maletero del coche.

–Prácticamente todo lo de la lista –dice él.

–Genial –dice ella, contando rápidamente las cajas–. Gracias.

–Mañana volveré con más. Ten cuidado.

No pueden acercarse al coche hasta el hospital de campaña pero ella sola no puede cargar con todas las cajas. Cuatro muchachos fuman sentados en la terraza de una cafetería.

–Eh –dice Mariam. Los chicos levantan la vista hacia ella–. Sí, vosotros –dice–. Venid y ayudadme a llevar esto a la revolución.

Se ponen firmes de un salto, agarran dos cajas cada uno y la siguen a través de la multitud hasta el hospital de campaña.

Su teléfono vibra:

ROSA: Cualquier herido llevadlo al hospital Qasr al-Aini y llamadme. Allí hay algunos médicos de confianza.

Cada treinta segundos llega una nueva moto ambulancia con el cuerpo de otro joven plagado de perdigonadas sanguinolentas.

–Señorita, disculpe –dice desde arriba una voz profunda, formal.

–¿Sí? –dice Mariam, sin levantar la vista.

–¿Haría el favor de ponerse esto?

Ella levanta bruscamente la vista. ¿Ponerse esto? ¿Cómo tiene este capullo los santos cojones de atreverse? ¿Ponerse esto? Como tenga en la mano una puta gorra o un velo, le voy a...

Le está tendiendo un casco blanco.

–Por favor –dice–. Hemos comprado cascos para los médicos. Tiene que andarse con cuidado. La necesitamos.

20 DE NOVIEMBRE DE 2011 2:19 A. M.

Rania manda en la sala, con las manos repletas de papeles y teléfonos; grita instrucciones por encima del televisor que atruena en una esquina.

–¡Máscaras antigás! Diles que compren máscaras antigás y comida. Plátanos, galletas, bocadillos de queso. Nada de grasa. ¡Y máscaras antigás! Va todo camino de la mezquita Omar Makram... ése es ahora el centro de distribución. ¡Y zumo! Zumo en envases pequeños. ¿Lo has apuntado? Les mantiene alto el azúcar en sangre. ¿Cuántas cámaras tenemos allí? ¡Tenemos que estar ya mismo sacando vídeos! Nos hace falta una lista de gente con cámaras, editores. ¡Tenemos que sacar vídeos esta noche!

De ella parte una red de información que se transmite hacia y por todo el centro de la ciudad.

La mesa de comedor en mitad de la oficina de Chaos está abarrotada de portátiles atareados con noticias, vídeos, fotografías, *tweets* y notas de prensa. Un amigo de Mariam, Ashraf el Gigante, está apañando extensiones de cable de red mientras Hafez inserta cables USB desde un enorme disco duro en los ordenadores en espera que hay sobre la mesa. Rosa está fijando a la pared un tablón de anuncios para la información nueva: *cámaras, editores, urgencias médicas, compra de*

*comida, distribución de comida, contactos con los medios.* La oficina de Caos se ha convertido en un córtex cerebral en el centro de la guerra de información.

En una esquina el televisor emite en bucle el canal estatal.

Podemos asegurar a nuestros conciudadanos que los gases lacrimógenos se usarían únicamente en circunstancias de seguridad nacional.

–¿Hemos enviado ya a la prensa el vídeo de las escopetas?!

–Asegúrate de que va a la nacional y a la extranjera.

–¿En cuántos idiomas podemos colgarlo?

Y no existe ni un ápice de verdad en los maliciosos rumores sobre el uso de munición contra civiles.

–¿Al final Nancy se compró la cámara esa de visión nocturna?

–¿Quién está confeccionando la lista de hospitales de confianza?

–¿Dónde están las instrucciones aquellas para hacer una catapulta?

No se crean los rumores no verificados. No confíen en los medios de capital extranjero para informarse.

–¿Quiere alguien apagar esa mierda! –grita Hafez desde debajo de la mesa–. Oye, Khalil, tengo una entrevista genial para ti. –Las dos cámaras de Hafez están sobre la mesa–. Estuve hablando con una médica sobre los efectos del gas lacrimógeno. Ten. –Le pasa a Khalil una tarjeta SD.

Cuidado con los alborotadores. Cuidado con los infiltrados. Cuidado con aquellos que pondrían a Egipto de rodillas.

20 DE NOVIEMBRE DE 2011 7:45 A. M.

Khalil corta bruscamente el testimonio del gas con sonidos de los enfrentamientos callejeros y entrevistas...

En todos mis años como médica no he visto jamás reacciones como ésta. El Gobierno está usando un nuevo gas experimental. Posiblemente un gas nervioso. Hay gente muriendo de asfixia.

Sigue con un resumen de noticias sobre las próximas protestas y los suministros que se requieren en Tahrir. Termina rápidamente, exporta y comienza a subirlo a la red.

En cuestión de minutos ha nacido el *hashtag* #egywarcrimes; a medianoche la mitad de los programas de entrevistas de las televisiones no estatales del país están hablando de ello y friendo a preguntas a los portavoces del Ejército; por la mañana, decenas de *websites* de noticias extranjeras están citando las palabras de la médica; durante la tarde han ido entrando correos electrónicos de algunas ONG y de organizaciones de activistas y de académicos preguntando si sería posible pasar de manera clandestina muestras del nuevo gas para analizarlo; y al día

siguiente un portavoz del Departamento de Estado de Estados Unidos niega que ninguno de los fondos de ayuda a la seguridad otorgados al Gobierno egipcio se haya usado jamás para la compra de gas mostaza.

21 DE NOVIEMBRE DE 2011 2:36 A. M.

Mariam tiene cortes en las manos debido a las piedras. El cielo está repleto de desgarrados puños de adoquines que se estrellan alrededor de sus cabezas. Cuando la piedra le golpea, cree que alguien le ha dado una bofetada y se gira velozmente en dirección a los hombres, pero cuando el dolor se concentra en su pómulo lo entiende y trastabilla hasta el lateral de la calle, detrás de un árbol. Un neumático incendiado ilumina las enormes palabras que parpadean en el muro que tiene detrás: SE HARÁ JUSTICIA O MORIREMOS COMO ELLOS.

Su teléfono vibra:

MAMÁ: Es momento de que llames a tu padre

Le sobreviene un arrebato de furia. No es momento de hacer llamadas. Está furiosa, pero tiene frío y quiere quedarse allí cerca del peligro. Quiere quedarse en primera línea. No puede ser que sigan muriendo solamente muchachos pobres.

Se repone. La gente depende de ti. Los hospitales de campaña requieren suministros. Los hospitales requieren medicamentos. Es momento de que llames a tu padre.

Deja caer la piedra que tiene en la mano, se aleja de la primera línea, los faros de las motos ambulancia escarban un sendero a través del bosque de siluetas humanas, llevando heridos recientes a toda velocidad a los hospitales de campaña.

Gira hacia el pasadizo del McDonald's y marca el número de su padre. Antes trabajaban juntos, sus padres. Hacían un trabajo serio, entre los dos mantenían unido a todo un hospital. La mejor unidad oncológica pública de Egipto, decían. Él era, puede que aún lo sea, el mejor gestor del país. Pero se le subió a la cabeza (como siempre pasa) y lo dejó, las dejó, por el vidrio azul y el mármol color crema de un hospital privado allá en el desierto.

–Hola –dice ella–. Soy Mariam.

–Me sé el número de mi hija –dice su padre.

–Necesitamos ayuda. Con suministros.

–¿Para ese caos que estáis provocando?

–¡Nosotros provocando! ¿Ves armas en *nuestras* manos acaso?

–Los Hermanos Musulmanes os están manipulando. Quieren deshonar al Ejército. ¡Estáis deshonorando a Egipto delante de todo mundo!

–Los Hermanos no tienen nada que ver con esto. Ahora están de parte del Ejército.

–Eso no significa que no estén jugando con vosotros. Os están usando para forzar elecciones antes de que los demás estén preparados.

–Por favor. Eso lo podemos discutir en otro momento.

–Escúchame, Mariam. Es lo que siempre hacen. Al final siempre te venden. Pregúntale a tu madre.

¿Y dónde estás *tú*, padre? Con tus años de experiencia. ¿Qué haces que no estás aquí con nosotros ayudándonos a derrotarlos?

–Si estuvieras aquí, verías que es imposible que haya alguien controlando lo que está sucediendo en la calle. Vamos ganando. Sólo nos hacen falta suministros.

Él guarda silencio un buen rato.

Ella enciende un cigarrillo.

–¿Lo de siempre? –dice él–. ¿Lo mismo que en los Dieciocho Días?\*

–Sí. Pero necesitamos algunas cosas para el gas. –Se saca una lista del bolsillo–. Naphcon, Prisoline, Prefrin, Ventolin en inhaladores, máscaras. Y también lo mismo que en los Dieciocho Días. ¿Todavía tienes esa lista?

–No me costará encontrarla. Apenas recibo mensajes de mi hija.

Ella no dice nada. No es momento de dramas familiares.

21 DE NOVIEMBRE DE 2011 1:12 P. M.

Khalil y Hafez se encuentran a unas pocas calles de la batalla, una pausa rápida para un café y un cigarrillo. En el televisor del rincón está Umm Ayman, le está hablando a la cámara. La *qahwa*\*\* guarda silencio mientras sus palabras llenan el pasadizo:

Grabad la sangre del mártir. Le dispararon y lo atropellaron. Vaya a verlo, Tantawi. Vea. Dice que no están disparando a nadie. Vaya. Vea. Vea lo que se les está haciendo a los jóvenes de Egipto. Lo que se le está haciendo a la juventud. A los arrojados a los montones de basura. Dispararon a nuestros jóvenes y los arrojaron a la basura. Pero cada uno de los que están en Tahrir es Ayman. Todos en Tahrir son Ayman. Y mientras sigan en Tahrir, la sangre de Ayman no se perderá. Mientras no den un paso atrás. Diré que la sangre de Ayman se ha perdido cuando se marchen. Si se arrodillan ante ellos y se marchan, entonces la sangre de mi hijo Ayman se habrá perdido. Mientras permanezcan firmes, mi hijo sigue vivo. La sangre de mi hijo no se irá por voluntad propia. Cada uno de ellos es Ayman. Todos y cada uno de ellos es Ayman. Entre ellos cada muchacha es Ayman. Cada muchacho es Ayman. Todos se han convertido en Ayman. Todos los que están en Tahrir son ahora Ayman. Y vengarán su muerte. No se marcharán hasta que hayan echado abajo el Estado entero y lo hayan vuelto a levantar. No se marcharán hasta que cada uno de los policías que ha disparado contra su propio pueblo sea juzgado y encarcelado. Juro que a mi hijo se le hará justicia. Y que Dios no pasará esto por alto.

21 DE NOVIEMBRE DE 2011 7:49 P. M.

Hay un joven tirado en el suelo, semiconsciente, una pierna levantada, los pantalones empapados en sangre. La madre de Mariam está frente a él, anudando con fuerza la herida.

–La arteria femoral –dice Nadia mientras Mariam se arrodilla a su lado.

–Esto puedo hacerlo yo –dice Mariam.

–No te preocupes.

–Mamá..., tienes un montón de pacientes. Yo me encargo.

Nadia hace una pausa, y Mariam se hace cargo del torniquete. Femoral significa que ha perdido mucha sangre.

–Intenta estar tranquilo –dice Nadia en voz baja al muchacho–. Eres muy valiente, hijo. Eres

valiente de verdad. Es una de mis mejores enfermeras. –Le acaricia la frente y se vuelve en silencio hacia el siguiente herido. Mariam retira la palanca improvisada del vendaje, lo ata. El torniquete puede detener la hemorragia pero sin una ambulancia perderá la pierna.

El chico mira a Mariam mientras ella termina de hacer el nudo.

–Te pondrás bien –dice Mariam–. La ambulancia está de camino.

–¿Adónde me van a llevar? –dice él.

–Al hospital.

–Pero los hospitales son de Mubarak.

–No todos.

Los neumáticos de una moto derrapan al detenerse. «¡Eh!», grita alguien. «¡Aquí necesitamos ayuda!». Dos médicos meten en brazos a una nueva víctima y la moto, quemando rueda, acelera de regreso al frente.

–Ven conmigo al hospital –dice el chico.

–No puedo.

–¿Es un buen hospital? ¿Está con la revolución?

–Sí. Es necesario detener la hemorragia. Ellos tienen mejor equipo.

–¿Irás a visitarme? ¿Para comprobar si lo han hecho bien?

Ella le mira por primera vez a la cara y le impresiona lo hermoso que es, sus pómulos altos y su nariz delicada.

–Intentaré localizarte por la mañana.

–Gracias.

21 DE NOVIEMBRE DE 2011 11:49 P. M.

–Es una puta guerra generacional –grita Malik por encima del reverberante eco de las escopetas y de la estrepitosa lluvia de un millar de piedras–. ¡Es una puta *guerra* sin cuartel y si no *hacemos* algo, vamos a estar de putas rodillas hasta que estemos muertos! ¡Porque éstos no van a soltar una mierda hasta que no estén todos muertos! ¡Tomad! Aquí tenéis un poquito de putas elecciones, gilipollas. ¡Ahí os va! Y callaos ya, ¿vale? No nos queda más opción que arrebatarlo, a los *viejos*. La cosa ya no va ni de izquierdas ni de derechas..., son todos iguales. Esto va de jóvenes contra viejos. Si pudieran, esos cabrones nos mandarían a todos a morir a la guerra. Todos los menores de cuarenta, hala, andando. ¡Coged vuestros créditos y vuestros préstamos de estudios y vuestros putos e inservibles grados universitarios y meteoslos por el ojete! Esto es una *guerra*, tío. Jóvenes contra viejos. Por todo el puto mundo.

Malik: otro retornado de la diáspora. Volvió de Glasgow para levantar un nuevo país. Abogado, trabaja en una iniciativa para una reforma policial. En una persona menos inteligente, la voz y el volumen de Malik resultarían tremendamente irritantes. Khalil no quita ojo de la embocadura de la calle Mohamed Mahmoud, por si ve las sirenas, el pánico, la *kufiyya* de Mariam.

Su teléfono suelta un pitido por un mensaje de Facebook...

He estado siguiendo tus publicaciones. Estoy muy impresionada con el valor y el coraje que estáis demostrando todos. Prométeme que irás con cuidado. DIANE X

Khalil siente que la espalda se le yergue con orgullo viril; el mundo entero está mirando. Todas tus exnovias están mirando.

Escucha esencial a cargo de @CaosCairo. Enorme presión la que acumula el Ejército egipcio y encima lo del gas tóxico.

–¿Sabes a que se parece esto? –Malik es tan incansable como la batalla que se libra detrás–. ¿El mundo que tan minuciosamente han construido? Se parece a una de esas putas ratoneras *humanitarias*. Atiende: entrevés un trozo de puto queso cheddar ahí dentro, así que vas y te metes de cabeza puesto que a) ¿por qué no? b) tienes *hambre* y c) eres un *puto ratón* y entonces zas, oh lo siento, oh disculpa, parece que la puerta se ha cerrado a tus espaldas y que ahora estás humanitariamente jodido así que te dejamos para que disfrutes de esa migaja de cheddar con la que te han comprado para el resto de tu inútil vida.

Hafez observa la multitud. Khalil toquetea el teléfono.

Increíble mala gestión del Ejército egipcio. ¡Exigimos que cedan ahora mismo el poder al gobierno civil!

El Único escucha en silencio la perorata de Malik. El Único es un trotamundos, un inmigrante europeo de la vieja escuela que lleva décadas viviendo en el mismo apartamento del centro, y que estuvo casado poco tiempo con una mujer egipcia; un viajero de los días en que uno se iba a cualquier parte sin mirar atrás y lo hacía en el siguiente vuelo barato. Khalil nunca se acuerda de si es búlgaro o húngaro y es incapaz de volver a preguntárselo. Ya nadie se acuerda siquiera de por qué le llaman el Único.

Khalil ve que Mariam se acerca, desenrollándose la *kufiyya* del cuello. Parece exhausta aunque revitalizada.

–¿Estás bien? –pregunta Khalil.

–Sí –dice Mariam–. Con hambre.

–¿Qué va a pasar con el nuevo comité? –pregunta Hafez.

–¿Qué comité? –Malik mete baza.

–Un comité revolucionario –dice Mariam.

–Para la cesión del poder transitorio por parte del Ejército –se hace cargo Hafez.

–¿Quiénes lo conforman? –dice Malik.

–Miembros de las familias de los mártires. Abogados. Figuras religiosas. Académicos. Expertos en leyes. La lista no está mal –dice Hafez.

–¿Crees que el Ejército podría decantarse por eso?

–Si ven que esta mierda no se va a acabar sin una concesión de las grandes, entonces puede. Cada minuto de esto les hace parecer más débiles.

El teléfono de Khalil vibra...

¡Fuerza y solidaridad desde Atenas a mis camaradas de Caos! ¡Sois una inspiración para el mundo!

Malik se inclina para ver.

–Dicen que el CSFA\* tiene aviones preparados en el aeropuerto para huir.

–Cállate.

–Vale.

–Bueno, qué estamos haciendo aquí. Tenemos que volver ahí dentro.

22 DE NOVIEMBRE DE 2011 3:34 A. M.

Khalil permanece detrás de la primera línea. Le duele el hombro después de tantos días tirando piedras, pero sigue del todo alerta.

Hola, colega. Jim del *Huffpost*. Gracias por la entrevista de esta noche. Me pregunto si conoces a alguien de los Hermanos con quien pueda hablar.

Bajo la luz amarilla de las farolas, ve a Ashraf, el amigo de la infancia de Mariam que se ríe lo bastante alto como para acallar a toda una sala y tiene las manos lo bastante grandes como para aplastarte el cráneo y cuyas pisadas hacen temblar los vasos de agua y que no es, insiste Mariam, ni un rival ni una amenaza ni tiene ningún interés ni es ningún ex ni nada..., pero que se ha convertido en su guardaespaldas personal.

–Khalil –dice Ashraf con una sonrisa y una zarpa abierta.

–Hola –dice Khalil, y estrecha la mano de Ashraf con firmeza varonil aunque no competitiva. Ashraf no le preocupa. Está encantado, de hecho, con que cuide de Mariam.

–Te veo en casa después –dice Mariam–. Tenemos que ir a la morgue.

22 DE NOVIEMBRE DE 2011 4:28 A. M.

Está aquí, tal como Mariam sabía que estaría. El cuerpo drenado de color, el torniquete calado de sangre reseca y ennegrecida. Y ahí está el número de teléfono, cuidadosamente escrito a rotulador en el antebrazo izquierdo.

–Hola –contesta una voz agobiada. Un niño llora de fondo.

–Hola, señora –dice Mariam, insegura de cómo continuar–. Mi nombre es Mariam.

El chico no se mueve y ella no sabe cómo se llama. El chico no se mueve. Por supuesto que no se mueve. Jamás volverá a moverse. ¿Apretaste lo suficiente el torniquete? ¿No tendrías que haber dejado que tu madre hiciera su trabajo? ¿No le habrás costado tú un segundo crucial? ¿Cogiste las riendas antes de estar preparada? Su mano no se mueve. Su mano jamás volverá a moverse. ¿Podría un segundo, una respiración, más sangre haber supuesto la diferencia?

–¿Sí?

–¿Es éste su número de teléfono? –Mariam se atasca.

El cuerpo del chico yace frío bajo el deslumbrante brillo de los fluorescentes. Su camiseta está desgarrada, su esbeltez expuesta al frío, a los frigoríficos de aluminio, al metal de la mesa del forense.

–¿A qué te refieres con que si éste es mi número? Me acabas de llamar tú, ¿no?

–Tiene razón. La he llamado yo.

No hay sábana con la que cubrirlo. Tan sólo hay humedad y moho y acero manchado. El funcionario no entra. Nadie habría llamado a este número.

–La llamo desde la morgue municipal.

–Ay, Dios. ¿Qué le ha pasado? Ay, Dios, ten piedad. ¿Qué le han hecho?

–Su hijo fue muy valiente.

Nadie la habría llamado. Lo habrían enterrado en el desierto con el resto de cuerpos anónimos. ¿Cuántas madres siguen ahí fuera buscando a sus hijos?

–Su hijo fue muy valiente. Ahora es un mártir.

22 DE NOVIEMBRE DE 2011 4:59 A. M.

Su mano yace fría sobre la mesa cromada. Mariam quiere alargar el brazo y sujetarla. Sigue sin saber su nombre. La mano está inmóvil, estará por siempre inmóvil. Si la sujetara, no pasaría nada. Si la sujetara, quizá no estaría tan solo. Si la sujetara, el forense entraría y se formaría un escándalo.

No separa las manos de las caderas, a la espera de que llegue la madre del chico.

¿A cuántos hemos perdidos hasta el momento? ¿Qué efecto tiene esto en nosotros? ¿Cuántas veces advertimos a la gente? Podrías haber hecho más. Siempre hay algo más. No hay nada seguro. Nada salvo la muerte. Podríamos haber parado esto. Podríamos haber contraatacado con más fuerza, antes. ¿Y si no hubiésemos abandonado la plaza el día que Mubarak renunció al cargo? Si cinco minutos hubiesen sido distintos. Si una sola palabra se hubiese dicho de manera distinta. Tendríamos que haber actuado diferente..., porque vosotros sólo conocéis una manera. Vosotros con vuestros camiones de hombres desnutridos arrancados de los campos para que tiren piedras contra su propio pueblo en ciudades extrañas y para que se planten como carne de cañón ante los agentes y sus escopetas y sus equipamientos antidisturbios. ¿Es esto lo que tenéis? ¿Es éste el poder miserable al que os queréis aferrar? ¿Un ejército de esclavos que durante el servicio militar trabaje en vuestras fábricas y vuestros campos, vuestra producción de pasta y vuestros equipos de aire acondicionado y clubes masculinos y paredes rosa salmón? ¿Para esto vais a entrar en guerra con vuestro propio pueblo?

Coge la fría mano del chico y la sostiene con delicadeza, oye la lluvia de balas y el eco de la muerte y se acuerda de Khalil, de aquella primera noche, escondiéndose lejos de Tahrir mientras el metal del Ejército repercutía por todo el centro de la ciudad. Hace meses de aquello. El 8 de abril. Corrieron a esconderse y en la penumbra de un descansillo se detuvieron y ella le tiraba de la camisa y le recorría el cuerpo con las manos.

–¿Te han dado? –no paraba de decir ella–. ¿Te han dado? –Y al mismo tiempo le revisaba los pantalones en busca del calor húmedo de la sangre–. ¿Te han dado? ¿Te han dado?

Y entonces él puso sus manos en ella y no le habían dado, y puso sus manos en su pelo y en su espalda y ninguno de los dos sangraba y ninguno de los dos estaba muerto.

22 DE NOVIEMBRE DE 2011 5:21 A. M.

La madre necesitará ayuda. ¿Y cuántas otras madres? ¿Cuántos cuerpos aguardan en los frigoríficos de aluminio a que sus tíos vengan a lavarlos? Quiere abrir una de las puertas, pero tiene miedo. ¿Y si dentro de cada frigorífico hay cinco cuerpos hacinados? ¿Y si están pudriéndose por falta de frío? No se aparta del chico, de su cuerpo que amarillea bajo la fría franja de luz. Le acaricia el dorso de la mano y ahora ve a Venera en la morgue con la mano de

su marido apretada contra su pecho tras lo de Maspero, nota que el sabor del último aliento de los muertos le recubre la garganta, se aposenta en el fondo de sus pulmones. Con tanta rapidez llega el final.

Podríamos haber hecho más. Siempre podríamos haber hecho más. Tendríamos que haber logrado que la gente nos escuchara antes. Fuimos demasiado lentos y ahora se han puesto de acuerdo con los Hermanos Musulmanes y nosotros lo único que tenemos son piedras. Los Hermanos conservan la paz y el Ejército conserva sus cuentas bancarias. Se nos echan encima las elecciones, la trampa está dispuesta. ¿Creen que pueden acabar con la revolución con unas elecciones? Creen que es lo único que se necesita. Khalil está pensando en votar. ¿Cómo puede pensárselo siquiera? Qué se supone que hemos que hacer..., ¿recoger nuestras cosas de la morgue e ir en silenciosa fila hasta las mesas electorales? ¿Todo esto para eso? ¿Para eso tanta muerte? ¿Para que se olvide con una votación?

22 DE NOVIEMBRE DE 2011 5:44 A. M.

Una vez, en lo profundo de la fluorescencia de un edificio gubernamental (tuvo que haberse tratado del Mogamma3),\* de pie en la fila eterna, rompió a llorar. Mariam lo recuerda perfectamente. La crueldad de aquello. El burocrático desdén por nuestros preciados hábitos que se desvanecían en nuestra eterna e intachable estela; los segundos que nos regalaban los millones de accidentes irrepetibles y las divinas coincidencias químicas ardían ante sus ojos, se evaporaban de su cuerpo, de dentro de sus almas al interior de la terrenal certeza de la burocracia estatal. Se agarró el pecho y salió corriendo al invierno en espera. Qué corta es la vida. La vida está para ser vivida y la muerte para ser temida y odiada y recordada y resistida cada día. Sólo existe el ahora, ni siquiera existe el mañana. Una vida de la que otros hablen cuando ésta nos abandone. Ése es el logro. Una vida que con la memoria conquiste la muerte. No sabe cómo se llama el chico.

Su teléfono vibra:

Hola. Mi hijo ha desaparecido. Me han dado tu número. Creo que lo tiene el Ejército. Me han dicho que puedes ayudarme.

Saca de su bolsillo trasero un bolígrafo y una libreta maltrecha y añade el nuevo teléfono a la lista de la mañana.

UMM X

Vio el bolígrafo en su mano, vio los números que le subían por el brazo, sus números. No lo había visto con un bolígrafo en la mano desde que dejó la escuela. Una parte de ella estaba orgullosa. Entonces lo entendió mejor. Entonces tendría que haberlo encerrado en casa con llave. Tendría que haberle quitado el teléfono, haber llamado a su tío y haber atrancado la puerta. Tendría que haber llamado a su tío y haberle enviado al pueblo, lejos de la ciudad. Tendría que haberle quitado los zapatos y haberlos hecho pedazos. Tendría que haber cerrado la puerta y derretido la llave. Lo sabía, sabía que estaba viendo ese vídeo a solas en su habitación. ¿Qué clase de madre deja que su hijo haga una cosa así? ¿Cómo pudiste oírlo, la súplica en mitad de la

noche, y no quitárselo? «Por favor, *basha*,\* por favor, más no. Por favor, por favor, más no». ¿Cuántas veces vio el vídeo, la imagen granulosa, la humillación de su padre, la porra del policía, las cuerdas ensangrentadas? «Por favor, *basha*, por favor por favor se lo ruego». Palabras que durante años nos han atormentado a todos, palabras que oigo en el destello de cada cuchillo, en el brillo de esta mesa de metal. ¿Cómo puede una oír que su hijo está escuchando esa obscenidad y no quitársela? ¿Le tenías miedo, un poco? ¿Sabías que no te lo daría? ¿Que se habría vengado? No podrías habérselo quitado. Lo supiste desde el primer momento en que lo viste, sentado en un rincón, el teléfono en la mano, la voz de su padre suplicando desde el pasado, el látigo del policía chasqueando en la noche. Lo sabías, lo sabías. Y ahora te han quitado también a tu niño.

22 DE NOVIEMBRE DE 2011 6:47 A. M.

Mariam sale a la luz del día y le extraña ver a Khalil sentado en el murete de fuera de la morgue. Ha muerto alguien más, piensa.

–¿Qué haces aquí? –dice ella.

Él se levanta.

–Pensé que te vendría bien que te acercaran a casa.

–Gracias. –Ella le pone el brazo sobre los hombros y al ver el coche su cuerpo toma consciencia del cansancio y las piernas le tiemblan un poco. Se sienta y se funde con el profundo asiento, en sus huesos, en su piel, en su pelo, en todo el peso del alivio de estar sentada. Ella le pone una mano en la rodilla.

–¿Quieres ir a casa? –pregunta ella.

–¿Por qué? ¿Quieres ir al frente?

–Vamos a echar un vistazo –dice.

22 DE NOVIEMBRE DE 2011 7:39 A. M.

Al amanecer hay una espera. Un decaimiento. La oscura posibilidad de la noche se ha acabado y el mundo real le ha sobrevivido y acrecienta su fortaleza alrededor de ella en forma de tiendas abiertas y del rugido de los primeros autobuses que pasan, y pronto no quedará más que la necesidad de darse una ducha para quitarse de encima los acelerantes químicos de la noche. El sol naciente impregna las calles de un gris apagado, y lentamente ilumina la larga y arruinada calle entre la policía y los pocos revolucionarios que quedan. Khalil y Mariam se sientan uno al lado del otro encima de un coche aparcado en Bab al-Louq, fumando y observando; sus piernas se tocan. Un bote de gas lacrimógeno se atraganta con sus últimos alientos. La policía, con equipamiento antidisturbios, permanece en un extremo de la calle, todos con escopetas a lo *Grupo Salvaje* apoyadas en las caderas. Los revolucionarios, con cigarrillos colgándoles de los labios, esperan piedra en mano; el tramo de calle que los separa es demasiado amplio como para arrojarlas.

24 DE NOVIEMBRE DE 2011 6:47 A. M.

Llegan al amanecer con camiones y una grúa. Los militares empujan a la multitud por la calle

Mohamed Mahmoud, lejos del Ministerio del Interior. La grúa suelta bloques de hormigón sobre el asfalto. Bloque a bloque se construye un muro. Médicos de los Hermanos Musulmanes, ataviados con batas blancas, las barbas recortadas, se suben al muro. En pie y de la mano de un general, uno de ellos grita a la multitud por un megáfono:

–Volved a la plaza. ¡La revolución está en la plaza! ¡El Ejército ha levantado este muro para vuestra seguridad! ¡Id, en Tahrir podéis protestar con seguridad! Volved a la plaza. ¡La revolución está en la plaza! ¡La revolución está en la plaza!

Algunas personas arrastran los pies de vuelta a Tahrir.

Una voz grita:

–¿A qué os referís con lo de la plaza? ¡¿Qué puta clase de revolución tiene lugar en una plaza, gilipollas?!

–¡Quitaos de en medio, traidores! –grita otro hombre–. ¡Esto es entre nosotros y la policía!

–¡La revolución está en la plaza! ¡Protestad de manera segura y democrática en la plaza!

Una hilera de hombres de los Hermanos se planta delante del nuevo muro. Portan entre todos largas barras de acero y juntos comienzan a empujar a la multitud lejos del muro, de vuelta a la plaza. Se veía venir. Los Hermanos Musulmanes llevan cortejando al Ejército desde que cayó Mubarak. Todo el mundo ha estado cortejando al Ejército, pero los Hermanos han debido hacerle la mejor oferta. El Ejército regresa a las bambalinas con todos sus privilegios y a su vez los Hermanos ganan las elecciones. Sencillo. No tienen por qué estar en desacuerdo. Ni ha de verse que es el Ejército el que está al mando. Pueden cuidar el uno del otro.

–¡Soltadme, hijos de puta! ¡Putos colaboracionistas! ¡Íbamos ganando! ¡Estaban huyendo! ¡Sois unos traidores! ¡Nos habéis vendido al Ejército! ¡Nos habéis vendido, putos traidores!

Pero la hilera de los Hermanos es fuerte y, metro a metro, empuja a la multitud de vuelta a Tahrir.

26 DE NOVIEMBRE DE 2011

La puerta del ascensor se abre y entra un hombre bajito de mediana edad, da los buenos días con un gesto de la cabeza. Un momento después se quita las gafas de sol de montura dorada y mira a Khalil con una seriedad arrolladora.

–¿Cómo le va a tu amigo?

–¿Disculpe?

–Tu amigo encarcelado. El del pelo largo. La pegatina en tu puerta.

–¿Se refiere a Alaa?

–Ése.

–Sigue en la cárcel.

–Lamento oír eso.

Khalil se deja caer contra una de las paredes del ascensor. El gas tiene efectos extraños en la gente. La gente está enferma, vomitando. Él era incapaz de salir de la cama. Se acostaba y se despertaba sudando, confuso, el mundo otra vez oscuro. El hombre mayor espera en silencio a que él diga algo.

–Pero ahora se está ejerciendo una presión enorme. Se han visto forzados a derivar su caso a un tribunal civil.

–Bien, bien. –Se da la vuelta con un movimiento ligero y preciso para encarar otra vez la puerta, luego se gira velozmente hacia Khalil, con ganas de más conversación–. Tu acento... No naciste aquí, ¿cierto?

–No. En Estados Unidos.

–Bueno, bienvenido al hogar. Lo que están haciendo con él es una vergüenza, ¿sabes? El Ejército se piensa que le puede hacer una encerrona así como así. Todo el mundo sabe lo que pasó en Maspero.

–Ellos lo niegan.

–Pero hoy día eso es imposible. Vosotros, chavales, y ese Facebook vuestro..., imposible.

El ascensor llega a la planta baja y juntos caminan hasta la calle.

–Un placer hablar contigo –dice el vecino–. Y me preguntaba si por casualidad no tendrás *más* pegatinas de ésas.

–Le conseguiré una.

–Sí, gracias –dice el vecino–. Te estaría muy agradecido.

Khalil se despide con un gesto de la cabeza, cruza la amplia calle y rápidamente ataja por un pasadizo. En el centro de la ciudad todo son atajos, rutas ocultas que se cuelan por entre los edificios arracimados, un rápido escabullirse hacia la derecha y lejos de la multitud hasta la mansa fuente que hay delante del bar Grillon, las puertas batientes de entrada al Estoril, la fila de sillas de *qahwa* a cada lado de la estrechez que sube hasta la cocina callejera de Umm Dahab, la rápida carrera por detrás de la galería Townhouse hasta el Odeón para tomarse la última y ponerle la guinda a la noche. Los pasadizos de El Cairo, por un momento, se vuelven cómplices de tus travesuras.

Del equipo de sonido de un taxi llega el aporreo de música *electroshaabi*: el nuevo pavoneo del gueto. ¿Qué pensaría mi padre de esta nueva música, de su génesis rebelde en la calle, los jóvenes, los excluidos y los recientemente empoderados? El *hip-hop* de nuestro tiempo, emitiendo en directo desde los guetos en pinchos usb. ¿Percibiría la conexión entre aquello y esto, vería la línea que une a Run-D.M.C. con Oka & Ortega? ¿O lo apagaría y lo desenchufaría y lo guardaría bajo llave en cualquiera de las cajas fuertes que tenga reservada para esta cara del mundo, y continuaría escuchando sólo la cara A de su propia historia?

Fue la música lo que trajo a Khalil a Egipto. Estudiaba *qanun*, navegaba los mundos de significados fuertemente unidos a sus setenta y dos cuerdas y a través de sus cuartos de tono hablaba con sutileza más allá del lenguaje. *Qanun*. La Ley. Los universos enteros en potencia que aguardan tensos y contraídos en su cavidad. El *qanun* era su hogar. Sería él quien reclamaría el más majestuoso de los sonidos de los orientistas, quien tallaría un espacio para aquello en el futuro, en la modernidad, quien lo traería radiante y novedoso al mundo digital.

¿Quién habría imaginado, hace sólo unos meses, que estaríamos aquí? Qué lejanos quedan ahora aquellos largos fines de semana en el garaje de Kofi bebiendo PBR\* y rasgueando canciones; aquellas tardes de los viernes en la biblioteca que se hacían eternas a la espera de que dieran las seis y disculpándote con los mendigos por devolverles al frío de fuera; las noches sin dormir en el cuarto de Diane con sus cortinas negras y los pósteres de Hopper y la pequeña silla verde con pilas de ropa y lo incansable de su inocente desesperación por entender. ¿En Palestina hay Internet? Sí, Diane, en Palestina hay Internet. ¿Pero el muro no salva vidas? No, Diane, el muro es un acaparamiento de tierras segregacionista. ¿Y no podrían sencillamente irse a Jordania? ¿Quiénes, Diane? ¿Los... palestinos? No, Diane, eso sería una limpieza étnica, vamos a dejar el tema. Oh, pero es que quiero *entender*.

Vira hacia un portal sin número y sube por las escaleras de granito hacia el Greek Club. No hace falta llamar, entras sin más y te encuentras con mesas enteras de revolucionarios, de hombres y mujeres a los que la plaza Tahrir ha unido, y que ahora se esfuerzan en sacar adelante el futuro de la revolución. Activistas y productores de cine y periodistas y psicoterapeutas y urbanistas y abogados e historiadores y muchos más llegan cada día: egipcios de la diáspora que regresan para ayudar a erigir un nuevo país; activistas internacionales que buscan un modo de desbloquear el nuevo mundo; artistas y académicos intrigados por el surgimiento de aquella gran sorpresa que lo estaba cambiando todo.

Khalil abre de un empujón la alta puerta de madera, saluda al encargado y se entrevé a sí mismo al pasar frente al espejo, el pelo negro que le crece en desorden, hasta puede ver desde ahí las primeras canas que le asoman en las sienes. Atraviesa el bar, deja atrás mesas con las caras de costumbre hablando de ideas desacostumbradas: los disidentes de la primera blogosfera discutiendo cómo elaborar una convocatoria abierta en Internet para una nueva constitución; los de la filmoteca de la calle Adly bosquejando un manifiesto para un nuevo gremio de artistas regionales; los periodistas recaudando fondos para crear una emisora de televisión de propiedad pública; los activistas mediáticos incubando planes para un archivo global de cine político; la coalición experimental de actores y terapeutas construyendo un espacio público de arte para niños en riesgo de exclusión; y al fondo de la sala, un hombre que enreda con una canción de Lionel Richie en el piano de cola.

Khalil se para un instante a escuchar. Entonces oye a Rania.

–¡Arash! –grita Rania–. Entra. Te presento a todos. –Arash, alto, bien vestido, ratón de

biblioteca, saluda con un ademán al grupo—. Aquí Arash ha hecho una película brillantísima. ¿La has visto, Khalil? Va sobre la revolución iraní y está organizando una serie de proyecciones por todo Egipto.

Khalil se acerca una silla a la larga mesa abarrotada, pide una copa; las aterciopeladas notas de Lionel se abren camino por entre las palabras. Khalil posee una idea del mundo, un equilibrio que creyó que sería capaz de expresar con música donde fracasaba con el lenguaje. «La música», le gustaba decir a su padre, «es la única forma de entender el mundo». Y fue la música lo que lo trajo aquí por vez primera. Es la música, se dijo, lo que puede expresar lo inexpresable. Hay respuestas en la melodía y valores sociales en la armonía. La música puede desbloquear el futuro y por medio de la música intentó él establecer su conexión con el país, con la tierra, con su historia.

—¡Layla! —grita Rania—. ¡Ven a sentarte! Te presento a todos. —Layla, toda sonrisas radiantes y movimientos rápidos y compactos, se acerca una silla—. Layla ha escrito un libro brillante sobre Dinshawai y la resistencia egipcia y va a dar una charla... ¿Cuándo es?, ¿el lunes?

—¡Hanan! —grita Rania—. ¡Ven a charlar con nosotros, genio! Hanan está investigando los préstamos tóxicos de Mubarak y tratando de camelarse a esos cabrones del FMI para que nos liquiden... ¿Cómo la llamabas...?, nuestra «odiosa deuda».

Pero los dedos de Khalil no estuvieron a la altura de las exigencias de sus oídos. Después de dos años de un progreso cada vez más lento, lo dejó. Se dedicó a estudiar leyes, a trabajar como guía y traductor para distintos medios de comunicación, había empezado a dibujar una novela gráfica, enseñaba inglés y trabajaba con los refugiados para ayudarlos a conseguir papeles, trabajaba en tratamiento de aguas con una ONG y con otra en energía solar, aprendió un poco de francés y jugaba al ajedrez todos los martes, hacía voluntariado jugando al fútbol y montando talleres de teatro con niños de la calle. Trabajaba como corrector y reportero en un periódico de habla inglesa y sacaba algo de calderilla traduciendo al inglés palabras escritas y al árabe las habladas. Se había comprado una cámara de segunda mano y había aprendido a revelar negativos, se liaba sus propios cigarrillos y hacía amigos y luego los perdía otra vez... Todo ello, ahora lo ve, en pos de una idea, de una forma de estar en el mundo.

—¡Lizzie! —grita Rania—. ¿Cómo vamos con la valija diplomática? Tenemos que hacer llegar esos botes de gas lacrimógeno al laboratorio de Brighton cuanto antes.

–Palestina –dijo su padre, hace mucho tiempo, y Khalil levantó la vista del ordenador y lo observó de pie en el umbral, la débil luz naranja del pasillo apenas lo perfilaba–. ¿Qué tiene de malo Palestina? –sin enmascarar el dolor en su voz mientras hacía esfuerzos por entender por qué su hijo elegiría Egipto, elegiría *cualquier* país, antes que el suyo propio. Nidal había estado en Egipto un única vez, antes de que Khalil hubiese nacido. «Feo, ofensivo, arrogante», dijo. «Nos vendieron», dijo. ¿A qué venía aquella expresión que se le dibujaba en la cara? ¿Había en ella una mezcla de repulsión y celos? ¿Decepción? Como si el viejo hubiese demostrado en alguna ocasión medio segundo de compromiso con Palestina o hecho algo por el país o hablado siquiera como un Palestino. *Ned*. Como si no se hubiese pasado la vida escondiéndose de Palestina en las putas nevadas de este país. Como si se hubiese sentado alguna vez en la cama a leerle cuentos de su patria y hubiese cocinado pollo macerado con *zaatar* y citado a Mahmoud Darwish, como si en la diáspora nos hubiese construido un refugio palestino y estuviese yo echándolo abajo. ¿Qué *tiene* de malo Palestina, Ned? Mi madre al menos procuró que viera antiguas películas egipcias, me llevó a la playa en verano para que conociera a mis primos. Ella al menos continuó siendo egipcia. Me muero por que me cuentes qué tiene de malo Palestina. Dime por qué sólo fuimos en una ocasión, por el funeral de la abuela. Dime qué te hizo Palestina para que la redujeras a un mapa con un marco colgado al fondo del pasillo. Dime qué tiene de malo que un colegial intente hablar con su padre de eso que llaman nuestra Catástrofe y que en silencio le tiendan un libro de viñetas de Handala\* con una mueca que, casi, suplica muda comprensión, que no tengamos que hacernos esto entre nosotros. Háblame, háblame de mi nombre. Dime por qué me dejaste solo con esta carga. Por qué me diste la espalda hasta que ya no quedaron paredes hacia las que volverte. No hagamos esto. No hagamos esto. ¿Con quién se suponía entonces que tenía que hacerlo? Dime con qué diste allá en el frío para que no puedas ni siquiera llamar a casa. Dime, ¿cuándo decidiste que tenías que escoger entre las dos? ¿Qué te cosió la boca para el árabe? ¿Te levantaste un día sabiendo que nunca volverías a hablarlo? ¿Se te olvidó del todo en la pista de una bolera? Dime. Dime qué tiene de malo Palestina. Me muero por saberlo.

Mariam se deja los auriculares puestos cuando camina, mantiene el paso ligero y fija la expresión de *que os jodan* mientras remonta el curso callejero de palabras y sonidos de abuso e invitaciones no solicitadas. En su llavero guarda el botecito de espray de pimienta que le trajo de contrabando un amigo cuando regresó de un viaje, y que aguarda prieto en su mano mientras avanza con cautela por entre los pequeños enjambres de hombres; hombres que te sonríen, que te silban, hombres en manadas a lo largo de toda la estrecha acera, hombres que escupen y hombres que se quedan mirando, hombres que se aseguran de que te cortan el paso, hombres que te siguen por calles oscuras, hombres que disfrutan asustándote para luego sacudirse sus miserables erecciones nocturnas en letrinas oscuras. De la acera a la azotea es siempre lo mismo, las mismas ansias animales, la misma violencia de las manos, la misma barriga que cuelga, la misma carne paterna, las mismas palabras de alimaña, el mismo lenguaje bestial. Pruebas de virginidad. Las violaciones vaginales que los médicos militares llaman pruebas de virginidad. Las mangueras que la policía les introducen a la fuerza por el ano a las prisioneras jóvenes. Las ávidas manos de los críos que por la calle te desgarran la ropa, ávidas de carne. El mismo acoso, por todas partes.

El Cap D'or y sus miserables camareros. Un hombre le masculla algo, pero ella no lo oye ni lo mira una segunda vez. Por encima de ella el edificio Kodak se repliega y se cierra sobre el pasadizo de debajo. Sube la estrecha escalera que se curva en torno al enrejado del hueco del ascensor y se quita los auriculares.

Una mesa de reuniones se extiende por el centro de la sala con, las cuenta rápidamente, dieciséis personas alrededor. Caras familiares: abogadas, periodistas, productoras de cine. Llega tarde.

O, más concretamente, la reunión ha empezado puntual. Masculla unas disculpas y se queda de pie junto a la puerta con la espalda contra la pared.

—... y aunque no tengamos jamás el número exacto, lo que sí tenemos son cientos de nombres de personas que ahora son mártires de la revolución. Necesitamos conocer sus historias. Son cruciales en nuestro discurso, son el motivo por el cual la revolución ha de mantenerse viva.

Ashira capitanea la reunión; su voz es fuerte y firme y considerada, su pelo liso y negro azabache personifica su seriedad, sus pómulos confieren a su rostro una autoridad perspicaz y sombría. Su hija, Horreya, duerme en su carrito.

—Tenemos que coger todas las listas de muertos y de desaparecidos que haya, cotejarlas y ver dónde están las lagunas. Creemos que asesinaron por lo menos a un millar. Pero del veintiocho de enero no hay una cifra exacta. Y no sabemos cuántos continúan desaparecidos. Ni cuántos encarcelados. Así que tenemos que confeccionar primero una lista maestra.

Mariam ve a un grupo de cuatro mujeres que conoció haciendo guardia en Tahrir durante las largas semanas que duró la sentada de julio. Dalia trabaja en una pequeña fábrica y mientras tenga trabajo su familia no la obligará a casarse; Rashia estudia en la facultad de Arte, está dibujado un cómic en su libreta y lleva chapas de los mártires prendidas de la mochila; el hijo de Fatma murió en un accidente de tráfico y dice que está aquí en su lugar; Lina es médica, pero cada vez que intenta echar una mano en hospitales de campañas le entra claustrofobia.

Al fondo de la sala está Venera, el pelo oscuro le cae sobre sus ropas negras.

El teléfono de Mariam vibra en su bolsillo...

Se anuncia un dispensario semanal gratuito en Tahrir. Cada viernes a partir de hoy. 10 a. m.- 3 p. m. Reenvía este mensaje, por favor.

–Después –continúa Ashira–, tenemos que cartografiar la lista maestra. ¿De cuántos contactos disponemos? Necesitamos dar con una vía hasta cada una de las familias de cada uno de los mártires. Necesitamos visitarlas. Necesitamos conocer sus historias. Dónde nacieron, de qué trabajaban, por qué se unieron a la revolución. Qué deseos albergaban para Egipto, qué esperaban de la vida. Necesitamos sentarnos con cada familia y escuchar hasta que tengamos una historia para cada una de las mil personas que hemos perdido.

Tantísimos muertos. Tantísimos desaparecidos. Mariam echa una ojeada a Venera y siente que el aire cargado del hospital copto se le enrosca otra vez en los pulmones y la garganta.

–Por último –continúa Ashira, que modula la voz con un control absoluto–, pasaremos a la cuestión de qué más podemos hacer por la gente. ¿Les vamos a hablar de compensaciones? ¿De sus exigencias en tanto familiares de los mártires? ¿O no somos más que un proyecto de archivo? Eso tenemos que decidirlo hoy, porque cuando hablemos con las familias hemos de dejar bien claro qué podemos y qué no podemos hacer. ¿Se me olvida algo? ¿Nada? Cedo el turno pues a mis colegas para que nos hablen de la metodología.

Todas sacamos fuerzas las unas de las otras, sí, pero ¿cuántas extraen las suyas de Ashira? Cuando mataron a su marido Ashira estaba embarazada de cuatro meses. El 28 de enero.

–Aquel día él salió a la calle –dijo una vez–, por nosotros tres.

¿Quién sería capaz de mostrar debilidad o duda a la vista de su convicción? Mariam vuelve a sentir el calor creciente de las largas noches junto a los muertos y el frío de la mesa cromada y la pastosa oscuridad de la morgue municipal y la piel dura de la mano de Umm Ayman sobre la suya. Toussi, Ayman, Amirah, Khaled, Hadder, Bassem, Mina. Las calles de nuestra ciudad serán renombradas en honor a vosotros. Gloria a los mártires. Vuestros nombres se enseñarán en los libros de historia. Habéis entregado lo que a nosotros todavía no se nos ha requerido.

#### ASHIRA

Ashira espera. Siempre espera. No puede dejar de esperar, es incapaz de apagar esa parte de ella que está siempre a la escucha del suave clic del metal, de que el teléfono vibre, de que una pisada se detenga ante la puerta, del sueño que no se acaba al despertar.

A veces marca su número de teléfono. Aguanta la respiración durante los largos segundos de silencio, luego se derrumba en un llanto exhausto al oír la voz del contestador.

Va a la morgue cada miércoles.

Salió a la calle el 28 de enero por nosotros tres. Salió a la calle el 28 de enero por nosotros tres. Se despertó sobresaltada. Se había ido. No, estaba en la ducha. Él apareció, con una toalla alrededor de la cintura, su calor, su cuerpo colmando el diminuto dormitorio. Estaba embarazada.

–¿Te funciona ya el teléfono? –preguntó él. No. A nadie le funcionaba. Entonces se le puso encima, sacudiéndose en ella el pelo mojado y los dos se rieron y él le puso la mano en la barriga y luego la oreja para escuchar al bebé–. ¿Bebé? –dijo–. ¿Puedes oírme, Bebé?

–No podemos seguir llamándola Bebé, ¿sabes?

–Ya lo sé.

–Pues vamos a ponerle un nombre.

–Mañana. Nos pasaremos el día juntos en la cama y no saldremos hasta que tengamos un nombre.

Cuando él se levantó y se vistió un frío se apoderó de ella.

–Me voy contigo –dijo.

–No –dijo él, sin sonreír–. Es peligroso.

–Por eso voy.

–No, voy yo por nosotros tres.

Aun así revisa los hospitales. Las comisarías. Son todos unos embusteros. Son todos partidarios de Mubarak. Quizá siga vivo. Vivo y encadenado a una camilla de hospital o encerrado en una prisión del desierto o solo y en coma.

No lo encuentra. Regresa a casa.

¿Qué efecto tiene un año en un cuerpo?

Murió de manera gloriosa. Sacrificios que han de hacerse. Precios que han de pagarse.

12 DE DICIEMBRE DE 2011

El Stella es el garito preferido de Khalil de todo el centro de la ciudad. Muebles de madera de hace décadas, antiguos manteles azules y amarillos, el aire siempre cargado de humo. Saad tiene su asiento junto a la entrada y Saad lleva las cuentas; a Saad le gustan los parroquianos que no dan problemas y te estrecha la mano y si dejas algo de propina se aprende tu nombre y le hace señas a Marwan, espigado y con gomina y de paciencia infinita, que levanta una mesa y carga con ella por encima de la cabeza y en lo que duran seis pasos estás en *Uno de los nuestros*.

–Hoy tengo otro autobús de italianos –dice Hafez.

–¿Y eso?

–Un curro de guía. Ciberactivismo y revolución o algo así.

–¿Una peli?

–Para la tele.

–¿Te pagan?

–No. Ofrecían camaradería. ¿O era compañerismo?

–Una moneda fuerte.

–Un día de éstos nos veremos haciendo periodismo de paracaídas –dice Hafez–. ¡Nos presentaremos en Roma y exigiremos trabajar gratis para contar la versión romana de la historia!

Marwan pone dos cervezas en la mesa.

–Por las batallas sangrientas y los brazos desollados –dice Hafez. Entrechocan los botellines.

Hafez baja la cabeza y se pone a garabatear en su libreta. Khalil enciende un cigarrillo y revisa Twitter:

@jona9898: Qué ha sido de la investigación del Ejército sobre las «pruebas de virginidad» a las manifestantes. Han pasado ya ocho meses.

@Nadiaidan: Once meses ya de gobierno del CSFA y la policía sigue sin reformar y sin encarcelar. ¿¿¿Qué está pasando???

Hafez garabatea en su libreta mientras Khalil fuma en silencio. Marwan alarga el brazo para encender la radio y Umm Kulthun\* se desliza al interior el local. Khalil escucha mientras Hafez escribe, la voz de la Señora le colma de una sutil excitación por el futuro, por su nuevo proyecto: en cuanto le sobren cinco minutos repasará todos sus discos uno por uno, un nuevo camino al interior del lenguaje, memorizará las canciones, se estudiará las letras, aprenderá a sentirlas por su cuenta.

Unos minutos después Hafez levanta la vista con una sonrisa epifánica en la cara mientras se limpia las gafas.

–¡Ya lo tengo! –dice–. ¡Es una *película*! ¡El 28 es una película! Es el único modo de hacerlo. Cualquiera puede escribir una tesis al respecto o un poema o una canción o un libro. Pero esto es demasiado grande. Es demasiado cinematográfico. El 28 de enero tiene que ser una película. El país entero se vuelca, toma las calles, derrota a la pasma, calcina sus comisarías. No va de un

héroe, no va de sentimientos ni de interioridad, esto es sencillamente demasiado grande. Lo único que puede hacerle justicia al 28 es el cine.

–¿Estás diciendo que quieres montar un rodaje con miles de personas en mitad de una guerra callejera en cinco ciudades? Más te vale que llames a tu viejo.

Hafez se pica un tanto. Su abuelo fue director de cine cuando el cine egipcio era de fiar, pero el padre de Hafez produce esa basura de hoy día y su hijo le responsabiliza del hundimiento de toda la industria.

–Cállate, anda. Con un buen guion recaudaremos el dinero en un santiamén. Imagínatelo. El Cairo, Alejandría, Fayum, Suez. Piensa en todas las historias. Los tipos entrando a la carrera en las sedes incendiadas de los partidos en busca de pruebas de la desaparición de miembros de sus familias, la gente fugándose de las cárceles, los *líderes* de los Hermanos dándose a la fuga, los tipos de Luxor que mantuvieron sitiada durante días a una patrulla de polis, calcinando la comisaría de Sayyeda Zeinab, los policías huyendo en calzoncillos en plena noche, las reuniones y los planes del CSFA, Gamal Mubarak\* viendo la tele acojonado. Mierda, ¡es que hay tantísimas escenas!

–Claro. Pero ¿cómo vas a empastarlo todo si no hay héroe?

–Temporalidad. O que algunas temáticas enlacen unas escenas con otras. Y al final tienes cuarenta o cincuenta escenas que, tomadas en conjunto, te ofrecen una idea general.

Hafez pide otra ronda y garabatea un poco más en su libreta hasta que Nancy entra y se sienta a su lado. Nancy y Hafez son una pareja de la revolución naciente. Se conocieron al oscuro encanto de Tahrir, fumando y observando la batalla por toda la calle Mohamed Mahmoud. Marwan se acerca y le pregunta si quiere una cerveza.

–Sí. Gracias –dice ella. Luego, con una floritura en el tono, añade–: Mejor que bebamos mientras podamos, ¿eh? Habéis visto lo que están haciendo, por supuesto. Habéis visto ese vídeo en Facebook que hemos visto todos, ¿no? ¡Comprando votos! ¡Andan por ahí comprando votos! Autobuses de los Hermanos repartiendo bolsas de comida. ¡Es repulsivo! ¡Tendrían que inhabilitarlos!

Hafez, bolígrafo en mano, levanta la vista de sus notas.

–No resulta del todo justo, pero cualquiera puede tomar un poco la iniciativa y salir a repartir comida.

–Ya, ¡pero *nosotros* no lo hacemos!

–¿Y eso es culpa de los Hermanos?

–Son ellos quienes están imponiendo este calendario criminal. Han tenido décadas para prepararse. ¿Quién puede competir con eso?

–¿A quiénes te refieres con ese *nosotros*?

–Sabes muy bien, Hafez, a quiénes me refiero con ese *nosotros*. Liberales, seglares, me da exactamente igual..., quien sea que no vaya a segregar las playas ni a tirar todo el alcohol al Nilo.

–Pero no son los Hermanos quienes están fijando un calendario –dice Khalil–. Es el Ejército. – Señala el titular del periódico que hay sobre la mesa.

#### EL PORTAVOZ DEL CSFA CONFIRMA EL CALENDARIO PARA EL TRASPASO DE PODERES

El 30 de junio tendremos un presidente electo y el Ejército un único papel que desempeñar, el de defender el país. El Consejo Superior de las Fuerzas Armadas no busca prolongar su autoridad, y no interferirá en la vida política.

–El Ejército está en un aprieto –dice Nancy–. Hicieron una promesa a la nación y ahora tienen que cumplirla.

Entra Mariam, y Khalil puede sentir que todos los hombres del bar se fijan cuando ella le besa en la mejilla, cuando la mano de ella encuentra por un instante su rodilla.

Khalil oye a Malik hablar a todo volumen desde la mesa del rincón más apartado.

–¡Somos crisis! ¡Medramos en la crisis! ¡Nuestro puto trabajo es *crear* crisis! Sin la *crisis* no te queda más que el puto *régimen* o el *sistema* o como *cojones* quieras llamarlo. ¡Sin la crisis todo sigue *igual*!

El Único está sentado frente a él, con un campo minado de botellines verdes y ceniceros rebosantes y paquetes de cigarrillos y teléfonos móviles y platos de queso con tomate y garbanzos de por medio.

–¿Y si –grita Hafez desde la otra punta del bar–, y si lo que viene después es peor? Una crisis no puede durar eternamente. La gente se está hartando de esto.

–La gente no puede esperar tener en diez meses una revolución envuelta para regalo. Estas cosas llevan años.

–Bien, entonces hay que convencer a la gente de que esos años merecen la pena. Tienen que hacer esa elección. Tenemos que demostrar que existe un plan. Hacen falta ideas concretas.

–¿Y qué es exactamente, querido Hafez, una *idea concreta*? No se puede *diseñar* una utopía anarquista, ahí está el meollo. Sólo se pueden tener principios. Todo va de *principios*. Andan todos por ahí dando la tabarra con la democracia, pero tanto tú como yo estaremos de acuerdo en que no es de democracia de lo que están hablando. Las elecciones son una distracción impagable. La verdadera democracia reside en que todo el mundo tenga igualdad de *condiciones*. De ahí que no podamos sino acudir a los principios... y construir a partir de ahí.

–Todo eso está muy bien –dice Hafez–. Pero aun así a la gente hay que darle algo a lo que aferrarse. ¿Por qué es mejor la revolución que la no-revolución? Si no eres capaz de contestar a esa pregunta con una sola frase, cada día que pasa pierdes a más gente.

–Está todo condensado en una consigna: pan, libertad, justicia social.

–La gente no quiere oír poemas. Quiere un plan.

–¿Eso quiere? ¿O lo que quiere es que le digan que todo va a salir bien? El hecho es que se trata de una lucha entre el cinco por ciento de la población porque sólo un cinco por ciento está verdaderamente dispuesto a *luchar*. El resto sencillamente cerrará filas con el que gane.

–Acabas de resumir todo lo que *no es* una revolución –dice Hafez.

–La revolución es un relato que se cuenta para que la gente se ponga de tu parte. Pero al final la mayoría se queda en casa.

–¿Y qué pasa si –todo el mundo vuelve la cabeza; el Único rara vez habla–, qué pasa si a una parte le pagan y a la otra no? ¿O cuando tu mitad de ese cinco por ciento se aburre y quiere dejar de jugar a la revolución y seguir con sus vidas? ¿O cuando tu mitad se escinde?

Nadie se apresura a responder. Hafez se enciende un cigarrillo. Malik es demasiado cortés como para decirlo, pero Khalil sabe lo que está pensando, y además lo nota; se acabaron los días de tener que escuchar a viejos europeos borrachos darnos lecciones de democracia.

–¿Y tú a quién vas a votar? –continúa el Único.

–Voy a votar a Gameela –dice Nancy, y Khalil puede sentir que a su lado Mariam pone los ojos en blanco.

–Todos los demás vamos a hacer boicot –dice Mariam.

El Único asiente con solemnidad.

–Yo estoy indeciso –dice Khalil.

–No lo dirás en serio –dice Mariam.

Khalil no ha parado de pensar en ello. Los Hermanos quieren elecciones. El Ejército quiere elecciones. Estados Unidos quiere elecciones. ¿No *tendríamos* nosotros que rechazarlas entonces? Las elecciones son la muerte de la política. Las urnas existen para sofocar la revolución. La democracia se vende siempre al mejor postor. Nosotros queremos otra vía, un vía aún desconocida. Khalil puede oír las palabras, ver el enfrentamiento. Los jóvenes se dejan la vida y los viejos acuden a los comicios a votar para que sean otros viejos cabrones quienes digan a los jóvenes lo que han de hacer. Está claro. Di *no*. Pero no puede parar de pensar, ¿qué viene después de decir no?

–¿Cómo te haces con el poder, si no? –dice él.

–Pero es una *farsa*. ¿Cómo vamos a poder votar si el Ejército controla los distritos y los colegios electorales, si los Hermanos van por todo el país repartiendo comida gratis? No es más que un teatro, y votar lo legitima.

–Ya es legítimo –dice Khalil–. La gente quiere votar, y el boicot no evitará que suceda.

–¡Pero no es más que un *teatro*! –repite Mariam–. Ya se ha decidido lo que va a pasar. El Ejército y los Hermanos se han puesto *de acuerdo*. Que haya una alta participación únicamente les beneficia.

–Pero si uno ni siquiera concurre a las elecciones, ¿cómo llegas al poder?

–¡Yo no *quiero* llegar al poder! ¿Tú sí? ¿Es que quieres meterte a político? Nosotros somos la oposición, somos la perturbación, somos lo que va a mantener al poder a raya.

–¡Somos *crisis*! –grita Malik.

Mariam asiente con la cabeza.

–Yo no quiero el poder. Quiero confiar en la calle. Algo nuevo que todavía no podemos ver está en camino. Y tenemos que mantener viva la crisis el tiempo suficiente para que suceda.

–Pase lo que pase después –dice Khalil–, creo que aun así hay que intentar hacerse con el poder.

Se hace un silencio entre ellos.

Un momento después, Hafez llena el hueco.

–He estado leyendo un libro sobre los movimientos independentistas en África, sobre la descolonización. Y prácticamente todos y cada uno de los casos van por los mismos derroteros: llega la revolución, parece gloriosa y popular e invencible, algo se sale de madre y entonces el Ejército organiza un golpe de Estado, la gente es masacrada y encarcelada, luego otro general derroca al anterior con promesas de democracia y demás. Y así sucesivamente. Todas y cada una de las veces.

–Eso aquí no va pasar –dice Malik, con súbita confianza–. Ahora es distinto. Hay móviles e Internet, colega. Hace falta algo más que un ejército para controlar a la gente. El mundo entero se ha ido al carajo y están todos *hablando* de ello. La *idea* es demasiado fuerte. Y no puedes matar a todo el mundo.

Los murciélagos se fueron a casa. A solas en la oscuridad del estudio, piensa a menudo en aquella noche, en su silencio infinito, en las acrobacias de los murciélagos en el cielo oscuro por encima del río, en la quietud del tanque emplazado en un charco de luz amarilla, en la calle amplia y vacía, en los depredadores nocturnos que se deslizaban silenciosamente por entre los grandes árboles de la ribera, extasiados con aquello, con aquel primer silencio en generaciones. ¿Cómo sabían llegar hasta ahí atrás? ¿Habían estado aguardando, observando, anhelando que nos extinguiéramos al fin, nosotros y nuestro incesante ruido?

Delante de su escritorio está el póster de Mariam: VISITA PALESTINA. Su primera contribución al apartamento muchos meses atrás. El árbol oscuro que enmarca la tierra prometida en la distancia estilo *art déco*, la Cúpula de la Roca triunfante en el corazón de la ciudad eterna. Antes era fácil. Un tren de El Cairo a Jerusalén. Una sola tierra, un solo pueblo desde Casablanca hasta Bagdad. No, un solo pueblo no. Una sola lengua. ¿Qué mejor base puede haber para la cooperación que ésa? Los Estados Unidos de Arabia. ¿Es eso lo que queremos? Serían lo bastante fuertes como para cambiar el orden mundial, simple y llanamente. ¿Y luego qué? ¿Trazamos fronteras para que no entre nadie más? No. Con unos Estados Unidos de Arabia no bastará.

Pulsa para volver a la grabación de los murciélagos, a la más simple, la más gloriosa de las noches. La ciudad en una espera silenciosa, el pueblo unido, la dictadura desmoronándose, los murciélagos en libertad. Puede oír los árboles vencerse por el peso sobre el Nilo. No hay nadie más allí. Sólo Khalil y los murciélagos. Todos podíamos volver a respirar. Alargó el brazo por encima de la barandilla, lo estiró al máximo por encima del río negro. Mirad el nuevo mundo, lo impensable sucediendo a nuestro alrededor. Es obra tuya, Bouazizi.\* De nadie más. ¿Dudaste, por un momento, de ti mismo? ¿Tuviste miedo cuando prendiste la cerilla? Esto va por ti. Todo, ahora, va por ti.

19 DE DICIEMBRE DE 2011

Un río de piedra y sangre se arrastra por el asfalto de Tahrir. En sus orillas, los dolientes. La mancha de una vida que se esfuma. La recorre a pie en silencio. La plaza está ahora vacía, fría y oscura. Esta última batalla ha sido larga. Khalil sigue la línea de sangre, sigue las minuciosas piedras que bordean esta nueva santidad. Aquí debe ser donde empezó la hemorragia, el ardor oscuro en mitad de la plaza. Atacaron por la tarde, una carrera de balas precediendo a hombres con equipamiento antidisturbios. Aquí debe ser donde cayó. Ve a los hombres levantando entre todos un cuerpo joven, ve las ropas empapadas de sangre, a la policía dar caza. La muerte conduce al norte. La plaza está ahora en silencio. Pronto volverán a atacar.

Khalil se sienta con cuidado en el suelo al lado de una mujer con bata de médica. A lo largo del reguero de sangre hay hombres, mujeres, chavales sentados en las riberas con las piernas cruzadas, con la cabeza entre las manos y lágrimas en los ojos.

–¿Quién era ése? –pregunta con calma, sin mirarla.

–No lo sé –dice ella.

–¿Sobrevivió? –pregunta Khalil.

–No lo sé.

¿Cuántas personas cargan con él? ¿Es consciente de lo que está pasando? Lo único que sabemos es que está sangrando muchísimo. Que la sangre engrosa al secarse. Lo saben todo sobre análisis de sangre. El reguero de sangre se prolonga. Se necesita tanta para mantenernos con vida.

El rumor de un disparo rebota por la plaza.

Ya vienen.

Cientos de policías cruzan la plaza a la carrera. Todo el mundo corre. Él tarda en reaccionar; por alguna razón, es el último y, cuando lo hace, ya tiene el furgón de asalto encima, delante sus cegadores faros, y oye un disparo y echa a correr y tropieza a la vez que un arco de luz le atraviesa y una sirena aúlla y unas luces blancas le anegan el cuerpo a la vez que un latigazo de fuego le atraviesa la espalda y tropieza y se cae y todo se da en un instante, en un latido se dan una docena de últimas conversaciones, se dan todas esas cosas que tendría que haber hecho de otro modo a la vez que sufre por su madre, viéndolo morir, la muerte de un familiar, una palanca y una carcajada, una silla de ruedas y rampas y una vida nueva sobre ruedas y unos brazos débiles ahora solo en un apartamento sin Mariam, solo en un océano de mil carteles de luto, la respiración en el pecho de ella al permitirse llorar, al sentir la fractura en su interior. ¿Me recordarás? ¿Ocupará mi nombre su lugar entre las constelaciones de nuestros caídos? ¿Me consuela eso, me relajo ya, me suelto? Me he levantado y he caído. Estarías orgullosa de mí. Estaréis todos orgullosos de mí. Madre. Es tan larga la noche. Sin movernos el uno junto al otro por siempre en la oscuridad. ¿Llevas aquí mucho, mamá? Me viste, podríamos haber estado juntos, deja que te enseñe esto, pero sin separarnos... Es mejor ir en parejas. Ya lo sabes. Yo te enseñaré esto, tú sólo quédate conmigo y así podremos hablar y me podrás contar algunas cosas. Yo era demasiado joven, sabes que era demasiado joven como para saber nada de entierros. Habríamos estado juntos. Tendríamos que haberte traído aquí. Yaceríamos juntos, juntos los dos cuerpos quietos envueltos en lino y tendidos en la oscuridad durante una eternidad sin contacto,

tú y tu niño. Pero ¿y si el para siempre se pasa en desesperada soledad, yaciendo juntos en el panteón familiar, uno al lado del otro, pero sin contacto, una sombra de anhelo a través de la oscura e inamovible noche de las noches? ¿Y si cada segundo de cada minuto de cada noche de nuestra eternidad de muerte no quiero yo otra cosa más que alargues tú el brazo y que toques el mío? Tienes que decírmelo y decírmelo ya porque mi padre estará en breve subiéndose a un avión y ni siquiera tiene el teléfono de Mariam, así que ¿quién va a ir a recogerlo?, ¿cómo va saber llegar hasta la morgue?

21 DE DICIEMBRE DE 2011

La luz del apartamento está apagada. Cuando Mariam entra en el dormitorio él no se mueve. Khalil está tendido sobre un costado. Oscuras manchas de sangre a lo Rorschach por toda la espalda vendada. Ella rodea la cama. Está despierto, tiene los ojos enrojecidos. Todos los tienen. El gas te hace enfermar. Ella le besa con delicadeza en los labios.

–¿Cómo lo llevas, cariño?

Él medio cabecea a través de la niebla opiácea.

–Habría que cambiar esas vendas.

–Están bien –dice él–. Mañana.

Se sienta en la cama a su lado y le acaricia suavemente el pelo. Él nota que el teléfono de ella vibra. Ella lo ignora.

–Llamé a tu padre –dice ella.

Intenta responderle, pero necesita dormir. ¿Va a venir? ¿Vuelvo a mi hogar? ¿Mi hogar? ¿Hogar?

El teléfono vibra otra vez y nota que ella se mueve y que luego se inclina hacia él y le besa en la mejilla.

–Me tengo que ir –dice ella–. No tardaré. La viuda de Sheikh Emad va a hacer unas declaraciones sobre la autopsia. Va a decir que fue una bala del Ejército lo que le mató.

–Vale –murmura Khalil.

–No tardaré.

–No pasa nada.

Ella se arrodilla a su lado, vuelve a besarlo.

–No tardaré.

–Mariam –dice él, y ella se detiene en el umbral. Intenta decirle que coja un micrófono, intenta decirle que grabe algo, pero no se acuerda de lo que intentaba decirle y le pesa tanto el brazo colgándole inútilmente en el aire que vuelve a bajarlo despacio y levanta sólo un dedo para decir adiós antes de cerrar otra vez los ojos, y puede oír el teléfono que suena fuera y quizá sea mi padre llamándola, quizá hablan todo el tiempo, sí, dice ella, tu hijo está en una prisión militar, sí, lo entiendo, dice ella, qué es lo que entiende, hace tanto calor bajo estas sábanas, tanto calor en mi hogar, nuevo hogar, frío hogar, hogar, por favor, levántate en defensa de nuestros soldados..., de ellos y ellas, y levántate, quizá no vuelvas a levantarte, quizá su acero ahonde en ti y te corra la médula espinal y jamás puedas alistarte, porque *te alistarías*, ¿verdad, Jalil? Si tu país te requiriera, tú serías buen chico, te conozco Jal, conozco a tu padre, si tu país te llamara tú responderías, ¿verdad? ¿Verdad que harías las cosas bien? Gira a la izquierda para existir, pulsa escape para escapar, pulsa ahora, sigue pulsando, dime por favor si leíste el libro aquel de Nick Kristof,\* fue un regalo de la hija de un compañero te hablé mucho de ella me muero por que os conozcáis y dialoguéis porque sois vosotros los musulmanes moderados quienes tendríais que expresar vuestra opinión no te parece no te parece sobre el cerdo, *no hay escape*, porque admitamos los hechos los que están ahí fuera volándose a sí mismos por los aires no son precisamente budistas así que ven a conocerla, es buena gente, sus padres pertenecen al movimiento pacifista de Tel Aviv pero, oh, santo, cielo, *nunca serás libre*, mira esa barba, Jalil,

no te nos estarás volviendo un radicalito a que no cariño porque sé que estaremos de acuerdo en que a Bin Laden hay que cogerlo y lo raro es que a todos los musulmanes que he conocido les encanta el cerdo y una vez veraneé en Israel y hay que empezar a dialogar ya porque era un país precioso tan divertido con todas vuestras vírgenes en el paraíso ese de los suicidas, pero tú no querrías que tu hermana se pusiera un velo y rezara cinco veces al día y que no tomara ni un sorbito de agua durante todo el mes ese del Ramadán por mirar Facebook, es todo por el Facebook ese, ¿no querrán los árabes ser libres porque han visto en Facebook que nosotros lo somos?

24 DE DICIEMBRE DE 2011

Hacía semanas que no hablaba con su padre, quizá meses, pero desde que Mariam se lo contó ha llamado cada día.

–¿Irás con más cuidado ahora?

–Sí. No te preocupes por mí.

–Te dispararon. Me tengo que preocupar.

–Iré con cuidado.

–¿Y Mariam?

–También Mariam.

–¿Qué estáis haciendo, Khalil? Vais a conseguir que os maten. ¿Qué posibilidades tenéis ante una cosa así?

–Llevas haciendo la misma pregunta desde el primer día –dice Khalil, impaciente.

–Mirad a vuestro alrededor. No tenéis armas, ni bombas. Sed realistas.

–No usemos esas palabras por teléfono.

–Este juego es nuevo, hijo.

–Un juego del que tú lo sabes todo, ¿a que sí?

–¿Te crees el único que sabe de algo? –Se queda callado durante un momento–. ¿Te crees que tú y tus amigos sois los únicos que os habéis rebelado contra algo? Lo han hecho cientos de generaciones.

–No me refería... –dice Khalil–. Lo siento.

El padre de Khalil permanece sumido en el silencio de los heridos. Luego dice:

–Por algo naciste en Estados Unidos, ¿sabes?

2 DE ENERO DE 2012

Usa el bastón del abuelo de Hafez cuando salen a pasear. Hafez llama a su timbre todos los días a las once. Al principio a Khalil le temblaban las piernas y el dolor lo sobrepasaba. Pero ahora, con la mano derecha en el bastón y la izquierda del brazo de Hafez, se las arregla. El aniversario de la revolución está al caer. Para el 25 de enero tiene que ser capaz de caminar. Para el 25 de enero tiene que ser capaz de correr.

–Venga, Rambo –dice Hafez mientras avanzan con cuidado por la impredecible acera en dirección a la calle Mohamed Mahmoud. El Cairo está rebosante, como siempre, de sonidos inconmensurables. El lenguaje cifrado de los cláxones que se comunican sin cesar con impulsos animales de saludo y advertencia; el coro de pájaros que en Zamalek colma el aire del atardecer con la cháchara que precede al sueño; los ecos de las embarcaciones de recreo bajo la pasarela de Abd al-Monein Riad; conversaciones privadas y públicas mantenidas a voces para que el mundo entero las oiga; la polifonía de los quejumbrosos almuédanos que perfora el silencio previo al amanecer, anunciando que ha llegado final e incontestablemente el momento de marcharse del bar veinticuatro horas del hotel Odeón e irse a casa a dormir. Y luego el muro del Ejército, el silencio con que secciona la calle Mohamed Mahmoud, la pintada que cubre los bloques de cemento con un coro de exigencias. SE BUSCA, amenaza con caracteres fronterizos...

TENIENTE MAHMOUD SOBHI EL-SHENAWY, OFICIAL DE LAS  
FUERZAS ARMADAS ACUSADO DE SACARLES LOS OJOS A DECENAS  
DE REVOLUCIONARIOS LIBRES.

En otros bloques hay pintadas que execran a los militares y que ensalzan a los mártires y estarcidos de un sujetador azul:

NO A QUE DESNUDEN A LA GENTE.  
NO A LAS PRUEBAS DE VIRGINIDAD.

–Lo dejo –dice Hafez.

–¿Dejas el qué?

–El doctorado. Ya no puedo volver a Londres. No con todo esto.

–Bien.

–No tendría sentido. Todas las imágenes están aquí. –Hafez hace medio ademán hacia la calle desolada, dividida–. Sólo necesitas estar en el lugar adecuado en el momento adecuado.

La mente de Khalil salta al famoso vídeo de Toussi; el cuerpo joven, destrozado por la policía, arrastrado hasta la pila de basura en una esquina de la plaza Tahrir. Su nombre, ahora lo sabemos, es Toussi. Toussi. Tan solo en su último instante que empujó a muchísimos a las calles en busca de venganza.

–¿Me recuerdas cómo se titula? –dice Khalil.

–No me fastidies.

–Venga.

–Las políticas del rodaje en *travelling* en la autorrepresentación político-cinematográfica estadounidense y cubana durante los años sesenta y setenta.

De la carcajada Khalil se hace daño en la espalda.

El viento levanta un periódico contra el muro. Una y otra vez el periódico se eleva, choca contra los bloques de cemento y vuelve a caer.

INFILTRADOS DE HAMÁS PROVISTOS DE ARMAS DESCUBIERTOS  
EN LOS ALTERCADOS FRENTE AL MINISTERIO.

–¡Eh tía, bonito pelo! –grita alguien desde detrás, y se giran y ven a Mariam caminado hacia ellos, un adolescente se aleja pedaleando velozmente mientras echa una mirada rápida por encima del hombro. Ella no le mira. Llega y se detiene junto a ellos. Mira el estarcido del sujetador azul, ve la bota militar sobre el pecho de la joven.

Si miran la fotografía, verán que en realidad no se trata de una bota.

Lleva zapatillas de deporte. Lo que prueba que esos hombres eran infiltrados. Enviados para desacreditar al Ejército.

Tiene que ponerse otra vez a trabajar. Han pasado dos semanas desde el último *podcast*. Debe empezar a reunir material. Los comentaristas de la radio lo ponen enfermo. Los guerreros del Facebook. Los sicofantes que trabajan de noche para envenenar las cabezas de la gente.

¿Por qué llevaba ese sujetador azul tan sensual? ¿Dónde se creía que estaba? Y está claro que debajo no llevaba nada más, ¿qué está pasando realmente aquí, entonces?

–Ay, joder –dice Hafez, con el teléfono en la mano–. Chavales, esto no os va a hacer ninguna gracia.

–¿El qué? –dice Mariam.

–El pueblo, al parecer, ha hablado.

La seriedad paraliza el rostro de Hafez.

–Bueno, pues dilo ya –dice Mariam.

–Sinceramente, no os va a hacer gracia ninguna –dice Hafez.

–¿En serio? ¿El qué?

–La revista *People*\* ha nombrado a Bradley Cooper el hombre más sexy del mundo.

–Dios, Hafez, me habías puesto de los putos nervios.

Al final de la calle se está reuniendo una pequeña multitud. Un muchacho subido a una escalera de mano está dando los últimos retoques a un mural. En la multitud, Abu Bassem observa cómo se superponen los colores en un dibujo del rostro de su hijo, los contornos negros de sus ojos audaces y puestos en el futuro. Se abrazan en silencio y esperan a que el artista acabe. Alrededor del retrato de Bassem hay esbozos de figuras faraónicas que rozan la pincelada modernista impartiendo lecciones atemporales de buen gobierno. Esto, piensa él, es Egipto. Lo nuevo, aquí, no destruye lo viejo sino que lo porta, construye sobre ello, habla con ello. Las conexiones, los cimientos son más fuertes. Es lo que uno haga con lo viejo: eso es lo nuevo. Somos la Nueva York de los años veinte, la música y lo contemporáneo que avanzan juntos, forjando con metal y acero el futuro, pero manteniendo, con nosotros, vivas nuestras historias,

manteniendo, entre nosotros, vivos a nuestros caídos. Completado el mural, Abu Bassem da un cuidadoso paso al frente. Recorre con un dedo el minucioso contorno negro, a solas, por un instante, con su hijo.

#### ABU BASSEM

Lo ha repasado una decena de veces. El restallido, la brecha, la caída, la sangre. El último aliento. La llamada de teléfono. La palabra era Bassem, pero no la voz. Demasiado tarde al hospital. Los amigos de Bassem en el pasillo gris, rostros sombríos que miran al suelo. No había ningún médico. Recogió a su hijo y se marchó sin más.

Al menos tenía su cuerpo. Al menos pudo despedirse. Al menos durante la próxima oscuridad yaceremos juntos.

Tenía el cuerpo... y ahora tiene un nombre. Capitán Mokhtar Ibrahim, de la comisaría de Imbaba. Se encuentra deambulando por la larga acera frente a la comisaría, recorriendo con la mano el repodado matorral que da sombra a las casas flotantes de debajo, el tráfico incesante como una barrera de calor entre él y el achaparrado hormigón del otro lado de la autopista. Tienen miedo. No salen solos. Lucen la pesantez de sus armas. Él vigila cada movimiento, cuenta las respiraciones que llenan la gorda tripa de Mokhtar, farfulla las palabras que pronunciará por entre los barrotes del calabozo del juzgado mientras llevan a rastras ante la justicia al asesino de su hijo. En momentos de mayor oscuridad, de mayor debilidad, ve otras cosas, una ceja sudorosa bajo una única lámpara, una mano abierta que cae sobre un rostro aterrorizado, un cuchillo forjado para hacer pequeños cortes. Pero se las saca de la cabeza. Ésa no es la justicia por la que murió Bassem, no es el nuevo mundo que salió a buscar aquel día veintiocho. Debe ser paciente. Hay órdenes de ser paciente.

«Vengaremos a tu hijo» es el mensaje. «Pero debemos seguir las reglas, debemos hacernos con el poder, debemos trazar un sendero llano y ordenado hasta las elecciones y debemos ganar esas elecciones. Si esta noche una comisaría se redujera a cenizas, ¿sería posible que mañana hubiera elecciones? Por supuesto que no. Así que debemos ser pacientes, confiar en nuestros líderes, ellos nos conducirán a todos hasta la justicia».

Oye las palabras, oye su lógica, pero en nada contribuyen a que el puño en su bolsillo se distienda.

14 DE ENERO DE 2012

Un frágil rayo de luz brilla. Un expansivo cono de colores cambiantes atrapado entre las dos perfectas líneas que el proyector que Hafez acuna en sus brazos irradia hacia la pantalla de algodón que cuelga de la base del monumento metálico a Talaat Harb, el humo de decenas de cigarrillos elevándose en remolinos desde la multitud que los rodea, capturando los cambios cromáticos de la imagen que se precipita hacia la pantalla, los ojos, los cerebros del público: la cambiante consciencia del futuro.

Mariam y Khalil están de pie detrás del público, la mano de ella sutilmente en la de él a la altura de las caderas. Todas las noches hay proyecciones callejeras, chicos y chicas a lo largo de todo el país que reúnen el equipo, convocan a sus amigos y toman las plazas y los callejones de sus ciudades para iluminar los viejos muros con la nueva verdad: el Ejército miente, los medios estatales son sus voceros, todo lo que os están contando es falso.

Toussi muere mil veces al día, su joven cuerpo rastrillado de un lado a otro de la pantalla. El caos de Maspero, las asfixias en Mohamed Mahmoud, la lluvia de balas del 8 de abril, la batalla por el puente Qasr al-Nil del 28 de enero se reproducen una y otra vez. Las imágenes y los datos y los nombres de los muertos son nuestra historia, la rebelión eterna nuestro futuro.

Cuando Mariam oye la voz de Umm Ayman siente que los vapores gélidos de la morgue se ovillan en sus pulmones.

–Mi hijo. –La imagen pasa de la madre al hijo–. Mi hijo fue martirizado en Maspero. –Un carro blindado del Ejército arremete contra una multitud de manifestantes–. El Ejército egipcio lo mató. De eso no me cabe duda. –Los soldados abren fuego contra la multitud que huye–. Pero mi hijo murió por un motivo. Todos nuestros hijos murieron por un *motivo*. Murieron por esta revolución. Murieron para que el nuestro sea un país en el que *todos vosotros* podáis tener hijos. –La imagen cambia a una marcha multitudinaria–. Veremos a los asesinos de nuestros hijos entre rejas. Veremos al Consejo Superior de las Fuerzas Armadas y a la policía entre rejas. ¡Id a Tahrir! ¡Retened vuestra plaza! ¡Mientras estéis todos en Tahrir mi hijo seguirá vivo! ¡Mientras estéis todos en Tahrir todos nuestros mártires seguirán vivos! ¡No cedáis ni una pulgada! Veremos a todos los asesinos entre rejas. ¡La revolución *continúa*!

La multitud estalla.

¡El pueblo! ¡Exige!

¡La cabeza del mariscal de campo!

¡El pueblo! ¡Exige!

¡La cabeza del mariscal de campo!

Khalil se reclina ligeramente sobre el bastón. Mariam arrima el cuerpo a su otro costado. Le quitó los últimos vendajes esta misma mañana, retirándole cuidadosamente las gasas de la piel cicatrizada de la espalda. El médico dijo que el propio cuerpo expulsaría poco a poco los perdigones. El médico dijo que puede llevar meses.

Ahora ya nadie puede cuestionar tu compromiso ni rechistar por el pasaporte que llevas en el bolsillo ni preguntarte cuándo te vas a ir. Ahora ya eres un auténtico egipcio.

–No falta mucho –dice ella. El aniversario de la revolución se acerca y todo el mundo espera que la gente acuda en masa–. Debemos tomar el edificio de la televisión. Vendrán en masa, tenemos que usarlos.

–El Ejército lo tendrá bien rodeado –dice Khalil.

–Pues entonces tendremos que superarlos. Tiene que haber mucha gente, así serán incapaces de dispararnos a todos.

–¿No quieres el Ministerio del Interior?

–Pues claro que quiero el Ministerio del Interior, pero además podemos *tomar* Maspero. Si cincuenta mil personas marchan hacia allá y desmantelan pacíficamente el alambre de espino, el Ejército no disparará. No serán capaces. Los sobrepasamos y entramos con decisión. Por eso tenemos que lograr que las marchas se dirijan hacia Maspero y no hacia Tahrir. Una vez que todo el mundo esté en Tahrir ya no podrás volver a moverlos.

Salen los créditos en uno de los vídeos y un grupo de ultras\* descarga una consigna familiar:

No hemos olvidado Tahrir  
Hijos de perra.

Os dimos una paliza  
Que llevabais años sin recibir.

Khalil siente que en su cuerpo el metal se estremece, que rebosa excitación audiográfica al captar los sonidos de la calle, el ajeteo ambiental al fondo de la avenida, los lugares oscuros y distantes a la espera de ser llenados por una sirena que doble la esquina e irrumpa en el ruedo.

¿Cuánto tiempo nos dejarán que nos quedemos aquí insultándolos? Déjalos que vengan. Nadie correrá. *Arriba esas cabezas, sois egipcios*. Ahora eres un auténtico egipcio, tan auténtico como el acero bajo tu piel.

Una cara que conoce, pero cuyo nombre no recuerda, le está sonriendo.

–¡Eh, tío! ¿Cómo va eso? ¿Qué tal la espalda?

–Bien. Mejor.

–Genial, hermano. Genial. ¿Te hace falta algo?

–Estoy bien.

Nota que Mariam se le arrima aún más. Nunca ha estado tan atractivo como en estos días de heroica recuperación.

–El proyector está aguantando bien –dice Mariam.

–Le hemos dado un buen tute con estas proyecciones –dice Khalil–. Me hice con él el año pasado. Cogí aquel trabajo horrible. Un equipo canadiense para un reportaje de televisión sobre templarios y las líneas ley y mierdas de ésas.

–Rollo Dan Brown –dice Mariam.

–Igualito. Me pasé varios días con el imbécil del director rastreando las pirámides en pos del «guardián de la sabiduría indígena» y rebuscando por el suelo..., cómo las llamaba..., «discontinuidades de conductividad». Un horror.

–¿Cómo se llamaba?

–¿El director? No me acuerdo. Jim no sé qué.

–No..., el personaje de Tom Hanks.

–Doctor Robert Langdon.

–Vaya. Y sin pestañear.

Entonces las palabras, claras y rigurosas, aparecen en pantalla: 2 de febrero de 2011, y Khalil siente que la multitud calla expectante. La cámara avanza hacia Tahrir, hacia el museo, se adentra en la Batalla de los Camellos\* y en la lluvia de cócteles molotov que desde los tejados ornamentados cae sobre los manifestantes. El Cairo es un nuevo mapa de recuerdos. No es capaz de caminar por Tahrir sin pensar en aquella noche, sin un latido de orgullo por la victoria frente al último asalto de Mubarak, frente al regalo de despedida del mayor de los orientalistas: atacar con camellos una protesta política. Cabrón retorcido. El viento hace ondear la pantalla. Un molotov atraviesa la imagen pero los revolucionarios son implacables. La multitud aguanta la respiración. Retendrán la plaza. Combatirán a los soldados de Mubarak. La revolución prevalecerá.

*Esto* –se sonrío– sí que es cine. No tiene tiempo para las entradas caras del cine comercial, el público que moquea y las historias predecibles, no aguanta la veleidad de las palomitas ni la congoja de cuando vienen resacas. Se suma todo a esa triple alianza cairota entre el sonido terrible, la imagen borrosa y el impecablemente cronometrado intermedio y la experiencia pésima está asegurada... y a menudo aderezada con un público enfrascado en insistentes conversaciones: entre ellos, con sus centelleantes *smartphones*, con el mismísimo señor Tom Cruise. Cuando lo animan, él menciona con lerda regularidad la vez que le dijeron que la impermeablemente oscura proyección de *Harry Potter* «se suponía que era así» o el operador de *Shutter Island* que insistía en que la imagen desenfocada no se podía corregir o la noche que incluso tuvo que entrar en el cuarto de proyección durante *Step Up 3D* (no preguntes) para hacer que el archivo dañado se reprodujera de nuevo desde el momento correcto.

Al aparecer los créditos la multitud prorrumpe en aplausos. Ganaban los revolucionarios. Aquí seguimos. La revolución continúa. Olvida el cine. *Esto* es cine.

–Enséñame tu lista otra vez –dice él.

Ella se saca del bolsillo de atrás una serie de papeles doblados, comprueba uno, otro y le tiende el tercero.

#### PROYECCIONES PARA PROMOVER ONLINE

Uni. Ain Shams (todos los días, al mediodía)

Helwan (sáb., 6:00 p. m.)

Luxor (sáb., 7:00 p. m.)

El Mansura (lun., 3:00 p. m.; miérc., 3:00 p. m.)

Matareyya (lun., 6:00 p. m.)

Suhag (lun., 6:00 p. m.; mart., 6:00 p. m.; juev., 6:00 p. m.)

Agouza (lun., 7:00 p. m.)

El Mahalla (lun., 7:00 p. m.)

T5 (mart., 6:00 p. m., mezquita sueca)

Rod al-Farag (mart., 6:00 p. m.)

Helio (miér., 6:30 p. m.)

10 Ramadán (juev., 5:00 p. m.)

Caliubia (juev., 6:00 p. m.)

Maadi (juev., 6:00 p. m.)

Fayún (juev., 6:30 p. m.)  
El Zaytoun (juev., 7:00 p. m. + marzo)  
Zamalek (juev., 7:00 p. m.)  
Warraq (juev., 7:00 p. m.)  
Ciudad Sadat (juev., 7:00 p. m.)  
Haram (juev., 7:00 p. m.)  
Univ. de El Cairo, Facultad de Artes (lun., 10:30 p. m.)

Esto es cine. Esta gente, los revolucionarios, estas imágenes que con elegancia se mueven por la pantalla, esta calle al viento invernal. La pantalla cambia a una imagen de Alaa, con su hijo recién nacido en brazos mientras sale de prisión con zancadas triunfales. Se detiene ante una cámara:

Todos sabemos quiénes mataron a los mártires de Maspero.

No se hará justicia hasta que el general Hamdy Badeen esté comiéndose los mocos en el calabozo del juzgado.

La multitud aclama. La revolución continúa. Éste es, al fin. El arte que verdaderamente puede cambiar el mundo.

27 DE ENERO DE 2012

Nos falta un lado criminal. Claro que sí. Nuestra arma es la masa. Pasó el aniversario de la revolución. El 25 de enero quedó atrás un año más y Maspero permanece bajo control militar. Las calles se llenaron de gente, doce marchas y todas concentradas en Tahrir, cuerpos tirando unos de otros hacia el centro, una masa erigiendo su propia gravedad. Hoy había en la calle más personas que nunca, millones, pero hacia Maspero sólo se empujaron a unos pocos centenares. ¿Puede lograrse que la multitud piense en términos tácticos? ¿Puede haber tácticas cuando no hay líder? Llevamos un año haciéndonos la misma pregunta y no hemos ni rozado una respuesta. Tenemos que tomar Maspero. Dos horas, hace un año. Fue todo lo que tuvimos. Dos horas entre la retirada de la policía y el despliegue del Ejército, dos horas para tomar los edificios apropiados.

Unos pocos centenares permanecían fuera de Maspero. Un microbús sin distintivo circulaba por las calles aledañas, arrestando a los rezagados que iban solos. La feliz multitud aclamaba en Tahrir. Los policías aguardan con los dedos en los gatillos.

1 DE FEBRERO DE 2012

Ha muerto una persona en el partido del Masry contra el Ahly FC 5:43 p. m., 1 de febrero de 2012

Confirmada la muerte de un hincha del Ahly en el vestuario 5:53 p. m., 1 de febrero de 2012

Llegan noticias de tres personas muertas en el partido del Ahly en Port Said. Decenas de heridos. 6:07 p. m., 1 de febrero de 2012

3 muertos en los vestuarios de los jugadores. Ahora mismo al menos 15 personas en el hospital. 6:35 p. m., 1 de febrero de 2012

¿Qué diablos está pasando en Port Said? 6:42 p. m., 1 de febrero de 2012

Me han llamado de Port Said. ¡¡¡Dice mi primo que hay decenas de ultras muertos en el estadio!!! ¡Es una masacre! 6:49 p. m., 1 de febrero de 2012

Confirmadas 35 personas muertas en Port Said. 6:51 p. m., 1 de febrero de 2012

¿¡35 muertos confirmados?!? ¿Qué cojones está pasando en ese estadio? 6:52 p. m., 1 de febrero de 2012

35 muertos en Port Said. La policía se está vengando de los ultras. ¿Qué vamos a hacer? 6:55 p. m., 1 de febrero de 2012

Ahora el estadio de El Cairo está ardiendo. ¿Qué está pasando? 6:57 p. m., 1 de febrero de 2012

Han cerrado con soldaduras las puertas del estadio. Los ultras están atrapados dentro. ¡Los están masacrando! 7:27 p. m., 1 de febrero de 2012

Confirmadas 50 personas muertas en la masacre de Port Said. 7:34 p. m., 1 de febrero de 2012

Lo están dando por la tele. Las fuerzas de seguridad se quedan de brazos cruzados mientras los hinchas del Masry atacan a los ultras. 7:37 p. m., 1 de febrero de 2012

¿Por qué el gobernador de Port Said y el Jefe de Seguridad no estaban en el partido? Siempre asisten. ¡Es una trampa! 7:41 p. m., 1 de febrero de 2012

Apagaron las luces del estadio cuando empezó el ataque. Está todo planeado. 7:55 p. m., 1 de febrero de 2012

El Ministerio de Salud confirma al menos 73 muertos. 8:25 p. m., 1 de febrero de 2012

Cuando los ultras se llevan a casa los cuerpos de sus amigos cuentan setenta y cuatro muertos.

En cuestión de horas la calle Mohamed Mahmoud está inundada, el muro del Ejército hecho añicos y la multitud avanza hacia el Ministerio del Interior. Khalil se mueve entre los sonidos, el mundo invisible de la batalla, la lluvia de piedras, el siseo de un extintor, los ecos del restallido de una escopeta, los insultos dirigidos a los cobardes en sus uniformes antidisturbios. Comprueba los micros de sus auriculares. Entre los cuerpos que se mueven por la calle en la batalla revolotea la bata de una doctora, capturando con sus movimientos la atención de Khalil. Se queda en un lateral y observa la resolución con que se mueve entre la multitud; para ambos los destellos de su bata blanca son un código Morse privado, algo que su micrófono no puede recoger.

Arde una tienda. Ladran voces en diferentes direcciones. «¡Arena, traed arena! ¡Apartaos! ¡Abrid paso!».

Una cadena de muchachos suministra arena a toda prisa para que en primera línea unos hombres la arrojen a las llamas. La multitud grita a los vecinos de arriba para que evacúen el edificio, para que arrojen agua, para que conecten una manguera. Otra respuesta civil a las urgencias que desata el Estado. Una enorme ronda de aplausos estalla mientras sacan a cuestas del edificio a una anciana en su butaca. Tiene aspecto de no haber salido desde hace mucho tiempo.

Mariam le coge con sutileza de la mano.

–¿Has visto a mi madre?

–Está en el hospital que hay detrás del restaurante Hardee's.

–Vale, gracias. Luego te veo. –Ella le aprieta el brazo y desaparece.

Él se acerca a la primera línea. Un grupo de adolescentes pasa corriendo con un cajón de plástico lleno de piedras. Otro lleva tres molotov en los brazos. ¿Cuánto más podremos seguir luchando con piedras y pirotecnia? ¿Cuánto falta para que veamos un arma de nuestro lado? Algo se va a quebrar. Con cada ruido de escopeta los perdigones le vibran en la espalda. Somos uno, todavía. Vuestro acero pervive en mí, envenenándome, filtrando químicos en mi flujo sanguíneo. Los músculos se le contraen en alerta por las sirenas del furgón de asalto, pero él no se mueve, decidido a suprimir la reacción pavloviana.

La doctora con bata blanca se queda quieta en mitad de la multitud, observando a través de su máscara antigás industrial las hileras de policías más adelante.

Él ve a lo lejos los destellos azules de las sirenas del furgón de asalto. Ya vienen. No corre. El furgón carga y desata una dura tanda de perdigones y la multitud se dispersa..., pero la doctora sigue quieta. La observa, inmóvil mientras la multitud se escinde y empuja, mientras los botes de gas aterrizan entre ellos, y mientras el furgón se acerca un policía armado aparece por la claraboya de un tejado con una chispa de luz. La bata blanca se desmorona. El furgón se acerca pero ella no se mueve mientras el policía se agacha sobre el saliente y le descarga otra ráfaga. Un bote de gas aterriza a sus pies, vertiendo al aire de su alrededor una nube blanca, pero ella no se mueve y Khalil echa a correr hacia ella adentrándose en la nube y le afluyen las lágrimas y pequeñas abrasadoras saladas corrientes de ácido le caen por las mejillas y los ojos le escuecen y se le cierran del todo y está jadeando al arrodillarse junto a ella y la coge en brazos y otro bote aterriza entre ellos y se gira para correr pero los ojos no se le abren y el pecho se le está cerrando y con cada respiración le falta el aliento mientras sus pulmones tratan de vomitarse fuera del cuerpo y él corre medio a ciegas y con los brazos llenos a internarse en el mundo de lágrimas abrasadas y te vas a poner bien te vas a poner bien y cada músculo se esfuerza en mantenerlo en movimiento y el pecho se le cierra mientras cegado tropieza por entre los escombros y una bocanada en falso y estás acabado así que corre pero no te caigas, corre cuanto puedas pero no

respire corre *más rápido* pero no respire y no te caigas sólo corre y corre más rápido sin respirar y sin mirar, sigue corriendo hasta que por la punzante rendija de un ojo ve el resplandor mortecino de una línea, de una forma a la vez que el mundo empieza a definirse de nuevo y ahora puede ver a dos médicos y con sus últimas fuerzas cae de rodillas frente a ellos a la vez que ella se le derrama de los brazos.

Él resuella en busca de aire fresco mientras a ella los médicos le quitan la máscara y rápidamente le desabrochan la bata, en la tela blanca el mapa de una rezumante constelación de puntos de sangre.

Ella alarga la mano, ávida de algo, le agarra la suya. Sus respiraciones son cortas, superficiales; tiene los ojos abiertos y la mirada levantada al mundo; sabe dónde está, lo que está pasando: y está asustada.

Inhala cortas... superficiales... bocanadas.

Una multitud se agolpa en torno a ellos.

–¡Apartaos! –grita un médico–. ¡Dejadnos espacio para trabajar!

Ella está intentando decir algo pero traga aire con tanta rapidez que no es capaz de formar una sola palabra. Le aprieta la mano con más fuerza.

–¡No! –grita alguien–. ¡No! ¡Qué estás haciendo! –Un médico le está cortando la camisa, dejándole al descubierto la piel y las pequeñas roturas por todo el pecho–. ¿Qué estás haciendo? ¡No puedes faltarle al respeto de ese modo!

–¡Necesitamos envoltura plástica! –grita un médico a la multitud–. ¡Envoltura plástica! ¡Se le están aplastando los pulmones! ¡Si no os ponéis todos a ayudar, esta mujer va a morir! –La multitud estalla en actividad y unos muchachos salen corriendo y otros echan mano de sus teléfonos–. ¡Vamos... ayudad! ¡Daos la vuelta! ¡Entrelazad los brazos! Hacednos un hueco y dadle a la doctora un poco de privacidad. –En cuanto la gente recibe instrucciones claras enseguida se pone manos a la obra.

Está mirando a Khalil. Cada pequeña respiración hunde con más fuerza su caja torácica contra sus pulmones. Bocanadas. Cortas. Bruscas. La envoltura plástica taponará los agujeros. Sigue agarrándolo con fuerza de la mano, pero está mirando más allá de él. Bocanadas. Cortas. Bruscas. Cada respiración que intenta aferrarla a la vida la acerca un poco más a la muerte.

Le agarra la mano con mayor firmeza.

–Estoy aquí –dice él–. Estoy aquí contigo.

Cada respiración es más débil que la anterior. Los médicos trabajan con rapidez, pero las heridas son demasiadas. La piel le tiembla. Su agarre se afloja. Sus ojos buscan en el cielo oscuro un confort que jamás llegará.

Está ese árbol, en la esquina de la plaza, frente al hotel Safir, que a principios de cada año echa flores de un rojo sangre. La gente que espera al autobús en la esquina de la calle aplasta su ligero cuerpo que sangra bajo las suelas. El algodnero rojo. Nos prepara para el calor venidero.

## SEGUNDA PARTE. HOY

Con una asamblea constituyente al borde del colapso y los manifestantes en las calles enfrentándose a la policía por el lento ritmo del cambio, el pasado martes el presidente Mohamed Morsi hizo público un decreto que le otorga plenos poderes como guardián de la revolución egipcia por encima de cualquier tribunal.

La inesperada amplitud de los poderes que acaparaba ha suscitado un inmediato temor a que pueda convertirse en un nuevo déspota. Rara vez en la historia un líder postrevolucionario ha acumulado semejante poder personal para inmediatamente después renunciar a él.

*The New York Times*, 22 de noviembre, 2012

Mariam arroja otra piedra. La lanza con tanta fuerza que el hombro casi se le sale de la articulación, y antes de que pueda ver dónde aterriza ya está agachándose a por otra.

–¡Cabrones! ¡Estúpidos cabrones aborregados! –Nunca había estado tan enfadada–. ¡Estúpidos hijos de puta! ¡Pensad lo que estáis haciendo! ¡Pensad!

Vinieron a atacar por la mañana. Desde las reformas constitucionales del nuevo presidente ha habido protestas a diario en las inmediaciones del palacio presidencial. Así que por la mañana vinieron a echarlos.

–Jodidos matones hijos de puta. –Arroja otra piedra–. ¡El chulo de vuestro presidente es electo! ¡Electo!

Los Hermanos Musulmanes han dado el primer paso. Jugaron la carta de la mayoría parlamentaria para forzar que se aprobara la nueva constitución estatal traicionando todas sus promesas y alianzas revolucionarias. La nueva constitución que dará forma al futuro del país y definirá sus leyes y que buscará la forja de su identidad postrevolucionaria. La nueva constitución que no protege a las minorías, que subyuga a las mujeres, que permite la tortura, que invita a la privatización y que protege al Ejército.

–¿Os pensáis que eso es todo!? –Mariam arroja otra piedra a la tierra de nadie de escombros que los separa–. ¿Os pensáis que es así de *sencillo*?

Ante ellos, en formación, de espaldas al palacio presidencial, hay hombres, centenares de hombres. Hombres con barbas largas y chaquetas pesadas que braman instrucciones, hombres con barbas más ligeras y la ira de la juventud impotente, hombres que cumplen órdenes, hombres sin ningún otro lugar al que acudir, hombres perdidos en su anteproyecto de salvación divina y otros que arden con la necesidad de purificar la tierra.

De repente, disparos y la multitud se estremece. Ella no ve el arma. La gente está corriendo y Ashraf le pone la mano en el hombro. Tenemos que irnos. Algo le golpea en la nuca, pero ella no se cae. Ashraf corre, los dos corren. No saben en qué calles se está a salvo.

–Alísate el pelo –le dice a Ashraf mientras trata de respirar más despacio–. Prueba a echártelo a un lado o algo. Que parezca menos revolucionario. –Ella se quita la *kufiyya* y nota que está llena de sangre.

–¿Por dónde se va al palacio?

–Estoy seguro de que es por aquí.

–¿Por dónde vinimos?

Esta calle no me suena.

–Cuando perseguíamos a esos chicos, ¿gíramos a la derecha o a la izquierda?

Desde las sombras, Mariam puede ver a ocho hombres, palos de madera, dos cuchillos de cocina.

–Tíos, ya sabéis que éste es un barrio cristiano.

–Está claro que estos hijos de perros judíos tienen dinero.

–Por supuesto.

Tienen de todo.

–Malditos sean esos traidores de Sawiris y Hamdeen y El-Baradei.

–Y el papa, ese hijo de perro judío.

Le pone a Ashraf la mano en el hombro. Se están quietos. Se quedan callados. Son demasiados.

–Y tú. ¿Qué vamos a hacer contigo?

¿A ti quién te ha pagado? ¿Eh?

¿Quién te ha pagado?

Una mano que abofetea carne. Ella se estira para mirar a través de la puerta enrejada.

–¿Quién te ha pagado?

¿Ha sido El-Baradei? Dínoslo.

Ya lo sabemos así que dínoslo.

Un hombre, descamisado, sangrando. Lleva atada alrededor del cuello su camisa hecha jirones igual que una correa. Tiene los ojos cerrados por los moratones. Vinieron por la mañana. Llegaron en autobuses alquilados para expulsar a los manifestantes que acampaban frente al palacio del nuevo presidente.

–Eres cristiano, ¿verdad?

Así que ¿quién te ha pagado?,

¿El-Baradei o el papa?

¿Quién te ha pagado?

–Chico, ¡te voy a cortar los labios si no empiezas a usarlos!

–¿Quién te ha pagado?

Mira, sales en un vídeo.

¿Cuánto te ha dado?

–¡Te vamos a rajar

la garganta, chico!

¿¡Cuánto te ha dado

El-Baradei!?

Descargan otra fuerte bofetada en la nuca del chico. Ella nota que Ashraf se estremece a su lado. Al prisionero le gotea sangre de los labios mientras mueve la cabeza con aturrida confusión. Lo único que alcanza a decir es «no, no, no».

–Sabemos que tenéis dinero. Esta mañana vimos lo que teníais en las tiendas.

¡Queso! ¡Tres tipos de queso! ¡Queso del Nesto,\* perversos!

–Una plaga en vuestros hogares.

–Asquerosos bastardos, les sobra la comida, viven todos como reyes con sus dólares estadounidenses.

–Que nos pidan perdón.

–Todo pagado por los estadounidenses.

–Y por los israelitas.

–Si ellos tienen a los estadounidenses nosotros tenemos el Corán.

–A Dios gracias.

–A Dios gracias.

–Tenemos el Corán y tenemos al presidente.

–A Dios gracias.

–Deberíamos volver al palacio.

–Llevemos esta inmundicia al palacio.

–¿Hay muchos?

–Muchos qué.

- Prisioneros.  
–Ya lo averiguaremos.  
–Sheikh Yassin\*\* decía que les comprobáramos las manos. Que si las tienen sucias que se las cortáramos porque han estado tirando piedras y puedes estar seguro de que son traidores ¡y que les cortaremos las manos!
- Vamos. Estoy seguro de que es por aquí.  
–Esta calle no me suena.  
–Es por aquí.  
–Vamos, perro.  
Descargan otra fuerte bofetada en la cara del hombre.  
–¡¡ESTAMOS CONTIGO, MORSI!! ¡¡CUALQUIERA QUE TE INSULTE SE VUELVE A CASA DENTRO DE UN SACO!!
- ¡MOR-SIII! ¡MOR-SIII!! –¡Dios es grande!

5 DE DICIEMBRE: SEIS PERSONAS MUERTAS DURANTE LOS  
ALTERCADOS EN EL PALACIO PRESIDENCIAL

Khalil está asomado al balcón, intentando distinguir la lucha callejera al fondo, el sonido de una bala esporádica le llega de alguna parte. Éste es el escenario de una pesadilla. Lleva todo el día pensándolo y con cada piedra que tiraba a la milicia de los Hermanos el sentimiento se acrecentaba en su estómago. Es esto. Es nuestro momento África, querida, vaya un lío terrible, ¿verdad? Es un espectáculo de mierda y una excusa para que vuelva el Ejército, para que tome de nuevo las riendas. Y lo que viene después va a hacer que Irak parezca el patio de un colegio. Porque como esto acabe con Morsi derrocado, en Egipto sobran veteranos *yihadistas*, ideólogos feroces y guerreros vitalicios que van a pasarse por casa, a pertrecharse y a salir a la calle a pegar tiros. Y lo lamentaremos. Entonces ya nadie podrá hacer nada salvo el Ejército y la puta policía. El país les suplicará que vuelvan a tomar las calles.

–¡Tienen a gente retenida en el puto palacio!

Se vuelve y ve a Mariam y a Ashraf entrando en el apartamento de Nancy.

–Sí, lo sabemos –responde Hafez, dándole la vuelta a su ordenador para enseñarle un vídeo a Mariam–, están alardeando de ello.

Una mesa llena de portátiles se extiende por el centro del comedor de los padres de Nancy. Hafez, Rania y Rosa están subiendo archivos a Internet, editando y escribiendo. Hay varias caras que Khalil no identifica.

Entra y ve que Mariam tiene manchas de sangre por toda la frente.

–¿Qué ha pasado? ¿Te encuentras bien?

–Estoy bien. Es sólo una pedrada.

–¿Te desmayaste?

–No.

–¿Estás segura?

–Estoy segura.

–Estupendo. Siéntate.

Trae agua y una toalla y spray antiséptico y se pone a limpiarle la herida.

–Los Hermanos están torturando a gente en el palacio.

–Ya lo sé.  
–¿Qué vamos a hacer? –pregunta Mariam.  
–¿Qué quieres decir?  
–Tenemos que sacarlos de allí.  
–No podemos asaltar el palacio. Son demasiados.  
–Podemos reunir a muchos. Si ponemos a diez mil personas en la puerta, tendrán que dejar ir a los prisioneros. ¿Dónde cojones *está* todo el mundo?  
–Primero vamos a arreglarte la cabeza.  
Cuando la herida está limpia se sienta junto a ella.  
–Esto es serio –dice él.  
–Mañana sacaremos a muchos a la calle –dice ella.  
–Eso es darle al Ejército lo que quiere.  
–¿A qué te refieres?  
–Hay gente pidiéndole que intervenga.  
–Siempre hay gente que le pide al Ejército que intervenga –dice ella.  
–¿Y si interviene? Si intentan deshacerse de Morsi...  
–No lo harán. Trabajan juntos. No es más que una prueba. No es más que una prueba de que los Hermanos son capaces de controlar la calle. El Ejército no podría estar más contento ahora mismo. Esta constitución de mierda le ha dado todo lo que quería.  
–Quizá deberíamos estar haciendo algo distinto.  
–Como qué.  
–No lo sé.  
–Quieres nuevas elecciones, ¿a que sí? Ahora que hemos visto lo bien que os salieron las anteriores.  
–Porque fueron *mis* elecciones, claro que sí.  
–¿Fuiste a votar o no?  
–Lo que tú digas.

6 DE DICIEMBRE. MORSI: «LA QUINTA COLUMNA Y LOS LEALES

A MUBARAK SE EMPEÑAN EN DESESTABILIZAR EGIPTO»

Él la ve por las noches: el pecho que le sube y le baja, más rápido, apenas subiendo, bajando; nota que la mano de la doctora se aferra con fuerza a la suya, que le oprime el pecho. Él se estira para respirar, está echado en el suelo y el mundo da vueltas por encima de él, pero ella está ahí, le pone las manos sobre el pecho, está por encima de él: una oscuridad eterna dentro de la máscara antigás. Ella le pone las manos sobre el pecho. Su padre está de pie por encima de ambos. Comprime, dice. Comprime. Agita una regla en el aire, el director que marca el compás. Un, dos, tres: comprime. Ella le pone las manos sobre el pecho. Un, dos, tres: comprime. Ella se inclina, sobre él, y él besa la máscara, besa la oscuridad de cristal y el pecho se le distiende en una exhalación y en los sudores repentinos del despertar.

Entra en el baño y se quita la camiseta, se estira para alcanzar a ver por detrás del hombro, para verse la espalda en el espejo. La heridas sanaron hace mucho, dejándole cicatrices de arañazos por toda la piel. ¿Cuán cerca estuvimos ambos de compartir la misma muerte? El archivo le espera en su ordenador: Doctora\_02022012.mp4. No lo abre.

9 DE DICIEMBRE. EL JEFE DEL ESTADO MAYOR DE MORSI  
ACUSADO DE TORTURAR A PRISIONEROS EN EL PALACIO  
PRESIDENCIAL

Rania preside la gran mesa de la oficina de Caos durante la reunión general. Han respondido por docenas a la convocatoria de nuevos voluntarios: cineastas, periodistas, traductores, académicos, fotógrafos y más. Todas las sillas están ocupadas, hay personas sentadas en el suelo de tarima, apoyadas en las paredes, haciendo café en la cocina, fumando en el balcón.

–Qué bien ver tanta gente aquí –dice Rania–. Demuestra lo seria que es esta crisis. Si estáis aquí es porque entendéis que no podemos tomárnosla a broma. Basta con que echemos una ojeada a la historia de Mussolini para ver los derroteros que esto podría tomar. Envío de milicias para limpiar las calles, periodistas asesinados. Es así como empieza. Nos podemos reír de ellos todo lo que queramos pero es así como empieza. Tenemos que dedicarnos a generar contenidos como nunca. Tenemos que dominar la guerra mediática. Ahora mismo nos enfrentamos a tres enemigos: los Hermanos, el Ejército y la policía. Sí, cada uno tiene intereses diferentes..., pero sabemos con absoluta certeza que hay un interés que todos ellos comparten y que es acabar con la revolución.

«El secuestro de Cadres por parte de los Hermanos Musulmanes y las torturas a manifestantes dentro del palacio presidencial», su último *podcast*, ha tenido doscientas mil descargas en una semana.

18 DE DICIEMBRE. LOS FAMILIARES DE LOS MÁRTIRES  
AÚN ESPERAN JUSTICIA: MORSI CALLA

Cuando el transistor por fin llega junto a una amiga que vuelve de un viaje a Estados Unidos, Khalil y Hafez se ponen a trabajar en el montaje de un pequeño transmisor analógico. Condensadores, resistencias, el transistor, todo cuidadosamente soldado en un circuito y éste unido a una batería y a un reproductor mp3 barato cargado previamente con un programa de una hora de duración puesto en bucle. A última hora de la noche lo atan todo a la copa de un árbol enfrente de una cafetería en Bab alLouq y se marchan.

Desde el balcón de Khalil, Hafez apunta con una cámara GoPro hacia el transmisor mientras Khalil rastrea las frecuencias de radio:

... en la que ha sido calificada como una campaña caracterizada por la desinformación, los partidarios del presidente movilizaron los suficientes votos como para aprobar una nueva constitución que podría alterar de manera significativa el carácter del país en los años venideros y supervisar una erosión de los derechos y las dignidades fundamentales.

–Ahí la tienes –dice Hafez.

En el mp3 hay un programa hecho expresamente para este experimento, el locutor es un hombre mayor (un actor, tío de Hafez) que habla el árabe formal de los noticieros. No se hace mención a Caos, ni siquiera a la revolución.

Dicen que por emitir con una radio ilegal te caen automáticamente quince años. Se sientan a esperar. Hafez se abre una cerveza.

–Por las batallas sangrientas y los brazos desollados –dice.

Entretanto, a lo largo de todo el país, jóvenes continúan siendo retenidos en prisiones militares y procesados por tribunales militares... Una práctica del Ejército que ahora avala la recién aprobada constitución.

–¿Te lo crees? –pregunta Hafez–. ¿Lo de los efectos de la constitución?

–Nos deja claro lo que están pensando. Y enfada a la gente.

–No lo bastante como para que voten en contra.

Una hora después el mp3 vuelve a empezar:

Hola, esto es *Downtown Today* con las últimas noticias. Los egipcios han acudido hoy a las urnas en el que ha sido etiquetado como el referéndum más divisivo en la larga historia del país.

Quince horas y treinta y nueve minutos más tarde, un comando de quince soldados y un oficial de rango aparecen en un camión provisto de varias antenas y dos parabólicas. Encuentran el transmisor sin problemas. Interrogan a la gente en la cafetería pero no se quedan mucho.

–Pues nada –dice Hafez–, o bien montamos un transmisor que se acerque a los dos kilómetros de alcance y que aun así sea móvil y discreto (algo que quizá nos venga grande) o me da que por ahora tendremos que ceñirnos a Internet.

#### 6 DE ENERO. MÁS ISLAMISTAS DESIGNADOS EN LA REMODELACIÓN DEL GABINETE

Hace justo seis meses estaban sentados en el Greek Club, contando los votos según llegaban. El Greek estaba a rebosar, cada mesa un conjunto de revolucionarios y de artistas y de periodistas, un bullicio de excitación vibraba en el aire que los rodeaba.

Esta noche será la primera vez en la historia de la civilización más antigua de la tierra que el pueblo elija al líder del mañana.

Al caer la noche las cifras empezaron a llegar. Recuerda a Rania de pie con el teléfono en la mano, leyendo en voz alta las actualizaciones.

–La Rueda de Recambio\* está en el treinta por ciento. Aboul Fotouh está en el 23 %. Sabbahi está bien situado con un 18 %. Shafiq está en un 17 % y Amr Moussa sigue a la zaga con un mísero 11 %.

Llegan resultados desde Ismailía, desde Behera, desde Marsa Matruh y desde Suez favorables a Morsi. Hamdeen se anota la victoria en Alejandría, en Port Said y en Damanhour. La noche se centró entonces en Hamdeem. Hamdeem puede ganar en El Cairo. Será Morsi contra Hamdeem. Esa lucha la podemos ganar. En la segunda vuelta todo el mundo respaldará a Hamdeen.

Y entonces llegaron los resultados de Gharbeya y de Dacalia, y las cifras de Shafiq empezaron a escalar puestos, y entonces en Munoufeyya, ciudad natal de Mubarak, se cierra con un 55 % de los votos a favor de Shafiq. Hamdeem marcha detrás pero las cifras de Morsi son implacables, y Shafiq no para de subir y entonces se dio el peor de los escenarios posibles. Morsi versus Shafiq. Hermanos versus Ejército. La misma historia que ha venido desarrollándose desde hace cincuenta años.

Se suponía que iba a ser diferente. Se suponía que iba a suceder algo diferente.

25 DE ENERO. EL ANIVERSARIO DE LA REVOLUCIÓN  
DESENCADENA PROTESTAS EN MASA CONTRA EL  
RÉGIMEN DE MORSI

No estábamos preparados para esto.

Mariam está de pie tras la baranda mirando el mar de gente de debajo. Rania está detrás de ella, sentada en una silla, la cabeza entre las manos, sin mirar, incapaz de no escuchar a la multitud más abajo. Mariam tiene el brazo en alto, apuntando con la mano hacia la negrura amarilla.

–Está volviendo a ocurrir. Allí.

Tahrir está llena; miles y miles de personas abarrotan la plaza hasta sus horizontes de hormigón, pero allí, en el medio, un cardumen de gente da vueltas en torno a un punto central.

–Está volviendo a ocurrir.

Khalil corre a oscuras escaleras abajo, corre a la calle y se adentra en la plaza, corre hacia la muchedumbre que se arremolina en torno a la punta del tembloroso dedo de Mariam, cientos de personas empujando y forcejeando y gritando y alargando los brazos, y Khalil se abre camino entre ellos a la fuerza, aplastándose más aún contra la aglomeración; a empujones, deja poco a poco atrás hombros que arremeten y brazos que buscan hasta que ve un cuerpo medio desnudo retorciéndose en un mar de manos que arañan y que agarran hasta dar la sensación de que la mujer se va a romper en dos. «¡Abrid paso! ¡Abrid paso! ¡Quitaos de enmedio! ¡Por aquí! ¡Traedla por aquí!». Una legión de voces que chillan palabras de socorro mientras más manos se alargan a través de la vorágine de cuerpos para agarrar cuanto carne puedan. «Es mi hermana – grita una voz–, mi hermana, os juro que es mi hermana». Un hombre ruge y empuja a todo el mundo alrededor... «¡Apartaos! ¡Dais vergüenza! ¡Quitaos...!», y Khalil se pega a él y arremete con el cuerpo contra la muchedumbre cuando una mano le agarra y le tira de la cintura y le abofetea con dureza y le rebusca en los bolsillos y le tira de la camisa hasta ahogarlo y le descargan un codazo en el costado y un cuchillo brilla bajo las farolas. «¡Alejaos de la plaza!», grita alguien. «¡Tenemos que sacarla de aquí!». Empujan para escapar poco a poco, con la aglomeración a remolque, la muchacha inconsciente entre todos ellos, «es mi hermana, os juro que es mi hermana». Hay un portal. «¡Dentro! ¡Metedla dentro!». Empujan. Empujan. La multitud avanza lenta y estrepitosamente y la puerta se cierra a tirones. «¡Que nadie entre! ¡Nadie!». Khalil se gira para encarar a la muchedumbre, entrelaza sus brazos con los de los hombres que tiene a cada lado al tiempo que la multitud empuja y tira de ellos pero mantienen los brazos fuertemente unidos contra los envites y los gritos y los «Qué estás haciendo», «¿Quién cojones eres tú?», «Abrid paso que es mi hermana, mi hermana, os juro que es mi hermana» que claman desde la multitud como el canto en bucle de un ave de pesadilla. El chico, que no pasa de los quince, no dejará de empujar y de embestir hasta que Khalil le meta un rodillazo en las tripas y salga despedido de vuelta a la multitud. Una mano se agita con violencia y el metal rebana el aire y la hilera se rompe al tiempo que la gente huye en desorden de una navaja sucia y del brillo arqueándose en la oscuridad y algo le golpea en la nuca y se cae y se aplasta la espinilla y se tuerce la ingle y algo cruje y ha cedido un sumidero y tiene la pierna dentro y está intentando sacarla a tirones y todo el mundo corre porque hay un hombre con un pasamontañas negro... Y está apuntando con un arma a Khalil.

Khalil deja de moverse. La punta de la pistola tiembla. Tiembla durante largos segundos de

confusión. Y entonces el del pasamontañas desaparece, corre de regreso a la multitud, cuerpos que al instante se apartan de él y de su oscilante pistola.

Khalil renquea apresuradamente hacia la puerta de hierro. La ambulancia está en camino. Ha de estarlo. Mantened cerrada esa puerta un poco más. Eso es lo único. Sólo un poco más. Eso es todo. Mantened cerrada la puerta.

26 DE ENERO. SANGRE EN LAS PLAZAS EN EL  
ANIVERSARIO DE LA REVOLUCIÓN

Mariam está en el aseo a oscuras, el cuerpo doblado sobre el lavabo, frotándose despacio las manos bajo el agua caliente. Tiene los brazos cubiertos de rasguños, el cráneo en carne viva por los puñados de pelo que le han arrancado. En los pañuelos de papel presionados contra las piernas aflora el rojo. Se arremolina la sangre.

Lllaman suavemente a la puerta.

–Está grave –dice Rania–. Tiene un corte serio, interno. De navaja.

Mariam mantiene las manos bajo el agua, moviendo la una contra la otra en una lenta autohipnosis. El agua constante, incuestionable. Una navaja. Una navaja. Su mente es incapaz de ir más allá de la palabra. Se concentra en el agua que sale por el grifo oxidado. ¿Qué es esto? ¿Qué está pasando? ¿Cómo podemos continuar desde aquí?

Suena un teléfono y Rania se aparta. No estábamos preparados. No para esto. La sangre desciende en lentas espirales por el lavabo.

26 DE ENERO. TREINTA Y DOS MUERTOS Y CIENTOS DE  
HERIDOS EN LOS FEROCES ALTERCADOS EN PORT SAID

Por la mañana hacen balance. Han arrestado a centenares, asesinado a docenas, en Port Said y Suez hay una sublevación abierta, están saqueando las sedes de los Hermanos por todo el país y en Tahrir..., ¿cómo contar lo que ha sucedido en Tahrir? Las manos, los cuchillos, al menos dos docenas de agresiones.

Mariam está sentada a los pies de la cama con las piernas cruzadas, el ordenador abierto. Khalil intenta incorporarse un poco. Tiene el cuerpo dolorido por lo de anoche y ahora, a la luz, ve los arañazos que recorren el brazo de Mariam.

En el teléfono le espera una cadena de mensajes.

Reunión Opantish\* hoy al mediodía. Es necesario que nos preparemos mejor.

¿No tendríamos que ir hoy a Port Said? Anoche hubo al menos 26 muertos allí.

Necesitamos más gente en los equipos de intervención. Hagamos hoy una convocatoria.

Anoche arrestaron al menos a doscientas personas y siguen desaparecidas. Tenemos que salir a buscarlas.

27 DE ENERO. ESTADO DE EXCEPCIÓN, SE DECLARA  
TOQUE DE QUEDA EN TRES CIUDADES

Khalil y Hafez están sentados al fondo de la oficina de Caos viendo el discurso de Morsi en el portátil de Hafez mientras llegan nuevos voluntarios.

Agradezco a los miembros de la policía sus enormes esfuerzos en la defensa de los ciudadanos y de las instituciones del Estado.

El nuevo presidente baja con nerviosismo la vista hacia sus notas.

Saludo a los miembros de las Fuerzas Armadas, por el inmediato cumplimiento de las órdenes que les di al efectuar su intervención para salvaguardar la seguridad del país y proteger sus edificios.

Baja la vista, luego recuerda que se supone que ha de parecer autoritario y levanta un dedo. El enfado se acumula en su interior. Le agita el dedo al país.

He dicho antes que estoy en contra de cualquier medida extraordinaria, pero si he de tomarla lo haré. De modo que aquí estoy, tomándolas. Para evitar el derramamiento de sangre y mantener la seguridad contra los agitadores y contra aquellos que se mueven fuera de la ley y para proteger a los ciudadanos, he decidido, tras consultar la constitución, en primer lugar: declarar el estado de excepción en las provincias de Suez, Port Said e Ismailía durante treinta días, desde la medianoche de hoy. Segundo: desde las nueve de la noche habrá toque de queda en las provincias de Suez, Port Said e Ismailía.

–Estado de excepción...

–Acabábamos de librarnos del estado de alarma.

–¿Qué está haciendo?

–La gente se va a cabrear.

–Es como si estuviese tratando de decirle a la gente que no es distinto de Mubarak.

Nuevos poderes de arresto significa que #Morsi ha otorgado al Ejército poderes para arrestarlo. En cuanto queme el cartucho de los HM y ya no puedan promover sus intereses, lo arrestarán.

@Moftasa

4:14 p. m. - 28 de enero de 2013

Ashraf está subido a una silla en la parte delantera de la habitación, pone las manos en alto.

–¡Vale, escuchad! Os presentáis todos como voluntarios para los equipos de intervención. Bienvenidos. Para aquellos que no lo sepan: la labor de los equipos de intervención consiste en meterse entre la multitud y sacar a las mujeres lo más rápido posible. A algunos ya os conozco de la otra noche, así que ya sabéis lo demencial que todo esto puede ser. El resto, escuchad.

29 DE ENERO. MÁS DE CINCUENTA MUERTOS Y MIL HERIDOS EN UN VIOLENTO ANIVERSARIO

Se pone tres capas de camisetas, mete a presión un trozo de una caja de cartón pegado a la piel y luego lo remete todo. Mejor en un riñón que en las tripas. Se aprieta el cinturón hasta donde da.

Tira de él e intenta meter la mano por dentro. Está bien apretado. Hace dos días, a un hombre le desgarraron el ano hasta causarle una hemorragia. A Khalil se le encoge todo el cuerpo con sólo pensar en un dedo mugriento sondándole. Saca la llave de su casa de la anilla y se la mete en el calcetín de forma que quede presionada contra la suela del pie izquierdo, luego coge su carné de identidad y cincuenta libras y lo empuja todo hasta el fondo de su calcetín derecho, se ata los cordones lo más fuerte que puede. Nada en los bolsillos. ¿Micrófonos? No. Esta vez no.

El sol no se ha puesto aún.

Su teléfono vibra por un mensaje de Mariam.

Ve con cuidado hoy.

Coge un rotulador y empieza a escribirse el teléfono de Mariam en la parte superior del brazo izquierdo, bajo la manga de la camiseta más interior. Te estás pasando. Venga, te estás pasando. Aunque, por otra parte, nadie se va a enterar. A no ser que suceda lo peor. Hace la cama y saca una toalla limpia, comprueba que tiene jabón, antiséptico, analgésicos y vendas en el baño. Si sobrevivimos a estas noches, ¿nos quedará algo a lo que aferrarnos?

Sale al balcón, enciende un cigarrillo. Los últimos rayos del sol empapan los tejados de los edificios del centro. Altas pilas de escombros en las azoteas, el obediente ejército de antenas parabólicas que apuntan a la nada, las ventanas eternamente cerradas, la ciudad desmoronándose a su alrededor.

Se une a su equipo de intervención y se aposta en el elevado precipicio frente al KFC, escrutando la multitud en busca del movimiento brusco, del pánico, atento a los gritos. Luciendo sus camisetas (FUERZA ANTIACOSO) permanecen listos para moverse, gritar, luchar en cuanto la llamada llegue. Observan a los centinelas, subidos a los postes de la luz, a la espera de la señal, del momento, de la llamada a la acción. No durará más que un segundo. Un cuchillo silencioso, un agarrón que no puedas deshacer, los últimos hálitos aplastados en un charco de barro.

Activa los teléfonos de la Sala de Operaciones y coloca una de sus listas sobre la mesa que tiene delante:

–organizar paquetes para los equipos de la plaza –comprobar los paquetes de seguridad – mochila, camiseta, vendas, bufanda, chancletas, tampones, pantalones anchos –confirmar todas las casas seguras –confirmar que cada casa segura tiene lo básico –antisépticos, vendas, toallas limpias, contraseñas wifi –provisiones básicas de nevera –¿cuántos equipos de intervención? –hablar con los capitanes –comprobar que todos tienen el teléfono del resto – ¿tenemos suficientes camisetas? –¿están limpias? –Sala de Control –¿quién se queda? ¿quién hace los relevos? –suministros –bolis, papel, agua, patatas fritas, Coca-Cola –Valium

No pasa mucho hasta la primera llamada:

–¿Hola?

–Hola. ¿Hola? Necesitamos ayuda. La están golpeando. ¡La están golpeando! Por favor, necesitamos ayuda.

–Vale. ¿Dónde estáis?

–Estamos en Suez. En la marcha. En la principal.

–Pero sólo tenemos gente en El Cairo. ¿Tienes amigos en Suez a los que puedas llamar?

–¿Qué quieres decir? ¡Necesitamos ayuda! ¡Por favor!

–Lo siento, solamente...

–¡Tienes que buscar a alguien! ¡La van a matar! ¡Dios mío, yo sola no podría pararlos!

–Vale –tiene que pensar con rapidez–, cuelga, envíame tu localización. Intentaré buscar a alguien.

–¡No, no cuelgues! ¡Dios mío! ¡Cabrones! ¡Cabrones! ¡Dios mío!

Está sollozando al teléfono. Mariam se estira a por otro teléfono, intenta llamar a alguien en Suez mientras teclea un mensaje en otro. Debe haber alguien en Suez que pueda ayudar. Mantiene el teléfono cerca de la oreja, para mantener cerca a la mujer.

–Te enviaremos a alguien. Algo se nos ocurrirá.

–Oh, no. Oh, no, no. Yo sola no podría pararlos.

–¿Estás en un sitio seguro? Sigue conmigo, ¿vale?

–No podría pararlos...

#### 1 DE FEBRERO. MÁS VEREDICTOS DE INOCENCIA EN LOS ASESINATOS POLICIALES DE MANIFESTANTES

Están sentados en la cama uno al lado del otro, callados, con el ordenador de Mariam abierto entre los dos. Una chica está hablando con mucho detenimiento.

Por suerte mi amiga estaba conmigo. No paraba de decirme que todo iba a salir bien. Me decía al oído que lo más importante era que nos quedáramos abrazadas, pasara lo que pasara. No paraba de decirme que todo iba a salir bien. Que íbamos a salir de aquélla. Me abracé a ella todo lo fuerte que pude mientras todas aquellas manos se agarraban a mi cuerpo.

El presentador del programa espera, la cara tensa de teatral preocupación.

–¿La conoces? –pregunta Khalil.

–La conocí aquella noche –dice Mariam.

Yo gritaba: «Parad, parad, animales», cosas por el estilo, como una idiota, como si eso fuese a servir de algo. Daba golpes y empujones pero eran demasiados.

Coge aire. Mariam puede ver el mapa de pensamientos que le recorre el rostro. ¿Iba a contar mucho más?

Y aquellos hombres... ¿eran miembros de los Hermanos Musulmanes?

¿Cómo?

Los hombres que te agredieron.

No. Bueno, no lo sé. No hay forma de saberlo.

Pero estabas en Tahrir protestando contra los Hermanos.

Sí.

Así que tendría sentido que esos hombres pertenecieran a los Hermanos.

Podría ser.

La atención de Mariam se renueva de repente.

Pero sabemos que la policía lleva años violando a gente. Y sabemos que en esta sociedad, en

este mundo, por todas partes los hombres usan la violación como arma.

Bueno, gracias a Dios que estás bien.

Khalil sigue pensando en aquella periodista del invierno pasado.

–¿Cómo es que no hay más candidatas femeninas para las elecciones? –le había preguntado ella–. ¿Por qué nadie habla de esto?

Sigue oyendo la respuesta que le dio él, palabras vagas sobre cómo hemos de mantener unida la causa de la revolución. *Nosotros*. ¿Quiénes son ese *nosotros* en cuyo nombre hablas con tanta ligereza? ¿Qué palabras fueron aquellas que con tanta facilidad se apropiaron, colonizaron el lenguaje de Mariam, su vida, esa respuesta suya que carga con años de frustración y de abusos y de opresión y de tensión y de sacrificio? La respuesta de Mariam que tú nunca podrías habitar. Y tú la cogiste porque sí, la reclamaste, la proferiste. Porque era fácil. Y aquí estamos ahora.

No está dormida. Lo sabe por cómo respira. Sus bajos instintos le repelen al mirarla. El pene se le encoge... «Es mi hermana, os juro que es mi hermana». Te pido disculpas, querría decirle. Te pido disculpas por todo, disculpas por los hombres, por todos los hombres y por las cosas que hacen; disculpas por ser uno de ellos, por estar aquí tumbado pensando en el tacto de tu piel, por el peso de mi cuerpo sobre el tuyo, por cada mujer a la que alguna vez haya mirado. No se trata de Egipto, no se trata de los hombres egipcios; se trata, sencillamente, de los hombres. Son los hombres quienes han de ser eliminados de las calles, son los hombres quienes empiezan las guerras y disparan y violan a niñas, y quienes golpean a sus parejas, son los hombres quienes infectan el aire con testosterona y territorialidad. Pues claro que Rania sería capaz de matar a palos a una cría de foca, pero el problema son los hombres, son siempre los hombres. Prescinde de los hombres y al mundo tal vez le quede una oportunidad. Dicen que los científicos pueden crear bebés a partir de dos óvulos, así que tal vez sea ése nuestro final. Cuesta no pensar en ello como en algo positivo.

3 DE FEBRERO. LLEGA LA PRIMERA REMESA  
DE LOS F-16 DE OBAMA

–¡Pues claro que está organizado! –le espeta Nancy mientras llena bolsas de seguridad con las provisiones de emergencia–. ¿Hace falta que te lo explique? Los Hermanos han llegado al poder. Lo hacen fatal y todo el mundo los odia. ¿Hasta aquí bien? Ellos odian que haya personas que protestan contra ellos, así que ahora están fomentando una nueva estrategia (una que sólo una organización secreta de Hermanos sería capaz de concebir) para acabar con ellas.

–Pero quieren dar imagen de estabilidad –dice Mariam. Está exhausta, pero se esfuerza por mostrarse correcta con Nancy–. Esta mierda los hace parecer totalmente fuera de control.

–Durante un mes, quizá. Pero luego se harán con el control completamente.

–No corren riesgos así como así.

–¿Son los liberales quienes están organizando las agresiones entonces?

–¿Por qué tendría que estar organizándolas alguien? Ahí fuera nos acosan todo el rato. Tal vez no sea más que la conclusión lógica del patriarcado.

–Tiene que haber alguna clase de organización. Siempre empieza con un pequeño grupo rodeando a una mujer. Algo así no sucede de manera espontánea. Esos hombres se conocen entre ellos.

–O sea, que son amigos y éste es su juego enfermizo. Y lo mismo con cada hombre que se les

une después... *No se conocen entre ellos y ése es el problema. Y si alguien está organizando esto, es porque comprende que para iniciar un puto incendio no se requiere más que una chispa.*

Nancy no le replica. Coge una mochila vacía y mete dentro los artículos de seguridad: una camiseta lisa, pantalones anchos, capucha, *abaya*, ropa interior, chancletas, tampones, compresas, pañuelos de papel, agua, Valium. Levanta la vista hacia Mariam.

–La próxima vez tenemos que coger a uno. Interrogarlo.

–Nancy, no somos unas justicieras. Estamos aquí para proteger a las mujeres.

–Bueno, tal vez no baste con eso. Tal vez tengamos que enviar una señal.

4 DE FEBRERO. AHMADINEYAD SE REÚNE CON MORSI  
EN SEÑAL DE REALINEAMIENTO

Mariam camina por la estrecha calle hacia la morgue, en las alturas los árboles pugnan en las sombras del palacio de justicia de Zeinhom. Hay un coche calcinado repleto de años de desperdicios, gatos demacrados que los escarban. Hoy han encontrado a uno de los desaparecidos. Mohamed El-Guindy. Mariam baja la cabeza al pasar por delante de las mujeres de negro sentadas en el patio del forense. Una docena de jóvenes con capucha permanece en furioso silencio. Mohamed El-Guindy, otro rostro sonriente que nunca conocí, otra muerte en lacerante dolor. Da unos golpecitos en el grueso alambre que atraviesa el cristal resquebrajado de la recepción. El ayudante se pone a despacharla con la mano y luego levanta la vista, la reconoce. Por un momento no está seguro de qué hacer, luego se levanta con un suspiro nervioso. Descorre el cerrojo de la pesada puerta de metal.

Khalil se lleva los gruesos auriculares a las orejas, pincha en la carpeta de descargas y abre el vídeo titulado «Hamada Saber». El vídeo ya lo ha visto el país entero, el nombre de ese pobre hombre está en boca de todo el mundo..., pero él está convencido de que tiene que usarlo de algún modo en el *podcast* de esta semana. Pincha en *play*.

Se llamaba Mohamed El-Guindy. Llevaba días desaparecido. Yace frío en la mesa de cromo, donde Mariam sabía que estaría. Rania rodea con sus brazos los hombros de una mujer, la madre. Mohamed tiene los ojos cerrados, el pelo seco. Mariam hace un ligerísimo gesto con la cabeza a Rania y ésta conduce a la madre fuera de la sala. La puerta se cierra y Mariam levanta la sábana que lo cubre para verificar las incisiones del forense, pero no hay ninguna. Camina hasta el cuartito del final del pasillo.

–Dile a tu jefe que baje –le dice al pálido recepcionista–. Porque esos chicos de ahí fuera no se van a ir a casa hasta que se haga la autopsia.

Hamada Saber está sin camisa y tirado en el suelo, rodando de un lado al otro en el asfalto. Su cuerpo destaca a través del tono azul sulfuroso, solo en mitad del negro equipo antidisturbios, solo y desnudo, y están contemplando cómo se retuerce entre ellos sobre el alquitrán. Es viejo, no tiene pelo. Levanta la vista, les implora cuando le descargan otra patada en la espalda y tiene los pantalones arrancados y por los tobillos y Khalil siente cómo el alquitrán le desuella el cuerpo desnudo, pausa el vídeo cuando los hombres de negro se lo llevan a rastras hacia el furgón policial que les espera.

–¿Vino el forense? –pregunta Nadia, la madre de Mariam, mientras cierra la puerta tras ella.

–No –dice Mariam.

–Deben estar cuadrando su versión de la historia. Lo examinaré yo misma. ¿Puedes echar el cerrojo?

Nadia mira el cuerpo, su cara púrpura e hinchada. Le pasa la mano por el pelo. Es joven, dice para sí misma.

Para el vídeo de Hamada Saber no hay sonido que valga. Es violencia puramente visual. Hay una demanda creciente de vídeos de Caos. La gente quiere ver las fuentes de su rabia. Khalil ha tenido siempre la sensación de que en el sonido se da algo más cerebral y menos explotador, una conversación antes que una autoritaria declaración de hechos. Pero quizá el momento de la conversación haya pasado. Siguen descargando patadas en el cuerpo de Hamada Saber. A través de los píxeles, el color de su piel resulta sorprendentemente claro.

–Lo torturaron –dice Nadia–. Mucho. Claros signos de estrangulamiento. Y aquí: marcas de quemaduras. Electrodo en la lengua. Haz una foto a esto.

–Dicen que murió en un accidente de coche.

–Y fotografía esto también. Podemos enviarlas a los medios si continúan negándolo. Fórceps.

Mariam se los pasa. Conoce el instrumental de su madre. Nadia hace dos turnos a la semana en un hospital privado. Es la única manera de pagar las facturas. Y cada viernes pasa consulta gratuita en el pequeño apartamento que tienen en Manial. Mariam solía salir por las mañanas y quedarse en la calle hasta la tarde para no entorpecerla. Mataba el tiempo en el cine o se sentaba a trabajar en la biblioteca de la universidad hasta que un día volvió a casa y se encontró a su madre con la cabeza entre las manos, llorando.

–¿Qué es lo que ocurre? –preguntó, mientras rodeaba el escritorio para abrazarla. Pero Nadia insistió en que no era nada.

El siguiente fin de semana Mariam no salió. Tras los rezos la pequeña salita se llenó de gente, su madre saludaba a todo el mundo, los invitaba a pasar a su despacho, todo sonrisas. El último paciente se fue en torno a las diez de la noche y Nadia regresó a su escritorio. Escribió una nota en un trozo de papel y se quedó mirándola, sentada en soledad durante al menos veinte, treinta segundos. Luego abrió rápidamente un cajón, puso la nota dentro y se levantó del escritorio.

Mariam soltó el libro y se levantó del sofá, rodeó el escritorio. Abrió el cajón y dentro halló docenas, cientos de trozos de papel: notas y números de teléfono y recetas y prescripciones. Meses y meses de papeleo abrumador. Mariam se sentó en la silla y se puso manos a la obra. Tres semanas después estaba al cargo de los seguimientos, de los volantes, de las consultas telefónicas, de las prescripciones que se perdían y de la contabilidad.

–Haz una foto también a esto.

Una entrevista con El-Beltagy, uno de los peces gordos de los Hermanos, incendia Twitter. Khalil pincha en un enlace. En el rostro de El-Beltagy hay una expresión de sinceridad:

Si hablamos de la escena de Hamada Saber. Si os mostraran la otra cara de la historia, entenderíais toda la historia. Hemos convertido a un matón en un héroe nacional. Si vierais la primera mitad, veríais que él mismo se quita la ropa para estar listo cuando las cámaras se pongan a grabar.

Entre la multitud aumenta el enfado, el ruido.

¡Oh, Dios, les mostraremos nuestra rabia!

Mariam marca el número de un hombre con coche fúnebre al que conoce. Manda a los chicos a que vayan a comprar algodón para la mortaja. Rania está sentada con la madre del nuevo mártir. Mariam siente que el teléfono le pesa, corrompido, en el bolsillo. Da unos golpecitos en la malla de alambre de la ventana de recepción.

—Más vale que llames a un adulto y le digas que aquí va a haber una revuelta si en media hora no tienen el informe de la autopsia.

5 DE FEBRERO. MARCHA MULTITUDINARIA  
EN EL FUNERAL DE LOS MÁRTIRES

Están sentados juntos en el balcón. La tiene cogida de la mano y ella no recuerda cuánto tiempo lleva él acariciándosela. Para muchas personas la ciudad sin estrellas más allá de su balcón es muchas cosas. Una ciudad de mujeres y, en una oscuridad paralela, otra de hombres que acechan. Una ciudad de refugiados que viven en la invisibilidad entre los restaurantes, las azoteas y los servicios sociales. Una ciudad de bares de hotel y de puestos de comida callejeros donde el mismo plato de alubias puede costarte o una libra o el presupuesto de un día. Una ciudad centralizada que se absorbe lentamente a sí misma, ahuecada por los suburbios satélite que la rodean. Una ciudad con un pasado milenario amontonado sobre cada momento de la vida presente. Una ciudad subterránea de celdas policiales y calabozos ocultos y de furgones de carga que mantienen a sus víctimas en secreta circulación entre sus amuralladas y atalayadas cárceles.

Aún la tiene cogida de la mano y eso está bien, porque si se concentra sólo en eso, entonces todo lo demás puede difuminarse durante unos minutos y puede sencillamente aceptarlo sin cuestionarlo ni luchar por ello, todo puede sencillamente ser, podemos sencillamente respirar y no pensar en el oscuro submundo que discurre bajo nosotros y no pensar en el 25 de enero y no pensar en el hospital, en las llamadas telefónicas, en la morgue y no pensar en qué ocurriría si parásemos o en qué está por venir o en qué tendríamos que haber hecho de otro modo no podemos parar no hay tiempo, no hay tiempo para pensar en nosotros mismos o en nuestros errores o en la morgue sólo existe el hoy y sólo existe el trabajo, existen sólo las vidas y la muchedumbre eso es todo es lo único que importa así que no hace falta que hablemos porque al hablar nos tiemblan las manos así que, ahora mismo, le basta con la mano de él, con la presión de su pulgar que de nuevo traza un pequeño remolino de silenciosa ternura que nos mantiene congelados durante un instante de fragilidad.

8 DE FEBRERO. TRAS LA REVOLUCIÓN LOS CUARTELES  
POLICIALES SIGUEN SIENDO LUGARES DE TORTURA

Han clavado un mensaje enorme en el tablón de anuncios de la oficina.

A DECIR VERDAD, ES EN REALIDAD EL HOMBRE  
QUIEN SE QUITA LA ROPA.

Puede oír a Rania en la cocina.

–¿Cómo ha ocurrido esto? –dice–. ¿De dónde hemos sacado a estos idiotas? *Nos salían* las putas cuentas. Siete millones de personas votaron por la revolución. Si Aboul Fotouh y Hamdeen hubiesen sido capaces de dejar a un lado sus egos durante cinco putos minutos, las cosas habrían sido del todo diferentes. –La escuchan tres personas que él no conoce. Rania se sirve un café–. Da igual, al carajo. Acabaremos con los Hermanos y luego terminaremos de dismantelar el Ejército. Cualquiera que se interponga en el impulso de la revolución será destruido.

10 DE FEBRERO. PRIMERA ORDEN JUDICIAL DE LA HISTORIA  
PARA LA SUSPENSIÓN DE YOUTUBE

En estas mañanas plomizas apenas hay diferencia entre el mortecino gris del río y el humo que tosen los botes de gas lacrimógeno al hundirse en sus profundidades. Un furgón policial calcinado yace humeante en Tahrir. Una multitud de adolescentes tira piedras a la policía. Un tedioso ciclo de violencia ha arraigado. El gas que sale de las calles flota sin rumbo por encima del agua. Mariam, Khalil y Hafez permanecen al fondo de la plaza, observando. Mariam tiene una máscara antigás en la mano.

Luchamos contra un ejército de esclavos, piensa ella: reclutas raptados del campo y forzados a librar batalla en la ciudad. Si no estuvieran aquí estarían sudando en las cadenas de montaje de las fábricas del Ejército o manipulando las profundas freidoras industriales para las patatas del Ejército. Pero aquí arrojan piedras a los niños hasta que los encierran de nuevo en furgones penitenciarios y los llevan de vuelta a sus cuarteles de máxima seguridad en el desierto. Los oficiales salen indemnes, ni siquiera sudan.

Hafez lleva la cámara colgada al cuello, pero no está sacando ninguna foto. Es siempre lo mismo, piensa: las mismas imágenes repitiéndose. Yo soy sólo el intermediario. Ni muero, ni lucho, ni siquiera pido permiso a esos chavales. Capturo su valor –a veces sus muertes– y soy el que elige cómo las organiza y qué pie les pone y quién las ve. Con un par de fotos pago las facturas durante dos meses. Somos todos unos especuladores.

Con cada cartucho que descargan las escopetas Khalil ve a la doctora, siente que lo agarra de la mano, siente que su pecho le arrebatara los últimos alientos. Hoy no está grabando el sonido, tiene ya horas de ambiente de batalla. Y su grabación le sigue aguardando. Doctora\_02022012.mp4. Con cada estallido siente que se le derrama de los brazos.

Permanecen en silencio. Una nube de gas lacrimógeno se arrastra por la calzada. Mariam se vuelve hacia Hafez.

–¿Sigues trabajando en ese guion?

–Se ha vuelto una pesadilla.

–¿Por qué?

Piensa unos segundos antes de contestar. Lanzan otra tanda de piedras contra la policía.

–Resulta imposible hacer los Dieciocho Días sin caer en el cliché. Lo han echado a perder sus propias exageraciones.

11 DE FEBRERO. EL BORRADOR DE MORSI DEL PROYECTO DE LEY  
PARA LAS ONG, MÁS REPRESIVO QUE EN LA ERA MUBARAK

Trae cartones de zumo sin antes avisar por teléfono, los pone delante de los padres de Alia, cierra

en silencio la puerta tras ella. Alia está perdiendo peso, tiene el rostro demacrado, le amarillea en este pabellón cerrado. Mariam sonríe con dulzura a los padres.

–¿Cómo se encuentra hoy?

–Sin cambios, querida. –La madre de Alia es joven. Mucho más joven que el padre. Se tratan el uno al otro con formalidad.

–Si Dios quiere, pronto despertar  –dice Mariam.

–Los médicos no saben nada. –La voz del padre es grave y profunda–. No saben por qué no se despierta.

–Y pronto vamos a tener que empezar a pensar en los gastos.

–No os preocupéis por el dinero –dice Mariam–. Yo os buscará el dinero.

–Dios te guarde, querida.

Sus corazones se endurecen con cada día que pasa. Alia, otra amiga que nunca conocí. Atrapada por la turba de hombres, ara ada por veinte pares de manos, violada con la hoja de un sucio cuchillo. Mariam coge la mano de Alia y la acaricia.

¿Qué puede hacer que te despiertes tras dos semanas dormida? Acaricia la mano de Alia. Superaremos esto. Llegaremos hasta donde sea necesario. Llevamos demasiado tiempo evitando mirar esto de frente. Trabajando todo este tiempo en un sistema destrozado, enluciendo desde dentro un cadáver en descomposición. «El pueblo exige la caída del régimen». De manera que vamos a intercambiar a Mubarak por Tantawi por Morsi por Sharon por Obama por quien sea, vamos a intercambiarlos uno tras otro al tiempo que escribimos largos libros y discutimos hasta las tantas sobre «el pueblo» y lo que pensamos que éste quiere. Lo haremos las pocas veces que nos quedan antes de que el mundo caiga finalmente víctima de la fiebre que lo librar  para siempre de esta bacteriana civilización nuestra. O bien hacemos lo único que aún no hemos intentado, lo único que quizá puede cambiarlo todo. Ahora es el momento, el pueblo est  preparado: la única revolución que queda es la revolución de las mujeres. Mañana diremos «basta». Cada mujer dejará de trabajar, de administrar, de mantener al mundo, y lo veremos reventar por las costuras. Es lo único que no hemos intentado. Todas podemos sentir su potencial, una est tica corriente subterránea que crepita por toda la ciudad; podemos verla en los ojos de las demás por las peligrosas calles, sentir cómo se endurecen nuestros huesos al drenar de nuestros cuerpos este compromiso. El momento es ahora: las condiciones son perfectas. Será Egipto: la revolución fluye por todo el país, pero su ola todavía tiene que encrestarse. A Mubarak, al Ejército, a los Hermanos; tiene que engullirlos uno tras otro hasta que no quede sino la injusticia final del patriarcado. El momento es ahora, el pueblo está ahí, se ha encendido la llama: las pruebas de virginidad, el sujetador azul, las agresiones en masa..., somos el objetivo, somos las oprimidas, somos la primera línea, y mientras todos los demás han reducido a impotentes a nicos sus hachas políticas, qué mayor fuerza de cohesión existe que sencillamente ésta: las mujeres. Mujeres que sufren las mismas vejaciones desde Alejandría hasta El-Arish, hasta Alaska, hasta Adelaida. El momento es ahora y el pueblo está ahí. No lo aceptaremos más. Vuestra Primavera  rabe no será nada comparada con lo que est  por venir.

Te haremos justicia, Alia. Despierta y lo verás.

Debería regresar al paseo de la Corniche. ¿Ha habido algún cambio? ¿A cuántos niños más ha disparado hoy la policía? Con los nuevos muros que dividen la ciudad ahora le queda más cerca la morgue que la batalla... Quizá debería ir all  directamente.

–¿Necesit is algo esta noche? –pregunta ella.

–Gracias, querida, dormir un poco –responde la madre.

–No hace falta que vengas todos los días –dice el padre. Luego añade, con voz más suave–: Ya vemos que estás muy ocupada.

–Lo sé –contesta Mariam–. Pero me gusta hacerlo.

Se gira y se abre camino por el oscuro pasillo del hospital medio en ruinas, le devuelve a Rania una llamada perdida.

–Rania, qué pasa.

–¿Te acuerdas del chico aquel de doce años que está desaparecido?

–Por supuesto.

–Puede que tengamos una pista. Al parecer tienen a docenas de niños encerrados en la Montaña Roja.

–¿En los cuarteles policiales?

–Sí.

–Ay, joder.

En toda una década no he visto tantísimos casos de violación de activistas varones en custodia policial como en las últimas semanas.

@HossamBahgat

9:23 p. m. - 16 de febrero de 2013

17 DE FEBRERO. CONTINÚAN LOS ALTERCADOS

A LO LARGO DE LA CORNICHE

¿Cuántos días llevamos en la calle? Khalil está de pie en el puente a solas observando a los niños correr tras los deslizantes botes de gas para cogerlos y tirarlos al río. Un muchacho se ríe mientras lanza de vuelta un siseante bote de gas a la expectante policía. No es más que un juego. Quizá no sea más que un juego para todos nosotros, un pasatiempo hasta que todo acabe. Chiquillos que escapan de sus padres. La muerte no es más que un deporte para la policía.

Palabras a espray en los muros del río:

SI NO NOS DEJÁIS SOÑAR, NO OS DEJAREMOS DORMIR.

Para ganar una guerra hace falta disciplina. Para ganar un levantamiento hace falta caos. ¿Cuál somos nosotros entonces?

Los muchachos, asfixiados, son apartados uno tras otro, los botes tintinean a sus pies mientras sus amigos se los llevan a rastras. Hubo un tiempo, no hace mucho, en que una noche de gas lacrimógeno podía sacar a millares de personas, las calles se llenaban de jóvenes sin derecho a voto, de viejos izquierdistas, de nuevos anarquistas, de fotoperiodistas, de corresponsales extranjeros, de médicos, de policías antinarcóticos, de niños de la calle y de turistas que venían a ver los disturbios. Pero en estas tardes largas y dolorosas ya no hay *glamour*. Nadie que se quede a contemplar el devastador espectáculo.

Alaridos de una moto hacia ellos con un nuevo herido. Ve una cara despedazada por los perdigones, un rastro de sangre. Después la moto se marcha y un niño queda de rodillas, recogiendo algo del asfalto.

–Tenemos que enterrar esto –dice, tendiéndole a Mariam los sesos y los trozos de cráneo–. Tenemos que enterrarlo.

18 DE FEBRERO. MORSI CORTEJA A LOS MAGNATES EXILIADOS  
CON MUBARAK EN BUSCA DE FONDOS

Hafez está sentado a solas en la oscuridad de la oficina. Hace horas que los demás se fueron a casa. En su teléfono un mensaje de Nancy espera respuesta. No sabía si tenía la foto. En su momento no lo pensó. Corre, apunta, dispara. Un fotógrafo de guerra trabaja por instinto. Corrió, apuntó, disparó. Pero no pudo decidirse a comprobar si la tenía. La moto se alejó rápidamente, los muchachos corrieron tras su amigo, son los pobres quienes mueren.

Solo, delante de su ordenador, sí es capaz de mirarla. Y ahí está. En la instantánea bulle el pánico de la muerte, el humo de los neumáticos, el brazo que se agita, el último adiós. Hay cierta sacralidad en el lienzo del sacrificio. Una santidad que él ha violado. Trabaja con delicadeza en los colores y el contraste, pero con cada matiz un cáncer de duda crece en su interior. ¿Cuántas oleadas de rabia debemos desatar para reactivar la revolución? ¿Cuántos últimos alientos vamos a subastar para una Internet ahogada? Si el combustible de una revolución es la muerte, ¿cuál es su final?

23 DE FEBRERO. EGIPTO ENCARGA A LOS EE. UU. GAS  
LACRIMÓGENO POR VALOR DE 2,5 MILLONES DE DÓLARES

Por las noches Khalil se reúne con ella. Con la doctora. En sueños ella lo coge de la mano, su pierna descansa sobre la de él mientras ven la televisión. Sueña con el contacto, amoroso y dulce, de sus caricias en la mano. Están en una casa de mobiliario cálido y mullido y ambos están enamorados y él tiene la mano sobre su rodilla. La felicidad de haberse encontrado el uno al otro resplandece, llena la habitación: no necesitan hablar. Ella lo coge de la mano. El amor le aviva el corazón, los perdigones en su espalda arden de felicidad. Ella se levanta, tirando de él. Él la sigue y ve que tiene algo atado a la cabeza con una correa y cuando ella se vuelve no es su cara lo que él ve sino la negrura de la máscara antigás, la larga oscuridad interior. Aún te quiero, dice él, aún te quiero. La máscara se mueve hacia él, se prepara para el beso, la oscuridad se arremolina ahora en un cosmos de agujeros de bala y respiraciones y hemorragias. Aún te quiero. Estoy aquí. Aún te quiero. Estoy aquí contigo. Y entonces un golpecito, algo le aterriza en el pecho y una flor roja empieza a brotar y se despierta sobresaltado y con la espalda ardiendo y una aflicción atravesada por una culpa silenciosa que lo atormenta hasta el amanecer.

24 DE FEBRERO. LA LIBRA SE DESPLOMA FRENTE AL DÓLAR

La voz de Nelly emana al abrirse la puerta.

—¡Mariam, cariño! ¿Cómo estás? Y claro, tú debes ser Khalil, ¡ay, qué bien *conocerte* por fin! ¡Llevábamos mucho mucho *mucho* tiempo posponiendo esto! Mariam, no tienes ni idea de lo fatal que te has portado guardándotelo para ti sola. Qué *guapo*. ¿Verdad que sí, Oso Meloso?

Oso Meloso, cerniéndose tras ella en el umbral, refunfuña a modo de aprobación. Tiene los brazos enormes, peludos y cruzados sobre el pecho. Un gran reloj de pulsera le cuelga de la muñeca.

Nelly libera a Khalil de su apretón y le lanza una gran sonrisa. Él se pregunta si le olerá la ropa a gas lacrimógeno.

—Es que no hemos tenido ocasión —dice Mariam.

–¿En un año?

–Bueno, entrad ya. –La mano del padre nos empuja hacia dentro–. ¿Qué te apetece beber?

–Lo que esté tomando usted, gracias –dice Khalil.

–Estoy tomando whisky.

–Estupendo pues.

–Hablas árabe –dice el padre.

–Sí.

–Eso está bien. Mariam me dijo que eras estadounidense.

–Únicamente nació allí.

Nelly los hace pasar y toman asiento en los amplios sofás con vistas al jardín. ¿Cuándo fue la última vez que viste la hierba? Khalil quiere levantarse y tocarla, quitarse los zapatos y sentir las suaves briznas en los pies. Ha pasado mucho tiempo.

–¡Cariño, has perdido peso! ¡Asegúrate bien de que comes! ¡Ya sé que te pasas el día corriendo por ahí, pero algo tendrás que comer! Khalil, ¿está comiendo? ¡Asegúrate de que come!

Tiene razón, piensa Khalil. Mariam está adelgazando. En los escasos momentos que pasan juntos en casa ella no come más que una tostada. Hace unos días se puso mala, pero se niega a descansar.

–Y bien... –El padre se inclina hacia delante–. Khalil, ¿nos puedes explicar qué es exactamente eso que tú y mi hija *hacéis* juntos?

–Oh. Sí, por supuesto –dice Khalil, atascándose–. ¿Exactamente a qué se...?

–Bueno, ya sé que ninguno de los dos creéis en eso de ganar dinero. No estoy hablando de eso. Pero el asunto ese del *activismo*. Cuando le pregunto a qué se dedica, me responde que es activista...

–Yo nunca he dicho que sea activista –dice Mariam.

–Bueno, pues tu madre sí.

–Y –añade Nelly, radiante– siempre lo dicen en el Face.

–Es sólo Face, Nelly –dice Mariam cortante–, de Facebook.

–Ganamos lo que necesitamos –dice Khalil–. No tenemos muchos gastos.

Como nadie continúa con la conversación, Khalil se aclara un poco la garganta.

–He oído que tiene usted un proyecto de desalinización.

–¿Sí?

–Suena muy interesante.

–Sí. –El padre se anima–. La desalinización es la clave. Quítale la sal y aquí nos sobra agua para cultivar el desierto entero. Nos sobra agua para producir las mismas frutas y hortalizas que en *tu* bonito país.

¿Qué hay que hacer para convertirse en un puto egipcio? ¿Me tengo que grapar el pasaporte en la frente? ¿Tatuarme a Nasser en el brazo izquierdo y a Amr Diab en el derecho?

–Sí –dice Khalil–, en Palestina la producción es excelente.

–¿Palestina? –Coge al padre por sorpresa–. Ah, sí, algo de eso mencionó Mariam. Supongo que no abundan los *egipcios* que se llamen Khalil. ¿Y vas por allí? Estoy seguro de que mi hija está ansiosa por tirarse de cabeza a una prisión israelí.

–No te creas. Pero en cuanto las cosas se calmen por aquí, lo haré.

–Los israelíes quieren nuestra agua, eso está claro. Mira todo el asunto ese de financiar una miserable presa en Etiopía.

–Sí. Morsi lo ha gestionado muy mal.

–¡Puñeteramente mal, eso es! ¡Ese imbécil se está arriesgando a una guerra!

El padre da un trago a su copa y se recuesta en la silla.

Khalil ve que a Mariam le tiembla un poco la mano. No duerme lo suficiente. Se pasa los días entre la Corniche y el hospital de campaña y las farmacias y los hospitales y los donantes y la morgue. Anoche tuvo fiebre.

«No te acerques tanto –le había dicho ella–, no pierdas el tiempo. No sientas lástima por mí. Qué calor hace aquí. La medicina es inútil». Pero cuando la primera gota de agua fría le aterrizó en la frente, su piel suspiró de alivio y ella se relajó y esperó a que él le pusiera otra vez la toalla húmeda sobre la frente ardiendo pero estaba sola y la habitación a oscuras e iban en coche por un valle, con montañas negras a cada lado. Conducía su padre. Sus primos pequeños iban con ella. El coche descendía serpenteando cada vez más hacia el fondo del valle. El chico gritaba: «¡Prueba otra vez! ¡Prueba otra vez! ¿Qué soy?», y su hermana pequeña le respondía palabras a gritos. Llevaban horas jugando a aquello, en bucle. Prueba otra vez. Prueba otra vez. El coche bajaba cada vez más hacia el valle. Su padre no hablaba, no ponía la radio. Las montañas pasaban cada vez más altas, más oscuras, más escarpadas. Una luz los deslumbró, sonó un claxon, un coche dio un bandazo y derrapó y todo se detuvo. Miró por la luna trasera y allí estaba, por milésima vez, el autobús volcado y atravesado en la carretera como una ballena varada, un campo de cristal esmeralda entre ellos, un fulgor azul a pleno sol, y en mitad de la autopista un movimiento, un hombre arrastrándose por el asfalto hacia ella entre los afilados cristales. Ella abrió la puerta del coche, como hace cada vez. Nunca hay nada que decir. Está allí de pie, con un sol feroz sobre la cabeza. Vienen más. Caen del autobús. Docenas de personas reptando hacia ella. «¡Mariam!», grita su padre. «¡Vuelve al coche!». «Pero...». El hombre estaba cerca. Lo bastante cerca como para mirarla. «¡Mariam! ¡Al coche!». Lo bastante cerca como para verla girarse, para ver el coche que se aleja. «Pero...», decía ella, por milésima vez. «Mariam –gritaba su padre–. No puedes cambiarlo todo».

–Y bien –está diciendo el padre–, ¿os vais a casar y a darnos algunos nietos o qué?

Mariam suelta su bebida.

–Ya hemos hablado de esto antes –dice–. No voy a tener hijos.

¿Quién traería a un niño a este mundo? ¿Quién tendría una niña y la mandarían ahí fuera, a esas calles de hombres?

–¿Todavía con esas pamplinas? –ruge su padre–. Tu madre se tiró dos años diciendo lo mismo. ¿Habrías preferido que no te hubiésemos tenido?

Nelly se vuelve hacia Khalil.

–Y qué opinas tú, Khalil, ¿tú quieres tener hijos?

–Yo... no me opongo a la *idea*.

–Bueno, ya que ninguno de los dos es capaz de decirme cómo vais a ganar dinero, probablemente sea lo mejor. Esas boquitas salen caras.

–¿Por *eso* te fuiste al sector privado, padre?

–Todo el mundo se va al sector privado, cielo. Lo sabrías si alguna vez hubieras tenido un trabajo de verdad en este país.

–Bueno –corta Nelly–, ¿entonces no pensáis casaros?

–No nos hace falta casarnos –dice Mariam.

El padre se inclina hacia delante.

–¿Estás segura?

–Sí –responde Mariam con frialdad.

El padre se vuelve hacia Khalil y se fija en él con una ceja levantada y una mirada terrible.

–¿Estás *seguro*?

–Sí –intercede Mariam–. Estoy segura. Ya hemos tenido esta conversación.

–Y nunca obtengo una respuesta.

–Ni hoy tampoco la obtendrás.

Mariam se vuelve con decisión para mirar el jardín. El césped es un verde intenso y tentador que conduce a unos arbustos espesos de flores rojas. Se acuerda del chico, de sus manos abiertas, tenemos que enterrar esto, una fosa poco profunda, una única flor roja para marcarla.

–Khalil, querido, dime una cosa –Nelly se inclina hacia delante, sirviéndose otra vaso de agua–: tú tienes pasaporte estadounidense, ¿verdad?

–Sí.

–Oh. –Nelly lanza a Mariam un para nada sutil guiño de falsa solidaridad femenina–. Qué útil. –Pero Mariam tiene la mirada fija en el jardín.

–Pues si no vais a tener hijos, ¿qué vais a hacer con vuestras vidas? –dice el padre–. ¿Tenéis algún plan? Os respeto, chavales. De verdad. Puede que no lo diga, pero así es. Sin embargo no veo que tengáis ningún plan, ni para vuestras vidas ni para vuestra revolución. Yo estaba en contra de Mubarak, eso seguro. Todo el mundo lo estaba. Entonces vais y ensuciáis el nombre del Ejército, ¿y qué tenemos ahora? A los Hermanos. A los *Hermanos*. ¿Qué vais a hacer con ellos?

–¿No ves las noticias?

–Claro, ¡veo a cientos de chavales tirando piedras a la nada! ¿Qué sentido tiene eso? Así no se asalta el palacio presidencial.

–No, pero mientras estén ahí fuera evitan que Morsi ejerza de presidente. Es un mensaje, y dice que tiene que *ganarse* su autoridad.

–¿Pero con *violencia*? –dice Nelly–. ¿Por qué no hacéis una sentada pacífica?

–¡Ya la hicimos! ¡Ellos nos a tacaron a *nosotros*!

–Pues yo creo que el mensaje tiene mucha más fuerza cuando es pacífico.

–Al final es con violencia como se consigue todo –dice Mariam–. Sin los enfrentamientos en Mohamed Mahmoud el Ejército jamás habría fijado una fecha para el traspaso de poderes.

–No –dice el padre de manera tajante–. No te creas. Tuvisteis suerte. El día que el Ejército decida abrir fuego no podréis detenerlos.

–Los detuvimos en Maspero.

–Maspero fue un error. Créeme. Si se da la orden de...

–Pensaba que habías dicho que nunca se daría la orden. –Dios no lo quiera.

26 DE FEBRERO. EL PEOR ACCIDENTE DE GLOBO DE  
LA DÉCADA DEJA DIECINUEVE MUERTOS EN EGIPTO

Los días se solapan unos con otros. Los cristales esmeralda le cortan las manos cansadas, azules y rojas, que se desangran lentamente en el desierto. El hombre repta hacia ella. Los disturbios no varían. Las protestas son interminables. Cuchillos que brillan en la oscuridad amarilla.

Mariam coge una botella de agua y se sienta sola en la hierba frente al Mogamma3, riega cuidadosamente la tierra alrededor de la única flor roja. Cuerpos que se pudren ocultos en la

morgue. Enganchan electrodos a las lenguas de los muchachos. Les llevan cuchillas a los genitales. El presidente agradece a la policía su esfuerzo.

3 DE MARZO. UNA PLAGA DE LANGOSTAS  
SE DIRIGE HACIA EGIPTO

Está de pie a la sombra de la vieja montaña de piedras y escombros, y contempla el sol caer tras su silueta. Las olas están tranquilas, el agua es una paciencia de plata. El sol se está poniendo, lentamente, y él está de pie en los bajíos del Sinaí; el viento del este que sopla desde el mar le baña de calma, las pequeñas ondas que desde sus piernas se alejan a toda velocidad resultan pasmosas en su belleza matemática, pero allá, siempre, la voz desde la chirriante oscuridad... «Es mi hermana, os juro que es mi hermana...». Está solo, un cuerpo le colma los brazos, pero no puede verle el rostro; los bajíos son extensos y planos e inmóviles como el cristal hasta el arrecife y la caída, y él camina a través de la quietud hacia el borde para depositarlo y verlo hundirse y marcar con lágrimas el lugar y decir que ha sido enterrada como es debido.

5 DE MARZO. EGIPTO EMPEZARÁ A RACIONAR  
LOS SUBSIDIOS A LOS COMBUSTIBLES

No hay tiempo para lo artístico. La producción ha subido a dos *podcasts* a la semana. Los Hermanos se han pasado el fin de semana torturando manifestantes en una mezquita. La policía está arrestando y torturando a docenas de niños. La economía se está colapsando. La nueva constitución es medieval. Cortar, pegar, subir a la red. No hay tiempo para lo artístico. No hace falta. Todo lo que publica Caos tiene decenas de miles de descargas.

9 DE MARZO. EL ABUSO POLICIAL SE INTENSIFICA  
BAJO EL RÉGIMEN DE MORSI

La puerta de su apartamento es un mosaico de pegatinas de iniciativas políticas y de consignas de protesta..., y orgullosa en el centro se encuentra Nefertiti con una máscara antigás, los ojos fieros y enfadados y llenos de poder, su favorita entre todas. Nefertiti, siempre alerta, siempre enfadada, un constante recordatorio de que la confortable estancia no debe alargarse demasiado.

El apartamento está a oscuras. Mariam no está en casa. Se meterá en la cama con él cuando ya esté dormido y al despertar la encontrará delante del ordenador. Es incapaz de dormir más de cuatro horas por noche.

Las langostas no aparecieron. No en la ciudad. Y en su ausencia él había sentido una anticipación perversa. Había querido que aparecieran. Deseaste que cayera sobre ti una plaga. ¿Para qué? ¿Una metáfora?

11 DE MARZO. LA MUERTE DE LOS ADMINISTRADORES  
DE UNA PÁGINA DE FACEBOOK ANTI-HERMANOS SUSCITA EL TEMOR A LOS ASESINATOS SELECTIVOS

Mariam está entre bastidores en los estudios de Dream TV en Media City, de pie, observando a Ashira. Su aspecto es fuerte, casi de divinidad, el brillo de los focos se refleja en ella mientras habla.

—¿Es esto lo que nos traen? ¿Es esta la revolución que nos prometieron? ¿Con el criminal de

guerra Tantawi condecorado y los jefes de policía de Mubarak sueltos por la calle y ni un solo ministro *feloul\** arrestado? ¿Y ahora esto? Ahora están en la calle matando gente. Arrestando a cientos de niños y agrediendo a las mujeres en la plaza. ¿Esto qué es? No es esto lo que nos prometieron los Hermanos Musulmanes cuando juraron que continuarían con la revolución.

A Mariam le encanta ver a Ashira en acción. Es poderosa sin ser agresiva, se mantiene siempre en el nivel justo de enfado.

–No, desde luego que no. –El presentador sonríe–. Y tampoco olvidemos que dijeron que no propondrían ningún candidato a la presidencia.

–Correcto.

–Y luego presentaron a dos.

–Exacto. Llevan mintiendo desde el primer día, y ahora han usado la revolución para llegar al poder.

–Sí. A continuación atenderemos algunas llamadas telefónicas. Sé que nuestros vecinos cristianos andan muy preocupados, así que los escucharemos..., después de publicidad.

Los Hermanos no tienen muchos amigos en Media City, y están dando a conocer su descontento. Docenas de hombres acampan furiosos a las puertas, con baños y carnicero y fogata incluidos. Un «asedio medieval», lo llaman los medios.

–Bienvenidos de nuevo –dice el presentador, radiante–. Me gustaría que lo retomáramos donde lo dejamos. Señora Mohsen, nos hablaba usted de las promesas electorales de los Hermanos.

–Bueno, empecemos por los procesamientos. Los policías que han asesinado a nuestros familiares han de ser procesados.

–Debe haber juicios, en efecto.

–Debe haber juicios. Y serán encarcelados en cuanto pongamos nuestras pruebas delante de los jueces. Son el resultado de dos años de trabajo. De recogida de pruebas. De nombres. Varios de los familiares saben cómo se llaman los agentes de policía que mataron a sus hijos. Los ven por el barrio. ¿Puede imaginarse...?

Ashira se detiene, se le hace un nudo en la garganta.

Ashira espera. Siempre espera. No puede dejar de esperar. Nunca cambió las cerraduras. Lo sabe, lo sabe, pero y si...

Solía llamar a su teléfono. Cada hora, el primer día. Rezando, al principio, para que la red móvil se restableciera. Luego cada día. Luego cada dos días...

–¿... puede imaginarse lo que se siente?

–¿Y el fiscal general está al tanto?

–Por supuesto. Yo misma he hablado con él. Mire, los Hermanos Musulmanes hicieron al pueblo egipcio promesas electorales que no han cumplido. Cuando estaban organizando la campaña de Mohamed Morsi se pusieron en contacto conmigo.

–¿Directamente?

–Sí, directamente. Me pidieron que en los mítines me subiese al estrado con Morsi y dijera que quería que fuese presidente. Porque soy familiar de uno de los mártires.

–¿Y qué dijo usted?

–Les pregunté que por qué tendría yo que presentarme a una cosa así. Dijeron que Mohamed Morsi sería el único capaz de hacer justicia. Que cuando llegase al poder llevaría a cabo la voluntad de la revolución, que se aseguraría de que se realizaran investigaciones y de que hubiese juicios. Que él era mejor que Shafiq. Dijeron...

Un día sonó. El corazón casi se le salió del pecho. Sonó y sonó y contestó un hombre, una voz que no reconocía. Dijo que había comprado la línea, pero había cierto temblor en su voz. Ella volvió a llamar. Volvió a llamar y él sabía por qué llamaba y se lo dijo. Un vecino estaba vendiendo tarjetas SIM que había encontrado en una basura cerca de su casa. ¿Y dónde vive usted? Cerca de la Montaña Roja, dijo él.

La Montaña Roja. Un cuartel dentro de una fortaleza en el desierto. Todos conocemos el nombre, hemos oído cómo lo repetían los labios de niños temblorosos a los que arrestaban y dejaban que se pelearan en sus calabozos por un cubo de gachas podridas. ¿Quién puede sobrevivir a dos años en la Montaña Roja? ¿Estaba Michael encadenado en lo profundo de su oscuridad? Habló con los niños liberados, les enseñó fotografías, fotografías con y sin barba, pero nada. No se puede llamar a la puerta de la Montaña Roja.

La sangre derramada se seca y se agrieta sin ser retribuida. Una sed que aumenta. Nuestros asesinos campan a sus anchas.

Nuestras necesidades se agudizan. Los meses de conversaciones se acabaron, y como sudor lleva prendida una palabra: *alqasas*.<sup>\*</sup> Cuando todo esto empezó se trataba de pan, libertad, justicia social. Palabras por las que morir. Pero ahora estas nuevas palabras son «justicia», «venganza», «castigo». Llámalo deuda de sangre. Sea eso lo que sea. Ha de pagarse.

–¿Cómo vamos a ponernos en contacto?

Fue lo último que ella le preguntó, inservible en la mano su teléfono sin línea, las multitudes gestándose fuera, él metiendo los pies en los zapatos.

–Estaré en casa al anoecer. Pase lo que pase.

Ella se sentó en el balcón y lo vio alejarse.

En el desconocimiento, lo único que a una le queda es esperar. Esperar. A lo que sea. A que veas a Horreya. A que veas la pequeña mujer en que se está convirtiendo. Esperar y no esperar. Vivir y no vivir. Estoy olvidando qué se siente al estrecharte en mis brazos, ¿me estás olvidando tú? ¿Estás en un lugar que te permite olvidar? ¿O tu mundo es igual que el nuestro, un espejo gris de añoranza?

El presentador del programa la observa, inquieto ante su silencio.

–¿Qué le dijeron? –le da pie.

Ashira levanta de nuevo la vista, se aclara la garganta.

–Dijeron que honrarían aquello por lo que mi marido, por lo que Michael, murió.

11 DE MARZO. UN TRIBUNAL MILITAR ABSUELVE A LOS MÉDICOS DE LAS PRUEBAS DE VIRGINIDAD

La luz del sol atrapa generaciones de polvo que flotan en el aire sin rumbo fijo.

–¿Cuánto tiempo lleva cerrada? –pregunta Khalil.

–Mucho –responde el conserje–. Por lo menos diez años.

¿Vaga el polvo eternamente por el aire vacío, animado sólo por las vibraciones de la ciudad?

La luz del sol se desplaza con suavidad por su cuerpo para hender con sus líneas perfectas la

oscuridad, y en su espalda la calidez lo inunda con un recuerdo, el sanctasanctórum de Abu Simbel, la voz de su madre al oído. Todavía puede sentir aquel asombro juvenil: la grandiosidad, la teatralidad, el perfecto alineamiento con la naturaleza.

Una luz fluorescente descarga vida y desbanca a la luz del sol.

–Los hijos no quieren nada –dice Tariq–. Sólo quieren vender la casa y acabar con esto.

Mobiliario antiguo enterrado en polvo, espejos cuyo brillo se extinguió hace mucho, estanterías cargadas de libros en árabe y en inglés, y en el rincón, el reproductor de discos y baldas y baldas de vinilos.

–¿Cuándo murió?

–La semana pasada.

–¿Y los hijos no quieren *nada*?

–Nada.

–Me quedo con los discos.

–Vale..., pero no te olvides de mí, ¿eh?

–¿Cómo me voy a olvidar de ti, Tariq? –dice Khalil, y se palpa el bolsillo en busca de un billete.

Hafez está sentado en su silla de siempre, leyendo el periódico, mientras Khalil rebusca entre los discos, leyendo en voz alta algunos de los nombres.

–Johnny Cash, Dalida en árabe y en francés...

–Imita a Johnny Cash –lo interrumpe Hafez.

–¿Para qué lo voy a imitar si tenemos al original?

–Venga. Hazlo.

–Igual más tarde. Mientras tanto, tenemos un poco de Neil Diamond, los Doors, parece que todo lo de Fairuz, Abdel Halim, Umm Kulthum, Ennio Morricone, Charles Aznavour, Dionne Warwick, Serge Gainsbourg, Françoise Hardy. Y otros que no me suenan de nada: Dora Bandaly..., Hoda Haddad..., Joseph Sakr..., Jacqueline...

Cientos de discos. Toda una vida de música. Lo que siempre has necesitado. Vale ya de distracciones digitales, vale ya de excusas parentales..., ahora puedes sentarte a escuchar, disco tras disco, todo lo de Umm Khulthum y al fin lo lograrás, entenderás a la Señora. Verás cuando se lo cuentes al viejo. Mientras echa un ojo a los discos restantes casi espera ver entre ellos al Reverendo Franklin.

Coge un disco de Fairuz, lo saca de la carátula.

–¡Hala! –dice, y lo sostiene en alto para que Hafez pueda verlo.

COLUMBIA RECORDS, SOLIMAN BASHA 24, PASADIZO DEL  
RADIO CINE, TELÉFONO: 43784

–Mierda –dice Khalil–. Imagina tener un Columbia Records aquí en El Cairo.

–Tendrás suerte si en un par de años queda una sola tienda de discos en Nueva York –dice Hafez sin levantar la vista del periódico.

Un Columbia Records en El Cairo. Pasamos todos los días por delante del pasadizo en ruinas del Radio Cine. Cuando la gente habla de El Cairo de antaño él nunca se cree del todo el cuadro que pintan. La Universidad de El Cairo era todo minifaldas; y Vespas y bicis circulaban por calles limpias y anchas en pelis en blanco y negro. En el cine Odeón ponían películas rusas y en

el Qasr al-Nil francesas. Los edificios de estilo italiano del centro eran de un blanco resplandeciente y una vez por semana había un *ballet* o una ópera, aseguran, de talla mundial.

Suena una campana de iglesia y el piano de Ennio Morricone entra ondulante en la habitación... «El éxtasis del oro».

Khalil se sienta, se abre una cerveza.

–Tu foto está por todas partes –dice.

–Ya –murmura Hafez, sin levantar la vista.

–¿No te alegras?

–¿Alegrarme de haber fotografiado a un niño moribundo?

–Ya sabes a qué me refería.

–No. Ya lo sé. Ni idea. Es una foto de nosotros mismos. Cada escena tiene que ser más impactante que la anterior. Entonces se preocupan durante quince minutos, hasta que el siguiente horror los sobrecoge. ¿Cuántos horrores faltan para que la gente desconecte sin más?

Hafez apaga el cigarrillo.

–¿Crees que están asesinando a gente?

–¿Y esos administradores de Facebook? ¿No han matado ya a tres?

–Y al menos otros seis apaleados o apuñalados.

–Tal vez lo estén haciendo. Quiero decir, ¿por qué no? –Hafez da otro trago a su bebida–.

Ahora formamos parte del gran juego.\*

Ambos están solos en la música, el vasto cementerio, la danza de la muerte que en espirales se interna en él, y como en un *crescendo* Hafez levanta su vaso ligeramente.

–Por las batallas sangrientas y los brazos desollados. Por la *gloria*. La gloria de la muerte digna.

Se hace un silencio.

¿Cuándo dejó de sonar la música?

–No existen las muertes dignas –dice Khalil–. Sólo las muertes.

–Tienen que existir las muertes dignas. ¿Qué sentido tiene todo, si no?

Entre ellos cuelga el silencio.

Hafez levanta la vista de su bebida.

–¿A *ti* te habría hecho feliz morir durante los Dieciocho Días?

Khalil se queda callado un instante...

–*Feliz* es una palabra muy fuerte.

20 DE MARZO. SE ANUNCIA EL RACIONAMIENTO,  
COMIENZAN LAS PROTESTAS DEL PAN

Le despierta el timbre. Mariam no está.

–Buenos días –dice el vecino de arriba–. Perdona que te moleste.

–No pasa nada –dice Khalil, aunque no le invita a pasar.

–Es sólo que... las noticias y, bueno..., ¿adónde está *yendo* nuestro país? –dice el hombrecito, retorciéndose las manos–. ¿Qué vais a *hacer* con los Hermanos?

–¿Ha visto las protestas?

–Pero tienen al país completamente *dominado*. Y cuentan con Estados Unidos y con Catar. ¿Para *esto* se hizo la revolución? ¿Para entregar Egipto a los Hermanos?

conflictos estratégicos entre el imperio británico y el ruso por la supremacía en Asia Central.

25 DE MARZO. MORSI SEPULTA UNA INVESTIGACIÓN  
SOBRE VIOLACIONES DE DERECHOS HUMANOS POR LOS  
ASESINATOS DEL EJÉRCITO

Nueva investigación a cargo del colectivo Caos: Los Hermanos Musulmanes raptan y torturan a personas en la mezquita de Moqattam.

@CaosCairo: ¡Gran trabajo! ¡Acabaremos viendo a esos cabrones de los Hermanos en prisión por lo que han hecho!

@CaosCairo: ¿Cómo unos hombres de Dios pueden comportarse de ese modo en una mezquita?

@CaosCairo: No mencionáis quién empezó esto. Las sedes de los Hermanos fueron atacadas. No tuvieron más remedio que defenderse.

@CaosCairo: Descorazonador lo que está sucediendo en Egipto.

@CaosCairo: ¿Pero no estabais todos en el mismo bando? ¡¡¡Por favor, explicad qué ha sucedido!!!

@CaosCairo: ¡Que se jodan esos hijoputas de los Hermanos! Egipto no aceptará jamás un fascismo islámico.

@CaosCairo: Parad con vuestra propaganda pro-Mubarak. Los Hermanos fueron atacados, se defendieron.

@CaosCairo: ¿Y dónde estaba la policía mientras tanto? ¿Permitiendo que sus nuevos socios trabajaran a gusto?

@CaosCairo: La policía se retiró, dejando a los ciudadanos expuestos a las bandas de matones. Los miembros de los Hermanos se defendieron.

@CaosCairo: Dios salve a Egipto. En cuanto los Hermanos consoliden su control sobre el poder, no podremos quitárnoslos de encima jamás.

26 DE MARZO. ORDEN DE ARRESTO PARA ALAA ABD  
EL-FATTAH POR INSTIGACIÓN A LA VIOLENCIA

Ali aparenta unos diez años, aunque su padre dice que tiene trece. Mariam está sentada frente a él. La madre de Ali ha sacado una bandeja de dulces y ella está a punto de coger uno pero se contiene. Cuando come se siente culpable, queda tantísimo por hacer que siente la culpa en su cuerpo ante cualquier momento de indulgencia.

—No pasa nada. Tómate tu tiempo, Ali.

Khalil vuelve a comprobar que la grabadora está en funcionamiento.

–Nos obligaron a mirar. Me arrojaron al furgón y dentro había muchísima gente y nos obligaron a mirar.

–Quiénes.

–El Gobierno. La policía. Nos obligaron a todos a mirar. Dos hombres. Los obligaron a tocarse el uno al otro. Me dijeron que si no miraba me rajarían la garganta. Luego nos llevaron hasta una cárcel. Estaba bajo tierra. Una vez al día nos echaban un cubo de alubias sucias para que nos peleáramos por ellas.

No hay tiempo para lo artístico. Pronto alcanzaremos las tres entregas por semana.

5 DE ABRIL. REVELADOS ARRESTOS EN MASA  
Y TORTURAS A NIÑOS

La luz atraviesa las contraventanas, se extiende por el suelo de tarima, ensanchándose al aterrizar en la pared del fondo, la sombra de un ventilador cruzando el póster de VISITA PALESTINA de Mariam. Khalil tiene un libro abierto, de Hobsbawm, y un pasaje resaltado con un asterisco negro en el margen. Lo lee otra vez:

Tanto en Francia como en casos ulteriores, la principal forma de la política burguesa revolucionaria se apreciaba ya de manera clara. Esta dramática danza dialéctica iba a dominar a las generaciones futuras. Veremos una vez tras otra a reformistas moderados de clase media movilizar a las masas en contra de la resistencia acérrima o de la contrarrevolución. Veremos a las masas presionar hacia sus propias revoluciones sociales más allá de los objetivos de los moderados, y a los moderados escindiéndose a su vez en un grupo conservador que en adelante hará causa común con los reaccionarios, y en un grupo de izquierdas decidido a ir, con ayuda de las masas, en pos de los objetivos moderados aún por cumplir, a riesgo incluso de perder el control sobre ellas. Y así sucesivamente, a través de repeticiones y variaciones sobre el patrón de resistencia (movilización de las masas, giro a la izquierda, escisión entre los moderados y giro a la derecha), hasta que, o bien el grueso de la clase media se pasaba al en adelante bando conservador, o bien era derrotada por la revolución social.

¿Así de claro está todo? ¿Estamos todos condenados a las certezas del materialismo histórico? ¿O se trata de una elusión de responsabilidades? Cuando Mariam regresa al dormitorio con un café entre las manos, él se lo lee.

–La verdad, resulta deprimente –dice ella.

–No tiene por qué ser así.

–¿Por qué no?

–Quizá sea un patrón que haya que romper.

–Pero ya ves que aquí está pasando lo mismo.

–Quizá aquí sea distinto. En el universo de Hobsbawm no hay islamistas. Aquí no hay conservadores contra liberales. Hay Hermanos y Ejército: los dos de extrema derecha. Y nosotros.

–Bueno, demos gracias a Dios por eso, entonces.

7 DE ABRIL. FUENTES DE SEGURIDAD: MÁXIMO HISTÓRICO DE  
INFILTRADOS EXTRANJEROS

El órgano suena grave, sólido y nocivo mientras Khalil se sube la capucha y se desliza entre la multitud. Por encima de él pancartas y consignas marchan al compás. Lleva puestos los auriculares, un órgano de iglesia tira de sus cansados músculos. Cuerpos oscuros se mueven a cada lado, se rozan, empujan ligeramente, sin mirar. Puños que golpean la noche. «¡Abajo, abajo cualquier presidente!». Por encima los balcones están vacíos. El coro inicia su cántico, *Koyaanisqatsi*.<sup>\*</sup> Esto es ahora la vida. Una protesta constante. No nos amedrentarán ni el Ejército ni los islamistas ni la policía ni el capital global. Tal vez *somos* la marcha infinita. «Pan, libertad, justicia social». Somos la oposición. ¿Es éste nuestro papel? ¿Dar vueltas y vueltas una y otra vez en permanente control de quien sea que esté en el poder? *Koyaanisqatsi*. El órgano sube aún más. Estás en una iglesia, una catedral, caminando por la calle Talaat Harb hacia el altar. Profecías. Tal vez Hobsbawm esté en lo cierto. Llevamos cientos de años haciendo lo mismo. Marchando, luchando, coreando, muriendo, coreando, planeando, fracasando, luchando, marchando, marchando, luchando, luchando. *Koyaanisqatsi*. *Koyaanisqatsi*. «Pan, libertad, justicia social». La marcha continúa. Levanta la vista. La ciudad ya no nos observa. No nos alienta. No nos abuchea. ¿Y en las alturas? ¿Más allá? ¿Sigue observándonos alguien? ¿Le preocupa a alguien esta pelea de perros con los Hermanos? Las viejas líneas de comunicación con Atenas y con Estados Unidos se han agotado. Y Siria, Libia, Bahrein, Yemen..., no podemos sino sangrar como ellos. Y Palestina. ¿Cuándo me entregará Egipto a ti? ¿Cuántas veces seremos capaces de marchar por el centro de la ciudad? «¡Abajo, abajo cualquier presidente!». Desde luego. Sí, sí, recuerda que somos esto. Que somos la vanguardia que mantiene viva la llama. *Koyaanisqatsi*. Sheikh Emad, Gika, Bassem, Mina, Michael, Ayman..., tras vosotros marchamos. Nuestras pancartas de guerra. No podemos parar gracias a vosotros. A vosotros que lo habéis dado todo y lo único que podemos hacer nosotros es marcar el paso tras vosotros hasta que podáis descansar. Esta vez será diferente. Esta vez el futuro puede aún rehacerse. El órgano continúa sonando implacable. *Koyaanisqatsi*. Tras vosotros una y otra vez. Tras vosotros una y otra vez.

8 DE ABRIL. TURBA ISLAMISTA ATACA LA SEDE PAPAL DE EGIPTO POR PRIMERA VEZ EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA. MORSI CALLA

Turbas enfurecidas campan por las calles. Su padre la llama. «Ven a verme, por favor». Está sentada en la salita de su casa, esperando a que él aparezca. «Chicas, aquí tenéis habitaciones». Recuerda que no hacía más que repetirlo. Como si fuese lo único que hacía falta para arreglar las cosas. «Chicas, aquí tenéis habitaciones». Y luego desapareció. Es probable que Mariam lleve alrededor de dos semanas en su cuarto del piso de arriba, y cada una de las cuidadosas atenciones de Nelly (la sábana bajera bien remetida, el jabón perfumado, los colores combinados de las toallas) fermenta su irritación.

–Mariam –dice su padre, casi con formalidad–. Gracias por venir.

Ella se pone en pie y él se inclina para besarla en ambas mejillas.

–¿Estás bien?

–Perfectamente, gracias.

–¿Estás comiendo?

–Sí.

–¿Cuánto hace que no hablas con tu hermana?

–Hace mucho –dice ella–. Pero la llamaré.

–Hazlo. Está preocupada por ti.

–Está en Alemania. Allí no hay otra cosa que hacer más que preocuparse.

Él se sirve un vaso de agua de la jarra que hay entre los dos.

–Toma –dice él, tendiéndole un sobre para que lo coja.

Ella lo hace, casi con suspicacia, y lo abre. Dentro hay una acreditación. Lleva su nombre y su foto: *Especialista invitada, Centro Oncológico Nuevo Amanecer*.

–Dice tu madre que pasas mucho tiempo en hospitales. Y en la morgue. Pensé que esto podría ayudar... a mantenerte a salvo. Si la policía se pone a hacer preguntas, estás registrada en el sistema.

–Pero cómo...

–Mejor no preguntes.

–Vale..., bueno..., gracias.

Ella lo abraza. Hace tanto desde la última vez.

–Estáis haciendo una gran labor. Por nuestro país –dice él–. Estamos orgullosos de vosotros. Os desharéis también de esos cabrones, si Dios quiere.

16 DE ABRIL. LOS HERMANOS MUSULMANES  
PUBLICAN UN LIBRO CON LOS LOGROS DE MORSI

Khalil echa un vistazo por encima de su hombro, un movimiento ligerísimo..., pero innegable. Nota su espalda y nota el metal, instantes de un caos de hielo que repentinamente se sobrecalienta con la necesidad de atención. Un vistazo rápido en el espejo es lo único que le va a dar. Un vistazo rápido es lo único que requiere, lo único que necesita para recordarla, para sentir su último calor disipándose entre los dedos, para oír su último aliento abandonar su cuerpo con un susurro, para ver..., no, su cara no. No puede ver su cara, no puede ver nada más allá de la máscara. Lo intenta, en soledad, a veces por las noches, recordar sus propias pisadas vacilantes por el peso del cuerpo flácido de ella en los brazos, atravesando el gas a trompicones hacia los médicos, cada momento hasta que le quitan la máscara. Y luego, nada. Ella está ahí, en su ordenador. Doctora\_02022012.mp4. ¿Escucharás alguna vez la grabación? Ve ante sí la oscuridad de la máscara, ve en su reflejo una ciudad en llamas mientras el acero empieza a arder en su piel. Nuestro lazo. Nuestro metal extraído de la misma montaña de Minnesota, una antigua unidad astillada y fundida en millones de perdigones para que cientos de miles de cartuchos sean disparados contra nuestra carne para dividirnos, para unirnos por siempre.

17 DE ABRIL. MORSI PIERDE EL CONTROL DEL SINAI  
MIENTRAS SE LANZAN COHETES CONTRA ISRAEL

–Deshazte de esto por mí. Escóndelo. –Aprieta su teléfono contra la mano de él–. Hagamos algo divertido hoy –dice ella–. ¡Algo normal!

–Claro. ¿Qué te apetece hacer?

–Vamos al cine. Vamos a dar un paseo hasta el Galaxy y a ver todas las películas que estén dando.

–Llevo dos años esperando este día.

–Genial. Vístete.

Las líneas de sombra que los nuevos muros del Ejército arrojan sobre la ciudad determinan su

ruta, una rueda de hámster de cemento hecha a escala de la ciudad para mantener las constantes protestas lejos de los edificios gubernamentales. Antes, sin embargo, doblan por la calle Mohamed Mahmoud y un silencio los envuelve cuando retornan los recuerdos de las largas noches de patrulla, de los cuchillos, de las bengalas rojas que ardían por entre la aullante multitud. Caminan a paso ligero junto a los largos murales, a través de los oscuros recuerdos, en dirección a la vasta extensión de Tahrir. Y de repente, ahí está, la flor roja.

—¿Podemos sentarnos un minuto? —dice ella. La flor aún está viva, parece sana. Ella se sienta con cuidado junto a la flor y saca una botella de agua de su mochila. Ambos están sentados en silencio; la flor, la ofrenda final del muchacho a quienes aún viven, entre ellos dos. Siente que Mariam se hunde en un lugar al que no puede seguirla.

19 DE ABRIL. AUMENTA LA POLARIZACIÓN  
EN TORNO A LA PRESIDENCIA DE MORSI

Escuadrones de agentes de Hamás disfrazados de policías se encuentran en este momento activos en el país. ¡Morsi ha llegado a un acuerdo para vender a cambio el Sinaí a Hamás! Hemos visto los mapas. ¡Hay *mapas*!

Agentes del caos a sueldo trabajan día y noche para desacreditar al Gobierno y minar la democracia.

El plan lleva décadas elaborándose. ¡Van a vender el Sinaí!

¡Van a dividir Egipto!

¡Egipto es el premio! ¡El mundo entero quiere ver a Egipto de rodillas!

Los cristianos están quemando las sedes de los Hermanos y van disfrazados de salafistas o de integrantes del Bloque Negro o incluso de policías.

Está en marcha una nueva cruzada contra el Islam, librada por una alianza secular entre los medios coptos, El-Baradei y Estados Unidos.

Ese musulmán encubierto de Obama forma parte del complot de los Hermanos y está defendiendo al gobierno de Morsi.

Israel tiene en el bolsillo a ese belicista de Obama y está trabajando a pleno rendimiento para derrocar el Gobierno de Morsi.

La Iglesia Copta está enviando autobuses de combatientes armados para sitiar el palacio presidencial.

Los Hermanos ni siquiera son egipcios, se creen que están por encima de la nación, no son leales a Egipto.

Es una ocupación. Sí, están ocupando Egipto.

¡Egipto!

Van a vender el Canal de Suez. Si pudieran, venderían hasta las pirámides. Han arrendado Karnak a la región del Golfo.

Fuerzas del caos y el régimen de Mubarak y los ingleses y los iraníes están presionando a la vez para minar la democracia y hacer campaña contra un presidente electo.

4 DE MAYO. COMPINCHES DE MUBARAK COMPRAN  
SU SALIDA DE LA CÁRCEL

–¡Pitufresas! Ay, Dios. Ay, Dios. Cerrad la boca y escuchad todos. Uf... –Rania apenas si puede aguatarse la risa–. ¡El pitufo doctor receta pasteles, tartas, jajajaja, pasteles, tartas y pitufresas como parte de una dieta sana! ¡Ay, Dios! ¡¡Jajajajaja!! ¡¡¡Con el *hashtag* Aldea Pitufa!!!

–¿A qué viene eso de la Aldea Pitufa?

Rania se troncha de la risa, no puede hablar. Le pasa su teléfono a Khalil.

El pitufo doctor receta pasteles, tartas y pitufresas como parte de una dieta sana. #AldeaPitufa @KandilHesham

–¡¿Y éste es su primer ministro?! ¿Pero quién es esta gente? –Rania aún se está riendo– ¿Puede alguien meterlos en una máquina del tiempo y darles cinco años para que se prepararen para estar en el Gobierno? ¡Es que resulta todo demasiado *vergonzoso*! Dios mío. Ni siquiera hace falta que sigamos escribiendo artículos o montando vídeos, no tenemos más que hacer un listado. ¿Quién tiene un rotulador? ¡Un rotulador para la pizarra! Venga, gente, ¿qué clase de oficina es ésta? Vale. Número uno: ilegalizan el *Harlem Shake*.\*

–¿Por ahí vas a empezar? –pregunta Malik–. ¿En vez de por sus putas *milicias*? ¿O por la reforma policial?

–Bah, tú y tu reforma policial –dice Rania, despachándolo con un ademán–. La policía no se puede reformar, a esos miserables hijos de puta hay que matarlos a todos.

–Pero si los Hermanos ni siquiera consultaron el informe –insiste Malik–. ¡Ni siquiera tuvieron con nosotros la puta gentileza de *fangir* que lo habían consultado!

–Estupendo. Número dos: ignoraron vuestro informe. Y el informe sobre las matanzas del Ejército durante los Dieciocho Días. Y el informe sobre torturas en Ettehadeyya. Tenemos además las iglesias reducidas a cenizas y las torturas a niños y la destrucción de la economía y esa constitución retrógrada que nos han encasquetado y la condecoración a Tantawi y el restablecimiento del estado de excepción y la aceptación del crédito del FMI..., vamos a necesitar una pizarra más grande.

Rania ve que Nancy no está sonriendo, no digamos ya riendo.

–¿A ti qué te pasa?

–Esto no es ninguna broma, ¿sabes? –dice con severidad–. Ya veremos si seguimos riéndonos cuando nos metan en la cárcel.

7 DE MAYO. MORSI REMODELA EL GABINETE EGIPCIO.  
TRES CARGOS PARA LOS HERMANOS

Hay una palabra en boca de todos: Tamarod. Rebelión.\*

Nancy tiene un fajo de peticiones apretado contra el pecho. Ha fijado uno con chinchetas y está disponiendo una pila junto a la puerta de la oficina. Se mueve con celeridad.

–Deberíamos estar todos ganándonos las calles, voy a bajar a Talaat Harb, ¿quién se apunta?, ¿dónde está Hafez? ¡Hafez! ¡Vamos a la calle a recoger firmas!

Tamarod es una petición, un movimiento, un momento..., una moción de censura contra el Gobierno, una exigencia de elecciones anticipadas. Las hojas de firmas han proliferado por la ciudad a medida que los ciudadanos interesados las distribuyen y recogen firmas.

Menos de una hora después, Nancy está de vuelta.

–Tengo que imprimir más –dice radiante–. ¡Todo el mundo quiere firmar! Necesito por lo menos quinientas. Rania, ¿funciona la impresora?

–¿Eh? –Rania levanta la vista del ordenador–. Sí, creo que sí.

–Vale, genial. Por lo menos quinientas. Todo el mundo está firmando. Todo el mundo lo *odia*.

Nancy, estimulada por el optimismo de la posibilidad, corre de nuevo a la calle.

19 DE JUNIO. LA POLICÍA SE PREPARA PARA  
LAS VIOLENTAS PROTESTAS DEL 30 DE JUNIO

Hay un chirrido que el siseante micrófono vuelve más estridente. El vídeo es granulado, marrón. Hay una turba, hombres, porras, suben y bajan, se elevan y caen golpeando cuerpos. Hay manos en alto para tratar de protegerse las caras. Hay un atisbo de rojo en el centro, diferente a todo lo demás, más brillante, más terrible. Siguen cayendo las porras. Cientos de ellas. Caen. Una y otra vez. Sin piedad. Sin dudar. Siguen cayendo las porras. ¿Esto es Egipto ahora? El pueblo exige la caída del régimen.

24 DE JUNIO. LINCHAMIENTO DE VARONES CHIÍTAS  
EN GIZA. MORSI CALLA

Ella está hablando otra vez. Sus labios se mueven en la noche. Él está echado a su lado, la observa mientras su rostro se desliza hacia una conversación fatigada y silenciosa, en sus labios un nombre.

–Toussi –dice ella–. Vamos a llegar tarde, Toussi. –Khalil la atrae hacia sí, le echa un brazo por encima–. Toussi –dice ella–, no me hagas esperar.

Faltan diez días para que se cumpla el aniversario de la presidencia de Morsi y las emisoras hierven de noticias sobre la rebelión de los nuevos peticionarios. El 30 de junio verá la más grande de todas las protestas. Nadie sabe lo que se avecina. Cuántas personas tomarán las calles contra los Hermanos. Cuántas a favor de Morsi. Qué ocurrirá cuando ambas multitudes se encuentren.

Se viste sin despertarla.

De camino a la oficina, nota la expectación en retazos de conversaciones y en las tiendas cerradas.

Nancy ya está en la oficina.

–Khalil, qué bien. Hola. Creo que tenemos que hacer una reunión. Me han estado llegando montones de mensajes sobre cómo es que desde Caos no hemos anunciado que formamos parte de Tamarod.

- Es que no formamos parte de Tamarod.  
–¿No vas a salir a protestar el 30 de junio? ¿No va a hacerlo todo el mundo?  
–Eso no nos convierte en parte de Tamarod. Nunca hemos asumido esa posición de manera oficial. Ni lo hicimos durante las elecciones.  
–Creo que tendríamos que respaldarla oficialmente. Por el impulso.  
–Al impulso le está yendo estupendamente sin nosotros.  
–Pero ¿tú vas a salir el día 30 o no?

24 DE JUNIO. EL TRIBUNAL ORDENA LA LIBERACIÓN  
DE ALAA Y GAMAL MUBARAK

- Ah. Pasa –dice el abogado del casero–. Siéntate. ¿Renovamos hoy?  
–Sí. Otro año.  
–Cómo no.  
El abogado saca un archivador, hojea los papeles. Luego, sin levantar la vista, pregunta.  
–¿Irás a las protestas del día 30?  
–Estoy indeciso.  
–¿Indeciso? Nunca te habría tomado por uno de los Hermanos.  
–No soy de los Hermanos.  
–Entiendo –dice, aunque Khalil está seguro de que no.  
–¿Y usted? –pregunta Khalil–. ¿Irá entonces a las marchas?  
–¿Yo? Dios, no. Me llevo a mi familia fuera de la ciudad. Quién sabe lo que va a pasar. Los Hermanos son unos desalmados.  
Khalil no dice nada.  
–Son una amenaza para la sociedad entera, ¿sabes? –continúa el abogado–. ¿Sabías que la mitad de ellos ni siquiera son egipcios?  
Khalil no dice nada. El abogado vuelve a los papeles, chasquea la lengua para sí.  
–Y qué horrible lo de esos chiíes, además.  
–Sí. Terrible.  
Khalil se arrepiente de haber visto el vídeo. La porras, la multitud, los cuerpos inertes arrastrados por las calles en un despiadado éxtasis. En su mente reproduce las noches de patrulla de la Opantish y la bengala polar que abría a fuego un sendero entre la multitud; los envites de cientos de cuerpos todos alargando las manos, alargando las manos... No ve ningún rostro, no es capaz de distinguir una noche de otra, pero sí de oír los gritos y los chillidos y los «hermana, es mi hermana» que le persiguen en sueños.  
–Por supuesto –el abogado levanta la vista de sus papeles–, las creencias chiíes *son* ajenas a nuestra sociedad.  
Cada día un trozo de nuestro país cae al mar, se lo traga el desierto. Un tren choca contra un microbús lleno de escolares. Un edificio se derrumba sobre la familia pobre que llamaba a aquello su hogar. Una fábrica se reduce a cenizas. El río está envenenado. Khalil permanece en el borde del ascensor, se prepara –como cada día– para que el suelo se venga abajo, repasa sus últimos pensamientos durante el largo ascenso.

Lo irónico de nuestra primera y única victoria es que fue a la vez pírrica y comprometedora.

@Alaa

5:39 a. m. – 26 de junio de 2013

28 DE JUNIO. MILICIAS DE LOS HERMANOS ATACAN CON  
ESCOPETAS UNA PROTESTA EN ALEJANDRÍA

Morsi amonesta a la nación durante dos horas y media, su voz persigue a Mariam mientras camina por el centro de la ciudad.

Toda revolución tiene sus enemigos.

Va a ser terrible, el día 30, y en lo único que puede pensar es en sus propios ojos. Todo lo demás queda fuera su alcance, pero puede procurar al menos que los perdigones no le den en los ojos.

La revolución del 25 de enero pertenece a su pueblo. Fue una sola revolución.

Cuenta a sus amigos, tratando de calcular cuántas gafas protectoras va a necesitar. Sube por Talaat Harb hacia la antigua ópera y en cada pantalla que deja atrás aparece Morsi.

Para sacar ese gusano del cuerpo de la nación vamos a tener que operar.

Veinte. Necesita veinte gafas. Vuelve a contar. Cuando da con la tienda Morsi todavía está hablando, gritando ahora, agitando un dedo a sus impertinentes súbditos.

¡Algunas personas están abusando de la libertad que les estamos proporcionando!

Las gafas industriales son caras. Hurga en su bolso en busca del sobre con el alquiler del mes y lo entrega.

Las Fuerzas Armadas merecen el respeto de todos los ciudadanos egipcios por haber escogido ponerse del lado de la revolución.

Se marcha y regresa caminando al centro. Morsi continúa gritando. Con las gafas en el bolso, su ritmo cardíaco se relaja un poco y se suma a una multitud reunida alrededor de un kiosco para ver a Morsi.

Mi último mensaje es para los corruptos agitadores que están entre nosotros: elegid bando, criminales. Tenéis los días contados.

Un joven se planta en mitad de la calle y corea con todas su fuerzas:

–¡Abajo, abajo el Gobierno del Murshid!\*

Otra docena de voces se hace eco de la consigna. Encolerizadas, las cafeterías del centro se vacían en las calles.

–Ni una sola concesión a ese hijo de puta. ¡Ninguna!

–Se llama a sí mismo musulmán y ni una palabra de los chiíes asesinados.

–Le voy a romper ese dedo suyo y a metérselo por donde le quepa si no deja de agitármelo a la cara.

–¡Vaya descaró!

–¿Has oído cómo se dirigía a la policía? Le está dando luz verde.

–¿Todo el que está contra él es un matón? ¿En serio? ¿Ésa es su mejor baza?

–¡Está acabado! ¡Lo sabe! ¡Se le ve acojonado!  
–Parece que lo del día 30 sigue adelante según lo planeado...

29 DE JUNIO. DESPLIEGUE MILITAR PARA PROTEGER LOS  
MINISTERIOS GUBERNAMENTALES

Seis botellines de Stella a medio beber descansan en la mesa, los cigarrillos se consumen en los ceniceros, contando los minutos. La expectación se cierne sobre la ciudad entera. En el televisor por encima de ellos está Morsi. Ponen en bucle partes destacadas de su discurso y unos tertulianos paternalistas las diseccionan. Faltan dieciséis horas.

El camarero se acerca.

–Hola, Mariam. Qué os traigo.

–¿Es muy malo el whisky? –se entromete Rania.

–No es malo en absoluto, Rania –dice el camarero.

–Pues que sean siete.

–Me cago en la leche –dice Mariam.

–Bueno, ¡no podemos quedarnos aquí sentados toda la noche esperando a *morirnos*! Y si mañana nos vamos al otro barrio, qué más da entonces una última resaca.

Esperaba una risa, pero todo el mundo está demasiado nervioso.

–¿En serio crees que va a ser tan horrible? –pregunta Nancy.

–No lo sé –dice Rania–. No tengo ni idea.

–Vamos a estar bien –dice Hafez volviendo a la vida desde una de sus introspecciones–. Va a ser grande. Demasiado grande como para que la ataquen.

Cuando llegan las bebidas Rania levanta su vaso.

–Por lo inevitable.

Mariam ve las mismas escenas desarrollándose en su mente. Empezará con una bomba. Perdigones surcarán el aire, directos a los ojos. Ya vienen, a través del gas y del caos, ya vienen. Los francotiradores empezarán a liquidarnos. La policía plantará una bomba para poner a todos en contra de todo el mundo. Los Hermanos plantarán una bomba para disuadir otras protestas. El Ejército plantará una bomba para así poder restaurar el orden. Los *feloul* plantarán una bomba para forzar al Ejército a intervenir. Los israelitas plantarán una bomba para iniciar una guerra civil. La policía plantará una bomba por su afición a la sangre. Habrá pánico y estampidas estrellándose contra nuevos muros construidos para bloquear las vías de escape. Habrá listas de ejecuciones y hombres acechando entre el tumulto con fotografías de los objetivos. Nos quedaremos atrapados entre los nuevos muros, nos ahogaremos bajo la muchedumbre. ¿Te puedes esconder debajo de un cuerpo muerto? ¿Puedes cerrar los ojos y yacer inmóvil durante horas mientras la vida postrera se desangra del extraño que tienes encima? Aguantarás la respiración en el silencio de la calle muerta y quedarás a la escucha mientras caminan por entre las ruinas, hundiendo sus botas en las heridas abiertas, más adentro, más adentro, ejecutando la piel que se retuerce. Empezará con una bomba y los supervivientes marcharán sobre el campamento de los Hermanos para cobrarse su venganza y comenzará la guerra civil. Empezará con una bomba y no habrá escape. Rania estampa su vaso de chupito contra la mesa.

–¡Otra más!

Se visten en silencio, el sol de la mañana brilla por la ventana, fuera la calle tranquila como el invierno. Él sale al balcón. Hay un impulso desde hace mucho fuera de nuestro control. ¿No podemos no ir? Dilo sin más. ¿No podemos estar enfermos o cansados o asustados y quedarnos en casa sin más?

–Si Morsi al menos..., no sé; con una simple concesión habría bastado –dice Khalil.

Mariam deja aparte dos pares de gafas protectoras para ellos, se pone a preparar la mochila de costumbre.

–No va a ceder –dice ella. Unas mudas, vendas, espray antiséptico, tijeras, el periódico, dinero, mechero, teléfono, cargador, máscara antigás, espray de pimienta, navaja–. Pase lo que pase hoy: tienen un plan.

–O sea, que vamos hacia una trampa –dice él.

–Ya es tarde para hacer nada al respecto –dice ella.

–Todos tienen un plan menos nosotros.

–Nosotros nunca tenemos un plan.

–Pues sí. Nuestra grandiosa fortaleza.

–Es nuestra fortaleza –dice ella.

Él no contesta.

–¿Qué preferirías? ¿Hacer planes para otras elecciones supervisadas por el Ejército?

–No, estoy encantado de pasarme la vida en marchas y protestas contra cada gobierno de mierda que llega porque soy demasiado puro como para darle un tiento a lo de gobernar de verdad.

–Si lo que quieres es jugar a la política, ¿por qué no vas y te buscas un partido?

–Sólo quiero saber para *qué* estoy arriesgando mi vida. Cuál es el plan. ¿Desde cuándo es ésa una pregunta absurda?

–Morir por un plan se llama estar en el Ejército. Morir por algo nuevo es una revolución.

–Eso suena a que se te ha ido en serio la olla.

–Pues quédate en casa. Nadie te obliga a salir.

–No voy a quedarme en casa para ver por la tele cómo os matan a todos.

Ella se calla.

Luego, con voz más suave, dice:

–Mira..., marchas por elecciones anticipadas. Marchas contra el próximo dictador. Marchas por derrocar a un fascista. ¿Me dejo algo?

–¿Y el Ejército?

–La última vez que estuvieron en el poder, salieron escaldados. Imposible que quieran verse de nuevo en el candelero.

–¿Pero no es mejor echar a Morsi con votos?

–Bueno, eso es lo que exigimos, ¿no? Más elecciones de las tuyas. Pero no les vamos a dar tres años más para que se preparen. Fíjate en este año. Fíjate en su proyecto renacentista, fíjate en lo que le está pasando al país. Están *linchando* a la gente. Estamos siendo arrastrados hacia un lugar jodidamente oscuro.

30 DE JUNIO. MORSI: «ME NIEGO A CONVOCAR ELECCIONES  
ANTICIPADAS. NO HABRÁ UNA SEGUNDA REVOLUCIÓN»

Khalil escruta las azoteas, trata de ver lo que sea que aguarda más allá de la marcha. Mariam está

en medio de la multitud. Él se queda en un lateral, sin perderla de vista.

El toque de tambor arranca las palabras de costumbre, la vieja fortaleza.

¡El pueblo!

¡Exige!

¡La caída del régimen!

Un grupo de ultras corea con rabia, sus tambores tiran de la marcha. En un gran cartel sostenido en alto por varias personas se lee:

NO A LOS HERMANOS, AL EJÉRCITO Y A LA POLICÍA.  
LA REVOLUCIÓN CONTINÚA.

Khalil rebusca por las azoteas el destello del rifle de un francotirador. Cuando empiece, ¿correremos sin más, solos, o nos mantendremos unidos aun así?

Entonces ve a Hafez.

–¿Dónde cojones estabas? –dice Khalil.

–¿Eh? ¿Yo?

–Sí, tú, joder. Dijimos que quedaríamos a la una. Hemos estado buscándote.

–Estaba trabajando. ¿Qué problema tienes?

–Dijimos que quedaríamos a la una. Hoy tenemos que permanecer todos unidos.

–Estupendo. Relájate. Estamos todos bien. ¿Has estado ya en el palacio?

–No, porque dijimos que quedaríamos aquí.

–Bueno, aquí hay la hostia de gente.

En la esquina con Khalifa Ma'moun la calle se ensancha y Khalil puede ver a lo lejos, brillantes y de un blanco nebuloso, las pancartas de los mártires que aguardan para recibirlo y siente que el corazón se le calma. Quizá no haya ataque. Quizá Hafez tenga razón, es sencillamente demasiado grande. Camina a través del jardín de blanco, de los nombres que tanto tiempo llevamos siguiendo. Cada bandera, el símbolo de un centenar más de caídos tras ella.

Omar Salah, cuyo rostro atrapaba a la perfección la luz del sol mientras marchábamos en su funeral por el centro de la ciudad. Mohamed al-Shafei, cuya valentía vivirá por siempre en un millar de fotografías. Gika, despidiéndose con la mano al viento a las puertas del palacio presidencial. Mina, que volaba alto durante cada minuto de cada batalla desde Maspero, que tanto tiraba de nosotros a través de inviernos de gas y balas. Sheikh Emad, cuyas manos bendicen la calle Mohamed Mahmoud, el corazón de nuestra necrópolis urbana. Khaled Said, a cuya vida le debemos todo.

Ve a Rania y a Rosa de pie a la sombra de las banderas, cercadas en un raro jardín de quietud, la tela blanca, los rostros que ondean al viento, que las miran desde arriba. Cientos de personas que confluyen en silencio, el momento de transición entre la energía de la marcha de los revolucionarios y la multitud concentrándose alrededor del palacio.

Ésta es, sin lugar a dudas, la mayor protesta en la historia de Egipto, es posible que incluso de toda la región. #30dejunio

@Bassem\_Sabry

En el palacio, Mariam se halla sola en un revuelo de gafas de sol de Prada y de bolsos Louis

Vuitton falsos y de niños que gritan con acento estadounidense y de carteles que dicen: SISI: SALVA A EGIPTO DE LOS HERMANOS, y: EL EJÉRCITO, EL PUEBLO, UNA SOLA MANO. No debería, pero le sorprende cuántos son. ¿De dónde ha salido toda esta gente? ¿Dónde han estado escondiéndose durante los últimos dos años? ¿Dónde estabais cuando los Hermanos nos atacaron en esta misma calle?

Respira hondo y corea:

¡Esos cerdos!  
¡Son matones!  
¡Esos cerdos...

–¡Para! ¡Para! –llega un grito desde la multitud–. ¡Éste no es momento!  
–¡Esos cerdos! –grita Mariam–. ¡Son matones!

–¡Eh! ¡Corta el rollo! ¡No seas tan bruta!

Una mujer con mechas de rubio brillante grita:

–¡Los policías son nuestros hermanos!

¡¿Quién crees que vela hoy por tu seguridad?!

–¡Deberíais centraros! –grita otro par de labios con gafas de sol–.  
¡Ya basta de ese caos vuestro!

–¡Es una infiltrada a sueldo!

¡A otra parte con vuestra inmundicia!

–¡En la revolución no hay sitio para vosotros!

–Va siendo hora de que alguien os enseñe algo de modales, chicos.

–¡Le paga Estados Unidos!

¡Dile a tu Obama que aquí decimos no al fascismo!

–¡La revolución continúa!

¡Pan, libertad, dignidad humana!

Un hombre une sus manos de una palmada:

–¡La policía, el pueblo y el Ejército:  
una sola mano!

Y todo el mundo se le une en feliz armonía:

–¡La policía, el pueblo y el Ejército:  
una sola mano!

Dan palmadas ante Mariam con agresividad, un corro de gafas de sol y de muñecas con pulseras empieza a cerrarse en torno a ella, coreándole a la cara...

¡La policía, el pueblo y el Ejército: una sola mano!

Son demasiados. Sale de entre ellos a empujones y escapa corriendo de la multitud.

El apartamento de Nancy está lleno de personas que Mariam no conoce. Se escurre entre ellas hacia el baño para lavarse la calle de las manos, de la cara. Es una fiesta. En la cocina ve al padre de Nancy, que saca un cartón de zumo de la nevera.

–Chicos, hoy habéis hecho algo magnífico. Impresionante de veras. –Mira a los pocos jóvenes que están educadamente de pie con él, el rostro radiante del orgullo del goleador–. ¿Y cuántos de vosotros pertenecen a Tamarod?

Si los HM desean un mínimo de supervivencia, Morsi debería anunciar elecciones anticipadas, y que otra persona asuma el liderazgo de los HM. #30dejunio  
@Bassem\_Sabry

La autopista Salah Salem es un carnaval de cláxones y de banderas y fuegos artificiales. El tráfico no avanza. Khalil conduce, todo el mundo está sentado en silencio. Enciende la radio.

A lo largo de todo el país, Egipto ha sido hoy testigo de un día histórico que la BBC define como la mayor protesta en la historia de la humanidad. Hoy, el aniversario de la elección del presidente Mohamed Morsi ha presenciado cuántos son quienes demandan una nueva revolución...

La apaga.

–Bueno, mi querido amigo Malik –dice Hafez–. Por lo visto, tanto tú *como* los Hermanos habéis caído en la misma trampa.

–Oh, cierra el pico, Hafez. ¿A qué te refieres?

–Al consentimiento, amigo mío. Olvidas que, incluso si la lucha es entre el cinco por ciento de los que están arriba, uno no dirige el cotarro a menos que haya consentimiento.

–A menos que seas capaz de *fabricar* consentimiento, querrás decir.

–Claro, fabricar, mantener, qué más da. Pero si no eres capaz, estás fuera. Así es el nuevo mundo, amigo mío. Que tu dos y medio por ciento se ande con ojo.

–¿Qué toca ahora?

–Depende de Morsi –dice Hafez–. Si convoca elecciones anticipadas esto se acaba ahora mismo. O igual quiere alguna clase de refriega.

–¿Y qué pasa con la gente que le pide al Ejército que dé un paso al frente?

–No, el Ejército no es tan estúpido. Se supone que el tal Sisi es un tipo listo. No quiere cometer el mismo error que Tantawi. Necesitan una fachada civil.

En un túnel más adelante hay hombres con bengalas y banderas egipcias bailando en histórica celebración:

¡El pueblo!

¡El Ejército!

¡Una sola mano!

Mariam sube la ventanilla.

–¿Lleváis vuestras cosas, chicos?

–Sí –dice Khalil–. Lo llevamos todo.

Se dirigen a Tahrir. Esta noche estará a rebosar. Opantish vuelve a estar en activo. Khalil lleva en el maletero las porras y las bengalas y cajas de cartón para cortarlas y rellenarse las camisetas.

El teléfono de Mariam suena.

–Sí, estamos de camino. Ya lo sé... Las calles están totalmente colapsadas..., estamos de camino.

Cuelga.

–Han empezado –dice, sin mirar a ninguno de ellos–. Ya van tres ataques.

## MORSI ALCANCE UN COMPROMISO POLÍTICO ANTES DE QUE EL EJÉRCITO INTERVENGA

La bengala ansía las noches, abrasa las manos, los rostros; abre a fuego un camino entre la multitud. Ella espera la siguiente llamada de teléfono; él espera a que el capitán dé la señal con el puño al aire. Fuegos artificiales inundan el cielo nocturno, cada estallido es una onda expansiva que retiembla en sus cuerpos, un perro que se encoge apaleado. Los fuegos artificiales no cesan. Las llamadas no cesan. El puño se eleva y él se suma a la fila y se adentra a empujones en la muchedumbre, entre los hombres que arañan y bajo el vuelo en círculo de los helicópteros y la lluvia de banderas sobre la codiciosa manada. *El pueblo, el Ejército, una sola mano*. Ella atiende la línea directa a la Sala de Operaciones, ellas coordinan a un centenar de personas a lo largo de diez localizaciones y sitúan en el mapa a los equipos y a los conductores de ambulancias y compran las provisiones y se ocupan de las solicitudes de los medios y calman los nervios y vendan heridas, y ella no llora delante de nadie sino sola en el baño y sola en la oscuridad y piensa siempre en Alia y en sus padres en la oscuridad verde del hospital aguardando, aguardando y aguardando.

Fuegos artificiales para celebrar el fin  
del experimento democrático.

@SarahCarr

4:24 p. m. – 1 de julio de 2013

Cuatro enormes focos que cuelgan de los balcones de un hotel alumbran Tahrir, iluminando las ondeantes banderas de adoración a Sisi, halando de ellas como peces hacia las cámaras.

–¡Tahrir! –dice el corresponsal de la televisión estatal–. Tahrir no es el drogo-propulsado, sexualmente empantanado e islámicamente controlado progenitor de nuestros infortunios que todos pensábamos que era. ¡Estábamos equivocados! Tahrir, encantados estamos de contárselo, estimados televidentes, es una vez más la manifestación del hermoso e indomable espíritu egipcio; es el hombre de la calle que se hace con el control de su propio destino y deposita su fe en el general Sisi y en el Ejército; es la revolución correctiva que nos resitúa en el sendero del 25 de enero. De ahí que la hayamos inundado de luz para su placer visual. Desde los mismos balcones desde los que solíamos arrojar las cámaras de los periodistas.

Han estado observando, aprendiendo; han llegado a dominar el espectáculo egipcio.

## 3 DE JULIO. EL EJÉRCITO PONE A MORSI BAJO ARRESTO DOMICILIARIO

El rugido de un helicóptero se hace cada vez más y más fuerte y desde la plaza se eleva una aclamación y la máquina aguarda; su poderoso sonido, que cae atronando sobre las masas, para recibir sus hosannas, su cuerpo les es revelado mediante un millar de láseres verdes que irradian desde la multitud indigna, cada cual una monocromática promesa de lealtad al metálico dios de los cielos, que deslumbra a los mortales que hay abajo.

¡Por fin! ¡Egipto tiene no uno, sino dos expresidentes vivos!

manifestantes no hay alternativa posible  
a la #legitimidad constitucional y electoral.

Sean cuales sean las reclamaciones de los

De haber un golpe de Estado contra Morsi, el Ejército jamás volverá a permitir la democracia.

Esto no es un golpe. 14 millones de personas han pedido al Ejército que las proteja del terrorismo.

El pueblo ha demostrado una vez más su poder. Ha demostrado que puede cambiar el régimen, y sabe que de ser necesario puede volver a hacerlo.

El presidente Morsi disfruta de un enorme apoyo, pero las protestas están siendo distorsionadas y amplificadas por los medios propiedad de la élite.

Partidarios de los Hermanos se lanzan diariamente a violentas marchas de protesta.

8 DE JULIO. 51 MUERTOS A LAS PUERTAS DEL CUARTEL GENERAL DE LA GUARDIA REPUBLICANA

El fregadero de la cocina está lleno de tazas de café, de platos, de ceniceros improvisados. La nevera está vacía. Hace semanas que nadie limpia la oficina. Mariam está buscando una cuchara limpia cuando oye que la puerta se abre y que la voz de Nancy lo cruza.

–Bueno, ¿quién *creéis* que está detrás de los ataques? –Su tono es agudo, intimidatorio.

–No lo sé –balbucea alguien. ¿Hafez?–. No creo que estén del todo organizados.

–A ver, vamos a aplicar un poquito de *lógica*, ¿de acuerdo? –Nancy está enfadada–. ¿Quién se *beneficia* del fin de las protestas? ¿Contra quién son las protestas en Tahrir?

–No es tan simple.

Mariam sale de la cocina a saludar, pero Nancy está en pleno apogeo y la ignora.

–Quizá lo *sea*. Tú siempre has dicho que pensabas que la policía estaba involucrada. Tu gente de Opatish no paraba de decirlo. Pero ¿por qué la policía estaría atacando a *esta* multitud? Ésta es su gente. Lo que prueba... que *siempre* fueron los Hermanos.

–No es tan simple. –Hafez está cansado, agobiado. Tiene la barba larga, descuidada. También el pelo. Se lo ve falto de sueño.

–Puedes pensar lo que quieras, pero la *lógica* está ahí.

–Estupendo –dice Hafez–. Vamos a dejarlo.

–No lo entiendo. Estabas contra Morsi. Querías que se fuese. Y ahora que se ha ido..., ha..., ha iniciado una *insurrección* terrorista y..., ¿cómo..., ¿sientes *lástima* por él? ¡Están tirando niños desde las *azoteas*! ¡Son *terroristas*!

Milicias cristianas desatan la violencia mientras 30 millones de egipcios se reúnen hoy en apoyo a Morsi.

En las fotos: carpas vacías en los mítines de Morsi.

En las fotos: récord de asistencia a favor del presidente Morsi.

Turba islamista mata a un adolescente al arrojarlo desde una azotea.

Revueltas contra el #Golpe\_Militar por todo Egipto.  
Reportes de que todas las provincias se han sumado a la desobediencia civil.

Al menos cinco civiles muertos en Manial después de que una marcha de los Hermanos atacara a los residentes.

14 DE JULIO. ENFRENTAMIENTOS EN BEIN AL-SARAYAT DEJAN 18 MUERTOS

Las noches se solapan unas con otras. Se visten para otra noche de patrulla y él está metiéndose su carné de identidad en un calcetín y la llave de casa en el otro, y ella se detiene y lo abraza y le dice que vaya con cuidado y luego se va a la Sala de Operaciones, donde activa las tres líneas directas y espera la primera llamada antes de que se prenda la bengala a través de los dientes rojos y de las sombrías negruras de la muchedumbre y los helicópteros descendan sobre los alaridos de la multitud, ahogando sus gritos de ayuda ante los corros de hombres y los cuchillos.

Mariam encuentra a Khalil sentado en un embarrado hueco de escalera detrás del Hardee's, la cabeza entre las manos, a la espera de que convoquen en la plaza a su equipo de intervención.

–Te he traído un bocadillo –dice ella; sabe que lleva horas sin comer–. He traído para todo el equipo.

–Gracias –dice él, tocándole la mano. Suelta su porra. Lleva la camisa desgarrada por el cuello, las manos cubiertas de barro, quizá sangre. ¿En qué nos hemos convertido?

15 DE JULIO. 7 MUERTOS EN LOS ALTERCADOS DEL  
PUENTE DEL 6 DE OCTUBRE

Abre la lavadora y echa dentro la camiseta de Opatish. Su teléfono aguarda sobre la encimera de la cocina, pero él no lo coge. Cinco minutos más antes de inhalar los humos tóxicos de Internet.

Abre el grifo, pone la radio, enciende el lavavajillas.

Han salido a la luz más noticias sobre la violencia terrorista que emana de la ocupación ilegal por parte de los Hermanos de las dos grandes plazas en las ciudades de Nahda y Rabaa...

La apaga.

Lo llaman polarización. Dos cabos del país que tiran el uno del otro hacia cada extremo, dejando que el centro penda sobre la región del Golfo.

Coge su teléfono, pesado e inevitable como la caja de Pandora. Enseguida está metido hasta el cuello en otro amanecer del intimidatorio triunfalismo pro-Ejército y la santurróna hipocresía de los Hermanos. Y el amedrentador paternalismo de los analistas internacionales.

24 DE JULIO. SISI A LA NACIÓN: «DADME UN MANDATO PARA  
PONER FIN AL DERRAMAMIENTO DE SANGRE»

Hafez le pasa un cigarrillo. Decenas de miles han inundado la plaza para dar a Sisi su «mandato». No hay nada que hacer salvo fumar y observar.

–Sabes, lo ridículo... –dice Hafez–. Lo que encuentro ridículo es que nadie mencione, ya sabes, al pueblo. Por qué Morsi ya no está. –¡BOOM!, fuegos artificiales envían una sacudida que los atraviesa a ambos. Hafez parece enfermo, como si llevara días sin dormir. Habla deprisa, su boca trastabilla al seguirle el ritmo a su hipercableado cerebro–. ¿Y por qué Morsi ya no está? Porque en su contra ha marchado más gente de la que haya marchado jamás contra nadie en la historia de –¡BOOM!–..., en la historia de las marchas y, claro, ahora regresaremos a algún tipo de bailecito con el Ejército, pero ya sabemos que el Ejército no puede tomar otra vez el poder de forma directa. –¡BOOM!, Khalil enciende el cigarrillo y éste le raja la garganta, completamente seca por la deshidratación de las largas noches de patrulla. Está demasiado cansado para hablar–. Y aunque Sisi notara en el hombro la mano de la historia, el CSFA no le permitiría presentarse a presidente. A largo plazo, eso los vuelve demasiado vulnerables.

El total de muertos por los enfrentamientos entre las fuerzas de seguridad y los partidarios de Morsi se eleva a setenta y dos.

Salen a la luz pruebas de que los HM mataron a manifestantes Y a policías durante los Dieciocho Días.

Morsi está bien de salud, dice la alta representante de la UE Catherine Ashton.

El Ministerio del Interior en coordinación con las fuerzas armadas dispersan las sentadas en las plazas de Rabaa al-Adawiya y Nahda.

El sentimiento en #Rabaa es el mismo que en #Tahrir el #25deenero, pero las represalias policiales son más brutales & los manifestantes más decididos.

Digámoslo con coraje y honestidad:  
«No a las elecciones libres en Egipto».

Salen a la luz más cuerpos cerca de las sentadas de los Hermanos.

Una tierna chiquilla canta ahora en el escenario #AntiGolpe en #Rabaa. Pincha para ver las fotos de la mayor concentración que El Cairo haya presenciado jamás.

Manifestantes anti-Morsi han contado a Amnistía

Internacional cómo fueron capturados, apaleados, sometidos a descargas eléctricas o apuñalados por individuos leales al anterior presidente.

#Morsi es el primer y único presidente democráticamente elegido de #Egipto y el único que puede hablar por todos los #egipcios. #Morsi es un símbolo de la lucha de Egipto por los derechos y las libertades.

Rania está en la cocina. En la oficina no hay nadie.

–Tenemos que hacer un *podcast* –dice Khalil.

–Vale.

–Tenemos que aclarar nuestra posición. Estoy hartísimo de los gilipollas de Twitter y del *Times*, y de todos los demás. Me estoy volviendo loco.

–Pues escribamos algo. ¿Dónde está Mariam?

–¿Dónde crees tú?

Mariam apenas sale de la Sala de Operaciones. Él no dice nada más. Sabe que Rania no ha vuelto a la Sala de Operaciones desde enero.

–Lo escribiremos nosotros entonces –dice Khalil–. Es sencillísimo: no estamos ni con el Ejército ni con los Hermanos, y quien diga que son las únicas opciones no sabe de lo que habla. La revolución es todavía la mayor fuerza del país. Esto no es más que otra ola del mismo proceso político que lleva dos años en marcha, y si creen que el tal Sisi o cualquiera de ellos es lo suficientemente fuerte como para detenerlo es que no están prestando atención.

–Tienes razón –dice Rania–. Deberíamos decir eso. Pero creo que nadie lo va a escuchar.

Los Hermanos han rechazado los esfuerzos por parte de al-Azhar para resolver la crisis política por medio de una iniciativa de reconciliación nacional que incluya a todos los partidos.

El ministro del Interior afirma que existen planes para una dispersión pacífica de las sentadas.

Los Hermanos hacen un llamamiento a sus partidarios para que peregrinen a las sentadas de Nahda y Rabaa.

Francotiradores de los Hermanos matan a diez personas que protestaban frente a la sede de los HM.

#Democracia #Libertad #Dignidad #Justicia\_Social  
son ideas. No se puede matar una idea cuando su momento ha llegado.

El ministro del Interior afirma que existen planes para una dispersión pacífica de las sentadas.

Repetimos: resulta más seguro cuantos más seamos. ¡Si os preocupa la democracia, acudid ya a Rabaa o a Nahda!



puede llorar tanto tiempo.

Ponte a trabajar. Concéntrate. Busca rápidamente a Hafez. Permanecer unidos. Está filmando. No se irá sin ti. Puedes ayudar. Torniquetes, vendajes básicos, detén las hemorragias. Es lo único que puedes hacer. Mira a los médicos a su alrededor, vendando heridas. Es lo único que se puede hacer aquí. Corta la hemorragia, venda la herida. Salva un brazo, una pierna. Corta la hemorragia, venda la herida. *Crac*. Una nueva arma. *Crac*. Ahora es una arma distinta, más sólida. *Crac*. El eco perdura en ti. *Crac*. Un muerto seguro cada vez. Gente que corre, que empuja, que recoge a sus hermanos ensangrentados y a sus hijos perdidos y médicos con los brazos en alto, rogando a la gente que espere y..., *crac...*, se están acercando..., *crac...*, gente que sale a empujones por la puerta y no hay más que un cuerpo que se revuelve y se ahoga y se estira en busca de un último aliento, de una oportunidad y de pronto hay más cuerpos, nuevas hemorragias llevadas a rastras de vuelta a la sala y la puerta es una entrada de luz blanca y de viento y gente contra la pared a cada lado. *Crac*. *Crac*. Tantas personas pegadas las unas a las otras, evitando el pasillo, respirando y llorando y rezando, acorraladas, pegadas a una pared con un hombre que se desangra justo pasado el umbral, con los brazos extendidos, la camisa calada de sangre y nadie puede alcanzarlo para tirar de él..., *crac...*, la sangre le fluye de las tripas y se coagula a su alrededor sobre restos de cajas de cartón y guantes médicos y pañuelos de papel y jeringas y mascarillas y bolsas de plástico y botellas de agua. Toussi, aquí estás otra vez. Otra vez te matan. *Crac*. Vamos a por ti, ya vamos, estás empapada en sudor. ¿Y en sangre? No mires. No hay lugar al que correr. Vamos a por ti y no hay adónde ir, adónde ir, adónde correr. Quédate aquí, con los heridos, donde puedas ayudar. Dejarán paso a los heridos. ¿Pero qué dices? Están atacando el hospital, no puedes salir y el hombre en el suelo ya no respira, el charco de sangre ha dejado de crecer y alguien saca el brazo al pasillo y con la punta de los dedos agarra los pantalones del muerto y trata de tirar de él y el cuerpo empieza a deslizarse por la espesa y oscura y aún caliente capa de sangre que a su vez arrastra, que se cuaja en torno a sus pantalones llenos de sangre que le resbalan hasta las caderas hasta el vello púbico y el pene ensangrentados. Por favor no me dejéis morir aquí, donde nadie me conoce y nadie me va a encontrar y nadie va a llamar a mi madre y me van a echar a una pila con el resto de cuerpos enterrados y quemados. Por favor, no permitáis que sea aquí, sin una piedra en la mano, bocabajo entre desechos médicos; por favor, no permitáis que sea ahora. ¿Quién va a llamar a mi madre? Oirá las palabras, pero no se las creará, aunque sabrá que son ciertas. No puedo hacerle esto, es incapaz de soportarlo; es incapaz, es incapaz de hacerlo. No pienses en ella. Saldremos de aquí. No pienses en ella ni en tus amigos, todos de negro y conteniendo las lágrimas y escogiendo los momentos con los que te recordarán. Te recordarán. Oh Khalil tendríamos que haber hecho las cosas de manera distinta, yo tendría que haber sido distinta. ¿Cómo me recordarás tú? Mi madre se quedará sola y sin nadie. Lo sabrá. Lo sabrá en cuanto suene el teléfono. Un número desconocido y el corazón se le parará y, desde el primer hálito de la voz al otro lado de la línea, lo sabrá antes de que las palabras lleguen y la ruina empiece y el apartamento se llene de negro y de tías y de tíos y de amigos y de pacientes y de cualquiera que alguna vez intercambiara con ella dos palabras, todos en una árida procesión de formalidad y de distracción y un contenedor de rabia y no habrá nadie con quien ella pueda hablar jamás. ¿Khalil va a cuidar de ti, mamá? ¿Vendrá a sentarse contigo día tras día? ¿Sacaréis fuerzas el uno del otro? Podéis cuidar el uno del otro. Todo el que muera hoy será llamado terrorista. Esto no ayuda. Tú no eres esto. Para. Corta la hemorragia, venda la herida. Puedes mantener a algunos con vida. Corta la hemorragia, venda la herida.

Espera.

¿Cuánto lleva el escenario en silencio? ¿Cuándo dejó de llorar el bebé?

Una voz electrónica retumba por la sala. «Aquí el ministro del Interior». Máquinas. Han enviado máquinas a matarnos. «Se os ordena evacuar esta zona». El aire está tan cargado de humo y de gas y de sangre que apenas puede respirar, y las balas, las balas, mantén la cabeza gacha, coge a Hafez de la mano y trata de seguir respirando y reza y respira y di gracias Dios mío, haz que sea rápido, por favor.

TERCERA PARTE.  
AYER

Mañana, nosotros correremos la misma muerte.  
@mahmoud\_hakem  
2:23 a. m. - 15 de agosto de 2013

Estoy sentado, fumando al calor en el balcón.

Pasan coches, hacen sonar festivamente sus bocinas.

Familias felices, sudorosas, gritan: «Larga vida a Egipto».

La voz de Dalida llega flotando, incansable, desde una tienda de la calle:

Mi esperanza, siempre fue, mi país

Que volvería aquí, a mi país

¡Quedarme junto a ti por *sie-em-pre!*

Cállate cállate cállate.

Alguien le ha arrancado los ojos a la pegatina de Nefertiti de mi puerta, ha rascado el «No» y garabateado un «Sí» a los juicios militares a civiles.

Por la noche, la ciudad se queda en silencio. Nadie se mueve a través de la calurosa oscuridad del toque de queda. Las calles están tranquilas.

Hablas mientras duermes. No a mí.

–Corre –dices–. Corre.

Yo me tumbo en silencio a tu lado, a la escucha de pistas sobre las cosas de las que no hablamos. Tendría que haber ido contigo. Tendría que haber estado allí.

–Vamos a llegar tarde, Toussi –dices en sueños–. Todo el mundo nos espera.

Yo quedo a la escucha de las palabras por las que no puedo preguntar. He olvidado cómo dormir.

La habitación tiembla. Tus ojos se abren cuando un helicóptero del Ejército vuela bajo por encima de nuestras cabezas.

El mundo es peor a la luz del día.

Sisi está por todas partes. En carteles en cada calle, en las lunas de los coches, en collares, llaveros y magdalenas, el edulcorado Gran Salvador sonrío radiante a sus sudorosos subalternos. El centro de El Cairo se ha convertido en un parque temático militar de bocadillos de Sisi y de imanes para la nevera y de carteles y de aceite de cocina reetiquetado con su nombre y de magdalenas con su cara glaseada y de mujeres con pantalones de camuflaje que posan para sus *selfies* luciendo sus vampíricas sonrisas y las CC de sus garras.\* No hay programa de entrevistas que se atreva a emitir sin un panegírico a las virtudes de su hombría y a su carisma; no hay escaparate sin su mirada apolínea cayendo sobre ti que esté a salvo de la turba encendida; habrá sangre, sangre y más sangre. Novecientos muertos en un día. Jamás hubo mayor gloria en Egipto. Por nuestra patria mataríamos a nueve mil. ¿Acaso no estás aliviado? ¿Acaso no eres egipcio? ¿No amas a tu país? ¿Acaso intentas ponerlo de rodillas? Ahora vemos tu verdaderas intenciones, ahora sabemos a por quién ir en la noche. Estamos libres de terroristas, al fin, hemos

sido liberados. El país se desmoronaba, Egipto estaba de rodillas, los Hermanos eran una fuerza de ocupación y ahora el gran Sisi nos ha liberado.

Al fin libres, al fin libres; gracias, Dios todopoderoso, al fin somos libres. ¿Sabías que el verdadero nombre de Ramsés III era Sisi? Sisi el león y el corazón de león. Nuestra águila y nuestra boina y nuestra bandera son una en ti, Sisi, y la victoria a la que nos has conducido. Oh, Sisi, Sisi mío, has devuelto Egipto a los egipcios, nos has guiado fuera del desierto. A las mujeres se les aflojan las rodillas y los hombres se ponen firmes con el sonido de tu nombre. Juntos acobardaremos a los terroristas. Oh, Sisi, Sisi mío, los últimos tres años han sido tan, tan duros. Oh, Sisi, Sisi mío, eres la respuesta a mi crucigrama. Tu nombre, en su perfecta y eterna simetría, me vende las patatas.

–¡Caretas! ¡Haceos con vuestra careta de Sisi! ¡Carnés! ¡Carnés de Sisi!

Me detengo ante la colección del vendedor ambulante: carteles de Sisi posando con orgullo ante un león añadido con Photoshop, caretas de Sisi con los ojos perforados, carnés de identidad de Sisi. Nombre: Fattah el-Sisi. Dirección: Ministerio de Defensa. Ocupación: salvador de Egipto.

Al menos los fascistas nunca tienen gracia.

El nuevo himno pop al General resuena por toda la calle...

Éste es el héroe que entregó su vida  
Que portaba tu nombre, mi país

Una torre de altavoces delante de una tienda, un macarra aburrido sentado con la mano en el volumen. La vibración de la música me atraviesa, me viola.

El que protege nuestra tierra  
El que protege nuestro honor

Cojo la careta de Sisi y me la llevo a la cara, y contengo la respiración, con miedo, creo, al mirar a través de sus ojos.

–¡Cinco libras! –ladra el vendedor.

Al que Egipto  
Con orgullo llama hijo suyo

Le entrego el dinero y camino hacia Tahrir y su manifestación diaria de amor a Sisi. Hace calor. No me quito la careta.

Bendice estas manos  
Bendice al Ejército de mi país

No hay coches por las calles, niños que miman globos, mujeres jóvenes que comen helado y otras mayores que lanzan besos a los soldados en los tanques y que posan para las fotos y gritan al aire.

–¡Larga vida a Egipto!

–¡Sí a Sisi, sí a Sisi! ¡No a Morsi! ¡No a Morsi!

–¡Atiende, Obama! ¡Atiende! ¡No te pongas al pueblo egipcio!

–¡El pueblo! ¡El Ejército! ¡Una sola mano!

No hay forma de eludir la ciénaga electromagnética de basura sonora.

¿Estamos en algún laboratorio morboso? ¿Puede alguien coger a este hombre, a este agujero negro del carisma, a este rezumante miasma carente de rasgos y convertirlo en un líder? ¿Puede alguien seguir el más simple de los compendios de poder y transformar esta quasimodiana combinación de tripa de burócrata, cara mofletuda y cabeza calva en el demagogo del mes, todo regado con tu Coca-Cola? Identifica al enemigo existencial, moviliza a los escuadrones de la muerte, inyecta nacionalismo histérico en las ondas de radio, posa en fotos con leones, usa tipografías básicas, invoca pasados mitológicos, haz que coros infantiles canten tu nombre y *voilà*: siéntate a contemplar tu obra. Franken-Sisi. Un hombre salido de la nada, que no es nada más que un *collage* de ideas desfasadas, apuntaladas por la fuerza bruta. Un hombre nacido de la crisis y el miedo y la estrechez de miras, el producto de un pico de mediocridad. Mussolini por lo menos tenía una barbilla de la que uno podía hasta colgar la colada pero Sisi, este burócrata tripón con un timbre de voz más propio de un binguero..., ¿esto es lo que tenemos?

Los fascistas me sonríen. Estoy a salvo tras la máscara de muerte de Sisi. Camino entre ellos en silencio, hacia Tahrir. A mi alrededor sólo hay hombres que agitan vigorosos pulgares en alto –*novecientos muertos en un día!*– y hacen tintinear brazaletes con el signo de la victoria que arañan el cielo –*el estado de sitio reinstaurado!*–, y yo sigo caminando y labios de bótox y pantalones subidos por encima de las tripas y carteles con palabras sin significado y un ruido que crece por encima de los millares en Tahrir, el enjambre, el nido. Pronto estaremos allí. Ahora soy parte de este nuevo mundo.

Bendice estas manos

Bendice al Ejército de mi país

¿Cuánto falta para que descubran al traidor entre ellos? En todas las calles del centro hay hombres vestidos con gruesos trajes de faena negros, las caras tapadas con pasamontañas, los dedos dispuestos en el gatillo, cada cartucho imprimado con un millón de consecuencias. Un centenar de muertes potenciales liberadas a un mundo sumido en el caos. Trato de no pensar en mi espalda, en que me suda, me pica, me palpita, en las viejas heridas que lentamente se reabren mientras me preparo para que los tibios riachuelos de sangre se cuajen y se unan al tejido de mi camisa, cada sangrante orificio una esfera de acero no expulsada que pugna por salir de mí, que tira de mí hacia la boca del arma, hacia el principio y el fin, y lo único que necesitamos es que un perro ladre o que un motor petardee para que cualquier gatillo nervioso reviente carne malherida sobre el candente asfalto con otro nombre que garabatear en nuestra interminable lista.

Bendice estas manos

Bendice al Ejército de mi país

En Tahrir la húmeda multitud se coagula y arremolina sobre sí misma con los obligatorios rugidos de feliz súplica al helicóptero que la sobrevuela. Una mujer agarra un cartel contra su cara, pega sus diaforéticos labios a los ojos siempre abiertos de Sisi.

–¡Vamos tras de ti, Sisi! ¡No te contengas! –grita.

Y de pie en el corro central, veo a Nancy, sostiene un póster por encima de su cabeza:

Me quedo a observarla, invisible tras mi careta. El sol aprieta, siento que el sudor se me acumula en el labio superior, en la frente. Pienso en quitármela y en mirarla directamente a los ojos, pero visualizo su mano alzándose y su boca abriéndose y la palabra *traidor* silenciando todas las demás. Visualizo un cuerpo flácido que cuelga balanceándose del poste de la luz que una vez usamos para la efigie de Mubarak.

Bendice estas manos  
Bendice al Ejército de nuestro país

La bolsa con las camisetas sucias de Opantish yace intacta a los pies de mi cama. Puedo sentir cómo se pudren con el sudor de aquellas noches, pero no las lavo. Me quito de encima las sábanas y abro el libro por el mismo pasaje que no hago más que leer una y otra vez:

Quando llegué a Barcelona por primera vez, pensé que en aquella ciudad las distinciones de clase y las grandes diferencias de riqueza apenas existían. Aquél era en efecto el aspecto que tenía. Las ropas «elegantes» eran una anormalidad, nadie se rebajaba ni aceptaba propinas, los camareros y las floristas y los limpiabotas te miraban a los ojos y te llamaban «camarada». No había captado que aquello era más que nada una mezcla de esperanza y camuflaje. La clase obrera creía en una revolución que había empezado, pero que no se había consolidado, y los burgueses tenían miedo y, de manera temporal, se habían disfrazado de obreros. Ahora las cosas volvían a la normalidad.

GEORGE ORWELL, abril de 1937

Mariam dice que por todas partes huele la morgue. Que no puede escapar de ella. Que en la ducha le gotea del pelo como humo de cigarrillo. Que sueña con ella. Que no ve los cuerpos, que no puede ver sus rostros, pero que su olor se le pega. Sueña, dice, como un animal, dentro de olores oscuros y de traumas crispados, de confusiones y de instintos y de terrores que provienen de un lugar anterior al lenguaje.

–Eran como máquinas –dice una noche en la cama, a oscuras–. Como máquinas que venían a por nosotros. No se inmutaban.

Yo no digo nada.

–Cuando salimos –dice–, estaban lanzando vítores. Cientos de muertos. Y estaban vitoreando. No dice nada más. No sé qué ve cuando me mira. Sólo a alguien que no estuvo allí.

Mi esperanza siempre fue, mi país  
Que volvería aquí, a mi país  
¡Quedarme junto a ti por *sie-em-pre!*

El sonido asciende por mis paredes, me vigila en la oscuridad del cuarto. Ahora rechino los dientes en sueños. Los aprieto y durante la noche mi mandíbula durmiente se estrecha. Una parte de mi cerebro, más allá de la razón o de la racionalidad, toma el control, me rompe los huesos de

la boca, me perfora a presión las encías con tal dolor que se prolonga hasta las horas de vigilia y de solitaria tristeza; incluso yo, ahora, supongo un daño para mí mismo.

Estamos sentados en el balcón de la oficina de Caos. Está vacía. Hafez se enciende un cigarrillo. Nuestro silencio es prolongado, el de la ciudad no. No soporto su sonido, la normalidad de los cláxones, el inextinguible ruido ambiental de la vida cotidiana.

Sacude al suelo la ceniza del cigarrillo.

Esta noche no hay brisa.

–Vi a Nancy en Tahrir –digo.

–¿Ah, sí?

–¿Soléis hablar?

–No –dice él–. Para nada.

No me hacía falta ver a Nancy de pie entre la multitud en Tahrir. Con su tóxica cuenta de Twitter tengo bastante.

Estoy harta de esos farsantes revolucionarios amantes de los Hermanos que están destruyendo Egipto... ¿No ha sufrido Egipto ya lo suficiente sin que sus propios ciudadanos se esfuercen por corromperla...? Si ahora no apoyamos a Sisi, estamos respaldando el terrorismo... Ya basta. Estar con los Hermanos es traición y a los traidores hay que hacerles frente con todo el poder de la ley.

¿Cómo ha podido suceder esto? ¿Cuántas noches pasamos trabajando y luchando juntos? ¿Desde cuándo todo el mundo es un fascista? Casi todos los supuestos intelectuales liberales con una columna en un periódico o un programa de entrevistas en la tele están ahora haciendo cola para besar el anillo de Sisi en una fervorosa orgía mediática de nacionalismo milenario.

–No podías saber –digo más tarde– que Nancy sería una chaquetera.

–Eso no es cierto.

–La gente ha perdido la cabeza.

–A Mariam nunca le cayó bien...

Yo no digo nada.

–¿Por ahora nada de fotos, entonces? –pregunto, y él me mira con frialdad.

–Ni tampoco *podcasts*, ¿no? –dice él.

–No, nada de *podcasts*. Pero ¿por qué no estás subiendo las fotos de Rabaa?

–No tiene sentido. Todos saben lo que pasó y les parece bien.

Tras un minuto de silencio, se gira hacia mí.

–Es más que eso, en realidad. No las estoy subiendo porque eso es lo que *ellos* quieren. Rabaa fue un espectáculo. Quieren que lo veamos, que nos asustemos, que entendamos hasta dónde son capaces de llegar.

Nefertiti.

Lo siento, Nefertiti. Me encantaba esa pegatina; sus ojos fieros, la máscara antigás, la alta corona. Nos saludábamos todos los días, me observaba mientras buscaba las llaves, me daba la

bienvenida. Y ahora le han arrancado los ojos. Algún vecino, alguien que pasa todos los días por mi puerta, alguien que nos observa.

¿El viejo de arriba, tal vez? Ese que fue siempre tan amable hasta la última vez que nos cruzamos en el ascensor.

–Buenos días –había dicho jovialmente–, y mi más sincera enhorabuena de parte de todos.

–¿Cómo dice?

–El Ejército respaldó una vez más al pueblo.

–...

Fijó en mí una afectuosa mirada de abuelo.

–Formabas parte de Tamarod, ¿no?

–No. En absoluto.

–Pero todas esas pegatinas en tu puerta.

–En ninguna pone Tamarod.

–Bueno –dijo él, alicaído–, aun así debes estar encantado.

–No lo estoy en absoluto. La mayoría de esas pegatinas son de campañas contra el Ejército.

–¿Eres de los Hermanos?

–No, claro que no.

–¿Y cómo no te alegras, entonces?

–¿No vio lo que hicieron en Rabaa?

–¿Quiénes?

–El Ejército.

–Vi que los Hermanos llevaban armas.

–Mataron a mil personas en un solo día.

–A mil terroristas, mejor dicho.

–¿Mil terroristas...?

–El Ejército egipcio jamás derramaría deliberadamente una gota de sangre inocente.

Cuatro hombres sentados en una esquina de la calle se giran para mirarme. Tienen delante platitos de comida, pero no están comiendo. Al otro lado de la calzada un taxi espera con el motor en marcha.

–¿Adónde vas? –grita el conductor. No contesto. Nunca me subo a un taxi en espera. La vieja de la verdulería me está observando, ahuecando una berenjena blanca con el cuchillo romo que tiene en la mano. Un vendedor ambulante cargado de carteles brama a la calle:

–¡Bendice estas manos! ¡Hazte con tu cartel de Sisi! ¡Bendice estas manos!

Dos hombres con gafas de sol y chaquetas de cuero están ociosos bajo un árbol, no hablan, sólo observan.

–¡Basha! –grita alguien. El nuevo conserje está acostado en su catre junto al portal. Se incorpora, se frota los ojos enrojecidos–. ¡Basha!

–Qué –digo yo.

–Tengo que contárselo. La policía anduvo por aquí. Dijeron que querían saber si vive algún extranjero en el edificio.

–¿Y?

–Les dije que no, por supuesto.

–Estupendo...

- Es lo que me figuraba.
- Te figuraste bien.
- ¿Entonces...?
- Entonces qué.
- ¿No me llevo ninguna recompensa por hacerlo bien?
- ¿Cómo?
- No querrá usted que lo haga mal...

Le doy veinte libras. Los hombres de la esquina siguen observando. Me pongo los auriculares, pero no pulso *play*. No hay escapatoria. Vienen a por todos nosotros. Los golpes en la puerta, la aguja súbita que te silencia, los electrodos fijados a la lengua, la primera palada de tierra que te ahoga en tu fosa mal cavada, cuerpos tirados al mar desde aviones, machetes romos que van de casa en casa. Argentina, Chile, Argelia, Indonesia. Ahora nos toca a nosotros, y, mientras te arrastran hasta el furgón policial, habrá vítores en las calles, saludarán con la mano mientras te llevan a la noche del desierto, se harán más fuertes al observar cómo la bolsa de plástico se te pega desesperadamente a la boca. Vienen a por todos nosotros. Nadie estará a salvo de la venganza de Mohamed Ibrahim, de Gamal Mubarak, de cada cerdo que el 28 de enero corrió por su vida. Irán casa por casa y nos veremos los unos a los otros en el subsuelo a la urinaria luz de una celda, desnudos y tiritando, por última vez.

Pasa un furgón provisto de altavoces y la calle tiembla con la música:

Bendice estas manos  
Bendice al Ejército de mi país

Una mano me agarra del hombro... «¡Eh!»..., y me doy la vuelta... *Se acabó*... Mi cuerpo se tensa, listo para que lo arrastren a una furgoneta en espera, las costillas conscientes y alerta, a la espera de que la hoja penetre. Veo la complexión de espantapájaros, los pómulos prominentes, los ojos veloces y rebusco un nombre. Joder. Tengo el corazón acelerado.

-Eh -digo, el corazón aún apurado. No recuerdo su nombre, pero sí que lo último que oí fue que estaba en la cárcel. Drogas. Violación. Algo serio. Algo que nos creímos. ¿Qué hace fuera tan pronto entonces?

-Bienvenido de nuevo -digo.

-Gracias.

Está de pie frente a mí y no va a continuar caminando así que tengo que pararme también yo. Está más delgado que nunca, tiene la ropa hecha jirones, piel de dalmata con manchas oscuras y cicatrices y no deja de cambiar el peso de un pie a otro. Tras una pausa le pregunto cómo le ha ido.

-Bien -responde-, bien. Yendo por el buen camino, ya sabes.

-Eso está bien.

-Sí. ¿Y tú? ¿Estás aquí? ¿En Egipto?

-Aquí estoy.

-¿Ah, sí? ¿Vives por aquí?

Estamos a unos pocos metros de mi edificio. ¿Me habrá visto salir por la puerta?

-No. En Abdeen.

Me va a pedir dinero, estoy seguro. ¿Cuánto llevo en el bolsillo? ¿Cien? ¿Dos de cincuenta? Demasiado.

–¿Tienes un cigarrillo? –me pregunta, y ambos nos encendemos uno–. Me interrogaron –dice un rato después, con la mirada en la distancia–, allí dentro. Preguntas, ya sabes. –No digas nada. Déjalo hablar–. No hacían más que preguntarme: «¿A quién conoces del 6 de abril? ¿Dónde se reúnen?», esa clase de cosas. –Da una calada lenta–. No les conté nada, por supuesto. Pero deberíais andaros con cuidado, chavales.

–Todo el mundo debería andarse con cuidado –digo.

–He intentado telefonar a Mariam, pero no contesta a mis llamadas.

–Ya sabes por qué.

–Dile que estoy en tratamiento. Lo juro por Dios.

–Se lo diré.

Apura la última calada al cigarrillo, lo tira al suelo.

–Nos vemos –dice, y se marcha, y el que queda como un gilipollas con cien libras húmedas en el bolsillo de atrás soy yo.

Salgo a internarme otra vez en la multitud. Dejo la careta de Sisi junto a la puerta. Cuando llamen con fuerza la sostendré para despistarlos. Me la llevaré a la cara mientras me arrastran por entre los escupitajos de la turba que se agolpará alrededor del furgón policial.

Tengo los auriculares en las orejas. Los bolsillos vacíos. Sólo el carné de identidad y un viejo reproductor mp3. Demasiado arriesgado salir con un teléfono. Nada de grabadoras. No hay nada que grabar. Pronto tendré frío. Suena la banda sonora de *Solaris*. Camino entre la multitud, sus ojos escrutan el cielo en busca de un helicóptero al que vitorear, de una bandera de plástico que coger al vuelo. No pertenecemos al mismo mundo. Los carteles, los vítores, la adulación, la sed de sangre. El mundo resulta tan lejano como el cine: caras que pasan a raudales a la luz del atardecer; todas la misma cara, todas ahora oscuras y afiladas y por siempre intocables.

En el vacío del Greek Club Mariam está sentada charlando con Rania y Rosa. Me doy cuenta de que está planeando algo.

–No estamos planeando nada –dice ella, mientras caminamos en dirección a casa–. Sólo una protesta.

–¿Por la nueva ley de protestas?

Sisi quiere ilegalizar las protestas ahora que una protesta lo ha llevado hasta el poder. Un tipo listo.

–Sí, contra la ley de protestas –dice ella.

–¿Para cuándo?

–No estamos seguras. Depende de cuando la aprueben.

–¿Dónde?

–Por ahí en la calle. Todavía no lo hemos concretado.

Está evitando mis preguntas. ¿Por qué no me cuenta más?

Hacen falta seis hombres para reducir a Ashraf; tiran de él y lo patean y le ponen zancadillas hasta que las piernas le ceden y cae de rodillas como un elefante, y las hienas lo patean y le muerden y lo abofetean hasta que tiene la cara contra el asfalto y aplastada bajo sus botas, y

siguen descargándole rodillazos en las tripas, una y otra vez hasta que finalmente se rinde y su cuerpo se queda quieto y sus ojos cejan de esforzarse en ver si han cogido a Mariam o si ha logrado escapar.

Cuando paré de correr estaba solo. Pensé que Mariam iba por delante de mí. Me di la vuelta hacia la nube de gas. La policía había dejado de perseguirnos, la gente estaba volviendo a reunirse.

No la encuentro. Nadie la ha visto. Las llamadas van directas al buzón de voz. Whatsapp muestra una sola marca gris. Mi teléfono vibra, pero el mensaje es de Hafez.

¿Estáis bien? Han arrestado a todo el mundo.

Conduzco mientras Nadia, la madre de Mariam, hace unas llamadas.

–No, no sabemos en qué comisaría. Tenemos abogados en todas las que podemos. Las encontraremos, te lo prometo. Te llamaré en cuanto sepa algo. Hay demasiados arrestados como para mantenerlas ocultas mucho tiempo. Si te enteras de algo dímelo, tenemos que trabajar con rapidez. Prefiero pasar un año en la cárcel que una noche en comisaría.

Conduzco más rápido. Ya hemos estado en cuatro comisarías y ni rastro de ellas. Mariam, Rania, Rosa, Ashraf y docenas más. Todos arrestados.

Una multitud se ha reunido delante de la comisaría de Tagamo3 al-Khames. No había estado aquí nunca. ¿Por qué los han traído aquí? ¿Para mantener a los prisioneros lejos del centro de la ciudad? Hay doscientas, quizá trescientas personas. Las consignas habituales. La madre de Mariam discute con los policías. A través de una ventana, alguien identifica a Rosa mientras la trasladan a una habitación interior.

A medianoche estalla una pelea y una multitud de testosterona ahuyenta a un hombre, abofeteándolo y pateándolo mientras corre.

–¿Quién es ése? –pregunto a Hafez.

–¿Ése? –dice, estirándose para ver–. Parece uno de los que fundaron Tamarod.

Miro de nuevo hacia la comisaría. Era un montaje precioso.

Se abre la puerta. Un agente con un mondadientes en la boca y una pistola al cinto sale a zancadas y se sitúa cerca de Nadia, que está de pie al frente de la multitud.

–Pronto liberarán a su hija. Váyase a casa. Ya es suficiente.

–No nos iremos a ninguna parte hasta que estén todos en la calle –dice Nadia en voz alta pero calmada–. Y exigimos una lista de nombres. ¿A cuántas personas están reteniendo? O los ponen a todos en libertad o me entregan inmediatamente una lista.

–Mire –dice sonriendo el agente–. Esta noche no va a pasar nada. Tenemos que esperar a que llame el fiscal. Dentro están todos dormidos. Así que por qué no os vais a casa.

–No nos iremos a ninguna parte hasta que estén...

–¡Eh! –grita una voz joven, y todos se giran–. ¡Los han sacado por la parte de atrás! ¡Se han ido!

Nadia se gira para mirar al agente, que se encoge a medias de hombros con petulante culpabilidad. Ella escupe al suelo y se marcha.

Dos coches salen a perseguirlos a toda velocidad.

–¿Adónde crees que los van a llevar? –pregunta Hafez a Nadia.

–No tengo ni idea.

Mi teléfono vibra y oigo que el de Hafez suelta un pitido.

Rosa ha compartido contigo su ubicación.

–Se dirigen al sur –digo, pasándole a Nadia mi teléfono mientras corremos hacia el coche.

Otro punto de localización cinco minutos después.

–Se están adentrando en el desierto –dice Nadia.

Piso a fondo. No pienso en lo que la policía planea hacer en el desierto. Mantengo los ojos fijos en la carretera.

En el desierto la oscuridad es total; nuestros faros, una violencia brillante sobre las ocho mujeres que tiritan en el arcén.

Están bien. Rosa está llena de moratones. Mariam está bien. Sube al coche con una mujer que no conozco.

–¿Han soltado a los chicos? –pregunta ella.

–No.

–Entonces tenemos que regresar a la comisaría.

Un niño con sobrepeso corre alrededor de la mesa de cristal en la sala de espera; tengo una botella de agua fría en la mano, para el dolor; el hermano del niño juega con una videoconsola, la televisión está a todo volumen, el teléfono del recepcionista suena con un tono agresivo; cierro los ojos e intento abstraerme del dolor en los dientes, cierro los ojos y lo veo caer, acercarse, todos lo miramos, el molotov, se nos viene encima, esperamos hasta el último segundo antes de apartarnos, el televisor cambia de tono, abro los ojos, el recepcionista grita al auricular... «¿¡Cómo!? ¿¡Cómo!? Bueno, ¿¿cuándo le dio de comer por última vez...??», el niño corre alrededor de la mesa, Ashraf sigue en prisión, Ashraf junto con otras dos docenas, yo corrí, por supuesto que corrí, todo el mundo corre. Casi todo el mundo. El niño corre alrededor de la mesa, sonidos de cláxones llegan de la calle, con un chisporroteo la televisión cambia a las noticias, «... activista político Alaa Abd El-Fattah ha sido arrestado en su domicilio como sospechoso de haber organizado los recientes disturbios frente al Consejo de la Shura...»,\* cierro y aprieto la mandíbula y un puñal de dolor se me clava en la boca y el niño corre alrededor de la mesa y no podría haberlo sabido, nadie podría haberlo sabido, pero el hecho es que la abandoné, corrí y la abandoné, qué más da, ella no te necesita, ella nunca te ha necesitado y tú siempre lo has sabido..., «¡Youssef! ¡Para ya...!», el niño sigue corriendo alrededor de la mesa y ojalá se caiga y se estampe contra ella, y el volumen de la tele sube con cada pensamiento y con el zumbido de la Game Boy y con las pisadas del niño, pero no quedan ya sonidos, ningún sonido puro, nada indistinguible de la multitud, nada sino estática que agrede al mundo que la rodea, un aluvión de ondas sónicas todas quebradas y desagradables, que, formando monstruosidades mutantes, se entrelazan hasta que no queda nada que respirar salvo monóxido de carbono y polvo, y todos lo hacemos y a nadie le importa, todos viven y compran y cagan y eres tú, tú eres la anomalía, tú eres el problema, agazapado en un rincón con los ojos cerrados y la mandíbula ardiéndote apretada y aguantando la respiración y contando hasta diez.

–Dime dónde te duele.

El metal frío del instrumental del dentista me oprime las encías que me arden. Me duele en

todas partes. Su luz me ciega, cierro los ojos y trato de ignorar el dolor. La radio está puesta.

El ministro del Interior, Mohamed Ibrahim, ha anunciado hoy una exitosa operación contra una milicia armada de combatientes de Hamás a las órdenes de los terroristas de los Hermanos.

Intento no escuchar. Escucho en su lugar el taladro, el metal raspando en el hueso.

–Terrible, ¿verdad? –dice el dentista–. Lo que están haciendo los Hermanos...

No escuches.

–¿Cómo son capaces de matar a sus propios compatriotas? ¡A egipcios!

Me fuerza a abrir más la boca con sus puntiagudos metales. Mariam duerme bocarriba, mirando la noche igual que la figura de un sarcófago. Anoche me desperté y la miré y durante un minuto estuve seguro de que había muerto. La larga noche en el sepulcro sin contacto empieza ahora.

–Los Hermanos destruirían el país antes que permitir que éste prospere... –dice el dentista mientras algo en la boca me horada la carne viva con un dolor abrasador. ¿Este sitio es seguro?

El presidente Vladimir Putin ha prometido que Rusia está dispuesta a aportar cualquier ayuda militar que el ministro de Defensa Abdel Fattah el-Sisi requiera para combatir la amenaza terrorista en Egipto.

–¡Egipcios! ¡Están matando a egipcios! Malditos sean Morsi y todos los traidores. –La sonda oprime con más y más fuerza, me ciega la luz–. La sangre de un egipcio es algo muy valioso. –¿Este sitio es seguro? ¿Es seguro? Ay, Dios, ¿*es seguro!*?–. Te puedes enjuagar. –Algo muy valioso.

Escupo un trago de agua oscura y sanguinolenta. Luego otro. Me pasa un pañuelo de papel. Alcanzo a balbucear una palabra:

–Rabaa.

–¿Cómo dices, hijo?

–Allí el Ejército derramó más valiosa sangre egipcia de la que nadie haya derramado jamás.

–No –dice el dentista, con una calma helada, quitándose los guantes en el otro extremo del cuarto–. Eso fue todo Photoshop.

–¿Y Maspero? –Escupo otro trago de sangre. Esto no es muy inteligente. Sabe tu nombre, tiene una copia de tu carné de identidad, puede hacer una llamada. «Tengo en mi consulta a un extranjero hablando sobre Rabaa»–. Ya vio lo que hicieron en Maspero.

–Vi las mentiras de los Hermanos, en efecto. Estaban desacreditando al Ejército para ganar las elecciones. ¿Quiénes, si no, matarían a cristianos?

–Yo estuve allí. Fue el Ejército.

–Hijo –dice el dentista, ojeando mi historial–. ¿Qué hace un gato si le pegas?

No digo nada.

–¿Qué hace un gato –repite lentamente el dentista– si le pegas?

No digo nada.

–Te araña.

Ashraf:

¿Cómo te va ahí dentro? Espero que la comida y las provisiones te estén llegando sin problemas, y que tu celda no esté demasiado mal. Estamos haciendo acopio de todo cuanto podemos, y estoy poniendo en marcha un sistema de libros para asegurarme de que todos tengáis algo que leer. Mariam dice que está intentando conseguirte una radio.

Está trabajando muchísimo para sacarte de ahí. Todos lo hacemos, pero ella más que nadie. Se echa la culpa. Yo le digo que no es así, pero lo hace. Seguro que te haces una idea.

Ha habido algunas protestas importantes y cobertura de un montón de medios. Con suerte podremos seguir haciendo mucha presión y sacaros a todos de ahí. Que Alaa esté también acusado podría resultar positivo (sin duda, servirá para que la presión continúe). ¿Está en la misma celda que tú o está solo en otro sitio?

Dinos si quieres algunos libros en particular o si tienes alguna idea nueva (o nuevo material) para los *podcasts*. Vamos a intentar poner Caos otra vez en marcha como es debido.

Te veo pronto, tío.

K.

En el centro de nuestras vidas hay un agujero negro. Un silencio, un acecho no dicho, una palabra, un lugar, materia oscura que poco a poco tira de todo lo demás hacia su nada. Un millar de muertes en directo por televisión. Y ninguna de ellas nosotros. ¿Y quiénes somos nosotros, sino quienes luchan, sino quienes mueren? ¿Tendríamos que haber estado dispuestos a morir por nuestros enemigos? ¿Esto lo hicimos nosotros?

Todoterrenos negros con las traseras abiertas y hombres con uniformes de asalto recorren las calles. El aire está lleno del ruido de fondo de los helicópteros, sobrevolando siempre el centro de la ciudad. Explotan bombas día sí y día no y con todo la ciudad se acrecienta, su forma de onda volviéndose más densa, más perezosa, con cada nueva vida que afluye por las autopistas petroarteriales al congestionado corazón de El Cairo.

Esperamos en silencio ante un puesto de control. Quince policías con rifles de asalto permanecen de pie escrutando el atasco. Piden los carnés. Hafez va al volante, mantiene la vista al frente. Todos pensamos en la misma noche, estoy seguro, conduciendo demasiado rápido, pasándonos entre nosotros una botella de licor del *duty-free*, hacia una fiesta en las colinas del Moqattam, yo con una mano fuera en el aire nocturno sintiendo en ella el empuje de la corriente cuando llegamos a un semáforo y había dos policías sentados delante del furgón mirándonos y Malik bajó la ventanilla y, sin avisar, gritó:

—¡Eh! ¡Que os follen, hijos de la grandísima puta!

Hafez pisó a fondo y huimos derrapando, y todos sacamos el dedo corazón por las ventanillas como un puñado de imbéciles, pero aquellos cerdos ni siquiera *se movieron*.

2011. Las calles eran nuestras.

El policía deja caer el carné de Hafez en el salpicadero y todos miramos inexpresivamente al frente y nadie dice nada y arrancamos en silencio.

Nos estaban cazando. Desde el principio. Nos rastreaban y hostigaban unos profesionales sin nada que hacer salvo esperar. Nos seguían los pasos por la espesura y ni siquiera sabíamos que

estábamos perdidos. La sentada de julio. Las noches sin dormir marcadas por los bucles del teclado Casio y la caja de ritmos de los ochenta de Mohamed Mounir traqueteando sin parar hasta el amanecer y el calor que llegaba. Los peores días de 2011.

Una mañana un grupo de hombres atravesó la plaza arrastrando los pies, tirando entre todos de un adolescente maltrecho, abofeteando una y otra vez a su prisionero, gritando a la multitud: «¡Es un ladrón! ¡Un ladrón!».

Mariam se levantó y sin decir palabra fue tras aquel espectáculo de justicia fronteriza. Yo la seguí de cerca. La multitud se adentró en la colonia de chabolas erigida a la sombra soviética del Mogamma3. Metieron a rastras al adolescente en una gran tienda y, sin pensárselo dos veces, Mariam abrió la puerta y los siguió al interior revelando así un interrogatorio. Un joven con las manos atadas a la espalda, dos hombres mayores que se alzaban sobre él, con cigarrillos colgándoles de la boca, manchas de sudor les resbalaban por la espalda y las axilas. En un rincón en el suelo había un chico, las manos atadas detrás, un surco de sangre reseca le bajaba desde la nariz y le rodeaba la boca.

–¿Quién cojones eres tú? –exigió un sudoroso interrogador.

–Quién es él –replicó Mariam, severa y firme–. Y quién eres tú.

–Soy el jefe de seguridad.

–¿Desde cuándo hay un jefe de seguridad en Tahrir?

–Desde que los infiltrados la ponen en riesgo.

–Qué le estáis haciendo a este chico.

–Lo estamos interrogando.

–Lo estáis torturando.

–Estamos haciéndole algunas preguntas.

–Dejad que se vaya. Ahora.

El jefe de seguridad se acercó a ella medio paso, sacando pecho, mirándola fijamente desde arriba.

–Lo dejaremos ir cuando tengamos nuestras respuestas.

–Podéis hacerle vuestras preguntas fuera. –Mariam sostuvo en alto su teléfono–. Acabo de enviar vuestra localización y abogados y periodistas vienen de camino.

Se hizo evidente un ligero tic en él mientras la boca se le curvaba hacia la derecha y un ojo se le cerraba de golpe, se movió media pulgada hacia un lado.

¿Tendríamos que haberlo sabido entonces? ¿Nuestro compromiso era ya irremediable?

Se ha asentado el frío. La policía anda desbocada, las cárceles están llenas, los jueces son más cobardes de lo que hubiésemos podido imaginar y Sisi está desprovisto de cualquier idea original. Todo el mundo lo sabe. Las calles están vacías. No se comparten *posts*. Han limpiado las ondas de radio.

–Deberías llamar a Rania –dice Mariam–. Podríais considerar volver al trabajo. Sacar algo nuevo sobre el caso de la Shura.

–Ya hemos hecho dos entregas sobre el caso de la Shura. ¿No has visto nuestras estadísticas? La primera tuvo 214 descargas; 42 de ellas desde Dinamarca. Tenemos que pensar en algo nuevo.

–No, tenemos que seguir haciendo lo que hacemos –dice ella–. Teníamos un medio, *tenemos*

una página *web*, seguidores. Tenemos que ser coherentes. ¿Qué va a pasar con los demás si dejamos de hablar?

–Pero no podemos seguir diciendo sencillamente lo mismo.

–Si eso es lo que hay..., pues eso es lo que hacemos.

–Y después, ¿qué? Caldeamos los ánimos para que la gente se levante en contra del Ejército y que luego el Ejército caiga y luego qué. Quién se hace con el control, ¿los islamistas? ¿La policía? ¿Que los estadounidenses envíen una fuerza de pacificación? No podemos seguir diciendo que todo es una mierda. Necesitamos una respuesta nueva. El mundo entero necesita una respuesta nueva.

–Muy bien, ¿es en eso en lo que andas trabajando?

–¿Quieres que se me ocurra una nueva ideología?

–Quiero que hagas *algo*. Tienes cerebro. Ése es tu fuerte. Así que úsalo.

Me siento en silencio. Aquí no puedo pensar. Cada vez que lo intento el ruido inexorable de la calle desvía la brújula de mis pensamientos hacia una rabia sin sentido. Ella se abrocha la sudadera y se sienta en una silla a mi lado. Un rato después, digo:

–¿No crees que tendrías que habérmelo contado?

–Contarte el qué –dice ella.

–Lo de vuestro plan.

–Qué plan.

–¿Qué plan? Vuestro plan en el Consejo de la Shura para que os arrestaran.

–¿Un *plan*? ¿A qué te refieres?

–A que estuviéramos los dos ahí fuera en la calle y que tú *supieras* que te iban a arrestar. A que *planees* que te arresten y que no me lo cuentes. ¿Cómo es posible?

–Si te lo hubiese contado, ahora estarías en prisión.

Un momento después me surge otra pregunta.

–¿Se lo contaste a Ashraf?

–No –dice ella–. Él sencillamente no corrió.

El taxista enciende un cigarrillo y el coche se llena de humo tóxico.

Abro la ventana, dejo que entre el esmog. No hay manera de escapar.

La radio, como siempre, está puesta.

Y fijaos qué noticia. Hoy Egipto va con la cabeza bien alta. Una cura para el SIDA. Estados Unidos, China, Francia..., todos llevan décadas trabajando en ello. Pero es Egipto el que muestra al mundo el camino a seguir. El Ejército ha desarrollado una cura. Y no sólo una cura para el SIDA, sino también para la hepatitis C.

Ojalá hubiésemos tomado Maspero.

El conductor me está evaluando por el rabillo del ojo y yo espero lo inevitable, llegará, en cualquier momento abriremos con lo suave, con las sospechas nivel principiante del ciudadano honrado, y, si todo marcha con arreglo a lo planeado, enseguida pasaremos a las acusaciones abiertas de espionaje. «No eres egipcio, ¿verdad? ¿De dónde eres?». Sesenta y siete segundos, un nuevo récord, damas y caballeros, ha fijado usted todo un patrón oro, señor, una línea de pleamar de paciencia y aceptación. Sí, a Dios gracias, soy egipcio. La cuna primordial, desde el principio

de todo hasta mí mismo y más allá. ¿Y usted? ¿Usted es egipcio? ¡Ah, un hijo del Nilo! ¡Vaya! ¿Y a cuántos no egipcios habéis cogido este mes? Excelente. ¿Se han repartido las reprimendas generales? ¿Mujeres sin velo, dice usted? ¿Cristianos? ¿Homosexuales? Todo eso en una sola jornada. ¡Israelitas! Cielo santo. No, no he oído las noticias sobre los comandos que trabajan con Hamás para infiltrarse en el país a través del Sinaí. No, ahora mismo la radio no me funciona.

Fijaos, el hecho es que hay muchísimo que celebrar. Y a hablar de derechos humanos y cosas por el estilo podremos ponernos cuando vivamos en un país como Suiza. Pero hasta entonces hay que remangarse la camisa y pelear. ¡Fijaos en nuestros enemigos! Estados Unidos, Catar, Israel, Turquía. ¡Egipto es un país al que el mundo entero querría otra vez de rodillas!

Sí, están haciendo un trabajo estupendo, nuestros chicos. Sí, un Egipto con la cabeza gacha supondría un deleite para muchos otros países. Sí, debemos. Debemos estar alerta. ¡Alerta frente a los enemigos de nuestro gran país! O quizá no vamos a hablar en absoluto. Quizá deberías darte un puto respiro. No, es inevitable. Empezará de un momento a otro. «¿Eres egipcio?». Sí. «Pero no tienes pinta de egipcio». Lo soy en parte. «Ah, bueno, una gota basta para volver egipcio a cualquier hombre». Eso estaría bien. «¿Eres egipcio?». Sí. «No tienes pinta de egipcio. ¿Puedo preguntarte qué haces en Egipto? ¿Por qué hablas árabe?». Cristo. Acabemos con esto de una vez. «¿Eres egipcio?». Sí. «¿De dónde eres realmente? Ah. Entonces no eres un auténtico egipcio. Ésta no es tu cultura». ¿Acaso he pedido yo que sea ésta mi puta cultura? ¿Voy por ahí llevando una puta camiseta de Yo (corazón) las pirámides? Métete tu puta cultura por donde te quepa.

Probablemente no hay ahora mismo un país más importante (a nivel estratégico) en el mundo entero. Miradnos, Egipto está en el centro de todo. Sólo tenéis que mirar el mapa. ¡Venga! ¡Miradlo!

Egipto se ha convertido en una isla que se aleja flotando de la realidad. Es un manicomio, y estamos todos encerrados en él.

No malgastemos nuestro tiempo con los hechos. Los hechos se los puede inventar cualquiera. Ahora la única verdad reside en cómo os sentís.

El dolor en mi boca es inexorable. Intento contrarrestarlo con analgésicos, con ibuprofeno y aspirinas y paracetamol y codeína, me cubro las encías con gel anestésico y con esencia de clavo y con cubitos de hielo, con pastillas efervescentes y con una pizca de whisky en los dedos, pero cualquier progreso que haga aplacando el dolor se deshace en cuanto me duermo. Me tumbo en la cama a la espera de que empiece, despierto en la oscuridad densa y amarilla de esta ciudad que nunca calla y nunca para, la oscuridad que se llena con los nombres y los rostros y los últimos alientos de los muertos y que se emplea ahora en esperar, esperar, esperar al porvenir mientras mis dientes inician sus chasquidos y crujidos instintivos unos contra otros. Estoy aquí contigo. Aún te quiero. Cuando el sueño llega el dolor se esconde. En el sueño los techos son bajos, los sonidos apagados, la luz oscura. Camino, despacio, por la silenciosa antesala de la mezquita hasta una habitación con un techo alto y abovedado. Estoy pringoso por el sudor, me duele la mano de llevarla apretada en el bolsillo. Respira. Estás dentro. En el centro de la habitación hay

dos piedras esculpidas y ornamentadas: Ishaq y Refqa. Isaac y Rebeca. Uno junto al otro pero sin tocarse, ambos eternamente solos en la vasta oscuridad de esta cueva subterránea. Un viento frío se levanta a saludarme. Una mano se cierra en torno a mi corazón. Me duele el cuello y me arde la piel. Las paredes están agrietadas. Agujeros de bala. ¿Cuántas balas, Baruch,\* liberaste aquí? ¿Cuántas hasta que tuviste un momento de duda? Uno de ellos me atrae, el viento me inhala hacia su vacío, me arde la espalda, las astillas de metal quieren ser libres, y entonces sé que es ella. Eres tú, ¿verdad? ¿Es ahora? El agujero de bala está respirando, suspirando, y yo lo toco y no está frío sino caliente al tacto y no está respirando sino sangrando y cuando aparto la mano está goteando rojo y todos los demás agujeros están suspirando pequeños hálitos de sangre y por encima de mí la pintura verde se está resquebrajando y goteando y formando una riada, expandiéndose como una tempestad en las alturas por todo el cielo abovedado de la mezquita. Éste es el lugar. Éste es mi nombre. Éste es el final. Ha sucedido, al fin. Cuando me giro ella está detrás de mí: la doctora, la oscuridad, la mano extendida. La sigo hasta la calle, pero ante mí la carretera es oscura y ella está muy alejada y entonces una nube de fuego blanco lo ilumina todo expandiéndose en el cielo y de ella caen abrasadores tentáculos blancos y hay un hombre en llamas. Era todo por ti, Bouazizi. *Es todo por ti. Por ti lo terminaremos.* La doctora se vuelve y con una voz grande como una montaña dice:

–Son más de los que puedan nombrarse jamás, y tú los nombrarás.

Fuera la calle está en silencio. Hay dos tanques estacionados sobre dos charcos del silencioso amarillo de las farolas y yo pienso en los murciélagos y en los árboles del río y en que paseo con Mariam y en el silencio de los Dieciocho Días y en cómo extendía yo la mano por encima del río, y siento que mi caja torácica pugna por abrirse para dejar que una parte antigua y tibia y perdida del mundo entre, para dejar que los murciélagos y la noche y el silencio entren, para no quedarme solo por un momento. Rania, Rosa, Hafez... Todos vivimos apenas a unos minutos unos de otros. Los mosquitos revolotean sin ningún esfuerzo por entre nuestros mundos privados, pero nos sentamos a solas en nuestros ruinosos apartamentos y en su lugar nos conectamos a nuestra ciberpsique de chateos y de besos y de opiniones afines y de bloqueos y de botones de reportar, nos retiramos de un mundo frío y severo y oscuro a nuestra ciudad digital de control y nitidez filtrados.

–¡Carteles de Sisi! –Ecos de una voz solitaria en la calle–. ¡Carnés de Sisi! ¡De todo de Sisi! ¡La revolución continúa!

Cierro la puerta del balcón, pero las palabras aún se cuelan trémulas.

El perro salvaje africano posee el índice de muertes más alto de todos los animales. El perro salvaje caza antílopes a pleno sol. No es ni más rápido ni más fuerte que el antílope. No corre mayores distancias. Pero tiene un plan y no lo cuestiona. La manada se despliega (rápidamente) en abanico y flanquea al cérvido, forzándolo a girar a la izquierda, luego a la derecha, luego otra vez a la izquierda, agotándolo con una geometría mortal. El antílope enseguida queda exhausto. Enseguida muere. El perro salvaje caza de manera matemática. Tiene un plan. No lo cuestiona.

Podríamos haberlo visto venir. La sentada de julio. El verano de calor de 2011. El bituminoso erial de Tahrir que absorbía el sol de julio y lo devolvía a raudales a lo largo del día y de la noche y no había lugar en el que el calor no entrara. Los días se fusionaban unos con otros, los nervios

se crispaban y estallaban las peleas. En los confines de la plaza había rumores de ataques constantes, hombres con cuchillos y con piedras y cócteles molotov que mordían los linderos. Dentro, Tahrir estaba plagada de polis antinarcóticos y de paisano que daban vueltas a nuestro alrededor con las cámaras de sus móviles mientras la televisión estatal ladraba día y noche sobre la ciénaga de inmoralidad que se pudría en mitad de la ciudad. Intentamos ponerle fin, retirarnos bajo nuestros propios términos, pero los de seguridad se negaban a abandonar sus puestos y nosotros, los buenos revolucionarios, no íbamos a dejar que nadie se quedara solo.

Dos días más tarde aquellos mismos hombres llevaban equipamiento de tipo militar y sacaban a tirones a la gente de sus tiendas. Yo observaba desde los laterales mientras nuestros excamaradas derribaban el campamento, observaba cómo se reían mientras golpeaban y arrestaban a todos cuantos pudieron agarrar.

El perro salvaje caza de manera matemática, caza siguiendo un sistema. Si el cérvido fuese capaz de seguir una línea recta, escaparía. El cérvido es más rápido. Pero resulta difícil (imposible, quizá) en la espesura.

Al otro lado del descansillo un vecino deja ahora la puerta abierta, la televisión a tope para que la oigamos todos:

¡Debemos estar atentos a los infiltrados! ¡Debemos estar alerta! ¡Vigilancia constante! Hay espías entre nosotros. ¡Espías británicos que parecen árabes, pero que tienen entrenamiento militar! ¡Espías estadounidenses que aparentan ser turistas y que sacan fotos de edificios clave! ¡Espías palestinos que escudriñan constantemente nuestras prisiones, en busca de puntos débiles para ayudar a sus líderes a escapar! ¡Si veis algo, decidlo!

Ojalá hubiésemos tomado Maspero.

Lo tiene todo tan profundamente enterrado que el viejo ni siquiera es capaz de llorar. Su hijo está muerto y no es capaz de irse a casa y rendirse a los brazos de su esposa, de subirse a sus hijos al regazo. Ni será capaz de sentarse tranquilamente con sus amigos hasta que todo esto le desborde. Ni siquiera es capaz de sentir la fractura. Nunca se lo permitirá. El padre de Ramadan Ali ha venido, tiene la corbata anudada y el traje limpio.

–Ya sabe, por supuesto, señor, que estamos reuniendo testimonios sobre lo sucedido en Abu Zaabal. Hemos de obligar al Gobierno a rendir cuentas –dice Mariam.

He instalado dos micrófonos. Uno en su solapa y otro sobre la mesa. Espero la señal de Mariam para empezar a grabar. Volveré a estar en la brecha. La historia de Ramadan Ali tiene que contarse. No importa que nadie se la descargue, estará ahí, un testamento, y algún día hará falta. Vuelvo a estar en la brecha.

Al viejo se le ve reticente. Mariam acerca su silla un poco más a la de él.

–Queremos llevar a los asesinos de su hijo ante la justicia –dice con suavidad.

–Sí, lo comprendo.

–¿Por dónde le gustaría empezar? –pregunta Mariam.

Él se aclara la garganta.

–Deje que le traiga antes un poco de agua.

Va rápidamente a la cocina. La oficina de Caos está casi abandonada, aunque sigue habiendo agua corriente. Quizá podamos construir desde aquí.

Le pone el vaso delante.

–Tómese su tiempo. Si puede, cuénteme lo que ocurrió, por favor.

–Sí. Mi hijo iba de camino al trabajo. Trabaja cerca de la plaza Rabaa al-Adawiya. Pasaba por allí cuando dispersaron la sentada. Vivimos cerca. Lo arrestaron. Al azar. Hay un vídeo de su arresto que creo que habéis visto. Fuimos a visitarlo a comisaría, su madre y yo. Estaba bien. Y entonces recibimos una llamada. Cuando... cuando fui a la morgue. Me dicen que se trata de mi hijo. Me dicen que se trata de Ramadan. No sé. Los gasearon. Tiraron un bote de gas dentro del furgón. La policía. Los abrasaron. Parecía abrasado.

Hay una nueva pancarta tendida de un lado a otro de la calle más abajo. En letras de un rojo intenso se leen las palabras MÁRTIRES DE LA REVOLUCIÓN sobre fotografías de decenas de policías.

Más tarde, en el frío, cojo a Mariam de la mano y caigo en la cuenta del tiempo que hacía que no nos tocábamos el uno al otro.

#### ABU RAMADAN

No es que tenga miedo. Cree que caería enfermo sin más. ¿Cómo puedes salir ahí fuera? ¿Cómo puedes respirar? Cuando piensa en el calor, en los cláxones, en la luz del sol reflejada en el capó de un coche cuando cruzas la calle, en los gritos, en el humo. El humo. Siente cómo se desliza por su garganta, se mete en sus pulmones, robándole sus últimos alientos. El humo. Mi hijo. Mi amado hijo. ¿Supiste que se acababa? ¿Tuviste ocasión de decir unas últimas palabras, de tener un último pensamiento? ¿Te enfrentaste a aquellos hombres, lo intentaste, estuviste cerca? ¿O fue el fin desde el principio? Mi niño. La ciudad es gas y calor y enfrentamiento y asfixia. ¿Cuánto duró? ¿Te oyeron, los hombres desde fuera? La policía. El hombre que tiró el bote dentro del furgón... ¿se quedó a escucharos morir dentro? Mi niño. Mi niño. ¿Cómo se coge aire por última vez cuando no queda ya aire que coger? Mi niño. El mundo entero es tu muerte.

Suena el teléfono de Mariam y veo que su cuerpo se paraliza, como ocurre siempre ahora. Nunca son buenas noticias.

–Hola, Tante –dice ella, y sé que se trata de Umm Ayman–. ¿Cómo estás? No, no estoy haciendo nada. ¿Leíste el correo electrónico? Sí, vamos a hacer una cadena humana en el puente. Sí, por ahora tenemos que centrarnos en cosas pequeñas. Lo sé. ¿Cómo? ¿Qué es lo que no entiendo? Pero Tante... –Mariam se levanta para poder ir de un lado a otro, se mete en la cocina.

Cuando vuelve casi se retuerce del llanto.

#### UMM AYMAN

No es capaz de subir a otro escenario ni de hablar delante de otra cámara ni de declarar la revolución eterna. Han muerto demasiados, no puede cargar con otra vida sobre su conciencia. No es capaz de enviar a más jóvenes a morir.

¿Qué habría querido Ayman que hiciera?

Cada vez que se unía a una protesta, cada vez que se unía a una llamada a la desobediencia,

cada vez que usaba el nombre de su hijo para impulsar su revolución, cercenaba la vida de algún joven. Ya no es capaz de hacerlo. No es capaz de hablar por él, de decirle a la gente en qué creer, o qué cree ella que habría hecho Ayman, o qué podría conducirnos hasta la justicia. No es capaz de sentarse junto a otra madre joven que vuelve de la morgue. Ya no es capaz de cargar con los nombres de todos los muertos. No es posible detenerlos. Los matarán a todos. Tenemos que hallar un nuevo camino. Cada protesta, cada cadena humana, cada vez que ponemos un pie en la calle tiran a matar. No es capaz de enviar a más jóvenes a morir.

Estamos de pie en frío silencio a lo largo del Puente del 6 de Octubre. Sostengo un cartel en alto. LIBERTAD PARA ALAA, dice. El de Hafez y Mariam dice LIBERTAD PARA ASHRAF. Hay un cartel por cada detenido en el Consejo de la Shura. Los sostenemos en silencio.

Los coches pasan de largo, sin mirar, cientos, miles de ellos con la vista puesta decididamente al frente.

Alaa, parece que fue ayer cuando todo El Cairo temblaba con tu nombre y cuando tu rostro ondeaba en pancartas desde Oakland hasta Manila. Parece que fue ayer cuando entraste con decisión al tribunal militar para denunciarlo ante el cautivado público mundial. Hubo un tiempo en que tenías muchos amigos. Hubo un tiempo en que fuimos máxima audiencia.

Nos plantamos frente a un juzgado. No plantamos en un puente. Huimos del gas lacrimógeno y de los polis de paisano y de las escopetas y de los chivatos. Nos plantamos en un puente. Cincuenta, sesenta personas donde una vez hubo diez mil.

Había un viejo. Hace ya años. Estábamos en una cafetería, en una de las primeras reuniones de Caos. Estaba sentado a una mesa junto a la nuestra. No quitaba ojo a Rania mientras ella lanzaba una perorata sobre el montón de cosas trascendentales que íbamos a hacer.

—¿Pasa algo? —dijo ella.

—No, disculpa. No, nada —dijo él, y volvió a su café, a su periódico. Qué cobardes, pensé yo, son estos viejos burgueses. Pero no podía dejar de escucharnos. Un minuto después, reunió el coraje.

—Es sólo..., quería decir..., lo siento, pero he oído un poco de vuestra conversación. Y... todos os apoyamos, chavales, así que, por favor, no dejéis lo que estáis haciendo.

Sigo pensando en aquel hombre, en aquel reflejo de frívolo orgullo que me ardía en la garganta.

No recuerdo la última vez que vi el horizonte. Aquí sentado en el Virginian, en su terraza dispersa con vistas a la ciudad perdida en el smog, los camareros escondiéndose dentro, el mismo mobiliario desde 1970. Me levanto las solapas. No estaba preparado para este frío invernal.

—Putos fascistas.

Hafez le habla a su teléfono. Yo ya no entro en Twitter. Egipto. Terrorismo. Seguridad. Estabilidad. Las únicas cuatro palabras que quedan. Hafez se ha cortado el pelo. Estoy seguro de que a mí se me está cayendo. Le dejo que lea sus malas noticias. La ciudad hierve a lo lejos. A través de la nube verde grisáceo de polución, se distinguen alrededor del centro unos cuantos edificios más altos, y más allá de éstos se yergue, como un eterno dedo corazón, la Torre de la

Vergüenza, cerniéndose sobre el contorno de la ciudad, vacía, vasta, por siempre inacabada; alzándose por entre el humo como un señal de ciencia ficción hacia nuestro futuro de ruina. Nuestro Edificio Chrysler, expresión de nuestra propia edad de acero.

No hay pájaros en el cielo.

–¿Qué hace uno cuando ya nadie mira? –dice Hafez–. ¿Qué sentido tiene sacar fotos o hacer *podcasts* cuando todo el mundo ya está al corriente de lo que estás diciendo? Y no sólo están al corriente..., es que les gusta.

–Mariam cree que no deberíamos parar. Cree que lo que cuenta es la coherencia, decir que seguimos aquí.

–No, tienes que ser impactante. Cada vez ha de ser más impactante que la anterior. Lo cual es imposible.

Guardamos silencio.

¿No se suponía que éramos la nueva Nueva York? Se suponía que esto era imparable. Éramos el futuro. Pero siempre ganan los mismos. *Nueva York*. ¿Crees que todo ese progreso tuyo, toda la música de tu padre, no tuvo su precio? El mismo precio de siempre. La guerra. Siempre la guerra. No puede haber paz si no hay guerra. El mundo moderno lo parió una ametralladora. No lo olvidas, no lo hizo la música, ni lo hizo el *jazz* de tu padre, ni lo cagó el *Ulises*. Lo hizo la ametralladora Maxim. El modernismo nació en las trincheras. Sigue siempre el mismo manual. Guerra y paz. Guerra y contratos de reconstrucción. Destruye el Sur y cobra por la reconstrucción. Di que has liberado a un pueblo y con el botín construye Nueva York. Destruye Irak y cobra por la reconstrucción. Di que has liberado a un pueblo. Redúcelo a cenizas y envía luego a la Bechtel, a la Halliburton, a la BP. Actúa con igual inteligencia que los israelitas. Envía la bala y el cemento. Una y otra vez. Así que no te quejes del progreso. No hables de *cambio* a menos que quieras pagar el precio. El progreso significa destrucción y tienes que elegir con quién vas: si con la máquina de vapor o con los hombres que ponen las vías.

Al cabo de un rato Hafez se gira hacia mí.

–¿Sabes que yo estaba allí... –dice.

–Dónde.

–Cuando aquella doctora..., a la que tú..., en la calle Mohamed Mahmoud.

De repente el sol poniente me golpea de lleno en la cara.

–No te vi.

–Lo sé –dice Hafez–. Estaba filmando. Cuando te vi, me detuve. No sé por qué. Sencillamente mi pulgar pulsó el botón y me detuve. Me sentí fatal. Pero ahora, no sé. Quizá hubiera sido aún peor no filmarlo. Entonces aquello tenía sentido, una mujer guapa muriendo en una película...

–Para.

No recuerdo que durante los Dieciocho Días hiciese tanto frío. Las mañanas eran radiantes y claras y nos daban ánimos. ¿Y las noches? En la Batalla de los Camellos hizo calor por las llamas y la energía, pero las noches posteriores, en aquellas medias noches oscuras, tuvo que haber hecho frío. Aún puedo ver Tahrir tal como era. Eso creo, al menos. Hombres de campo, las cabezas envueltas en bufandas, sus más gruesos mantones alrededor de los hombros. Había llovido. Los restos candentes de la Batalla de los Camellos habían sido retirados y la paranoia del Estado iniciaba su infestación: extranjeros, espías, sionistas, terroristas... Todos entregados a la tarea de poner al país de rodillas. La gente se apelotonaba alrededor de las pequeñas hogueras,

compartiendo los espacios que aún quedaran bajo las mantas, a la espera del siguiente ataque. Una niebla baja pendía sobre la mañana gris. ¿Vendrán otra vez con armas? Lucharemos, tantos como seamos. Delegaciones de otras ciudades revolucionarias –Suez, Alejandría, Fayum, Mansura, Luxor, Asuán– han hecho acampadas y mantienen el diálogo. Son embajadores, vienen con un mandato. Lo que se decida en Tahrir será secundado a lo largo de todo el país.

Alejandría, dicen, ha pasado a ser autónoma. El Gobierno ha desaparecido enteramente de las calles y brigadas civiles dirigen la ciudad. Un hombre de Luxor bromea con cómo su hermano había mantenido bajo asedio una unidad de policía durante cuatro días. ¡Cuatro días! Aúlla de la risa. Les enviaron agua y les dijeron que los dejarían ir cuando Mubarak cayese. Todo el mundo se muere de la risa. Yo era ingeniero, yo taxista, yo profesor, yo carpintero, yo soldado, yo funcionario. La vida no me iba como uno querría. Las vidas de mis hijos... Por eso estoy aquí.

Pero los recuerdos se me escapan, sus contornos se difuminan.

Hay un trozo de papel en la basura. No puedo evitar cogerlo. Es una de las listas de Mariam.

Recoger las cartas para la cárcel  
Turnos de comida para la cárcel  
Libros para Ashraf

Por la mañana ella se viste rápidamente.

–Voy a ayudar a la madre de Ashraf con la compra –dice.

Mariam ha intimado con la madre de Ashraf, la ayuda a coordinar el horario de comidas con las demás familias.

–Tendrías que darte un respiro –le digo. Desde Rabaa no ha parado ni un solo día. Veo que la mano le tiembla cuando come.

–Estoy bien.

–La familia de Ashraf es muy numerosa. No hace falta que te hagas cargo de esto.

–Ya lo sé. Quiero hacerlo.

–Pero no puedes hacerlo eternamente.

–No. Eternamente no. Sólo hasta que salga.

Entonces se marcha y me quedo solo en el vacío del apartamento. ¿Cuánto más continuaremos así? ¿Aún vemos algo el uno en el otro aparte del recuerdo de nuestros fracasos?

Estoy sentado en una silla de plástico frente al muro de la cárcel. Tengo el teléfono sin batería y no me he traído ningún libro. El caso de Ashraf se está sustanciando en un tribunal antiterrorista de emergencia dentro de la prisión de Tora. No se nos permite asistir a los procedimientos. Así que nos sentamos fuera. Observo a cuatro garcetas que rebuscan en una pila de basura en la que ya nadie repara. Se supone que son blancas. De un blanco brillante y orgulloso, pero hace mucho que la basura por donde cazan ha vuelto grises a estas aves zancudas. Veo a los murciélagos revolotear entre los árboles de la Corniche durante las silenciosas noches de los Dieciocho Días. Adaptación o muerte. Las garcetas han elegido, han renunciado a la gracia y a la belleza en favor de la supervivencia.

Mariam está sentada junto a la madre de uno de los prisioneros del Consejo de la Shura, papel

y lápiz en mano. Va de un padre a otro, los conoce a todos, mantiene con todos una relación respetuosa.

Suena el teléfono de Mariam. Es temprano. Muy temprano. A través de las cortinas el sol es apenas una noción gris.

–¿Hola?

–Hola. –La voz es profunda, de hombre y desconocida.

–¿Quién es?

–¿Mariam?

–¿Quién es?

–Harías bien en dejarlo, Mariam.

–¿Quién es?

–Ya sabes quién soy.

–¿Qué es lo que quieres?

–Quiero que te andes con cuidado. Tienes una reputación que mantener. Vives con un extranjero. Estás agitando a la gente. Tienes que andarte con cuidado.

–Estoy ayudando a las familias de los prisioneros.

–Les estás dando falsas esperanzas. No puedes cambiar nada. Ni tú ni tu madre. ¿De acuerdo? Ésta es la llamada amistosa. No habrá ninguna otra.

La línea se corta.

La torturarán. Lo sabe. Vendrán primero a por su madre. La torturarán. Vendrán a su casa o a la clínica, hombres todos con chaquetas de cuero y ella abrirá de par en par la puerta como hace siempre, jamás con miedo, y sobre la puerta habrá una mano gigante que se abrirá paso de un empujón y llenarán cada rincón del apartamento rajando los colchones y volcando los cajones y apagarán cigarrillos en el suelo de tarima antes de llevársela a rastras a un calabozo, a un sótano, a un lugar frío y húmedo con una bombilla oscilante y allí la torturarán. La torturarán en un cuarto oscuro muy lejos de donde cualquier sonido pueda alcanzarla y estará sola y diciéndose que no tiene miedo y a los hombres que jamás tendrá miedo ni siquiera mientras le meten cables eléctricos entre los dedos de los pies, ni siquiera mientras le arrancan la blusa, les dirá que se vayan al infierno, lo gritará mientras le apagan sus cigarrillos en los pezones, les escupirá a la cara sin saber si esa noche será la última pero si lo es haz que acabe pronto, escupe para que acabe antes, no hay nada que decir, no hay salida alguna y nunca lo sabremos, nunca la encontraremos, nunca veremos su cuerpo, ni su rostro, ni sus heridas, ni su espalda desollada ni sus muñecas atadas y no la encontraremos en el desierto ni flotando en el río aunque te pases el resto de tu vida buscándola, esperando, cada timbrado del teléfono una puñalada de inacallable esperanza, ahora y siempre. La torturarán. Y no podrás hacer nada. Te quedarás sentada en silencio y rabia en la oscuridad y no podrás hacer nada por protegerla. Vendrán a por ella. Vendrán a por todos nosotros. El dedo en el gatillo. Lo apretaron. Sin vacilar. Uno por uno, una bala en la cabeza a cada herido. El gatillo. Lo apretaron. Corrientes de calor amarillo rodeándola, el olor a desinfectante y a sangre putrefacta llenándole la boca y los hombres ejecutando a los heridos, uno por uno. El gatillo. Lo apretaron. No habrá clemencia. La torturarán, nos matarán a todos, incendiarán el mundo, el gatillo, lo apretaron.

Hay días, minutos, momentos en torno a los cuales giraré siempre. El sol del final de la tarde sumergiéndose en un resplandeciente lago de personas y pancartas y críos sobre los hombros, y yo estoy en el balcón del Único. El Único, cuyo apartamento estaba siempre rebosante de gente. Gente con ordenadores, cargando las baterías de sus cámaras, fumando, en la cola del baño, haciendo planes, preparando bocadillos, cambiándose de ropa, rompiendo a llorar, haciendo entrevistas, echándose la siesta, llamando a casa. Todo aún tan reciente en aquellos primeros dieciocho días. Un grupo de personas reunidas alrededor de una mesa, voces indiscifrables:

–¡No! Tenemos que poner lo del acuerdo del gas con los israelitas entre los cinco primeros.

En la primera mitad. Es un momento global, esto no va sólo de Egipto.

–Vale, vale. Espera. *Número uno*.

La caída del presidente.

–Llamémoslo sólo Mubarak.

–*Dos*. La disolución de ambas cámaras del parlamento.

–Estupendo.

–Bien, siguiente.

–*Tres*. El fin del estado de excepción.

–Por supuesto.

–De acuerdo.

El sol entra a maravillosos raudales en la habitación. Gente y caras y voces las cuales llegaría a conocer pegadas unas a otras en torno a una larga mesa de madera.

–¿Qué es lo siguiente? *Cuatro*. Establecer un grupo de salvación nacional.

–Ya sabéis lo que opino de esto.

Llamadlo Gobierno de salvación. O mejor todavía, llamadlo consejo revolucionario.

–Suena como si fuésemos a ponernos a ejecutar gente por la calle.

–¿Y quién se supone que elige a ese grupo?

¿A quiénes va dirigido?

–A todo el mundo. Tomamos Maspero, y entonces seremos nosotros quienes creen la realidad. Sí. Tomaremos Maspero. Aún puedo saborear la sensación. Lo ganaremos todo.

–*Cinco*. Elecciones parlamentarias y presidenciales inmediatas.

–¿Inmediatas?

–¿Desde cuándo somos unos putos liberales?

No tenemos ni idea de hacia dónde va todo esto, ¿para qué vamos a empezar convocando elecciones directamente? Ésta es la ocasión para hacer algo diferente.

–Deberíamos estar discutiendo la escena en su totalidad, no sólo sobre política electoral. Esto es un mensaje al mundo.

–Necesitamos exigencias que el pueblo pueda entender. No podemos levantarnos y decir: «Os ofrecemos las excitantes incógnitas del anarquismo».

–*Seis*. El enjuiciamiento de los responsables de las matanzas de revolucionarios.

–¿Eso no debería ir más arriba?

–Ahora tendría que ir lo del acuerdo del gas con los israelitas.

–*Siete*. El enjuiciamiento inmediato de quienes han corrompido y vendido el país.

Fue maravilloso, cuando aquel torrente de palabras descendió desde el balcón para que todo el mundo lo viera, el viento moviéndose por entre la gruesa tela y las palabras pintadas.

Un grupo de hombres, todos con las mejillas hundidas y barba de tres días, permanece en silencio bajo el sol de invierno de Tahrir sosteniendo en alto carteles desgarrados de Sisi. Quiero quedarme un minuto a observarlos. ¿Hablan entre ellos, comprueban sus relojes para ver cuándo se pueden ir a casa, comparan los precios?

No me quedo mucho en Tahrir. Camino. Estoy de pie en el Tak3eeba y allí me demoro. No quiero estar con el público, no quiero estar entre personas que estampan las fichas de las damas y que se ríen de los chistes malos desde detrás del humo de cigarrillo que se tragan. No quiero estar solo, no quiero estar con gente. Llamo a Mariam. Podemos fingir que somos una pareja de chavales y sentarnos en los asientos de atrás del gran patio de butacas del Odeón. ¿Qué se suponía que ponían allá en los sesenta? ¿Cine ruso? ¿Italiano? La madre de Mariam me contó con pelos y señales cómo era el centro en su época, la ciudad de Nadia. Imagina, ver morir aquel mundo dentro de este otro. Ver que tus calles se llenan de polvo y de basura y que las antiguas maravillas se desmoronan poco a poco y estas toscas torres marrones que ascienden clamando hasta nuestro amarilleado cielo. Imagina ver que los espacios de tu mundo se volvieran aún más indolentes hasta que no quedase nada que nadie pudiese pensar o hacer o decir salvo encogerse de hombros y clavar la vista en el suelo. No hay adonde ir. El cine Miami no es el cine Miami sino una escopeta que destroza el cuerpo de Sayed Wezza y Akher Sa3a no es una tienda de bocadillos, es estar de pie en la calle comiendo bocadillos de huevo con Malik y con Hafez y discutir hasta el amanecer y la calle Mansour es correr a oscuras y el azote de los perdigones y el pasadizo del Estoril eres tú alargando la mano y abotonándome la chaqueta por el frío y el corazón aporreándome el pecho y Champollion es Hafez vomitando por el gas lacrimógeno y riéndose de ello y Qasr al-Aini es mi mano que busca la tuya y cigarrillos en el balcón de Osama y Qasr al-Nil es Qasr al-Nil y Mohamed Mahmoud es nuestro sanctasanctorum donde ambas ciudades la de los muertos y la de los vivos se encuentran. No hay adonde ir. Estás solo. No queda adonde ir.

El aire sabe a hierro y a moho. Un atrio enorme se abre; las paredes, un gris oscuro; un único tubo fluorescente por encima de un solitario escritorio. Un policía, el rostro oculto por las sombras, fuma sentado. No levanta la vista. Tras él una gran pancarta: LOS MÁRTIRES DE LA REVOLUCIÓN. Un rostro tras otro de policías muertos con sus uniformes negros. La sala está en silencio. Las celdas quedan por debajo de nosotros. Estoy a la escucha de algún signo, pero no oigo nada.

Mariam se aproxima al policía.

–Estoy buscado a alguien –dice con convicción.

–Ajá –murmura él sin levantar la vista del periódico.

–Hafez Mansour. Un fotógrafo. ¿Está aquí?

–No.

–Hemos estado en todas las demás comisarías –miente ella–. O sea que debe estar aquí.

–Si estuviese aquí –la mira por primera vez–, te lo diría.

–Creemos que lo han arrestado por fotografiar hoy una protesta de los Hermanos.

–¿Así que es de los Hermanos?

–No.

–Entonces no está aquí.

–Echaré un ojo en las celdas, entonces –dice Mariam provocadoramente. Yo trato de

mantenerme bien erguido.

–Eso no se puede hacer –dice el poli.

–¿Por qué no? Si aquí no hay nadie...

–Eso no va a pasar.

–Avisa al oficial al mando, por favor.

–Esto no es el Ejército, niña.

–Sé que mi compañero está aquí –dice ella, fría.

Él empuja hacia atrás la silla con un ronco gruñido de irritación, se aleja hacia un despacho al fondo. Asoma la cabeza por una puerta y murmura unas cuantas palabras. Se gira hacia ellos.

–¿Quieres hablar con alguien? –dice, y hace un ademán hacia una puerta abierta al final del oscuro pasillo–. Estás en tu casa.

Mariam se gira para mirarme y nos atraviesa un momento de duda que me llena de pavor. La sigo de cerca.

Dentro, un hombre enorme está sentado a un escritorio abarrotado. Un cenicero que rebosa sobre archivos que amarillean. Dos *walkie-talkies* y tres teléfonos móviles. Su tripa excede los límites de su uniforme, una pátina de sudor permanentemente adherida al labio de arriba. Su pistola reposa prendida de uno de sus costados.

–Qué es lo que pasa –dice, sin levantar la vista.

–Tienen retenido a un periodista –dice Mariam, y su completa ausencia de formalidad le hace levantar la vista y al ver a dos chavales de la revolución media sonrisa le trepa despacio por la cara.

–¿Qué es lo que ha hecho, ese periodista? –dice.

–Nada –dice Mariam.

–Entonces no podemos tenerlo retenido.

–Es fotógrafo.

–¿De los Hermanos?

–No.

–¿Es miembro del sindicato?

–No.

–¿Tiene alguna acreditación?

–No lo sé.

–Oh... –El sudoroso policía se reclina, enciende otro cigarrillo–. Ese amigo tuyo... ¿Sus jefes están en Egipto?

Mariam duda por primera vez.

–... trabaja por cuenta propia.

–Por cuenta propia... ¿Gana dinero con sus fotos?

–No conozco los detalles de su trabajo. Sólo sé que está desaparecido.

–¿Pero es que no sabes que tenemos un problema de seguridad en el país? ¿Poderes extranjeros que interfieren en nuestros asuntos?

–Todo el mundo quiere poner a Egipto de rodillas.

–Exactamente. Tenemos a agentes extranjeros recopilando información. Fotografiando lugares de seguridad nacional.

–Estupendo. Pero él no es uno de ellos. Es periodista. Tiene derecho a...

–No empieces con el rollo ese de los derechos.

–Mire, nosotros sólo queremos a nuestro compañero.

–¿Nosotros? ¿Quién es este tipo, por cierto? –Me señala con los dedos que sostienen el cigarrillo–. ¿No habla?

–Sólo cuando hay un motivo –digo.

–Ah... –El policía mira a Mariam–. Es *amigo* tuyo, ¿no?

–Es un compañero.

–¿No es tu novio? No estás casada, ¿a que no?

Mariam me lanza una mirada: tranquilo. Pero el policía me está mirando fijamente, tengo que volver a hablar.

–Mire, nuestro compañero lleva dos días desaparecido y...

Se echa hacia delante, ha oído el deajo de mi acento.

–¿Tú de *dónde* eres, chico?

–De Egipto –digo sin más.

–No se te nota –dice achinando los ojos–. Ni lo pareces.

Me quedo callado.

–Quiero echar un ojo en las celdas –dice Mariam.

–¿Cómo? –sisea él.

–Quiero comprobar las celdas por si está nuestro compañero.

–¿Tú quién cojones te crees que eres, niña?

–Estoy buscando a una persona desaparecida.

–Las celdas están cerradas.

Deberíamos irnos.

Pero Mariam no se mueve. Tiene el cuerpo agarrotado junto a mí.

–Si no está aquí, déjeme echar un ojo en las celdas.

–¿Quieres entrar en las celdas?

–Sí.

El policía apaga su cigarrillo y la mira lentamente de arriba abajo.

–Dile a tu novio que espere fuera. Me gustaría hablar contigo a solas.

–No –dice Mariam, cruzándose de brazos–. Él se queda.

–Vale –dice el policía, una sonrisa amarilla le hiende la cara–. Él se queda. ¿Quieres información? Bien, nosotros también queremos información. ¡Muchachos!

Se oye movimiento fuera y dos policías más aparecen y bloquean la puerta. El policía se reclina hacia delante, la tripa se le aplasta contra el mugriento escritorio.

–Y bien..., ¿es señora, o señorita?

–Llámeme doctora –dice ella.

–Está buscando a un extraño. ¿Se trata de su marido?

–No.

–¿Tiene marido?

–¿Cómo? –dice Mariam, envenenada.

–Eres una chica guapa. Es una pregunta normal. Andas por ahí con este extranjero en mitad de la noche en busca de otro hombre que no es tu marido. ¿Qué pensaría tu padre?

–Hemos venido a por un periodista...

–¿Pero estás casada o no?

–Hemos venido a por...

–¿Has venido aquí a follar, niña?

Mariam no dice nada. Puedo sentir cómo controla su rabia. Mis hombros aguardan a que los

hombres me agarren, me arrastren, a que la fueren a tumbarse sobre el escritorio.

–¿Has dicho que querías ver las celdas? ¿Quieres ver la celda en la que guardamos a la Cucaracha?

Detrás de nosotros los hombres respiran con más fuerza, preparándose.

Mariam no le quita los ojos de encima. Entonces empieza a hablar, despacio, con intención.

–Hemos venido en busca de un prisionero –dice–. Hemos dado aviso a abogados y periodistas, que en este mismo momento vienen de camino. Continuaremos con esta conversación en cuanto lleguen. –Se gira y, sin vacilar, se encamina hacia la puerta y, encarados por la zancada resuelta de Mariam, los hombres se apartan.

Estoy corriendo al amanecer y un teléfono suena y la tierra es acuosa, de algún modo industrial y con vallas publicitarias, vagones de tren y vigas de acero tendidas como puentes sobre las marismas, y yo corro huyendo de algo, hay hombres que aparecen entre los árboles y que esperan en los pasillos, tengo una pistola en la mano –tal vez les dispare– y lo único que sé es que estoy corriendo. No te pares. Sólo importa una cosa: reserva siempre una bala para ti. Los hombres me persiguen, se han desplegado y escabullido entre los trenes oxidados y los juncos y el teléfono suena cada vez más fuerte pero ¿cómo voy a contestar ahora al teléfono? Estamos en Nueva Jersey. Los trenes, un almacén ferroviario de Jersey. No sé moverme por Jersey. Me ganan terreno y sé lo que tengo que hacer y que el teléfono no parará de sonar así que me giro para encararlos y me llevo la pistola a la boca y aprieto el gatillo. Pero no muero. Mi boca explota de dolor y la sangre me gorgotea por la garganta y están cada vez más cerca y el teléfono suena cada vez más fuerte y oigo la voz de Rania.

–¿Repíte eso?

Sacudo y despierto a Mariam a mi lado mientras hablo por teléfono.

–¿Cómo dices? ¿Hafez? ¿Qué le pasa?

Minutos más tarde estamos en el hospital y Rania dice que lo encontraron hace una hora y Mariam le pregunta si está muy grave y yo sólo oigo la palabra *coma*.

Me siento en una silla fuera de la habitación de Hafez. Espero. Todos esperamos. Mariam entra y sale silenciosamente de la habitación. Necesitamos sangre O negativo, dice al expectante pasillo. Vuela una ráfaga de *tweets*. En media hora llega el primer donante.

Esperamos. Esperamos. Sale el sol.

Traumatismo contuso. Hematomas profundos y abrasiones por la espalda y el cráneo. Laceraciones rectales. Tres costillas fracturadas. Cicatrices de cizallas en las piernas. Quemaduras de electricidad. Decenas de marcas de latigazos. Dedos rotos. Múltiples quemaduras de cigarrillos.

No hablemos porque si hablamos tendremos que pensar y si pensamos no podrá no ser en lo que ocurrió en lo profundo de las celdas, en Hafez solo en el silencio gélido, en cada corte, en cada cigarrillo apagado en su piel, en cada voz que podría haber oído desde el subsuelo y en cada desesperada esperanza y en cada minuto más que podríamos haber seguido buscándolo y en cada momento que dedicó a rezar por que aquello se acabara.

La gente llega con comida y agua, y se marcha y regresa al día siguiente, pero yo no me muevo de mi silla en el pasillo. No hay ventanas, ni indicios de si es de día o de noche. Un lugar sin tiempo donde lo único que importa es el siguiente latido de tu corazón. Hombres que arrastran los pies y catéteres que, insoportables, les asoman de las batas y bolsas con líquidos

sulfurosos que les cuelgan de las manos y, cuando los miro, siento que mi pene se retrae al interior de mi cuerpo.

Hay un gato muerto fuera en la calle. Recién atropellado. Los ojos aún le brillan. Cuatro hombres con bigote y las holgadas chaquetas de cuero del Gobierno fuman a su lado, indiferentes.

La ciudad no muestra clemencia ni respeto. Sigue girando a toda velocidad alrededor de nosotros y de nuestra silenciosa isla de temor.

Sale el sol. Nada cambia.

No quiero entrar. Observo el pasillo. Cucarachas desperdigadas por las sillas. Fuera el gato se pudre. Todo es infeccioso. El suelo, el aire, la comida, la calada a un cigarrillo. Es ineludible. Los muros están cubiertos de pintadas. ABAJO EL RÉGIMEN MILITAR. MAHOMA ES EL PROFETA DE DIOS. MORSI VOLVERÁ. LA REVOLUCIÓN CONTINÚA.

Todo el mundo busca respuestas en alguna parte.

Debemos prepararnos, dice alguien.

Malik llega de Londres y nos damos un abrazo y no hablamos del mundo exterior, ni de su nuevo trabajo, ni de su nueva vida lejos de Egipto. Nos sentamos uno al lado del otro en silencio. Mariam está leyéndole a Hafez el periódico, hablándole de cualquier cosa que pueda, con la esperanza de algún signo. Nancy recorre el pasillo arriba y abajo. No duerme. ¿Cuándo hablaron por última vez? El sol vuelve a ponerse.

Cuando Mariam sale se sienta a mi lado y, aunque sólo unos centímetros las separan, nuestras manos nunca se tocan.

Me despierta un suave jalón del brazo. Mariam tira de mí y me despierta, conduciéndome a través de una pesada puerta amarilla. «Deberías hablar con él» dice. «Le gustaría oír tu voz». Por un segundo creo que Hafez se ha despertado, pero ella me dice que no. Pero que puede oírnos.

Señala las fundas de plástico azul para los zapatos hechas un gurrño dentro de una bolsa negra que cuelga de la pared. Luego la mascarilla, una endeble bata de plástico y una toallita de Dettol para las manos. Atravesamos el pabellón e intento no mirar las hileras de pechos arqueados y de bocas abiertas; mantengo la vista baja hasta que tenemos delante a Hafez, tendido bajo una sábana blanca, los pies al aire. Tubos. Decenas de tubos de plástico, todos introduciéndose en su cuerpo, en su nariz, su boca, sus brazos, y aún más abajo en lugares que no puedo ni pensar. Tiene los ojos abiertos, pero no ve. Un tubo se sumerge en lo profundo de su boca. No es cosa fácil que te mantengan con vida. No podemos sino esperar que sea una vida misericordiosa.

Me siento junto a él y ambos permanecemos sentados en silencio, y cuando el enfermero se va, me acerco un poco más.

—¿Me oyes?

Estoy seguro de que ha cerrado ligeramente la mano. ¿Es ésta la que te quemaste aquel 28? No, fue la derecha, con la que lanzas. La mano con la que nos lideró mientras los demás estábamos helados y aturcidos.

Tienes cráteres de cigarrillos apagados por toda la piel. Tres, cuatro, cinco heridas con ampolla sólo en la mano izquierda y yo la sostengo y no sé qué decir. ¿Qué hay que decir? La de veces que he pensado en la habitación de mi madre, en aquellas horas malgastadas sentado fuera, dejándola sola al final. He estado sentado fuera siempre.

Seguro que añoras la música. Te veo en la butaca de mi apartamento, veo los discos, noto la aguja y oigo las palabras que me oprimen la garganta y canto, lo más suave que puedo:

Llevo en la tormenta  
tanto tiempo

Noto tu piel tan floja, tan débil al tacto. Mis dedos dejan una marca tras de sí cuando los muevo. Sigo acariciándote la mano, con verdadera delicadeza. Hay gotitas de sudor en la piel frágil. Apenas vello.

Llevo en la tormenta  
tanto tiempo, ni-ños

¿Dónde estás, Hafez? ¿Estás aquí conmigo o atrapado en un mundo intermedio? ¿Qué quieres que hagamos? Todo el mundo debería hacer una lista por si le ocurriese algo así. Sé que sólo querría que permitieran entrar a las personas muy allegadas. Querría que me tocaran. Querría que pusieran el ventilador a la izquierda para que la gente se sentara a mi derecha, porque si pudieras mover algo sería la mano derecha. No querría que me tocaran los pies. Ni tenerlos a la vista. Querría que me cortaran las uñas. Querría escuchar música dos horas al día, música clásica. Nada con letra. Querría que una mano de mujer me tocara la frente, que me acariciara el pelo de vez en cuando. Me gustaría no sentirme solo.

Si me hubiese sentado así con mi madre. Si hubiese sido algo más mayor. Tendría que haberme llevado una silla a aquella vasta habitación azul mal iluminada y haberme sentado con ella sin más, haber fijado mi residencia junto a su cama y haberle leído y acariciado el pelo y haberle mostrado que sabía ser lo que ella quería que fuese. Podría haberle concedido aquel momento de descanso mientras su cuerpo se apagaba.

¿Puede uno adquirir responsabilidad sin traicionarla durante la juventud?

Llevo en la tormenta  
tanto tiempo

En algún momento me puse a llorar, y trato de mantener baja la voz y estoy seguro de que un dedo se estremece y que luego tres dedos me aprietan débilmente la mano durante el más fugaz de los instantes.

Es una prueba. La prueba de un dios antiguo.

Señor, dame un poco de tiempo para vagar

Un dios antiguo y cruel.

Y al duodécimo día, Hafez se rinde.

Han colocado una envoltura metálica sobre el cuerpo de Hafez y lo sacan en camilla de la habitación al largo pasillo del hospital. Detrás van sus amigos y sus familiares en silenciosa hilera, toda la gente que fuera guardó vigilia, hombres alargan las manos para colocarlas sobre el

féretro. A cada lado del pasillo hay filas de familiares a la espera. Se hace el silencio según avanzamos. Salimos al paseo porticado de un viejo patio, un sol bajo nos calienta y los pilares italianos arrojan sus elegantes sombras a lo largo del muro mientras las golondrinas pasan como dardos entre ellos. El mundo entero, da la sensación, guarda silencio y Egipto ha convocado en cierto sentido un período de insoportable gracia para facilitarnos el camino a la morgue.

Oh Señor, ojalá hubiese muerto yo en la tierra de Egipto

Éxodo, 16, 3

Estoy de pie a solas en el puente Qasr al-Nil, mirando el río oscuro. Fiestas en barcos que iluminan el Nilo como una visión de neón, cada uno envuelto en su propio eco de chirriantes altavoces.

Bendice estas manos  
Bendice al Ejército de mi país  
Bendice, bendice estas manos  
Bendice al Ejército de manos de este país

Esta canción nunca desaparecerá. Nada volverá a cambiar jamás. Nos quedaremos todos sordos a la vez en una mortífera espiral de volúmenes que suben y de tímpanos maltrechos. Quizá sea cierto que estamos todos atrapados en *Matrix*. Veo el disco en mi estante, oigo la risa de Hafez al sonar las primeras notas del *Moog* de Wendy Carlos.\* ¿Tuviste una buena muerte, Hafez? ¿Has muerto en soledad, o nos oías a todos a tu alrededor? Nos oíste. Me lo dijeron tus dedos. Me lo dijiste tú. La ampolla enrojecida en tu mano por aquel primer bote de gas. Las oleadas de gente hacia el puente Qasr al-Nil y los cuerpos sacados a cuestras y los ojos extraviados y la carne perforada una y otra vez por el despiadado acero del poder. Gente abalanzándose mientras yo me quedo paralizado, mientras te veo agarrar el metal ardiente igual que el héroe de una película. ¿Has muerto por esa gente, Hafez, que jamás conocerá tu nombre? ¿Por una fotografía perfecta que nadie verá jamás?

28 de enero. Tan sólo, ahora, un oscuro charco de sangre que se extiende alrededor de la cabeza de un joven; un rastro escarbado de oscuridad cerebral mientras se lo llevaban a rastras, la sangre estirándose, intentando aferrarse a ese momento pasado en el que aún estaba viva. La caída fue silenciosa. Justo a mi lado. No supiste, hermano, que aquél era tu último momento. No tuviste la oportunidad de hacerle frente. A la bala ni siquiera la acompañó un sonido.

Mariam no está en casa. Se pasa los días entre los juzgados y las cárceles. No le envió ningún mensaje. ¿Qué le diría? «¿Cómo te va? ¿Te apetece ir a cenar?». ¿Qué lenguaje propio de personas normales podría imitar yo? En cualquier caso, no lo hago. Intento no abrir mi ordenador. Siéntate en una butaca a leer un libro. ¿Te acuerdas de eso? Me siento con mi edición de Hobsbawm. Sé qué pasaje tengo que evitar. Ese que pensé que jamás nos ocurriría a nosotros. La electricidad se corta y el apartamento se sumerge en la penumbra.

Estoy de pie en el balcón. Las calles están a oscuras salvo por una valla publicitaria que brilla en lo alto de un edificio a lo lejos. Un césped de un verde perfecto, una casa nueva y angulosa bajo un cielo de libro ilustrado con una feliz familia de dientes resplandecientes y las palabras

AMAS EL CAIRO, PERO MÁS LOS AMAS A ELLOS. Tiembla el edificio, un helicóptero militar pasa zumbando. Tengo la mandíbula apretada. Busco otra codeína y la empujo con un trago de agua. ¿No éramos nada salvo unguento en las heridas que abría el poder, glóbulos blancos en un cuerpo canceroso? ¿Lo estábamos manteniendo con vida unos pocos latidos más? Si nos elimináramos de esta ecología del sufrimiento, ¿no se rebelaría la naturaleza? ¿O la riada de violencia sencillamente acabaría con todos nosotros? No hay pájaros en el cielo. Ningún pájaro en la ciudad. Sólo helicópteros y las persistentes estelas químicas de los cazas a reacción que pintan corazones aéreos con el miserable rojo, negro y blanco de la bandera. No podéis pasar, las fronteras están cerradas; se acabaron los pájaros. Al diablo con ellos y con los cerdos y sus gripes; no los necesitamos, no necesitamos nada más que Egipto. La osamenta podrida de un asno flota río abajo. Cerrad la tierra, la tierra es radioactiva, volved dentro de cien años. Aquí no hay música, ya no, sólo hay ruido, los cuchicheos de la conspiración y las estridencias del acoso y la trompeta del fascismo. Chivatos todos, vigilantes. Recuerdo la sombra de un tiempo en el que solía caminar por la calle con los ojos en éxtasis ante cualquier detalle, cualquier posibilidad de futuro, pero ahora lo único que veo son los fluorescentes sin alma y los animales moribundos y los cristales resquebrajados en edificios que se desmoronan y los recuerdos ineludibles que componen esta sulfurosa ciudad de nuestros muertos, nuestra necrópolis de fracaso.

Una ventisca en el monte Catalina. Una cirugía chapucera. Una bala de la policía. Una bomba de barril. Una caída desde el balcón. Una vez al mes, cada mes, nos arrebatan a alguien.

Me gustaría que pusieran esto en mi funeral. Con suerte,  
tras una vida larga y feliz.

@Bassem\_Sabry

Sí..., es preciosa, la banda sonora de *Perdidos*. Bassem Sabry tiene buen gusto. La mejor obra de Giacchino. Un piano inocente, conmovedor; los delicados violines que se elevan y transmiten la imagen. Preciosa. Hasta que sucedió de verdad. Hasta que la pusieron, a mediodía, en la emisora Gramafoon y el mundo se paralizó. Un cardumen de dolor se reunió entre lágrimas y después volvió a deshacerse y Bassem Sabry seguía muerto.

Ali Mustafá está muerto. Una muerte en Facebook. Lo leí una vez, dos veces. Debe haber cientos de Ali Mustafá. No puede ser él. No puede ser el Ali que conoces, el Ali que conociste durante aquellas noches en Mohamed Mahmoud. El Ali que conoces estaba en Egipto, no en Siria. Y entonces ves una foto, una sábana blanca, un rostro ensangrentado, y tu estómago y tu pecho se apartan de la pantalla. Ali. Una bomba de barril de Assad. Su hermana deja un comentario en su página, ha oído el rumor, busca información desesperadamente. No dejéis que vea la foto. Por favor no dejéis que vea la foto. Borrarla. Por favor. Borrarla. Oh Ali...

Estamos rodeados por las conversaciones que no mantuvimos. Nombres a los que aferrarnos. Pequeños cuchillos en permanente órbita alrededor del corazón.

—¿Conocías a Nadine?

No. Tendría que haberla conocido. Estábamos en el mismo bando. ¿Estoy a tiempo de echarte de menos ahora que no estás? ¿Estoy a tiempo de odiar al médico que te abrió en canal y dejó que tu cuerpo se pudriera? ¿Al hospital que trató de ocultarlo? No te conocía, Nadine, pero pienso en ti. No te conocía, Mohamed, ni a la gente con la que te perdiste en el monte Sinaí, ni cuáles fueron vuestros últimos pensamientos, atrapados en la ventisca, confiando en una ayuda que jamás llegaría, a la escucha de un helicóptero militar que solamente rescata a los turistas. No

te conocía, pero sabía que estábamos juntos en esto, que hemos permanecido juntos, noche tras noche, régimen tras régimen. Permanecimos juntos, fracasamos juntos. Morimos separados.

–Me acuerdo de mi sueño –dice Mariam. Estoy despierto. Tumbado junto a ella.

–¿De qué iba?

–He soñado que estamos todos muertos. Y que vivimos en el infierno. Pero todavía no lo sabemos.

Me paso los días solo, caminando con la cabeza gacha por esta ciudad que se desmorona. La oficina está vacía. Rania no sale de casa. Malik ha regresado a Londres. Mariam se reparte entre los prisioneros y sus familias y las comisarías y las cárceles. La comida diaria y la ropa limpia y las cartas y las medicinas entran; los contenedores de plástico y la colada y las instrucciones salen. Camino por las calles, por nuestra ciudad y por la de ellos, la ciudad de los muertos y la de los vivos, la ciudad de los vivos y la de sus jefes supremos, la ciudad del estado que a cuchilladas y sin contemplaciones se abre paso a través de nosotros, su tenebrosa red de prisiones y calabozos y cuarteles policiales conectados a través del constante e invisible movimiento de vehículos opacos y de patriotas vigilantes y de ondas de radio. Por cada calle se echa a perder una vida que tiritaba en la trasera de un furgón policial, se da una orden, se saca provecho de algún miedo a la vez que miles de prisioneros rotan entre las comisarías, las cárceles y los juzgados en un perpetuo movimiento que abarca la ciudad entera. El mundo inferior ha engullido al superior. Ahora los honorables habitantes de la ciudad sellan con pintura de espray los ojos de nuestro muertos. Caminamos cada día entre sus monumentos funerarios profanados. Nuestras vidas son un monumento funerario profanado.

Estoy de pie ante las retesadas ruinas de la sede del PND.\* Esto es lo único que hemos dejado, en realidad. ¿Cuánto tiempo más nos lo dejarán ellos? Todavía puedo notar su calor, el 28 de enero, el sabor del humo que colmaba el cielo nocturno, una dictadura de papeles ardiendo que descendían revoloteando hasta el río.

El río ni siquiera pestañeó.

¿Nos habíamos quedado a charlar delante de todo aquello? Hafez está sacando granuladas fotografías con su teléfono móvil mientras las llamas lamen los pisos superiores.

–Mira eso –no paraba de decir Hafez–, ¡mira eso! ¿Qué está pasando? –Un raudal de muebles y de partes de ordenadores salen como hormigas del edificio y descienden hacia los barcos que esperan más abajo. Hay un soldado de pie frente a un carro de combate, atónito, como el resto de personas, por las siluetas de las llamas.

–¿Es un golpe de Estado? –dice Hafez–. ¿Qué está pasando? ¿Dónde cojones se ha metido la policía? ¿Ha huido? ¿Se ha largado?

Esa noche hubo otro fuego. Hubo cientos. Pero hubo uno en el corazón de todo aquello. Un camión militar incendiado en el centro de Tahrir. El primer vehículo militar que entró en la plaza. Los niños que estaban junto a él dijeron que venía cargado de munición para la policía, y que por eso le prendieron fuego. ¿Pero qué pasó con el segundo camión? ¿Alguien que aguardaba dispuesto con un cóctel molotov? ¿Hubo algún momento de duda? ¿De misericordia? ¿Qué consecuencias conllevó aquella vacilación, qué historia se perdió?

–Hacía muchísimo que no te veía –dice Rosa al abrazarme.

No digo que se debe a que Rania dejó de contestar a mis mensajes de texto. Quizá lo único que nos unía era el trabajo. Tenemos que desmontar la oficina. No podemos seguir pagando por un espacio vacío.

–¿Viste esto? –dice Rosa, tendiéndome un vídeo en su teléfono. Me habían enviado el enlace una docena de veces pero nunca lo había abierto. Pulso *play*:

Caos. ¿Qué clase de organización se llama Caos?

Un feroz telepredicador le habla a la cámara.

¿Creéis que eso les proporciona alguna clase de cobertura?

A ver, ¿cómo se llama el Mossad? ¿Y la CIA? Los nombres cuentan. Por eso se ponen Caos y se ríen en nuestra cara.

Llevan años haciéndolo. Han campado a sus anchas pero la gente era demasiado inocente como para decir nada. Han estado trabajando para minar el país. Para minar nuestra seguridad. Para propagar mentiras y desinformación que apuntan deliberadamente a la moral pública. Cualquier infiltrado extranjero sabe de sobra que el mejor modo de debilitar Egipto es debilitar el lazo que une al Ejército con el pueblo. Y esto es exactamente lo que han estado haciendo. Tendríais que ver las casas en las que viven. Suites en Zamalek. Nadan cada día en el Marriott.\* ¡Tendríais que ver sus extractos bancarios!

Los británicos. Los israelíes. Hamás. Irán. No hay un enemigo de Egipto del que no pillen cacho. ¿Y nosotros? ¿Dejamos que esto continúe tal cual? ¿Abrimos las fronteras a nuestros enemigos para que financien cada vez que puedan lo que sea que quieran que nos dañe? ¡Egipto es el premio! El mundo entero querría verlo de rodillas. ¡Egipto es el premio! Y está plagado de traidores.

–Menos mal que nos largamos de aquí –digo.

Cuando está todo metido en cajas Rosa me abraza otra vez. Trato de evitar sus ojos. Cuando nos miramos el uno al otro es como si fuésemos antiguos amantes; todo –nuestros límites y secretos y fracasos– al descubierto entre los dos.

–He hecho camisetas –dice Mariam, abriendo su andrajosa mochila, sacando una camiseta blanca de algodón, quitándole el plástico antes de tendérmela.

El rostro bosquejado de Mina Daniel\* me sonrío, un disco solar amarillo detrás de la cabeza, las palabras por debajo: «¿Quién será el siguiente?». La doblo con cuidado y la pongo sobre mi escritorio. Ella se centra en contar las que le quedan. ¿Es esto ahora la vida? ¿Una camiseta, una bolsa, una vigilia constante en el vestir? Siento la repentina desesperanza del lunático, del hospital psiquiátrico: «Toma, he hecho esto para ti». Misma hora, mismo lugar, cada semana. Coge el dibujo, gracias, es muy bonito, dóblalo, guárdalo. Ella sabe que las camisetas no devolverán a nadie. Aún lo sabe, ¿verdad? Pues claro. Sólo estamos presentando nuestros respetos a los muertos.

¿Imagina Mariam mi cuerpo frío e inmóvil tumbado en la mesa metálica del forense cuando me mira? Todos buscando una respuesta en ella. Le han disparado. Una autopsia, necesitamos la

autopsia. Todo el mundo la mira fijamente. ¿Luchará por ello o sencillamente huirá, necesitará tan solo sacarme de allí, llevarme a alguna parte, a algún lugar privado en el que poder estar juntos, sólo un minuto, para despedirnos? Pero sabe que ese momento no llegará jamás. Jamás volveremos a estar solos. Saldremos de la morgue hacia el cementerio y pasaremos nuestras últimas horas junto a los sollozos de los familiares y la rabia de los amigos y jamás tendrá otra ocasión de al menos apretarme la mano o de recorrer con las tuyas mi pelo o de besar mis labios fríos. Nunca más. Nos lo pueden arrebatar todo en un segundo, eternidades de cosas que tendríamos que habernos dicho. Palabras que se calcifican, dulzuras que cuajan en culpa. La morgue, la morgue, el hogar de la muerte burda. El calor de Rabaa jamás borrará los camiones frigoríficos alineados fuera, en cada uno el peso de los cuerpos sin contar, en cada uno la carga del hijo de una familia, cada uno el centro de una aflicción nueva e incomparable; los cadáveres jamás serán borrados, nada será borrado jamás.

Puede oírse la música, las fiestas, las risas desde la calle. Como un enjambre de langostas, todas comunicándose entre ellas sin misericordia, al asalto unas de otras con ideas previsibles en abundancia. Las mismas palabras una vez y otra y otra.

Abro de un empujón la puerta. Las luces están bajas y el aire preñado de humo que me quema los ojos a través de una oscuridad de cuerpos que, al azar, empujan, palpitan a la luz azul de neón que atrapa rostros en sombra durante un fugaz momento iluminados por la lumbre de un cigarrillo antes de que se deslicen de vuelta a la oscuridad. ¿Quiénes son esas mujeres que chillan de la risa y esos sordidos hombres que ponen en fila los nuevos objetos de sus abusos y esos tipos que chocan los cinco en la cocina y se restriegan las encías? ¿Qué lugar es éste? ¿Cómo hemos llegado aquí? Nosotros, los excarcelados, los no asesinados de «pasa la botella, enciende un porro, a la mierda el dolor», todos caras torcidas y animales y más viejos, desesperados, más solitarios ahora, ahora *nosotros* somos los zombis, los fiascos, los que engordan en la tierra y envían a los críos a morir al frente y derraman lágrimas ante las cámaras mientras beben sobre sus tumbas. Somos los que pueden elegir cuándo jugar y cuándo dejarlo. Los que dijeron que así de fácil podía ser todo. Nosotros. Esos somos nosotros.

«Los Danton de la historia caen siempre derrotados por los Robespierre porque la dedicación firme y estricta puede triunfar donde la vida bohemia no».\*

Palabras leídas hace mucho, en una mañana en la que la luz que atravesaba mi ventana era todavía hermosa. Un millón se vuelve un millar se vuelve un centenar se vuelve uno. Así funcionan las cosas. Ése es el largo final de lo extraordinario.

Umm Kulthum crepita desde la pequeña radio en el Stella. Todavía queda una punzada de amargura cada vez que oigo a la Señora y no siento nada. Ahora es fallo tuyo. Saco el teléfono del bolsillo. Recuerdo cómo Mariam se acercó una silla y me puso la mano en la rodilla y todos los hombres se quedaron mirando. Qué cosas más estúpidas me hacían sentir orgulloso. Qué cosas tan terribles era incapaz de ver. Tengo el teléfono en la mano y cuando miro lo veo: Doctora\_02022012.mp4. No. No hay lugar adonde ir, ni recuerdo en el que refugiarse. Suelto el teléfono y enciendo un cigarrillo. Antes llenábamos este sitio. Decenas de personas que juntaban

las mesas cada noche creando infinitas combinaciones de bromas y de conversaciones y de ideas. ¿Y ahora? ¿Qué hace uno cuando el mundo deja de avanzar? ¿Cuando los días no se diferencian? ¿Cuando el tiempo se detiene y tu historia no tiene un final glorioso hacia el que apresurarse? ¿Cuando no hay nada, ni una sola cosa que tengas el poder de cambiar? ¿Cuando los artificios de tu autonomía y tu agencia se derrumban? ¿Qué hace uno cuando el tiempo no significa nada más que una cuenta atrás hasta su último aliento? Es como verte a ti mismo ahogándote. Conociendo el final, sabiendo lo que va a pasar y que no haya nada que puedas hacer al respecto. Nada cambia. Todo se ahoga. Todos los tiempos y todas las experiencias son un remolino y todos estamos siendo engullidos por él, todos dejando atrás esa rama que cuelga baja y alargando la mano y fallando, todos siendo empujados cada vez más hacia el fondo, cada espiral enroscándose cada vez más sobre sí misma a la vez que la rama se desliza fuera de nuestro atormentado alcance hasta que la única pregunta que queda es: ¿cuándo vas a rendirte? ¿Cuándo resulta más sencillo ahogarse?

Una voz se eleva desde una mesa en un rincón. Un viejo con una pipa y una bufanda está soltando una perorata a un joven acólito.

—¿Qué pienso de Bashar? Si te digo la verdad estoy con Bashar. ¿Por qué? Te diré por qué. Bashar al-Ásad es el único que puede salvar Siria. Es el único. El único. No hay nadie con mayor fortaleza. Y otra cosa más: Bashar es alauí. ¿Sabes lo que es un alauí? Ya. Si lo quitas, si quitas a Bashar, ¿qué será entonces de los alauíes? ¿Lo ves? ¿Eso es democracia?

Tengo que ponerme los auriculares y cuando desbloqueo el teléfono ahí sigue: Doctora\_02022012.mp4. Le doy la espalda a todo. Llevo demasiado tiempo dándote la espalda. Pero si nada nos queda...

El pulso de la guerra me sumerge, los clamores de los hombres, las piedras arrojadas. Nuestra máquina de guerra. Antes solía enderezarme la espalda, me propulsaba, pero ahora noto que mi médula se hace un ovillo mientras floto entre la multitud, la calle sembrada de piedras, un fantasma entre hombres y mujeres que se precipitan hacia delante y hacia atrás, el recuerdo y la grabación que en siniestro concierto me empujan hacia ti. Con cada sonido de escopeta quedo a la escucha de ti, de tu voz, de un aliento, de un grito, de una caída, de algo a través de la niebla de gas y de los cuerpos que huyen..., de lo que sea. ¿Podría haber llegado antes? ¿Un segundo antes? ¿Puedo hallarte aquí, a la orilla de este purgatorio eléctrico? ¿Puedo hacer que vivas aunque sólo sea un segundo más?

—¿Te quieres ir? —dice Mariam—. ¿A Estados Unidos?

—Siempre piensas que me faltan cinco minutos para subirme a un avión —digo.

—Lo siento.

—Pero —digo, al cabo de un rato—, igual ya no estoy tan seguro.

El silencio de costumbre nos envuelve, se enrolla en torno a nuestros hombros, enfriando el aire entre los dos.

—Pero esto —digo—. Nosotros...

Los dos sabemos que se acerca. Lo has estado esperando, has pensando en ello. Los dos lo hemos hecho. Y cuando empiece ya no va a parar. ¿Qué soy ahora mismo para ti? Basta una palabra para que la avalancha comience.

—Lo sé —dice ella.

Ya puedo verlo. Se habrá acabado en cuestión de minutos y nunca más la recuperaré. Es lo

único que queda en este mundo sobre lo que tenemos algo de poder..., así que ha de ser destruido. Ahora no somos más que el recordatorio de nuestra pérdida. Me arrepentiré siempre de este momento, pero ambos sabemos que el tiempo de las opciones se acabó; ambos podemos ver nuestros futuros vacíos del otro y en cuanto empecemos ya no pararemos. Me voy a quedar solo. Voy a despertar cada mañana durante lo que me quede de vida y a arrepentirme de este momento. Retráctate. Lucha, lucha por la revolución, lucha por ella, lucha por todas las cosas en las que dijiste que creías cuando creer era fácil. Retráctate. Si no puedes cambiar el mundo, al menos cámbiate a ti mismo. Retráctate, todavía estás a tiempo.

–¿Quieres que me cambie de casa? –dice ella.

–No.

No quiero. Claro que no quiero. La amo y la necesito, y quiero huir con ella al pasado.

–Pues voy a tener que hacerlo –dice ella.

No volverás a despertar a su lado nunca más.

–No tiene que ser ahora mismo –digo.

–Por supuesto que sí.

El taxista enciende un cigarrillo. Mira por la ventanilla, sin apenas ruido chasquea la lengua para sí.

–No está bien, lo de esas mujeres. Mira cómo van vestidas. ¿Qué se esperan si vienen a Tahrir?

No digo nada.

El runrún de la radio por unos altavoces sibilantes:

Dibujamos a los mártires de la revolución del 25 de enero y del 30 de junio y a los mártires del Ejército.

Las pintadas no tienen por qué ser políticas.

–¿En qué parte del centro? –me pregunta.

Le digo que en la plaza Talaat Harb.

No quiero ver ninguna pintada ante la que no pueda pasar con mi madre o mi hermana. Los murales de Mohamed Mahmoud están ahí para que los turistas vean las historias del día 25. Y, ah, por supuesto, también las del día 30.

Ojalá pudiese apagar la radio. Ojalá hubiésemos tomado Maspero.

De repente los edificios a nuestro alrededor se apagan, la manzana se sume en la oscuridad. Un apagón.

–Malditos sean los palestinos –murmura el taxista, como por reflejo.

–¿Cómo?

El conductor hace medio gesto hacia la radio.

–Nuestra electricidad. Morsi se la ha vendido toda a Gaza.

No digo nada.

–No tienes pinta de egipcio –me dice.

–No lo soy.

–Pero hablas bien árabe –dice él, suspicaz.  
–Soy de Grecia.

El grueso guion encuadernado yace ante mí sobre la mesa. Llamó el padre de Hafez. En el apartamento había una única cosa que yo quería.

LO ÚNICO QUE TENEMOS SON PIEDRAS

por Hafez Mansour.  
Borrador 21-9-2013

Cambió el título.

Cada página está cubierta de densas anotaciones a mano.  
Hay docenas de páginas nuevas embutidas entre las antiguas. Escritas a máquina, a mano:

ESCENAS D2 AÚN POR VENIR

5:00: Asedio de la comisaría de Sayyeda Zeinab.  
5:27: TV estatal anuncia toque de queda.  
6:01 p. m.: Sede del PND en El Cairo incendiada. Hombre dentro buscando papeles.  
6:00-8:00 p. m.: Retirada completa de la policía. Suez, Alejandría y El Cairo.  
10:12 p. m.: Todos los vuelos cancelados.  
10:57 p. m.: Ejército ya del todo desplegado.  
Medianoche: Discurso inservible de Mubarak.

A mano, por todo el pie de página, Hafez ha escrito: «Sólo el comienzo. Salir de El Cairo».

Tenías razón, Hafez, era una película, un sueño cinematográfico de altruismo en el que ganaban los buenos; una explosión de luz y sonido y de consecuencia épica sin espacio para el ego o la duda; una narrativa creada por los cuerpos que ésta contiene sin necesidad de un narrador, tan frágil e inmortal como el celuloide; un recuerdo en 75 mm para que lo revivamos juntos en nuestro compartido auditorio de triunfo, nuestra singular herencia para las generaciones venideras. Si la hubieras hecho al menos para nosotros mientras era todavía cierto. La historia cambia con la misma invisibilidad que el futuro, aunque con mayor dolor al haber saboreado lo perdido.

Salto hacia el final.

INT. PLATÓ DE TELEVISIÓN. DE NOCHE

UNA SILLA *se estrella contra una puerta, apuntalándola*. KARIM *vuelve a empujarla para comprobarla de nuevo. Satisfecho, coge el pesado bastón y se gira hacia MARWA, sentado ante un vasto panel de control.*

KARIM

¿Puedes hacerlo?

*Por encima de ellos varias televisiones dan el servicio de noticias. El PRESENTADOR DE LAS NOTICIAS está leyéndolas como de costumbre.*

MARWA  
Necesito más tiempo!

*Escruta el centenar de botones que tiene delante de ella.  
Alguien APORREA la puerta.*

VOZ DESDE FUERA  
¡Abrid esta puerta!  
¡Abrid esta puerta inmediatamente!  
Tenéis cinco segundos para obedecer.

KARIM  
Se nos acaba el tiempo.

MARWA  
Ya lo tengo.

*Acciona una serie de interruptores y el servicio de noticias se cae de todas las televisiones y es reemplazado por la CARTA DE AJUSTE.  
Aprieta otro botón, coge aire:*

MARWA  
No apaguéis vuestros televisores, no se trata de ningún error.  
La Revolución del 25 de enero se ha hecho con el control del país. El dictador ha sido derrocado y las exigencias del pueblo de pan, libertad y justicia social serán cumplidas. Salid a la calle y uníos a la revolución. Salid a la calle: reclamad lo que es vuestro, reclamad vuestro país.

Una gruesa línea roja atraviesa la página entera. Las palabras se terminan.

Ahora hay un grillo viviendo fuera de mi apartamento. Después de la medianoche su reclamo llena el paisaje sonoro, sus diminutas patas se juntan y ahogan con su música las decenas de millones de vidas y máquinas que conforman la noche. Llego a casa listo para su conversación, para su lamento. Me siento a solas, con un vaso de agua y un cigarrillo, y lo escucho sin más, su reclamo no correspondido, su transmisión sin respuesta al espacio. El grillo es paciente. El grillo no necesita validación de nadie ni de nada. El grillo existe para actuar y por tanto actúa. El grillo construye su propio sentido. Y yo sigo pensando que un día de estos ya se habrá ido. Se habrá ido y no estoy seguro de si podré vivir sin él.

Querido Alaa:

Lamento no haberte escrito hasta ahora. Lamento que te haya pasado esto. Lo lamento por Manal y que Khalel esté creciendo sin ti. Va a estar bien, Manal lo va a criar bien. Para ella será duro, pero es muy fuerte. Lamento que antes estuviéramos todos junto a ti y que ahora estemos en casa solos y acobardados. Lamento que les faltes.

No te puedo contar nada del mundo exterior ni de la revolución ni del futuro. No te puedo decir nada que te vaya a reconfortar, ni puedo decirte que cinco años pasarán volando, que ahí fuera habrá un mundo mejor para que lo heredes, que estamos todos trabajando hasta la extenuación para que te liberen, que se está forjando cierto impulso y que hay un clamor internacional y que la presión diplomática se está incrementando. No te puedo decir que Sisi se está debilitando.

No hay nada. Sólo la espera. Quebrada por la obviedad de nuestra derrota.

Una palabra como «solidaridad» ya no significa nada. De manera que sólo te puedo decir que te envío amor.

No sé. Lo lamento por todo. Lamento no estar ahí dentro contigo. Lamento que esto sea lo único que pueda hacer. Lamento haber salido corriendo.

K.

Estoy sentado en el desde hace mucho abandonado bar de la azotea del hotel Odeón. Una única luz parpadea al compás de la vieja radio que emite las canciones que mi padre nunca me enseñó a amar. Hace un buen rato que el camarero se marchó para coger el último autobús a casa, dejando dentro a un chico en un rincón oscuro, fumando cigarrillos. Chapas de Stella abovedan el cenicero que tengo delante. *Por las batallas sangrientas y los brazos desollados*. El viento caliente me susurra en la espalda y los hombros, atrapando y haciendo temblar las gotitas de sudor que se han reunido, que vibran contra mi esqueleto de metal. Cuando me rasco la cara me sorprende lo larga que tengo la barba. Llevo mucho tiempo sin mirarme al espejo. Estoy perdiendo pelo. Lo tengo largo, enredado, me cae y atrapa el calor y lo mantiene a mi alrededor, me echa el aliento, por el cuello y por el cuerpo hasta los pies y de repente el calor me agobia, un calor atosigante que me sube por los pies, me rodea los tobillos, el mismo calor que me golpea cada vez que llego a casa, un irresistible calor que ha de ser extinguido antes de que me abraze las plantas de los pies, antes de que ascienda por mi cuerpo, y me quito los zapatos y los calcetines y espero que nadie entre y me vea sentado solo y sin calcetines. Espero que mi yo joven no pueda verme.

¿Sigues siendo un mártir si no mueres en el sitio adecuado, en el momento adecuado? No hay banderas que ondeen con tu rostro, Hafez, ninguna pintada en los muros con tus palabras, pero yo te veo por todas partes, te veo alzar la vista y preguntar: «¿No te habría hecho feliz? ¿Morir durante los Dieciocho Días?».

Principios y finales. Lo único que nos queda. Lo único que nos quedará siempre. ¿Cuándo comenzó realmente? Qué comienzo tan glorioso fue. ¿Cuándo estuvo perdido? Qué final tan terrible tuvo. ¿Qué podríamos haber hecho? ¿Cómo pudo ocurrirnos esto? Una y otra vez, una y otra vez. Preguntas. Ya para siempre. Preguntas. Principios y finales. Se gana o se pierde. La neurosis de guerra es un cerebro traumatizado por el sonido, por las violentas vibraciones que detonan a través del tejido de tu mente; una riada sonora que arrambla con tus sinapsis y no deja a su paso nada salvo un vacío, un páramo muerto sin lugar en el que esconderse de las sirenas de la policía ni de sus luces centelleantes y azules que se te echan encima desde la distancia; sin lugar en el que cobijarse de la amenaza que los vecinos vigilantes entonan entre dientes; sin lugar al que huir, sólo la riada, sólo el final. La historia ha proseguido, nos ha dejado llenos del frío peso de la sentencia que nos atenaza el pecho como una tortura medieval: más pesada, más fría, más perfecta con cada inhalación y con cada ¿por qué? ¿Por qué yo? ¿Por qué yo no? ¿Por qué

nosotros y por qué ahora y ahora qué? ¿Qué te queda por hacer cuando pierdes? Fracasamos. Todos nosotros. Y el mundo entero lo sabe y nos juzga por ello y aparta la mirada mientras el pasado no muerto se nos enrosca alrededor del pecho. Sin negociación, sin esperanza, sólo este ¿con qué llenaremos nuestros largos y devastadores días? ¿Qué nos diremos a nosotros mismos cuando nos asomemos al precipicio? ¿Qué podemos hacer para detenerlo? ¿Qué podemos hacer para corregirlo? ¿Cuándo acabará? ¿Cómo seguiremos adelante? ¿Cómo seguiremos adelante? ¿Cómo seguiremos adelante?

«¡Al menos –ovacionan por el crepitante televisor–, no somos Siria!».

Principios y finales, principios y finales, pero al menos sabemos con certeza que esto es un puto final. Puedes repetirlo las veces que quieras, pero sabes que se ha acabado cuando todo el mundo está muerto o en la cárcel. Y si no estás en ninguno de esos sitios es que nunca estuviste en el juego.

Incluso la calle Taalat Harb está en silencio a estas horas. Estas noches de toque de queda han roto para siempre la ciudad. Si escucho con detenimiento, puedo oír un coche que la recorre, puedo oír la radio...

Bendice estas manos

Bendice al Ejército de mi país

En la lejanía oriental un ruido fuerte y estremecedor estalla en el cielo. Un penacho de humo se señala a sí mismo al aire. Una bomba. Quedo a la escucha de la siguiente, de la segunda explosión que coja por sorpresa a los servicios de emergencia, a los héroes; pero no llega. Por suerte sólo ha matado a policías.

Estoy volando, he echado a volar, a correr por los aires. Volverás, me digo, no durará mucho, eres débil, tu cuerpo se ha rendido, estás acabado, aquí no tienes sitio, nunca, así que ya eres libre, libre para irte a la mierda y miro por la ventana al amarillo perpetuo de la ciudad y dos punteros láser de color verde me deslumbran, buscando el avión por la oscuridad, buscando y acusando a la vez. Miembros de una familia feliz se miran unos a otros con flamante malicia en la contra de una revista. Aparto la vista de la pantomima de la azafata con los chalecos salvavidas. No se sobrevive a un aterrizaje forzoso en el agua. No habrá bebés con chalequitos salvavidas flotando hacia un lugar seguro. Estrellarse en el agua es estrellarse y morir. Este tinglado de posibilidad, ¿a qué viene? ¿Por qué ha de creer siempre la gente que sus probabilidades son altas? Estás depositando tu confianza en algo superior a ti, ¿por qué fingir entonces que aún queda partido hasta que nuestro puto y miserable último aliento se cuele en el interior de nuestros moribundos pulmones? No estás al mando. Ni siquiera estás en el banquillo. No importas. Has llegado al final de lo que eres capaz de hacer y aquí estamos, en este oscuro y sibilante misil de adioses y de promesas rotas que se despliega hacia el espacio exterior, una panda de extraños con el cinturón abrochado que respira el aliento ajeno mientras en la cabina unos viejos con sueños rotos de gloria marcial nos llevan por los aires lejos de la ciudad y de los punteros láser y de los recuerdos y de los puestos policiales. «¿Adónde te diriges entonces, príncipe?», dijo. El policía en el último puesto de control frente al aeropuerto sostuvo en sus manos mi pasaporte y se me calentó la sangre, pero mantuve la calma y dije que sólo iba a visitar

a mi padre y mantuve el rostro inexpresivo pese a los calambres en el estómago. Tengo úlcera, estoy seguro. Durante un rato la he tenido.

–¿Y dónde está tu padre, entonces? –dijo, y al abrir yo la boca para contestar me di cuenta de que había mantenido los dientes apretados y una sacudida de dolor se disparó por mi mandíbula.

–Estados Unidos –dije.

–Egipto se le quedó pequeño, ¿eh?

No contesté. Noto en mis dientes una visión futura de huesos roídos hasta la cruda exposición de un tuétano eléctrico, el futuro de sopa a sorbos de un inválido. Miró mi pasaporte, lo tiró de vuelta al coche.

–Adelante pues. A cagar a Estados Unidos.

Me suelto del reposabrazos el tiempo justo para comprobar si llevo analgésicos en la mochila, pero está claro que los llevo. Aspirina, paracetamol, ibuprofeno, codeína, la familia feliz al completo, la pandilla que me provoca cáncer, que me provoca calambres en el estómago, que me destroza las entrañas, que me encona una podredumbre química en las tripas. ¿Qué es mejor, haber sido abandonado o haber estado siempre solo sin saberlo? Un barranco de sudor me recorre la espalda y me enfría la piel llena de ampollas y veo el vídeo de Ramy Essam, cómo la cámara se demora en el flagelado mapa de innecesario sufrimiento tallado por todo su cuerpo, y siento que mi piel se estira en busca de un lugar donde esconderse a la vez que las cicatrices sanadas hace mucho palpitan con una acostumbrada agitación.

Hay una reserva común de dolor que yace bajo nosotros como un acuífero. Cuando todo lo demás esté perdido, será lo único que nos una.

Subo el volumen de los auriculares.

Ojalá te atragantes

Ojalá te atragantes\*

Créditos finales. Estás volando. Te estás marchando. Estás huyendo. Tal vez la libertad..., tal vez la libertad no sea más que el sabor de la culpa.

San Arsenio vivía en el palacio de Teodosio como tutor de los dos hijos del último emperador de la Roma unificada. Tras once años de servicio, Arsenio rezó a Dios diciendo: «Oh Señor, muéstrame cómo vivir», y le llegó una voz que decía: «Arsenio, huye de los hombres y vivirás». Así que se unió a los hombres y las mujeres que se habían visto llamados al silencioso páramo del desierto egipcio para vivir una vida de perfecta abnegación.

Dichos de los Padres del Desierto, siglo IV d. C.

Una grúa se proyecta hacia el cielo azul al fondo. Una atalaya móvil. Avenida Ámsterdam con la 125. Harlem, Palestina. A tu alrededor es todo idéntico, adentrándote con cada paso en la eterna ciénaga de conquista y limpieza y asesinato. Nunca dejarán de perseguirte, no hay forma de escapar de la larga pesadilla en bucle de la historia tropezando a través del oscuro pantano y se trata de las cosas, estáis sobre las cosas que queremos: el Ejército quiere vuestra tierra y los británicos quieren vuestro petróleo y los italianos quieren vuestro gas y los estadounidenses quieren vuestro espacio aéreo y vuestro canal y vuestra complicidad y los turcos quieren vuestras

fábricas y los australianos quieren vuestro oro y en el Golfo quieren vuestro sudor y los rusos quieren vuestro clima y los israelíes quieren vuestro *nombre*, así que no os queda más que largaros. Largaos, porque vamos de camino y primero os traeremos la guerra y huiréis y os sellaremos cadenas de hierro alrededor del cuello y os marcaremos a fuego nuevos nombres y nos beberemos vuestros cuerpos con el té en casa de vuestros abuelos, y cuando nos aburramos de la guerra os traeremos la paz y una resolución posconflicto y el diálogo entre religiones y a las Naciones Unidas y líneas de crédito y la televisión, y cuando os atragantéis os agarraremos firmemente de la mandíbula con las manos y os forzaremos a que abráis la boca para un ajuste estructural y campamentos de diálogo y obras de teatro que ni pasan por Broadway y paquetes de ayuda y negociaciones de primera mano y soluciones meditadas y responsabilidad social corporativa hasta que vuestro cerebro se reconfigure con nuestro lenguaje absurdo diseñado por un comité y asistido por ordenador y algorítmicamente determinado y estéis, por fin y por siempre, despojados incluso de la posibilidad de pensamiento.

El triunfo de todo esto es la derrota de la imaginación.

No puede haber nada nuevo. Ninguna música nueva resulta imaginable, ningún género nuevo, ningún recuerdo nuevo que reembalar y que vender, ningún relato nuevo ni idea ni posibilidad, ninguna felicidad nueva. Sólo hay nostalgia y *kitsch* y superhéroes y desamor y un destino sellado y rendición. No hay más realidad que ésta y no hay pasado que no marchara hacia ella. Lo llaman progreso. Es innegable, nos dicen; lo conquista todo, es éste y es ahora. Así es el mundo. Unos países están desarrollados y otros no, y así ha de ser. Un sistema ocupa el lugar de semejante dominación y no cabe imaginar otro. Un sistema apuntalado por una red global de cables trampa, cada uno tensado y preparado para desencadenar la autodestrucción antes que la evolución. Mirad a vuestro alrededor. No hay ningún otro mundo. No puede haber otra manera. Rendíos. Sólo existe el ahora. Susurrádselo por la noche a vuestro hijos. Es mejor que lo vayan aceptando.

Estoy sentado en el metro, invisible.

No puedo evitar oír las conversaciones a mi alrededor.

–Racialmente soy bastante versátil y viajo sin problemas.

–Acabo de estar en la India. Es asqueroso, basura por todas partes, pero bien felices que son, ¿sabes?

–Es probable que su religión les permita ser felices.

–Aquí no tenemos de eso.

–No.

–Aunque fui con mi amiga Sarah, y están obsesionados con el pelo rubio y los ojos azules.

–Ya lo sé. Tenía una amiga que quería ir a Oriente Medio a meterse en política y esas mierdas, y yo era como: «Eh, mira: no te van a respetar *nunca*».

–No, nunca.

A veces pienso que todas las palabras me van a hacer vomitar. Que cada estúpida sílaba me convulsiona en el estómago y que la única manera de estar limpio de este lenguaje será vomitándolo entero en el suelo entre nosotros.

Sigo pensando en la sala de espera del hospital. ¿Cuántas horas estuvimos sentados juntos allá fuera en aquel pasillo de enfermedad, tan solos en compañía del otro? ¿Cuántas horas pasé queriendo ganar aquellos pocos centímetros a mi izquierda y tomar tu mano en la mía? Mantuve mi mano cerca de la tuya, lo bastante cerca como para que la sintieras, estaba seguro, esperando un segundo infinito tras otro a ver si levantabas el dedo para formar aquel primer rizo en torno a la mía. ¿Pudiste sentir las preguntas y las dudas que me palpitaban desde el cerebro hasta los dedos y que brincaban y caían al golfo sináptico entre los dos? ¿Me habrías apartado de un empujón si hubiese alargado la mano? ¿La habrías apretado con dulzura y soltado luego? ¿Fue ahí cuando nos rompimos? Parece de locos, ahora, no haber alargado la mano. Parece tan de locos que ahora, en este instante, haría cualquier cosa por regresar allí y revivirlo y jugármela y abrir esa nueva vía, dar comienzo al nuevo universo que habría nacido sin duda con el contacto de esos dos dedos. Podría haber sido tan distinto. Todos podríamos haber estado muchísimo menos solos.

Podríamos haber, podríamos haber, podríamos haber.

Estoy de pie en la pasarela. En parte esperando a que alguien me diga algo, o intente venderme algo, o me susurre algo entre dientes en un lenguaje que dan por hecho que no entiendo. Nadie me habla. Aquí no le importas una mierda a nadie.

Hay un bar al aire libre. El camarero abre un botellín y se pone a verterlo en un vaso de plástico y por un momento se da ese reflejo, esa punzada, esa punzada de vaso de plástico, ese vaso de plástico que me dice bebe lo que te apetezca, por favor, bebe hasta acabar en la tumba, lo que pasa es que no nos fiamos de que después de dos cervezas no le estampes a alguien el botellín o que lo rompas y te abras alguna de tus palpitantes arterias en canal y te quedes ahí tirado desangrándote lentamente bajo las mesas entre las colillas y los juguetes caídos de los niños de pie aterrados en semicírculo alrededor de tu espasmódica ofrenda corporal a la Ley de Murphy, esa punzada que te recuerda que vas con papá Estado bien abrochadito y que no te puedes fiar de un bebé con una botella de cristal, que se supone que tienes que limitarte a beber el opio que contiene, esa punzada que te dice que estás en casa en una carrera de ratas y que has cogido el desvío que no era y que tienes que darte la vuelta y seguir la señalización que dice puta *Libertad* igual que el resto de descamisados donmartinis en una mugrienta playa cuyo legado es un océano repleto de vasos de plástico, en el mar, ahora y siempre, enterrando su basura en la arena, rogando que se la lleven, rogando con cada ola que alguien, por favor, se la lleve sin más. ¿Por qué tendríamos nosotros que ser distintos? Hay una revolución pacífica que derroca a un dictador pero para que haya una transición pacífica hacen falta elecciones y las únicas personas con recursos y contactos para ganar las elecciones son los exdictadores y los dictadores en potencia. Estamos atrapados en un cuadro de Escher. Nos salían las putas cuentas. Siete millones de personas votaron por la revolución. Si el voto no se hubiese repartido entre Aboul Fotouh y Hamdeen, si hubiesen dejado a un lado su orgullo durante cinco putos minutos, las cosas habrían sido distintas. ¿Y adónde nos dirigimos ahora? ¿Adónde se supone que nos dirigimos en este mundo en el que las únicas cosas que se mueven con libertad son los residuos flotantes del crédito ficticio, adónde nos dirigimos cuando cada centímetro de tierra ya tiene dueño y está tasado y Monsanto no tardará en comprarlo, cuando cada céntimo que se gasta antes de ser fundido para fabricar un casquillo de bala mantiene a otro ser humano en la esclavitud? ¿Qué podemos hacer con la información o con los hechos cuando la única moneda de cambio son las

armas y las mentiras, cuando lo que todos *quieren* son armas y mentiras? ¿Seguiremos por siempre con la cháchara en nuestras cajas de resonancia digitales mientras Facebook vomita a nuestro alrededor fronteras algorítmicas tan infranqueables como el Muro de Berlín, tan irresistiblemente invisibles como la gravedad, acorralándonos en sistemas políticos digitales de irrelevante impotencia de los cuales emergemos de manera ocasional, parpadeando, para descubrir el mundo físico de violencia que bulle alrededor de todos nosotros? ¿De qué sirven nuestras palabras cuando un técnico de California puede disolver cualquier república de convicción? ¿Escapamos de la ratonera durante esos pocos meses? ¿Hubo un momento en el que fuimos de verdad dueños de nuestros propios destinos o fue todo una ilusión cinematográfica? ¿Cómo se gana? ¿Cómo se gana alguna vez? Sin armas ni helicópteros Apache ni tropas de combatientes ni emisoras de radio. ¿Cómo va a ganar ninguno de nosotros nunca? La construcción del mundo ha llevado siglos. ¿Creéis que una *idea* basta por sí sola? No, se necesita un plan y se necesita paciencia y se necesita dar respuesta a su violencia con vuestra violencia. Podéis superarlos en número o bien podéis matarlos con precisión. Una sola unidad, es quizá todo lo que habría hecho falta. Entrar en Maspero, hacerse con el control y emitir la voz nueva de la revolución. Dos horas. Al final es todo lo que tenéis. Dos horas entre que la policía se retira y el Ejército toma posiciones. En dos horas ya estaba perdida. Tienen que arder los edificios adecuados. Han de tomarse los edificios adecuados. La próxima vez, hay que estar listo para golpear sin vacilar. ¿Y lo estaremos? ¿Estamos entrenándonos, planeando, preparándonos, o seguiremos por siempre únicamente reaccionando? Estuvo perdida desde el principio, perdida desde el momento en que no tomamos Maspero, perdida con el molotov no arrojado contra el segundo camión del Ejército, perdida cuando la plaza se vació tras la caída de Mubarak. La próxima vez tenéis que estar listos. ¿La próxima vez? La próxima vez veremos la verdadera revolución. La próxima vez veremos al ISIS y veremos organización y precisión y el fin de la paciencia. La verdadera riada llegará. La verdadera lluvia que llevan prometiéndonos desde siempre.

Me pongo los auriculares para acallarme a mí mismo:

Preparaos, gente  
Se acerca la lluvia  
No habrá salvación

Así que no roguéis a vuestro Dios\* Se está mejor por la noche. Las calles están tranquilas. Me gusta caminar. Serena los pensamientos. Caminar va sólo del paso siguiente. Huye de los hombres y vivirás.

Camino durante horas. Caminaré por todas las avenidas. Caminaré por todas las avenidas y algo cambiará. La gran espesura de ladrillo de Manhattan abarrota el cielo. *Jazz*. El futuro. Nueva York, Nueva York. ¿Verdad que sí, Ned? Aquí estamos. Lo mismo tenías razón. La congoja es un cliché.

¿Perdimos en cuanto paramos de vendernos? ¿Hubo un punto en nuestro cansancio y nuestra superioridad moral y nuestra inexperiencia en el que paramos de intentarlo? No se puede parar jamás. Me acuerdo de un lienzo enorme en el Instituto Smithsonian: *Por entre la Sierra Nevada*, de Bierstadt. La visión edénica de la frontera de Estados Unidos: un lago helado de azul, un noble ciervo, la celestial cima de una montaña en la distancia. Una tierra grande y salvaje e infinita por conquistar. Una fantasía a la venta. Un cuadro de un alemán de un lago imaginario coronado por una cumbre alpina a la venta en Roma junto con todo lo que el Nuevo Mundo

puede ofrecerle a los maltrechos anhelos del Viejo. Estados Unidos jamás dejó de venderse, jamás dejó de necesitar nuevos cuerpos para estrellarse contra el cemento de su sueño. Y si Estados Unidos no es capaz de parar, ¿quiénes somos nosotros para hacerlo?

La línea debajo de un coche aparcado vibra a través de los cutres tabiques de este edificio de tablones, los motores de los camiones rugen con atronadora furia, las madrugadoras discusiones entre borrachos y los químicamente confusos se suceden en bucles cada vez más fuertes. Perforaciones individuales de mi soledad anónima, extraña e intrusa. Tengo hambre y camino hasta la tienda de porciones de pizza demasiado temprano como para parecer alguien respetable. Pago el dólar y me siento y encima de mí hay un cartel de colores desvaídos, una familia blanca de los noventa que sonríe con una mueca rígida. Tras ellos, el gran amanecer dorado de la Cúpula de la Roca; ante ellos, las palabras VISITA ISRAEL. Hay toda una colección. Artefactos futuros de una paradoja insostenible. Una familia sonriente en el Mar Muerto, una familia sonriente en un anfiteatro romano, una familia sonriente que contempla el Mediterráneo. Me marchó sin comer.

La espiral de un alambre de púas se retuerce sobre una parcela sin desbrozar. Oigo los pájaros y veo el metal y alargo la mano para tocar el pincho y estoy de regreso a las puertas de Maspero, el afilado acero del Ejército contra mí, y aprieto el dedo y primero la sientes, la calidez que se desliza por tu mano, antes de ver la roja oscuridad sobre tu piel y estoy de pie con Hafez, con las manos agarradas a las espirales de púas, observando a los soldados, alerta a los dedos nerviosos que descansan en sus gatillos.

—¿Qué estáis haciendo todos? —grita una voz.

—¿A quién estáis defendiendo? ¿A Mubarak? ¿Estáis con Mubarak? ¿¡Vais a ponerlos de parte de Mubarak contra la nación egipcia! —grita otra voz a los nerviosos soldados.

—¿Eh? ¿Sabéis siquiera lo que estáis haciendo aquí?

Los soldados no se mueven. La multitud no arremete contra ellos. No cambia nada. Nos deslizamos entre la multitud que llega a raudales a Tahrir. Las cabezas de un grupo de chicas con bufanda componían una isla de colores brillantes frente a nosotros. Detrás, unos chicos apremiaban aún más a la multitud con sus cánticos y sus toques de tambor. Por todas partes padres con sus niños, niños pequeños sobre los hombros de sus padres con la tricolor egipcia pintada en la frente o sujetando banderas.

—¿Esta noche duermes aquí o en casa?

—Esta noche dormiré en Tahrir —dice Hafez—. Dos en casa, una en la calle. ¿Y tú?

—Necesito una noche en mi propia cama.

—Bien. No tiene sentido quemarse. Esto se va a alargar bastante.

—Dicen que Mubarak vuela a Alemania una vez al año para hacerse una transfusión integral de sangre.

—¿Me estás diciendo que va a vivir eternamente?

—Estoy diciendo que es una posibilidad.

—Malditos seáis, grandes avances en la ciencia médica. —Hafez levanta el puño contra el cielo—. Ojalá ardáis en el infierno.

Todavía me hace reír.

—Siento hacer esto, hermano —dice uno de los voluntarios de seguridad mientras me cachea.

—Para nada —digo—. Gracias a vosotros por hacerlo.

Y allí estábamos entonces, y Tahrir se abría ilimitada ante nosotros, todo un mar de gente y de posibilidades y de incognoscibles decepciones radiante al sol del final de la tarde.

Para nada, gracias a vosotros por hacerlo.

Me limpio la sangre en los vaqueros. Recuerdos inútiles.

La siguiente guerra ha comenzado.

Al menos 121 palestinos han resultado muertos desde que hace tres días Israel lanzara la Operación Margen Protector en la que se está perfilando como una de las mayores ofensivas que hasta el momento cuenta entre los muertos con veinticinco niños. Informa Sherine Tadros para *Sky News*...

Sentado toda la noche solo en un autobús de la Greyhound.

Sentado en el sofá cerca de mi padre. Vemos juntos la matanza. La vemos sin decir palabra. Ahora sólo hay nombres. Por la noche llega el mismo sueño, la mezquita de Ibrahimi, la muerte por todas partes; los agujeros de bala que respiran, que suspiran, y yo toco uno, lo taponó con la mano, y no está frío al tacto sino caliente y no soy capaz de contener la hemorragia. La doctora, como siempre, está junto a mí y todo está iluminado mientras una nube de fuego blanco se expande por el cielo. Son más de los que puedan ser jamás nombrados y tú los nombrarás. Todos los nombres, de todas las guerras, todos los nombres que portamos, todos los nombres de todas las listas que no hacen más que aumentar. Mohamed encogiéndose, llorando detrás de su indefenso padre. Aya exhalando en soledad su último aliento con la bala de un francotirador alojada en el cuello. Munadel cayendo de cabeza contra el asfalto de una carretera de colonos. Hamza jugando al fútbol un momento y al siguiente quemándose hasta morir en repentina agonía. Muhammed, herido de bala, contando los minutos de su propia muerte lenta. Imán, cuyo corazón poco a poco falló y murió encerrada en Gaza. Haneen, Ali, Husam, Anwar, Mustafá e Islam y Khaled y Essam y Toussi, más y más y más de los que puedan ser nombrados jamás, pero tú has de conservarlos en tu cabeza y mantener sus rostros a tu lado por las noches y aguantar y aguantar para otorgarles una fracción, si no de justicia al menos sí de memoria. Pronto te unirás a ellos. ¿Estaremos juntos después? ¿Hallaré un nombre para ti? ¿Te quitarás la máscara antigás? ¿Te veré la cara? ¿Me cogerás de la mano? ¿Estará fría la tuya? Estoy de camino. Sucederá. Pronto estaremos juntos. Son más de los que puedan ser nombrados jamás, y tú los nombrarás.

Regresaré a Nueva York. No puedo quedarme aquí.

–Te hace falta ropa nueva –dice mi padre.

Le digo que estoy bien.

–Venga. Mira qué zapatos llevas. Vamos a por un par de zapatos.

Los dos nos quedamos mirando mis maltrechas Nike durante un rato.

–No me hacen falta zapatos.

–Ya lo sé. Pero me gustaría comprarte unos.

–Vale –digo–. Gracias.

—¿Has visto las noticias? —La temprana luz del amanecer es todavía azul. Cierro otra vez los ojos. Diane está sentada en la cama, con el teléfono en la mano—. Van a soltar a Mubarak.

Me doy la vuelta, lejos de ella.

—Estupendo.

Estoy sentado en la biblioteca pública de Brooklyn. El poco dinero que traje casi se me ha acabado. El Prospect Park aguarda fuera en silencio. Un nuevo nombre llena la prensa de hoy: Michael Brown. Dejaron su cuerpo en la calle, ahí tirado en el asfalto al calor del verano para que el mundo lo viera, para que su familia lo viera durante cuatro horas eternas. Anoche ardió otra ciudad. Detrás de mí, un hombre le susurra a su pecho, una continua discusión entre las dos mitades de sí mismo.

—Está pasando algo, sí, ya lo sé, no me lo tienes que decir dos veces. Está pasando algo y Jones Jones va a averiguar de qué se trata. ¡¿Está pasando algo en *mi* casa?! Tienes que..., tienes que... callarte. Estás en una biblioteca. Ten un poco de *respeto*. Lo voy a averiguar. ¿Obama? ¿Obama? Obama es un puto musulmán. No sabemos una mierda, eso sí que lo sé. Sé que te hace falta algo, así que eres débil. Un hombre se tiene que valer por sí mismo. Veo las noticias. Veo lo que está por venir. Este país se está desmoronando. Y Obama abriendo las fronteras. ¡Sirios! ¡Millares! ¿Compraste leche? ¿Leche? Cállate. Pues claro que compré leche. A Jones lo educaron *bien*. Al estilo  *europeo*.

Intento concentrarme en el libro abierto frente a mí. Hay un caballo azul sentado frente a mí. Si al menos el final pudiera ser éste. Líneas duras, colores vistosos que se combinan con elegancia y gracia para ofrecerte un caballo. Un ciervo, acunado a la perfección por triángulos verdes de una armonía antinatural. El monasterio del título no aparece por ninguna parte. Huye de los hombres y vivirás. El hombre sigue hablando detrás de mí, no habrá resolución para su riña. Otro hombre, con la ropa polvorienta de trabajar, dormido, su mochila hace las veces de almohada. Están juntos, los dos ciervos, pendientes el uno del otro, en un mundo donde el peligro queda todavía muy lejos. Una mujer en silla de ruedas está copiando el diccionario palabra por palabra. Un ciervo mira por encima del hombro, una madre acaricia con el hocico a su cervatillo. Ni muerte. Ni odio. Un caballo azul se frota con delicadeza contra su compañero. Es perfecto, este mundo en este sencillo libro. ¿Resulta extraño querer ser un caballo azul? ¿Anhelar ser un caballo azul? ¿Ser amado con sencillez por otros caballos azules? Quedar congelado en tu momento de definición, para nunca rebasarlo, nunca malograrlo.

Cruzo la calle hacia el parque. Camino dirección sur. Me salgo del sendero principal y me adentro en las partes más salvajes, más solitarias; encuentro un banco en el que sentarme en silencio. ¿Es mejor hallar sentido en la lucha sin fin o la lucha sin fin contra el sentido? Se está tranquilo aquí. Donde la oscuridad que se congrega se ve interrumpida por el fulgor de las luciérnagas en silenciosa conversación.

¿Era éste, por lo tanto, todo nuestro potencial? ¿A lo que equivalía nuestro nuevo mundo de posibilidad digital? Simplemente pájaros surgiendo de los árboles al amanecer, un movimiento en masa de sincronizada impredecibilidad, un movimiento de pasmosa acción colectiva al que sigue el instinto de supervivencia. Somos una bandada de queleas, hermosa de observar desde lejos, imposible de organizar desde dentro, todos avanzando conforme a un patrón determinado por una fuerza que no podemos comprender, por principios forjados a lo largo de milenios de

evolución y de generaciones de psicología, cada elección en concierto con los diminutos ajustes de otros miles de pájaros, cada decisión gobernada por la ingobernable bandada, cada uno tirando de los demás hacia un destino sin forjar.

Suena mi teléfono con un número desconocido. Mi teléfono nunca suena. Una docena de escenarios terribles se desarrollan en mi mente.

–Khalil. –Es Mariam. El corazón se me paraliza–. Escucha, Khalil, quería llamarte antes de que lo vieras en las noticias... Anoche arrestaron a Rania y a Rosa. Se las llevaron de su apartamento. Van a juzgarlas por difundir información falsa y..., y por poner en peligro la seguridad nacional y..., qué más..., y por organizar una protesta... Se encuentran bien. Creo que Rosa se resistió o que peleó o algo, pero los abogados dicen que se encuentra bien.

–¿Y tú? –digo–. ¿Tú estás bien? ¿Te han acusado?

–No lo sabemos. No creo.

–¿Es por Caos? Pero si llevamos meses sin hacer nada.

–No lo sabemos. Es probable que sea por cosas más recientes. En unas horas lo anunciaremos todo con una publicación.

–¿Necesitas mi ayuda? ¿La traduzco?

–No, no hace falta. Sólo quería contártelo.

Y luego desapareció.

Y tan llenas de gente que huía y de gente que buscaba llegaron a estar las severas montañas egipcias que el desierto se volvió ciudad, pero no una ciudad erigida para perdurar sino una que buscaba la ciudad por venir, y es allí donde puede oírse la voz de la sangre de los mártires y donde sus espíritus ardientes pueden ser mantenidos con vida.

SAN ATANASIO DE ALEJANDRÍA, siglo IV d. C.

La veo de pie en la fila, la luces de la mezquita que iluminan los rostros en la multitud, detrás de nosotros la oscuridad de Tahrir. Ella no me ve. Hay demasiada gente. Centenares, aquí, que esperan en desolado silencio para presentar sus respetos. Todas estas personas que solíamos ver todo el tiempo, de nuevo unidas por la aflicción, esperando para entrar a la mezquita, para dar sus condolencias a la familia de otro amigo caído. Ahmed Seif. Defensor de los pobres y de los oprimidos. Ahmed Seif el incansable, el altruista, el padrino de todo abogado de derechos humanos sin blanca del país. Ahmed Seif, a quien nunca conocí pero cuya pérdida me destroza el corazón, cuya pérdida no podemos permitirnos.

Sus familiares reciben a los dolientes. Alaa y Sanaa, su hijo mayor y su hija menor, llevan uniformes blancos de presidiario. Ala tiene el pelo corto. Se afeitó la cabeza el primer día de su huelga de hambre. ¿Cuánto falta para que no puedas tenerte en pie? Pero se le ve fuerte. Se le ve desconsolado. Pero fuerte. Observo mientras Mariam llega al frente y lo estrecha entre sus brazos y puedo ver que ella contiene la respiración y que ambos se abrazan. Ella le aprieta la mano una vez más y sigue la fila. Los buenos siguen muriendo y los malvados viven eternamente.

Está sentada al fondo de la mezquita.

–¿Te quedas aquí? –dice ella.

–Sí. En Estados Unidos no hay nada que hacer.

Ella ríe un poco y me aprieta la mano y me siento a su lado.

Toda esta gente. Solíamos vernos todos los días, en las protestas y en reuniones y en ruedas de prensa y en fiestas y en el Greek Club. La revolución al completo está en esta sala. No podemos permitirnos esta pérdida.

Veo que entra Abu Bassem y me levanto para estrecharle la mano.

–¿Qué tal le va?

–Bien, gracias a Dios –dice él–. ¿Y a ti, hijo? Llevaba tiempo sin verte.

–He estado fuera.

–Bien. –Habla despacio, con cuidado, como siempre–. Bien. Para vosotros los jóvenes es bueno salir siempre que podáis. Durante una temporada al menos. Dejar que estos tiempos pasen.

Hay un ruido y un retumbo y una aglomeración de personas en el rincón más alejado. Se los están llevando, se llevan a los hijos de Serif de vuelta a la cárcel, se llevan a Alaa y a Sanaa de nuevo tras sus muros y sus armas. La gente se pone a empujar para acercarse, para gritar adiós y agitar las manos y alargarlas para tocarlos por última vez. Una docena de hombres descomunales ha cerrado filas alrededor de Alaa y están metiéndolo a toda prisa en un coche que aguarda y ahora tienen a Sanaa, dos enormes agentes la agarran de los escuálidos hombros haciéndola avanzar entre la cada vez más apiñada multitud. Mariam se sube a una silla para tratar de ver pero ya ha desaparecido.

Entonces las palabras perforan el aire:

¡Abajo, abajo el régimen militar!

El enorme cuarto se electrifica con la estruendosa respuesta:

¡ABAJO, ABAJO EL RÉGIMEN MILITAR!

De alguna parte de dentro de la aglomeración llega otra vez la voz de Sanaa. «¡Abajo, abajo el régimen militar!», y la multitud vuelve a rugirlo con todas sus fuerzas: «¡Abajo, abajo el régimen militar!», y los puños hienden el aire y todo el mundo se concentra en los escalones de la mezquita mientras meten a Sanaa aprisa en el coche de policía que aguarda y la multitud grita a las hileras de policías y a su autobús penitenciario sin distintivo y a los soldados rasos y a sus armas. «¡Abajo, abajo el régimen militar!», y en cada rostro hay un raudal de lágrimas, cada puño está en alto, cada boca estalla con estas palabras que nunca han pesado tanto, que nunca han importado tanto como pesan e importan esta noche.

ABU BASSEM

No hay palabras nuevas para la pérdida. Me lo arrebataron todo. Mi chico, mi hermandad, mis razones para respirar. Se abrocha el abrigo hasta la barbilla. Se enrolla la bufanda alrededor del cuello y abre sin hacer ruido la puerta principal, baja los escalones de hormigón, el oscuro hueco de la escalera y deja atrás la pintada descolorida. Se desliza a su asiento en el rincón del cibercafé, se lleva los auriculares a las orejas y recorre el teclado con movimientos de memoria muscular hasta que la pantalla cambia al conocido logotipo de YouTube y a la oscura casilla del

vídeo en espera y durante esos segundos un pavor se apodera siempre de él. ¿Y si hoy ya no está? ¿Y si Bassem no aparece? ¿Y si se corta o se ha perdido o borrado y la última vez fue la última vez que lo veré y no lo supe y no lo vi con el cuidado que tendría que haber puesto, ni grabé en mi memoria lo suficiente como para aguantar los años que me quedan por extrañarle? ¿Y si hoy es el día en que descubro que no me queda nada?

Mariam está sentada frente a mí, lo ojos puestos en su taza, mueve con la mano la cucharilla en lentas espirales, la piel del brazo pálida y tirante hasta el hombro, el cuello.

–Esos cabrones las han puesto en prisiones separadas –dice–. Sólo para follárselas. Rosa está en Qanater. Rania en Damanhur. Si estuviesen juntas resultaría obviamente mucho más sencillo.

–¿Hay fecha para el juicio?

–No. Detención administrativa.

–¿Qué podemos hacer?

–Estamos haciendo todo lo que sabemos hacer. Pero los problemas son siempre los mismos. Los medios no sacarán la historia y es imposible hacer una protesta. Y ya hay demasiados en la cárcel. ¿Cómo sigues vendiendo la misma historia?

–Rania habría sabido darle la vuelta.

–Es probable que por eso sea ella la que está en la cárcel.

–¿Crees que vendrán a por ti? –le pregunto.

–Ya me da igual.

Ha dejado de remover el café pero aún tiene la cucharilla en la mano. Qué extraño no estirarme por encima de la mesa para cogerla de la mano. Qué irreal en nosotros.

–¿Tienes trabajo nuevo?

–Sí. En el Centro de Derechos Económicos y Sociales.

–¿Con los derechos de los trabajadores?

–De los granjeros. Derechos sobre la tierra.

Todavía puedes deshacerlo todo. Tira la maldita cucharilla y declárate revolucionario hasta el día que te mueras. Ponte en pie y cógela de la mano y dile que trabajarás a su lado codo con codo, que trabajarás por las pequeñas batallas y por la gran guerra, que trabajarás cada día porque es lo único que merece la pena en este agonizante mundo. Comprométete. Comprométete con la revolución, con la lucha. Deja a un lado tu egoísmo y tus preguntas y tus dudas y comprométete sin más. Quien no juega, no gana.

Pero, por supuesto, no soy capaz. No sería real.

–Tenemos que estar mejor organizados –dice ella–. Para la próxima vez.

El llamativo sofá blanco chirría y nuestro silencio lo llenan enseguida las conversaciones a gritos de los triunfantes fascistas que nos rodean.

Cógela de la mano y comprométete hasta morir en las barricadas. Ninguna otra cosa servirá. Veo a Hafez sentado bajo la lámpara de mi apartamento, Morricone suena de fondo... ¿No te habría hecho feliz morir durante los Dieciocho Días? Entonces podríamos haber muerto todos como héroes. Pero hoy no. Muerte a latigazos, muerte por electrocución, muerte por quemaduras de cigarrillos en el sótano de una comisaría. Ella te dejó atrás hace mucho.

–¿Eres feliz? –digo.

–Esa pregunta es estúpida.

–Ya sabes a lo que me refiero.

- Tengo bastante, por ahora, con estar haciendo algo. Sea lo que sea.
- ¿Bastante hasta cuándo?
- Es lo único que nos queda.

Caminamos por el Puente del 6 de Octubre. Una tormenta de arena sacude la ciudad. Llevamos un rato sin hablar, pero no pasa nada, es lo que solía sentir con ella, que no era necesario rellenar el silencio con ruido inútil. Achina los ojos contra la arena. Dice que tiene algo que enseñarme. Cruzamos Tahrir. La plaza está vacía. Ni carteles, ni celebración, ni policía, ni nada. Dos niños con la cara cubierta por bufandas contra el arenoso viento están sentados sobre el pintarrajeado pedestal en mitad de la plaza, el monumento incompleto del Ejército a las víctimas de sus balas. Contemplad mi obra. A nuestra derecha un relieve de conductos de ventilación que brotan del suelo como termiteros en una planicie de Marte. El gran proyecto de la ciudad a siete años vista para construir un aparcamiento soterrado está por fin casi terminado. Los dos muchachos nos miran mientras pasamos en silencio. Más adelante, la escarpa del centro de la ciudad ha sido pintada. Toda salvo un edificio. Nuestro primer hogar, desde el cual nuestras palabras y nuestras exigencias se derramaban orgullosas desde el último piso.

Giramos a la izquierda hacia el pasadizo Estoril y me pregunto qué recuerdos te trae esta calle, si te acuerdas de cuando me abotonaste la chaqueta por el frío y de que te arrimaste a mí medio centímetro o de que nos sentamos en el bar tan juntos el uno del otro aquella primera noche que nuestras piernas no paraban de rozarse o de la noche anterior al 30 de junio y de la discusión que tuvimos la mañana siguiente..., y de que luego paramos. Estamos en la calle de Hafez. Mariam me mira, esperando a que diga algo.

Ella levanta la vista y yo sigo su mirada y veo el nombre de la calle: calle Hafez Mansour. Vuelvo a mirarla y pasa un momento hasta que las palabras llegan y comprendo que estoy leyendo el nombre de Hafez en letras de un blanco perfecto sobre el fondo azul marino en el letrero de la calle. Calle Hafez Mansour. La calle de Hafez.

- ¿Esto lo has hecho tú?
- No -dice ella, y veo que está mirando al letrero con asombro, igual que yo.
- Entonces, ¿quién?
- No lo sé -dice.

Atravesamos en coche la ciudad dirección sur, cada giro que doy al volante nos lleva a través del tiempo y de los estratos de la ciudad, cada vez más antiguos, hasta que las nuevas torres de Maadi aparecen en el horizonte.

No nos quedaremos mucho. Está todo dispuesto, todo en la mochila a los pies de Mariam.

-¿Estás seguro de que va a funcionar? -dice ella.

Lo estoy.

Diez minutos más tarde aparcamos fuera de la prisión, de sus muros altos y polvorientos. El sol está bajo en el cielo.

Me agacho y cojo la bolsa de la cámara, la abro y saco una pequeña funda de tela. Compruebo el transmisor que hay dentro y pulso *play* en el reproductor mp3. Lo meto todo en una bolsa de plástico, me bajo deprisa del coche, camino hasta el cubo de la basura y la pongo dentro con cuidado.

Cuando regreso al coche Mariam tiene la radio encendida y está sintonizándola a través de las frecuencias de la FM.

La Fuerza Aérea egipcia ha lanzado una serie de ataques de precisión contra milicianos del ISIS en Libia.

Sigue sintonizando.

Y esta noche, querida, será la noche de nuestras vidas  
Esta noche será la noche más hermosa de mi vida

Sigue sintonizando.

... y ése fue sólo uno de los recientes errores de Sisi. Ha demostrado a las claras que carece de toda visión política o económica y que bajo su mandato los problemas del país tan sólo empeorarán. Revolucionarios de Tora, no penséis por favor ni por un minuto que estáis solos.

–Funciona.

Ésta es una emisión especial para la prisión de Tora. No pararemos de trabajar hasta que estéis en libertad. Lamentamos no ser lo bastante fuertes como para sacaros ahora mismo de ahí, pero lo haremos.

Tras las noticias de los fracasos políticos y económicos de Sisi llegarán en esta emisora las noticias internacionales, nueva música y apuntes sobre cine. Sigán sintonizándonos hasta que resuelvan cómo cortar esta transmisión...

–Vámonos –digo, encendiendo el motor. La grabación mp3 dura tres horas. Seguirá en bucle hasta que el Ejército lo localice o el reproductor se quede sin batería. Al atardecer Ashraf y el resto de revolucionarios a los que pueda avisar la estarán sintonizando.

Un barco a la deriva por la brillante oscuridad se aproxima lentamente hacia mí, flotando en un halo de reflejos de fluorescentes rosas; su llegada la pregona una tenue idea de música, un tango quizá, un acordeón. Lo observo desde la oscuridad, sentado en el puente Imbaba, a solas. El zumbido constante de la ciudad revolotea a lo lejos. El barco se acerca. Estás solo. No te pueden tocar. Sostengo la mano en alto hacia la noche, esforzándome por estirarla todo lo que puedo hacia la nada. Los murciélagos pasan chistando en la oscuridad. El barco se acerca, su música resuena en ambas orillas, rodeándome y estirándose conmigo hacia la brisa, la oscuridad. Los murciélagos traspasan el aire que me rodea igual que a un inocente. Pienso, a veces, que nuestros mártires viven una segunda vida en ellos, en los murciélagos, los legítimos herederos de la ciudad. Khaled, Mina, Bassem, Toussi, Ali, Nadine, Michael, Mohamed, Shaimaa, Gika, Ayman, Hafez, Essam, Mahmoud, Karika, Mohab, Ramadán y tú, doctora, cuyo nombre jamás conoceré..., perfecciones sónicas desapercibidas a nuestro alrededor en la noche. He construido una caja para murciélagos en la azotea de mi edificio. Cuando sea el momento, vendrán. La coloqué ayer y cuando bajaba las escaleras vi algo familiar. Al principio no me lo podía creer, pero allí estaba, en efecto: una pegatina en la puerta de mi vecino. Decía: LIBERTAD PARA ALAA.

El barco se acerca, la música sube, pero no entro en pánico. Me sorprende una repentina ola de calma. Esa auténtica calma que sólo puede llegar tras la brutalidad. El barco se acerca. Su visión de neón en el río oscuro es, de hecho, hermosa. No te pueden tocar.

La jaula del juzgado se abre con un chirrido y, mientras conducen dentro a las acusadas, la sala estalla en vítores y en saludos y en mensajes a gritos. Luego diez mujeres de blanco presidiario entran en fila a la jaula que ocupa toda una pared de la abovedada estancia medio en ruinas. Rania le saca quince centímetros al resto de mujeres. Un poli de paisano alarga el brazo por encima del estrado del juez en busca del martillo y grita a la gente que se calle y que tome asiento. Entran los jueces y una hilera de policías se coloca en posición entre ellos y la multitud. El juez principal murmura algo inaudible. No distingo una sola palabra. Rosa permanece erguida en la jaula, la cara tensa para oír, todos los asistentes se inclinan hacia delante, tratando de entender algo de lo que dicen.

–¡Usted! –grita el juez de repente–. ¡Siéntese!

–¡No quedan sillas! –responde a gritos un joven de pelo largo.

–¡Entonces salga! ¡Llévenselo! ¡Fuera!

Tres policías arrastran los pies hacia el chico y lo agarran de la camisa.

–¡No tenéis derecho! –grita el chico, pero no se resiste.

–¡Cierren esa puerta! –chilla el juez–. ¡Con llave!

El policía que está más cerca de la puerta se gira para mirarla. No tiene la llave, que él sepa nunca hubo ninguna llave, así que sujeta el pomo sin más.

Puedo ver a Rosa escrutando la multitud. La saludo con la mano y me ve y me sonrío. El juez murmura y llaman a un testigo. Un policía. «Interrupción del tráfico». Luego otro. «Alteración del orden público». Y otro. Apenas puedo oírlos. «Protesta ilegal». Y luego todo el mundo se pone en pie y los jueces abandonan rápidamente la sala. Se levanta la sesión. La multitud se agolpa ante la jaula, ante sus amigas que están dentro, y yo me deslizo por entre dos personas y me agarro a la malla metálica negra.

–¡Rosa! –grito.

–¡Khalil! –Da un paso hacia mí, saca los dedos por la malla–. ¿Te quedas aquí?

–Sí.

–Bienvenido de nuevo.

–Gracias.

–Vale. No tenemos mucho tiempo. ¿Tienes un boli? Esto es lo que Mariam tiene que saber: hay aquí una prisionera condenada a muerte a la que nunca han asignado un abogado; lleva aquí tres años, no la he visto, pero hablo con ella a través del tabique y se llama Alia Magdy y es de Port Said, así que alguien tiene que conseguirle un abogado. Hubo una suspensión de las penas de muerte, pero eso ya pasó y ahora han empezado a ejecutar. ¿Lo tienes?

–Sí.

Rosa habla rápido y detrás de nosotros se agolpan docenas de personas que gritan y que hacen bromas con sus amigas en la jaula, que nos empujan para acercarse más a ellas, para alcanzar los dedos que asoman tensos por la malla metálica.

–Bien. –Rosa baja la voz y se reclina todo lo que puede hacia el metal–. Este mensaje es para Rania. Palabra por palabra. ¿Listo? Espero que ella esté bien. Yo me he recuperado y casi todo el

mundo se encuentra ahora mejor. Estamos comiendo todas melón, un poco cada día, hasta final de mes. Su actor de la tele favorito nos deja el mes que viene. ¿Lo tienes?

–Sí. –Asiento con la cabeza, garabateo, intento no mirar al policía que me observa. El corazón me retumba y de nuevo noto una electricidad en mi cuerpo mientras me apresuro para seguir el ritmo de sus instrucciones.

–Ahora ya sin rodeos, dile a Mariam: estamos todas listas para que la huelga empiece el día 1. La cárcel de Qanater está preparada y empezaremos el día 1 a menos que me envíe un mensaje diciendo lo contrario. Si en el resto de cárceles no están preparados, que me mande un mensaje que diga que los mangos todavía no están maduros. ¿Lo tienes?

Escribo todo lo rápido que puedo, noto que en mi espalda el metal vuelve a bullir de excitación a la vez que mi bolígrafo se apresura para seguir el ritmo de las instrucciones de Rosa cuando una voz grita:

–¡DE ACUERDO, YA ESTÁ BIEN!

Diez policías comienzan a trepar por los bancos hasta formar un cordón humano entre la multitud y las prisioneras mientras otros cinco se reúnen junto a la puerta de la jaula. Rosa grita a pleno pulmón:

–Dile a Mariam que a Samia le han vuelto a salir sarpullidos y que tiene que decírselo a su familia. Y que han puesto otra vez a Ashraf en aislamiento y que hay que hacer ruido mediático, así que contádselo a cualquier medio que todavía esté de nuestra parte.

–¡VENGA, VAMOS! –chilla al interior de la jaula el guarda más al frente, y todo el mundo se queda parado cuando Rosa se gira hacia él, da deliberadamente un paso en su dirección y se detiene, le mira a los ojos y no se mueve. El guarda se queda helado por un momento, sin saber qué hacer, con el cuerpo de Rosa delante despidiendo confianza en sí misma.

Entonces, bajo sus propias condiciones, echa a andar, deja atrás al guardia y sale de la jaula y las otras nueve mujeres la siguen. Ella no se gira. Vuelvo a sentir la corriente que fuerza a mi mano a que forme un puño, pero lo único que soy capaz de hacer es mirar mientras las mujeres con uniforme de presidiaria la siguen fuera de la jaula, y todas las preguntas y las dudas y los solipsismos se disipan mientras doblo con fuerza el papel con mis notas hasta hacer un cuadrado que me deslizo en el calcetín y repaso en mi mente otra vez las palabras de Rosa por si acaso alguien encuentra el papel, y la multitud entera se aglomera detrás de las mujeres mientras las conducen fuera del juzgado y las seguimos durante unos últimos momentos para mensajes e instrucciones y bromas mientras la masa de gente sale poco a poco a borbotones del gran atrio colonial a través de las puertas hacia el calor del patio y un cántico se eleva contra el Ejército y los policías se retuercen por la tensión y ahora nos retienen en las escaleras mientras las mujeres de blanco suben una por una al furgón policial que aguarda con el motor en marcha, y yo me fijo en la reja de metal para tratar de entreverla otra vez, listo para otra señal, para otro encargo, para otro plan, para otro modo de pensar, pero dentro sólo hay oscuridad y el furgón escupe su espeso humo gris al arrancar para llevarla de vuelta a su cárcel mucho más allá de los límites de la ciudad.

## RECONOCIMIENTOS

He contado con diversas fuentes para brindar apoyo tanto a mi memoria como a mi imaginación: las cuentas de Twitter de Alaa Abd El-Fattah, Sarah Carr, Mostafa Hussein, Mona Seif, Salma Said, Sharif Abdel Kouddous, Bassem Sabry, Nazly Hussein, Hany Rasmy, Hossam Bahgat, Heba Morayef, Rasha Azb, Sultan Sooud al-Qassemi, Leil-Zahra Mortada y Amro Ali son sólo algunas de entre muchas; el periodismo del antiguo *Egypt Independent* y su reencarnación, *Mada Masr*, *Jadaliyya*; *The Arabist*, Jack Shenker, Khaled Fahmy, Ahmed Shokr, Mona El-Ghobashy, Evan Hill, David Kirkpatrick, Louisa Loveluck y Robert Mackey; las fotografías de Mosa'ab Elshamy; los archivos de los periódicos *Al-Ahram* y *Al-Shorouk*. He consultado y citado testimonios, pruebas y datos recogidos por Wiki Thawra, Opantish, EIPR, Human Right Watch, We Won't Forget Them y Mosireen. En los casos en que he usado testimonios específicos, espero que las víctimas de los crímenes de Estado sientan que he sido respetuoso.

Finalmente, los escritos de Alaa Abd El-Fataah, mi primo, a quien dedico este libro, son las muletas sobre las cuales yo –y muchos otros– nos apoyamos con regularidad. Esos escritos le han costado la libertad.

## AGRADECIMIENTOS

Hay un enorme grupo de personas sin las cuales este libro no existiría. Mi familia, amigos y colegas de El Cairo y, en particular, aquellos que se unieron para formar el Colectivo Moriseen. Gracias a Lina Attalah por crear *Mada Masr* y el espacio para que muchos de nosotros empezáramos a escribir; a Mariam Said por aquella primera bocanada de oxígeno; y a Yassin Gaber por nuestras veladas de los martes en el Stella. Gracias a los amigos que leyeron el manuscrito durante sus varias y en exceso prolongadas fases: Mai Saad, Sharif Abdel Kouddous, Susan Glynn, Khalid Abdalla y Sherief Gaber. Gracias a Alexandra Pringle por sus presentaciones; a Matthew Hamilton por disponer siempre del consejo adecuado y a Ismail Richard Hamilton por ayudarme a mantener de una pieza una vida caótica.

Gracias a Lee Brackstone por su buen ojo; a Sean McDonald por su confianza; a David Godwin por su buen gusto con los manuscritos. Gracias a Salma Shael y a Rodrigo Corral por sus hermosos diseños de portada; a Ibrahim El Moallem de al-Shorouk, a Marie-Pierre Gracedieu de Gallimard, a Diana Gvozden de Hollands Diep, Luigi Brioschi de Guanda y a Eduardo Rabasa de Sexto Piso por su temprano entusiasmo; a mis traductores: Ehab Zelaky, Sarah Gurcel, Massimiliano Galli, Pon Ruitter y Ce Santiago; y a Marine Vauchere, Simona Lari y Stella Nelissen. He tenido el gran honor de trabajar con los equipos de las mejores editoriales, así que gracias a Lizzie Bishop, Rachel Alexander, Hannah Marshall, Maria GarbuttLucero, Eleanor Crow y Emma Cheshire de Faber; y a Susan Goldfarb, Jane Elias, Sarah Scire, Nora Barlow y Maya Binyam de FSG.

Finalmente, gracias a mi esposa, Yasmin El-Rifae, por la vida que hizo posible escribir, y a mi madre, Ahdaf Soueif, por la vida que lo hizo necesario.

- \* *Nafas*: «respira», en árabe. *Nafs*, en cambio, es una palabra de tradición coránica que se refiere al yo, a la psique y, de ahí, al alma. [Ésta y el resto de notas pertenecen al traductor]
- \* Comandante de la Fuerzas Aérea egipcia de 1996 a 2002. En enero de 2011 Mubarak lo nombró primer ministro.
- \* Empresa de telefonía; usó esta frase de Obama en su publicidad.
- \* Referencia al personaje que Samuel L. Jackson interpreta en la película *Haz lo que debes* (1989) del estadounidense Spike Lee: un locutor de radio que se llama a sí mismo «Mr. Love Daddy».
- \* *Abu* es «padre» en árabe. Es costumbre en países árabes de Oriente Medio usar esta fórmula respetuosa en lugar del nombre de pila.
- \* Rachel Corrie (1979-2003) fue una activista estadounidense del Movimiento Internacional de Solidaridad a la que aplastó una excavadora israelí durante unas protestas en la Franja de Gaza.
- \* Tanto *shaid* como *saheed* tienen su origen en el Corán, ambas palabras significan «testigo», pero también se emplean con la denotación de «mártir».
- \* *Umm* es «madre» en árabe; esto es, la madre de Ayman.
- \* Famoso periodista y autor; mostró desde el principio su apoyo a la revolución en Egipto.
- \* Mohamed Hussein Tantawi, ministro de Producción Militar y Defensa y comandante en jefe del Ejército egipcio de 1992 a 2012.
- \* Los dieciocho días durante los cuales la plaza Tahrir estuvo tomada por las protestas: del 25 de enero al 11 de febrero de 2011, día en que Mubarak renunció al cargo.
- \*\* Café, en árabe; y, por extensión, cafetería.
- \* Consejo Superior de las Fuerzas Armadas.
- \* Erigido en 1949, el Mogamma3 se construyó sobre los restos de los barracones de las fuerzas de ocupación británicas con la idea de que fuese un complejo que centralizara toda la administración egipcia posterior a 1945.
- \* Árabe, equivalente a «señor», pero conlleva una gran carga de clase: quien la pronuncia admite su pertenencia a un estamento inferior.
- \* Pabst Blue Ribbon, una cerveza estadounidense.
- \* Viñetas del dibujante palestino Nayi al-Ali (1936-1987); Handala es un niño sucio y pelón que presencia en silencio escenas relacionadas con el drama palestino.
- \* Faṭīma Ibrahīm al-Baltāgī (1898-1975), cantante egipcia, conocida también como la Señora de la Canción Árabe.
- \* Hijo menor de Hosni Mubarak, envuelto en escándalos de corrupción a raíz de la revolución de 2011.
- \* Mohamed Bouazizi fue un vendedor ambulante tunecino que, en protesta por la confiscación de su fruta, se inmoló prendiéndose fuego en diciembre de 2010, iniciando las protestas en Túnez que acabaron tanto forzando la huida del dictador Ben Ali en enero de 2011 como desatando el resto de protestas conocidas como la Primavera Árabe.
- \* Periodista y analista político estadounidense cuyo discurso enfatiza en los derechos humanos y las injusticias sociales.
- \* *People* es «gente» en general, pero también «el pueblo».
- \* Los *Ultras Ahlawy*. Hinchas del equipo de fútbol Al Ahly FC.

- \* La Batalla de los Camellos tuvo lugar el 2 de febrero de 2011, cuando hombres a caballo y sobre camellos cargaron contra los manifestantes en Tahrir, lo que provocó dos días de enfrentamientos que acabaron con más de una docena de muertos.
- \* Cadena de grandes almacenes.
- \*\* Ahmed Yassin (1937-2004), cofundador y líder de Hamás.
- \* Apodo que pusieron a Mohamed Morsi, candidato de los Hermanos Musulmanes.
- \* «Operación Anti Acoso Sexual», por sus siglas en inglés: *Operation Anti Sexual Harassment*. Es un grupo activista fundado en noviembre de 2012 en El Cairo con el objetivo de prevenir las agresiones sexuales, en especial las agresiones en masa en la plaza Tahrir desde la revolución de 2011, las cuales, se piensa, venían formando parte de las tácticas de la era Mubarak contra activistas, periodistas (como Lara Logan) y manifestantes femeninas desde 2005.
- \* *Feloul* es una palabra árabe que hace referencia a los remanentes de un ejército derrotado; se usaba para nombrar los vestigios del régimen de Mubarak en general.
- \* Vigésimo octava *Sutra* del Corán: la palabra en sí viene a referir el acto de relatar los eventos en la secuencia adecuada.
- \* Gran Juego (*Great Game* en inglés) es una expresión atribuida al oficial de inteligencia británico Arthur Connolly y empleada para designar los
- \* Del compositor estadounidense Philip Glass; es la banda sonora del documental homónimo de 1982 dirigido por Godfrey Reggio el cual reúne imágenes impactantes de la imparable destrucción (no sólo) medioambiental que trae aparejada el mundo moderno.
- \* Llamado en origen «albee» (en honor a su creador, el *disc-jockey* Al B.) es un baile que nació en Harlem en 1981; en 2013, se hizo mundialmente famoso a través de un vídeo en Internet creado por el *bloguero* Filthy Frank.
- \* *Tamarod* es una palabra árabe y significa, en efecto, «rebelión», pero es también el nombre de una asociación civil que el Movimiento Egipto por el Cambio fundó en 2013 para promover reformas políticas.
- \* Guía supremo de los Hermanos Musulmanes, al que se le debe total sumisión.
- \* Éste fue un gesto icónico de los partidarios de Sisi, poner ambas manos de tal modo que cada una formara una letra C, que en inglés suena «si»; dos C: «si-si».
- \* Cámara alta del parlamento egipcio.
- \* Baruch Goldstein (1956-1994), fundamentalista sionista que perpetró la masacre de Hebrón asesinando a veintinueve musulmanes mientras oraban en la Tumba de los Patriarcas, al sudoeste de Cisjordania.
- \* Nacida como Walter Carlos en 1939; compositora estadounidense de música electrónica y de aclamadas bandas sonoras, entre ellas *El resplandor*, *La naranja mecánica* o *Tron*.
- \* Partido Nacional Democrático de Mubarak.
- \* Zamalek es un barrio acomodado de El Cairo. El Marriott es un hotel de lujo.
- \* El 9 de octubre de 2011, dos periodistas egipcios, Wael Yunna y Mina Daniel, fueron asesinados mientras cubrían una manifestación en El Cairo que acabó en un enfrentamiento entre el Ejército y los manifestantes copios. Wael de un disparo en la cabeza y Mina en el hombro y la pierna.
- \* Son palabras de Eric Hobsbawm en *La era de la revolución, 1789-1848*.
- \* «We hope that you choke». Versos finales de «Exit Music (For a Film)», tema de la banda británica Radiohead.
- \* Parte de la letra de «People Get Ready», de Rod Stewart.